

BELOVED

BY

THE BOSS

LEIGHTON GREENE

AMADO POR EL JEFE

LEIGHTON GREENE





Homoerótica Fans Traductions

Esta es una obra de ficción.

Los nombres de productos, logotipos, marcas y otras marcas comerciales a las que se hace referencia aquí son propiedad de sus respectivos titulares. Todas las marcas comerciales son propiedad de sus respectivos titulares.

Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos, locales e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

©2020 Leighton Greene. Todos los derechos reservados. Este libro o partes del mismo no pueden ser reproducidos en ninguna forma, ni almacenados en ningún sistema de recuperación, ni transmitidos en ninguna forma por ningún medio -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro- sin el permiso previo por escrito del autor.

Diseño de la portada: Cosmic Letterz

Edición: Mary Novak en msnovakedits.com

Grazie mille a Mary N., Scarlett P. y Alexa S., que señalaron todos los pequeños agujeros de la trama (y los gigantes también).

Este libro no sería lo que es sin vuestra aportación.

Todos los errores son definitivamente de la autora.

NOTA DEL AUTOR

El nombre irlandés Róisín se pronuncia *Ro-sheen*.

AMADO POR EL JEFE

Es bueno ser el Jefe. Eso es lo que he pensado toda mi vida.

Ahora soy el Jefe. Asumo esa responsabilidad con mi amado esposo a mi lado. Mientras tenga a Finch, puedo manejar lo que la vida me depare.

Pero lo que dicen es cierto: Ten cuidado con lo que desees.

Mi familia ha sido diezmada. Mis aliados son pocos. Me aferro al poder por un hilo.

Y la verdad es que mi marido es más vulnerable que nunca. Siempre ha sido un alma perdida, y ahora ha sufrido otra pérdida aplastante.

No puedo protegerlo de los crueles golpes del destino. Pero estoy decidido a protegerlo de nuestros enemigos, cueste lo que cueste, tan pronto como ponga en orden mi propia casa.

Porque estoy empezando a preguntarme si hay un traidor en la familia Morelli...

Si ni siquiera puedo confiar en mis propios hombres, ¿cómo podré mantener a salvo a mi amado?

CONTENIDO

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve

Epílogo

Siguiente: Atraído por el enemigo

Querido lector audaz y descarado...

Sobre la autora

CAPÍTULO UNO

Luca

Cuándo ascendí a la jefatura de la Familia Morelli -cuando me convertí en el Jefe- asumí una serie de cosas.

Supuse que correría más peligro que nunca.

Supuse que tendría que tomar decisiones difíciles.

Supuse que se me daría el respeto que mi posición merece.

Lo que no supuse fue que tendría que arbitrar a un grupo de hombres que se pelean como niños por los juguetes.

El almacén está frío, y mi aliento es un vaho de calor bienvenido en mi nariz mientras espero con creciente impaciencia que la discusión cese. Es el mismo almacén, de hecho, en el que mi equipo depositó a Howard Fincher Donovan Tercero, para que lo matara.

La vida ha cambiado mucho para mí desde aquel día. El día en que el destino me alcanzó. Pensar en Finch suele mejorar mi estado de ánimo, pero los ruidosos y chirriantes quejidos de Al Vollero, capo de mi cuadrilla de Brooklyn, tienen el poder de irrumpir en ese lugar feliz.

—Ya se lo he dicho a este imbécil dos veces: ese chico Vitali es mío. Está en Brooklyn, y ya le he preparado un trabajo como punto.

Snapper Marino, cuyo nombre de bautismo se ha perdido en el tiempo por lo que sé, retira los labios de los dientes con disgusto. —El chico es *mi primo*. Así que corre con *mi equipo*. Lo ha hecho desde el principio. Siempre lo hará. Así que a menos que ustedes dos sean...— Me mira, entonces, y sé lo que estaba a punto de decir.

Algo homofóbico.

Snapper hace como si me mirara en señal de apelación y no de culpa. —Vamos, jefe, ya hemos hablado de esto, y has dicho...

—Vitali es más inteligente que el resto de tu equipo junto y esa es la única razón por la que lo quieres—, dice Al con obstinación.

—Que se joda Vitali—, dice Nick Fontana. Como me estoy quedando sin hombres capaces, Nick está supervisando las ramas del negocio de Long Island y Staten Island, y en mi opinión también es el mejor en su trabajo. Era uno de los hombres a los que recurría Tino Morelli, cuando éste aún vivía, y lo estoy considerando como subjefe. Nick continúa, —Tenemos que resolver lo que está pasando con los envíos que vienen de...

Con eso, los tres empiezan a hablar por encima de los demás. Sé que están asustados, y tienen buenas razones para estarlo. Cada uno de ellos quiere los equipos más fuertes que puedan conseguir aunque sólo sea para proteger sus propios culos.

Después de la diezma de nuestra Familia -las deserciones, las traiciones y, lo que es más grave, el asalto total que mató a nuestro anterior Don, Augustino Morelli-, después de todo eso, no podemos permitirnos pequeñas luchas internas.

—Basta—, digo cansado.

Pero no me escuchan, e incluso Frank ha entrado en la discusión. Frank, que todavía está molesto porque no lo nombré subjefe sólo porque es mi hermano.

Habría sido un tonto si lo hubiera hecho. Es genial en una pelea y es leal hasta la muerte, pero mi hermano, aunque lo quiero, no es un hombre inteligente. Y mientras ascendía en las filas de la familia Morelli, juré que me rodearía de los hombres más inteligentes que pudiera encontrar, y que los escucharía. Quería adoptar el enfoque de los antiguos emperadores y generales romanos, como Tino siempre quiso que hiciera.

Ahora, los hombres más inteligentes han abandonado en su mayoría a la Familia Morelli, precisamente por ser inteligentes. Dos de mis tres capos son los restos de los viejos tiempos, cuando eran dos entre muchos, y podían salirse con la suya con la mitad de sus trabajos siempre que entregaran el dinero a tiempo. El tercero, Nick, es mi propio nombramiento, pero todavía está buscando su lugar como líder. Completando mi equipo de alto nivel tengo a Frank como mi ejecutor, y a Angelo Messina, aparentemente mi guardaespaldas, pero mucho más que eso.

No podría haber hecho nada sin Angelo a mi lado. A sus cuarenta años, con un rostro y un cuerpo que parecen desafiar la edad, Angelo ha hecho honor a su nombre, nombrándose mi ángel de la guarda tras la muerte de Tino. Al principio pensé que era sólo para honrar la memoria de Tino, pero en los últimos meses he empezado a sospechar que podría gustarle a Angelo. Se ha convertido en mi mentor desde la muerte de Tino, y estaría perdido sin él.

Lo bueno de Angelo es que nunca me hace sentir que todavía tengo las ruedas de entrenamiento puestas. A sus ojos, soy el Jefe. Pero para el resto de estos Capos parlanchines, parezco ser una nulidad.

Incluso Frank se está uniendo a su mierda ahora, lanzando su peso exactamente de la manera que no quiero que lo haga, actuando como si fuera

a resolverlos con sus puños. Sin embargo, esa actitud hará mucho menos daño como ejecutor que si fuera subjefe.

—¡Silencio!— Digo bruscamente, pero ellos sólo hacen más ruido.

Angelo da un paso hacia adelante, saliendo de la zona más oscura detrás de mí, hacia un punto de luz en el suelo del sol moribundo, a mi lado derecho. Es una sombra la mayor parte del tiempo, pero un pilar ardiente cuando le conviene.

De inmediato, los cuatro hombres que discuten se callan.

—Cerrad la boca—, digo innecesariamente, —y escuchad. Ya he tomado mi decisión sobre el chico Vitali. Trabaja en el equipo de Snapper. Al, si lo tenías preparado para un trabajo, estoy seguro de que Snapper estará encantado de prestarlo—. La cara de Snapper sugiere todo lo contrario, pero lo ignoro. —Y en cuanto a los envíos, Nick—, añadido, volviéndome hacia él, —también he tomado mi decisión al respecto.

—Pero jefe...—, empieza, y oigo el sonido silencioso pero inconfundible de Angelo desabrochándose la chaqueta del traje. Los ojos de Nick se dirigen a donde debe estar la pistola de Angelo, aún ajustada en su funda.

Por ahora.

Nick no dice nada más.

—Esta noche quería hablar de nuestros territorios, y de hasta qué punto la Clemenza se está adentrando en ellos—, empiezo.

—¿Cómo es que no pudimos reunirnos en casa?— Frank refunfuña, como cada vez que nos reunimos. —Aquí hace un frío de cojones, Georgie.

Ni siquiera le miro mientras sigo hablando, sigo exponiendo el mismo maldito plan que ya les he contado las tres veces. —Somos demasiado vulnerables para defendernos—, termino. —Tenemos que consolidarnos donde estamos, no dispersar aún más nuestros recursos. Y por supuesto, seguir reclutando. Necesitamos sangre nueva. Sólo asegúrense de que van a ser útiles, y leales, y que no son ratas. ¿Me habéis oído?

Todos asienten y murmuran y me dicen que me están escuchando, pero no es así. La verdad es que no. Entiendo por qué, aunque no me guste. Todavía están asustados, todavía están sintiendo sus nuevas vidas y roles desde que Tino Morelli, el pegamento que mantenía unida a la Familia Morelli, finalmente cedió.

Pero no tiene sentido exigir el mismo respeto que tenía Tino. Cuando un antiguo emperador moría, su heredero asumía la carga de gobernar Roma,

expandir el imperio, llevar la Pax Romana al mundo. Tengo la intención de hacer lo mismo, pero primero tengo que volver a construir mi ejército.

—Informes—, digo, y señalo a Al Vollero. Los miembros del equipo se turnan para contar lo que han conseguido y luego presentan sus tributos: la mayor parte de lo que sus equipos han ganado este mes. Angelo se adelanta para recoger los paquetes.

Yo nunca toco el dinero. No hasta que esté a salvo en formato digital.

—Eso es todo. Id y multiplicad—, les digo. Ninguno de ellos entiende la referencia, excepto tal vez Ángel, a quien oigo dar el fantasma de un resoplido a mi lado.

—Pero jefe, ¿qué pasa con nuestra parte?— se queja Al.

Mi práctica en los últimos meses ha sido devolver el diez por ciento del dinero a cada capo como propina en nuestras reuniones de los viernes. Era algo que hacía para demostrar mi generosidad, para mostrarles los beneficios de seguir con los Morelli.

Conmigo.

Miro a Al Vollero. Ahora, y sólo ahora, se aleja de mí. —¿Crees que te has ganado tu parte?

Su boca se abre y se cierra, tragando aire como un pez en tierra.

—Hemos terminado aquí—, les digo a todos, y se alejan corriendo. Debería hacerme sentir mejor que por fin me muestren algo de respeto, pero no puedo evitar pensar que la semana que viene volverán a quejarse como hoy, porque eso es lo que han estado haciendo todos los lunes y viernes desde que empezamos estas reuniones.

—Sólo digo—, dice Frank, acercándose y hablando como si hubiéramos tenido toda una conversación al respecto, —hace suficiente frío como para congelar las pelotas del Diablo aquí. ¿Qué hay de malo en tu casa? Diablos, podríamos reunirnos en mi casa y...

—Usa la cabeza—, digo. —¿Quieres que esos tres entren en tu casa cada semana como un reloj? ¿Haciendo saber a los federales exactamente cuándo tienen que establecer una vigilancia? ¿O avisar a la Clemenza de cuándo poner la bomba para eliminarnos a todos? Jesús, Frank.

Frank baja la boca y mira al suelo.

Dejo escapar una lenta respiración y le pongo la mano en el hombro. —No quiero que Finch corra peligro, así que no los quiero en mi casa para estas

reuniones. Y sé que tú tampoco quieres que Celia corra peligro. Especialmente no con el bebé que viene pronto. ¿Estoy en lo cierto?

Se encoge de hombros.

Si mi hermano quiere enfurruñarse, no puedo detenerlo. *Decirle que saque la cabeza del culo* está en la punta de mi lengua cuando mi teléfono empieza a zumbiar.

Mi nuevo teléfono desechable. El que cogí ayer, y al que ahora llama el sistema de identificación de llamadas.

Contesto y no digo nada.

La voz que llega es brusca, clara, profesional. —¿Luciano D'Amato?

—¿Quién es?

—Llamo de parte de la Comisión.

Giro sobre mis talones para alejarme de Frank.

—Mañana asistirá a una reunión con la Comisión—, continúa la voz. —Tomará un jet privado, junto con un máximo de otros cuatro hombres que podría elegir llevar con usted. Enviaremos un coche...

—¿Creen que voy a subirme a un coche cualquiera que aparezca en mi puerta? ¿Tomar un avión privado a quién sabe dónde? No.

El hombre del otro lado se ríe, y rompe su lenguaje de robot. —Si te subes a ese coche, pueden pasar cosas malas. ¿Si no te subes al coche? Pasarán cosas malas. A ti, y a ese bonito niño con el que estás jugando a las casitas. Ahora, donde estaba yo...

Y así como así, nuestras vidas están en peligro de nuevo, mucho más allá de lo que Sam Fuscone o los irlandeses podrían inventar. La llamada es corta y termina rápido, con la única respuesta que podría dar.

Sí.

Sí, me pondré en marcha cuando la Comisión me llame. Pondré mi vida en sus manos y confiaré en que las viejas costumbres se mantengan, que nadie me vuele los sesos en cuanto ponga un pie en... donde quiera que vaya.

Compruebo rápidamente mi correo electrónico -mi correo privado, que de alguna manera también tienen- y encuentro los detalles.

Chicago. La reunión se celebra en Chicago.

—¿Malas noticias?— me pregunta Frank cuando vuelvo a acercarme.

No sé qué responder. Ya estoy pensando en todas las posibilidades.

—*Georgie*—, insiste Frank. —¿Cuál es el problema?

Aparto el teléfono y miro a Angelo. He llegado a confiar en él para algo más que la protección. Es uno de los llamados ‘Vieja Guardia’. Sabe cosas que yo no sé. Cosas que necesito saber.

—Frank—, digo, —Soy tu hermano, pero también soy tu jefe. Esta mierda de *Georgie* tiene que parar—. *Georgie* es lo que me ha llamado desde nuestra adolescencia, cuando decía que rompía corazones regularmente. *Besaba a los chicos; los hacía llorar*. Lo odio, por eso lo usa.

—Aw, sabes que sólo soy...

—Lo digo en serio.

Frank me lanza una mirada hosca. —Es cierto, soy tu hermano. Entonces, ¿cómo es que no puedo ser Subjefe, eh?

Hemos hablado de esto tantas veces que tengo que luchar para no mostrar mi frustración. —Eres mejor como Ejecutor. ¿No te lo he dicho una y otra vez? Espero que mantengas a raya a esos Capos perezosos.

Frank se encoge de hombros. —No me escuchan, porque saben que no soy lo suficientemente importante como para ser Subjefe.

—Tienes más influencia de la que crees. Se fijan en ti para ver cómo comportarse. Cuando ven que no me respetas, ¿por qué deberían hacerlo?

—¿Por qué debería respetarte si tú no respetas...?—, empieza, explotando como siempre, pero se detiene de repente, mirando por encima de mi hombro. Sus ojos vuelven a mirarme, duros y negros. —Oh, ¿es así, *Georgie*? ¿Eres tan jodidamente importante que ahora haces que tu guardaespaldas resuelva las discusiones familiares por ti?

—Vete a casa, Frank—, digo, repentinamente agotado. —Y haz feliz a Celia yendo directamente allí por una vez en lugar de ponerte en marcha de antemano.

Puedo ver un *Que te jodan* rondando por sus labios, pero se da la vuelta sin decir nada más y sale a toda prisa del almacén.

Espero a oír el chirrido de su coche antes de dirigirme a Angelo. —No necesito que me protejas de mi propio hermano, Angelo.

Angelo, que sigue a varios pasos de mí, extiende las manos. —No he hecho nada, jefe. Debe estar leyendo las cosas.

Ahora sí suspiro. Lo que dice Ángelo es probablemente cierto. El mero parpadeo de Ángelo o el tic de su dedo meñique suelen poner a la gente de los nervios. La reputación de Angelo no sólo le precede. Se ha derramado en las calles de esta ciudad.

Ahora es mayor, tiene más de cuarenta años y sigue siendo sorprendentemente atractivo; el tipo de hombre que esperaría ver en las pasarelas de las casas de moda italianas y no aquí, en un viejo y polvoriento almacén. —La llamada era de la Comisión.

Asintiendo, Angelo dice: —Era sólo cuestión de tiempo.

—Viajaremos mañana por la noche. A Chicago. Tú, yo y otros tres. Frank será uno de ellos. Si no, perderá la cabeza.

Angelo sólo asiente de nuevo. Todo le da igual.

—¿Y bien?— Pregunto, cambiando de tema. —¿Qué tal lo hice?

Ante eso, Ángelo frunce el ceño. —No es mi lugar.

—¿De verdad vamos a hacer esto siempre?— Paso junto a él para coger mi chaqueta de donde la dejé sobre el respaldo de una silla. Incluso quité el polvo de la silla antes de hacerlo, imaginando la cara de Finch si llegaba a casa con mi Armani cubierto de mugre. —Vamos, Angelo. Sabes que me gusta escuchar tu opinión. ¿Qué pensaría Tino de cómo estoy manejando las cosas?— Hay una pausa, y sé que eso significa que he hecho algo mal. Me doy la vuelta para mirarle. —Dime.

Lo que me gusta de Angelo es que no se anda con rodeos. Cuando está seguro de que quiero su opinión, me la da.

—No fue inteligente retener el dinero de los hombres.

Él da su opinión, de acuerdo. —Dijiste que no era prudente darles una mayor tajada en primer lugar—, digo, poniéndome la chaqueta y colocándola en su sitio. Huele a casa. Como Finch.

De repente, lo necesito.

—Dije que se lo esperaban—, replica Angelo. —Y ahora lo hacen. Hoy, cuando les has ocultado algo, lo han visto como si les hubieras quitado algo que se merecían.

Tiene razón, y lo veo, pero no me importa.

Mi mente está en Finch.

—Ya era hora de que dejase de dárselo, de todos modos. Debería haberte hecho caso desde el principio—. Le doy una palmada en el brazo. —Vamos, salgamos de aquí.

—Oh, ¿tiene que estar en algún sitio, jefe?—, pregunta, pero sus ojos brillan.

—Ya lo sabes. Es la noche de la cita.

CAPÍTULO DOS

Finch

Sostengo en la barbilla un vestido de novia con volantes y espumoso que habría sido demasiado incluso en la década de la que procede. —¿Qué te parece?— Pregunto en voz alta. —¿Tal vez debería haber optado por algo así en mi gran día?

Celia D'Amato suelta una risita nerviosa. —Shh—, dice en un tono bajo. —Creo que la Sra. Murphy donó ese.

Los dos miramos a través de la sala comunitaria a la señora Murphy, que no cabría en el vestido hoy en día, pero cuyo estilo no parece haber cambiado mucho desde su boda. Ella frunce los labios hacia nosotros dos.

—El humor no es bienvenido—, murmuro. —Tomo nota.

Celia sacude unos vaqueros de cintura alta lavados al ácido y empieza a doblarlos. —No tenías que venir—. Sólo hay un leve olor a reproche en su tono, pero aún así me irrita.

Me doy la vuelta para tirar el vestido a la pila de la tintorería. —Estoy aquí, ¿no?

Estoy aquí, joder, y *aquí* es el maldito salón de la iglesia de nuestra parroquia local, donde estoy ayudando a mi cuñada Celia -me gusta llamarla mi hermana forajida- a clasificar las donaciones mensuales de ropa, y recibiendo miradas de reojo de varios bienhechores que asisten a la iglesia católica de Nuestra Señora de la Misericordia.

Desde toda la mierda que pasó, Celia se ha centrado mucho en la iglesia. Supongo que toda la muerte la sacudió. Yo esperaba que escapara por medio de ayudas farmacéuticas, dado su historial de pastillas, pero las ha dejado por completo y se ha lanzado a trabajar en la iglesia.

Ni siquiera le gusta ir de compras estos días. —Celia, Celia, ¿por qué me has abandonado?— Le pregunté la última vez que rechazó mi oferta de almuerzo y compras de moda.

A ella no le hizo mucha gracia.

Cee ni siquiera lleva mucho tiempo viniendo a Nuestra Señora, lo que hace que le escueza aún más. Celia y Frank se mudaron a Manhattan hace unos seis meses a otra de las propiedades de Tino Morelli. Cee tardó mucho tiempo en admitir que ir y venir por el puente de Brooklyn para hacer buenas obras era demasiado tiempo, así que cedió y empezó a asistir a su parroquia local. Es una de las que están en la parte buena de la ciudad y que hace

muchas obras en la parte mala, y me pregunto si Celia la eligió porque no siente que encaje con los tipos del centro de Manhattan.

O quizás Cee eligió esta iglesia por su belleza. Es un gran y ridículo edificio neogótico para bodas y me encantó en cuanto lo vi, pero no la gente que había dentro. Además, cuando nos mostraron el salón comunitario adjunto detrás de la iglesia, que no es una obra maestra de la arquitectura, me imaginé que todo esto iba a ser un fracaso.

Y estaba en lo cierto. A las mujeres -todas son mujeres, excepto el cura y mi guardaespaldas Marco, que está tomando té y comiendo pastel en un rincón y fingiendo que forma parte de las paredes- parece gustarles Celia, pero no me aprueban.

Pero sé que Celia está tratando de dar una buena impresión, así que me he mantenido casi a raya. Lo que no sé es por qué demonios me ha invitado hoy. Tal vez esté preocupada por mi alma, la muy dulce.

—*Estás aquí*, pero tu cabeza no—, suspira Celia, acercándose a mí para devolver el vestido al montón. —Los dobladillos de esta cosa se están cayendo.

Quiero a mi hermana forajida, pero esto es una mierda. ¿Finch D'Amato, hijo bastardo de Tino Morelli y marido del nuevo jefe Morelli, clasificando donaciones de moda de segunda mano y de tercera categoría?

—Sabes, todas las perras ricas que viven en Manhattan, podrían permitirse dar mejores donaciones—, murmuro, surcando la montaña de ropa que tengo delante.

—Estas donaciones vienen de toda la ciudad, no sólo de esta parroquia. Mira, si sólo vas a quejarte toda la tarde...

—¿Quién, yo?— Le hago un gesto con las pestañas, y ella no puede evitar sonreírme.

—Quizá podrías ayudarme en la iglesia, si no te gusta tanto la moda—, dice una voz suave y divertida desde detrás de nosotros.

Genial. Esto es todo lo que necesito. Me doy la vuelta un segundo más despacio, sólo para que el tipo pueda sentir realmente la escarcha. —Sí me gusta la moda—, le digo. —Ese es el maldito problema, Padre O'Leary—. Levanto una camiseta desteñida hasta el blanco con la palabra *Hypercolor* en la parte delantera para que me entienda.

Su sonrisa ni siquiera vacila. —Como he dicho antes, por favor, llámame Aidan. Definitivamente no soy un Padre; sólo un seminarista que ayuda en lo que puede.

Bueno, eso explica los vaqueros y el jersey en lugar de la sotana y el alzacuellos. Le devuelvo la sonrisa falsa. —¿Seminarista, eh?

Celia, que se da cuenta de que estoy a punto de hacer un chiste vulgar, interviene. —¿Cómo fue la venta de pasteles del miércoles, Aidan?

—Maravilloso, maravilloso. Siento que no pudieras estar allí, pero tengo entendido que tenías reservada una ecografía. Espero que todo vaya bien con el embarazo.

Las orejas de Celia se ponen rojas y se toca el bulto que tiene debajo de la ropa, una barriga de bebé hecha a medida que se suele usar en el escenario. Tenemos diferentes tamaños para las distintas etapas del embarazo. Celia los odia. Pero los lleva.

—Sí, todo bien—, chilla. —Genial, de hecho. Simplemente... genial.

No es una buena mentirosa, mi hermana forajida.

—Puedo hornear algunos productos para la próxima vez—, digo. —Brownies realmente especiales, si sabes a qué me refiero. La gente se vuelve loca por ellos.

—Um, si te refieres a los brownies de cannabis, me temo que...— Aidan comienza, frunciendo el ceño.

—Vaya, qué manera de pisotear la broma, padre.

—Por favor, sólo Aidan está bien.

—¿Sabes cuál es el problema de Finch?— pregunta Celia, sonriendo desesperadamente. —No sabe todo el bien que la Iglesia hace por la comunidad. Le he traído aquí para intentar enseñárselo.

—Y yo que pensaba que íbamos a infligir estos trapos a la gente como parte de su penitencia.

Aidan O'Leary se ríe como si creyera que estoy bromeando. La señora Murphy y sus compinches del otro lado de la habitación se inclinan y susurran airadamente entre ellas, mirándome fijamente.

—¿Por qué no vas a ayudar a Aidan?—, dice Celia rápidamente. —Y yo terminaré aquí.

Decido hacer la vida de Celia un poco más fácil y seguir al sacerdote. Disculpe, *seminarista*. Marco se levanta de un salto del otro lado de la habitación y lo sigue, pero ¿cuántos problemas puede dar un seminarista flaco?

"Llamame-Aidan" no para de charlar, hablándome de lo maravillosa que es Celia, de lo generosa que es con su tiempo a pesar de estar embarazada, y de cómo ha encajado perfectamente en el Comité de Damas y en el Club de Diversión de los viernes, sea lo que sea eso.

—Celia es estupenda—, digo cuando entramos en la iglesia. —En eso estamos de acuerdo.

Aidan se gira para mirarme por encima del hombro. Ha captado mi tono. —¿En eso, y sólo en eso?— Se detiene y se inclina para ajustar un libro de oraciones en el banco por el que pasamos.

—Supongo que sí. No soy religioso.

Vuelve a sonreírme amistosamente, como si creyera que eso va a descongelar la escarcha que tengo. —Sí. No lo pareces.

—¿Qué diablos se supone que significa eso?

Mueve una mano de arriba a abajo por mi cuerpo, casi sonriendo. —Ya sabes lo que quiero decir. Todo esto que tienes en marcha. No me malinterpretes—, dice por encima de su hombro, y se va por el pasillo de nuevo. —Puedo apreciar un gran 'fit' tanto como el próximo neoyorquino.

—¿Un gran qué?

Se gira, caminando hacia atrás, con las cejas levantadas. —Un gran 'fit', repite. —¿Outfit?

Hoy llevo unos pantalones de entrepierna de Rick Owens en color bronce y una chaqueta bomber a juego, elegidos únicamente con la intención de irritar a los feligreses. Mi querido marido resopló al verme, y yo le devolví el gesto con un gesto de sorpresa.

—Parece que te has cagado en los pantalones—, dijo Luca mientras tomaba su café expreso y sus galletas.

—Puedes chupar una polla—, le respondí. —Hoy tengo la misión de salvar a Celia de las garras católicas.

Luca se limitó a sacudir la cabeza con una sonrisa y volvió a su café.

¿Y ahora un puto cura me desprecia?

¿A mí, Finch D'Amato, Banco de la Casa Morelli, Reina de Nueva York?

No lo creo.

—Tienes que dejar ese rollo de *¿Cómo estáis, compañeros?*—, le digo mientras giramos a la izquierda y nos dirigimos a una puerta. —Nunca vas a ser guay, tío. Lo siento. Es un suspenso automático para los curas.

Aidan se ríe una vez más y me conduce a través de una puerta, por un pasillo corto, y a una pequeña biblioteca. Está repleta de libros y apesta a papel viejo. En el centro de la sala hay una larga mesa que parece lo suficientemente antigua como para haber sido hecha con la madera de la cruz original. Aquí también hace frío y empiezo a desear haberme puesto algo más ajustado en la entrepierna para mantener a los chicos calientes.

—Encenderé el calentador de gas—, dice el cura, temblando él mismo, y se dirige alrededor de la mesa hacia el calentador del rincón. —El padre Benedicto me pidió que doblara el boletín semanal—. Señala la pila de papeles que hay sobre la mesa. —Los repartimos en la puerta los domingos. Sigo sugiriendo que los enviemos por correo electrónico en su lugar, para salvar algunos árboles, pero...— Se encoge de hombros. —La Iglesia no es precisamente conocida por su capacidad de adaptarse a los tiempos. Además, tenemos muchos feligreses de edad avanzada que no están en línea.

—Qué increíblemente fascinante, por favor, cuéntame más—. Preferiría sentarme en este extremo de la mesa, mantener las distancias, pero la estufa de gas está encendida y se me arrugan las pelotas. Me apresuro a tomar asiento junto a él, justo en la esquina de la mesa, y Aidan se sienta a la cabeza, de espaldas al calentador.

—De acuerdo—, dice con facilidad, —¿qué tal si doblamos un rato?

—Me parece bien. Marco, ¿qué tal si compruebas a Cee?

Marco mira a Aidan, evaluándolo. —De acuerdo, Sr. D—, dice. Aparentemente Aidan no parece una amenaza. —Vuelvo pronto—, añade con una mirada significativa.

Aidan y yo cogemos cada uno un montón de papeles y yo le copio, doblándolo por la mitad, una vez. Se vuelve aburrido rápidamente, y ojeo uno para distraerme, pero todo parece ser un montón de tópicos nauseabundos sobre la última tragedia nacional, seguidos de noticias sobre Nuestra Señora de la Merced y sus feligreses. Una tarta de manzana de la Sra. O'Leary ganó el concurso de repostería del mes pasado, al parecer.

—¿Pariente tuyo?— le pregunto a Aidan, señalando el nombre.

Él suelta una carcajada de agradecimiento. Me dan ganas de estrangularlo.

—No. Bueno, no que yo sepa. Posiblemente una tía lejana. Hay muchos O'Leary por aquí.

—Eso es seguro. Cuando era un niño en Boston, tenía un guardaespaldas llamado O'Leary—. El pobre Jim O'Leary, que me entregó a la banda de Fuscone hace tantos meses y que, en cierto modo, inició la trayectoria de mi nueva vida.

—Lo sé—, dice Aidan, todavía doblado. —Era mi tío. La familia Donovan lo mató por contar cuentos, o eso he oído.

Me levanto tan rápido que mi asiento sale volando, y Aidan levanta la vista sorprendido. —Vaya, ¿estás bien?

—Sabes quién coño soy—, digo, y no es una pregunta. —Jim O'Leary me vendió a Sam Fuscone.

Busco a tientas mi alarma en el bolsillo. Envía una alerta SOS inmediata con mi última posición conocida a Marco y Luca, pero algo me hace esperar para pulsarla.

Aidan me mira de arriba abajo, sin expresión, y vuelve a doblar. —Según he oído, el tío Jim te vendió a la familia Morelli. Y así es como acabasteis casados. Pero los Morelli dejaron ir al tío Jim, y fueron los Donovan quienes lo mataron al final.

Intento respirar más despacio, maldiciéndome por hacer que Marco fuera a ver a Celia. Sabía que era una tontería confiar en un cura. —Si vas a reventar, debes saber que mi marido se lo tomará como algo personal.

Aidan deja de doblar y se queda mirando. —¿Crees que quiero matarte? Soy un hombre de Dios, Finch.

—Serás un hombre de Dios muerto en cinco segundos si no te explicas—, gruño.

—Lo siento—, dice Aidan, aunque su rostro se ha puesto pálido. —Parece que he dicho algo malo. Y me temo que no permitimos armas en la casa de Dios. Si has traído un arma, tendrás que irte.

—Yo no soy el que tiene el arma. Sería mi guardaespaldas, y puedo llamarlo aquí con sólo pulsar un botón—. Saco el llavero-alarma del bolsillo y lo agito. No llevo las llaves de la casa -eso es cosa de Marco-, pero he colocado un montón de baratijas en el llavero junto con el botón de la alarma, y emite un alegre tintineo cuando se lo agito a Aidan.

No podría sonar menos amenazante en este momento si lo intentara.

Aidan se pone de pie, con la cabeza levantada y desafiante, y me mira. —Antes dijiste que no podíamos estar de acuerdo en muchas cosas—, dice en voz baja. —Pensé que al menos podíamos estar de acuerdo en la inutilidad de los rencores familiares y el asesinato. Esa es la única razón por la que mencioné a mi tío. Era un matón, y no voy a defender la forma en que eligió vivir su vida. Rechazo la violencia en todas sus formas, y mis padres rompieron los lazos con el tío Jim incluso antes de que yo naciera. Era la oveja negra de nuestra familia, supongo. Pero rezo cada noche por su alma. Me gustaría rezar por ti también. Lo que te ha pasado recientemente, la forma en que te han utilizado como moneda de cambio, creo que es una parodia. Pensé -esperaba- que podríamos ser amigos.

Por desgracia, Celia elige ese momento para tropezar sin aliento por el pasillo justo cuando respondo. —Es más probable que te mate que te haga mi amigo, cariño.

—¡Finch! Por el amor de Dios, ¿qué?—, chilla.

—No pasa nada, Celia—, interrumpe Aidan. —Sólo era una broma.

Por un momento nos quedamos congelados, y luego vuelvo a meter la alarma en el bolsillo. —Es hora de que nos pongamos en marcha, Cee. Ve a buscar a Marco y haz que traiga el coche. Ya has hecho bastantes buenas obras por hoy.

Celia, con la cara roja, se vuelve hacia mí. —Me estás avergonzando—, sisea. Mira a Aidan. —Lo siento mucho, Aidan. Nunca debí haberlo traído. Sólo quería...

Aidan vuelve a sonreír, aunque sigue muy pálido. Se inclina para recoger los papeles y baraja los boletines en una pila. —Me alegro de que lo hayas traído, Celia. Esperaba que pudiéramos aclarar algo, pero debería haber elegido mis palabras con más cuidado. Pero, Finch...— Me mira directamente. —Quise decir lo que dije. Si puedo ser de ayuda...

Suelto una carcajada, salvaje y alocada, y Aidan se estremece. —¿Tú? ¿Ayudarme?

—Vamos—, dice Celia, y se aleja por el pasillo.

Me giro para seguirla, pero me detengo en la entrada de la iglesia. Aidan me ha seguido hasta el largo pasillo central de la iglesia. El corazón aún me late dolorosamente en el pecho. Que me sorprendan así me ha demostrado que aún estoy en carne viva con... bueno, con todo. Pero hay una cosa de la que estoy seguro.

—No necesito ayuda—, le digo a Aidan, volviéndome hacia él. —Y desde luego no de ti. Mi marido me quiere y yo le quiero.

Se apoya en la puerta, con los brazos cruzados. Sería atractivo, incluso sexy, si no fuera por todo lo demás. —No te gusto mucho—, dice pensativo. —No desde el primer momento en que me viste, desde que Celia te presentó. Así que no es sólo por mi tío. ¿De qué se trata? ¿Lo de Dios?

Resoplo. —¿Quieres saber por qué no me gustas? Bien. Eres irlandés. No me gustan los irlandeses y no me fío de ellos.

—Pero eres irlandés.

Marco ha llevado el coche hasta la parte delantera de la iglesia, aparcando en doble fila e ignorando los furiosos bocinazos del tráfico que se acumula detrás en la Quinta Avenida. Celia me espera impaciente al pie de la escalera.

Debería irme. Pero no puedo resistirme a dar un paso rápido hacia Aidan, en su espacio personal, y algo oscuro dentro de mí se retuerce agradablemente cuando lo veo retroceder.

—Me llamo Finch D'Amato. ¿Te suena jodidamente irlandés?

Con eso, bajo corriendo las escaleras y me meto en el coche con Celia.

Se pasa todo el trayecto de vuelta echando pestes de mí, y yo se lo permito, aunque para empezar debería haber sabido que no debía llevarme con ella.

—¿Y por qué tuvimos que irnos tan temprano?—, termina, mirando su teléfono. —No es que tengas nada mejor que hacer.

—En realidad, sí lo tengo—, digo despreocupadamente, mirando por la ventanilla a Central Park mientras pasamos por delante. He descubierto que mi hermana tiene un temperamento feroz pero fugaz, y es mejor dejar que la ola llegue a su punto álgido y se estrelle que intentar frenar la marea.

—¿De verdad?—, pregunta, escéptica.

—De verdad. ¿No es así, Marco?— Digo más alto, y Marco me mira por el espejo retrovisor.

—Así es, señor D—, asiente.

Ante la mirada de Cee, le recuerdo: —Es la noche de la cita.

CAPÍTULO TRES

Luca

Ni siquiera he estado casado un año, pero no puedo imaginarme volver a mi antigua vida. Finch es mi primera prioridad estos días, y yo, a su vez, soy la suya. Nos ha funcionado bien mientras nos asentamos en la domesticidad, o en nuestra versión de ella.

Nunca he estado en deuda con nadie antes, pero descubro que me gusta.

Antes de Finch, vivía para el trabajo. Ahora me doy cuenta de lo injusto que era para mi hermano. Lo arrastraba hasta tarde, alejándolo de Celia, que esperaba en casa, nerviosa y preocupada. Nunca se me ocurrió el estrés que tenía que soportar, pero cada mañana, cuando Finch me besa y me dice que tenga cuidado, puedo ver en sus ojos la misma mirada que he visto a lo largo de los años en los de Celia cuando se despidió de Frank.

Es miedo.

Miedo a que sea la última vez que me vea con vida.

No me gusta ver esa expresión, pero tampoco puedo hacer lo que una vez, tímidamente, me pidió que hiciera: comprobar regularmente, enviar mensajes de texto, llamar, hacerle saber que estoy bien. En mi negocio, no es prudente arriesgarse a decir nada directamente o tener un contacto previsible con nadie. Es bastante estúpido por mi parte tener el rastreador en mi anillo de boda que me han puesto, pero Finch es el único que lo sabe, como yo soy el único que sabe del suyo.

Pero en un momento dado, Finch se puso extraparanóico hasta que le senté y le señalé los peligros de los controles regulares.

—De acuerdo—, dijo enseguida. —Lo entiendo. Pero cada vez que sales de esta casa puede ser la última vez que te vea.

Es raro que los hombres en mi negocio lleguen a la edad de jubilación. Mi predecesor lo hizo, y luego murió en un tiroteo igual.

—Tengo cuidado—, le prometí, aunque no fue suficiente, ni mucho menos. —Tengo a Angelo, como tú tienes a Marco.

Ni siquiera la mención de nuestros guardaespaldas pudo consolarlo. Así que todavía está luchando con ello, pero está aprendiendo a aceptarlo. Y tenemos nuestros propios rituales. Cada mañana, antes de salir, me besa en la puerta y me dice que tenga cuidado, como una bendición. Cenamos juntos siempre que es posible, aunque después tenga que volver a salir a trabajar.

Y luego está la Noche de Citas, todos los viernes, cuando dejo de lado los negocios durante toda la noche y me centro en él.

No es que sea una prueba en absoluto centrarse en Finch. Sigue encontrando formas de sorprenderme y deleitarme a diario. Han ocurrido cosas terribles y temibles a nuestro alrededor y a nosotros, pero cada mañana, cuando me despierto con él en brazos, susurro una oración de agradecimiento a la Madre María. Y entonces le despierto y empiezo bien el día.

Ahora llego a casa con la esperanza de empezar bien la noche, pero Finch no me está esperando en la cocina como de costumbre, con un vaso de vino y un cuento de su día. Ya le he dado la noche libre a Angelo, que por otra parte me acompaña cada vez que salgo de casa.

—¿Pajarito?— Llamo, y oigo una débil respuesta desde arriba.

Ah. El dormitorio.

No me molesto en comprobar mi sonrisa mientras subo corriendo las escaleras, llamándole por su nombre. Hubo un tiempo en el que mantuve a mi marido a distancia, lo mantuve desequilibrado y en vilo. No quiero que dude de mi amor por él durante el resto de este matrimonio, durante el resto de nuestras vidas. Así que me recuerdo a mí mismo, cada día, que debo abrirme a él. Que debo compartirme con él. Demostrarle con cada palabra y acción lo que significa para mí.

Irrumpo en nuestra habitación, pero me detengo en la puerta para contemplarlo. Acaba de salir de la ducha y entra en la habitación, con el pelo todavía goteando y la toalla atada a la cintura. La sonrisa que ilumina su rostro refleja la mía.

—¡Luca! Llegas pronto—, me dice. —Iba a sorprenderte...

—Oh, todavía puedes—. Me acerco a grandes zancadas para quitarle la toalla y empujarlo a la cama, boca arriba, donde se apoya en los codos, con los ojos brillantes. Mi marido, el hedonista, el buscador de placer, la cosa más bonita que he visto en toda mi vida. Abro sus muslos y me deslizo entre ellos, de rodillas.

—Esto se siente más como si me dieras una sorpresa...ohh—. Se deja caer de nuevo, sin huesos, mientras presiono mis dientes suavemente en la carne de su muslo superior. —Me gustan las sorpresas.

—Me gustas—, le digo.

Y lo digo en serio.

No me gusta mucha gente. Quiero a mi familia de forma feroz y protectora: este marido mío, mi hermano y su mujer. Necesito a otras personas -Angelo y Marco, mis Capos- y luego hay gente que me resulta útil. Soldados. Aliados. Contactos.

Pero no me gusta genuinamente mucha gente. Nunca lo ha hecho. Me gusta Finch tanto como estoy enamorado, y eso, para mí, es siempre una maravilla.

Aparto los pensamientos. La dulce polla de Finch se está llenando bajo mis besos y ahora no es el momento de la introspección.

Es el momento del placer.



Nunca llegamos a salir a cenar como habíamos planeado. La gente normal tarda tres meses en conseguir una mesa en el restaurante que hemos reservado para esta noche, pero estos días simplemente dejo caer mi nombre en cualquier lugar, a cualquier hora, y nada es demasiado problema. Hay una mesa disponible, pero no una mesa cualquiera: una gran vista, apartada de los demás comensales para tener intimidad, y un camarero dedicado cuyo único propósito es atender nuestros caprichos.

No es sólo en los restaurantes. En los grandes almacenes, en las oficinas de las empresas, cuando me corto el pelo, incluso en la calle, todo el mundo se desvive por complacer, halagar y hacer caso al jefe de la familia Morelli. Me respetan allá donde voy... excepto mi propio hermano y mis Capos.

Y al final, todo parece no tener sentido. Mucha gente murió para ponerme en esta posición, y no estoy seguro de cuánto lo disfruto.

—Tenemos que tomar algunas decisiones sobre Connie—, dice Finch, después de tragar un enorme bocado de comida. Nos tomamos nuestro tiempo el uno con el otro a primera hora de la noche, y le saqué más de un clímax antes de llamar al restaurante y pedirles que lo entregaran.

No hacen entregas. Pero para nosotros, hacen excepciones.

Estamos comiendo en mi habitación favorita: la cocina. No es que Finch o yo cocinemos mucho, pero aquí es donde comemos todas las noches. Es grande y espaciosa, de planta abierta, con suelos de madera y vigas a la vista y luces cálidas, y nos sentamos en la vieja mesa y las sillas de la zona de comedor para cenar y ponernos al día de lo que hemos hecho cada día. Le doy a Finch una versión eufemística y editada de los hechos, para que tenga

una negación plausible cuando -no si- los federales llamen a la puerta. La interferencia de la ley en mi negocio es algo inevitable, pero manejable.

Finch, por su parte, sigue escuchando en los portales. Pero he aprendido lo suficiente sobre él como para saber que es inútil intentar que deje de hacerlo y, además, sus consejos han sido inestimables. Lo llamo mi *consigliere* informal, ya que el oficial desertó al lado de nuestro enemigo.

En cuanto a los días de Finch, parecen llenarse cada vez más. Me hace feliz verle ser feliz. Tal vez aún no esté del todo ahí, pero está en camino.

Pero ahora esto. Connie Taylor. La amante de Tino Morelli, embarazada de su hijo, actualmente en coma en el hospital por nuestro dinero. Pero Celia insistió en que Connie querría que su bebé naciera, y Finch estuvo de acuerdo.

—Pensé que ya habíamos decidido lo de Connie—, digo tras una pausa, mientras me sirvo mi risotto de limón soleado. Viene con un cuadrado de pan de oro comestible, y voy a ser sincero, esa es la razón por la que es mi plato favorito del menú. Devorar la riqueza me atrajo durante mucho tiempo. Ahora que empiezo a digerirlo, me pregunto si lo que he comido me sienta bien después de todo.

—Cee no está contenta—, dice Finch.

Levanto la vista hacia él. —¿Cómo no va a estar contenta? Está consiguiendo todo lo que...

—No. No lo digas, no quiero oírlo, no después del día que he tenido. Vamos, Luca, sólo porque no entiendes lo difícil que es para ella...

—Lo entiendo—, digo tajantemente, y hay muchas más palabras alineadas y listas para salir, para correr de mi boca hacia alguna mierda de línea de meta, pero me detengo antes de apretar el gatillo de arranque.

Finch y yo estamos forjando una relación, encontrando formas de trabajar en equipo, pero Connie ha sido un punto de fricción entre nosotros. Es un fallo mío, y lo sé, que no tengo en cuenta los vínculos emocionales. No es que los subestime; sé mejor que la mayoría cómo el amor, el odio, los celos y el afecto, todas esas reacciones emocionales desordenadas, pueden llevar a un hombre a actuar en contra de sus propios intereses. Dios sabe que he hecho cosas por Finch que nunca habría hecho por nadie más.

Pero Connie está muerta, y en mi opinión es hora de seguir con el proceso de duelo. Es una crueldad dejarla ahí e incubar una vida cuando la suya ya se ha extinguido. Finch pensaba lo mismo en un principio, pero supongo que para él es diferente. El bebé es su medio hermano, después de todo.

Todos esos sentimientos que se interponen al sentido común.

—No es sólo Celia—, dice Finch, frunciendo el ceño. —El hermano de Connie está haciendo ruidos para verla...

—No puede entrar en esa habitación, no hasta que nazca el bebé. No puede saberlo. Nadie puede saberlo.

No con Sam Fuscone, uno de nuestros mayores enemigos, rebuznando todo el tiempo sobre cómo planea hacer que la línea de sangre Morelli se extinga completamente. Se mueve únicamente por su ansia de venganza desde que Frank y yo matamos a su sobrino, Joey Fuscone, y a un montón de sus hombres.

La noticia de que Finch es un Morelli de sangre se difundió rápidamente, y Finch es el primero en su lista. Si Fuscone se entera del bebé, la hermanastra de Finch... bueno. Así que, para proteger al bebé, Celia y Finch idearon un loco plan de falso embarazo. Personalmente, pensé que habían visto demasiadas telenovelas.

Y sin embargo, aquí estamos.

—Pero una vez que el bebé nazca...— Finch intenta de nuevo.

—Entonces este hermano podrá ver a Connie. Realmente no veo qué más hay que hablar. Estamos de acuerdo aquí, ángel. ¿A menos que hayas cambiado de opinión?

—Por supuesto que no—, escupe Finch. Dejo el tenedor y le miro de verdad. Tiene la cara roja y respira con dificultad. —Pero es lo que te digo: el hermano de Connie está allí todos los días. Se está desesperando.

—Debería haberse preocupado por ella cuando Connie estaba viva—. Ni Finch ni yo pensamos mucho en los padres de Connie, nativos de Nueva Jersey que la repudiaron a los catorce años. Ni siquiera han vuelto a preguntar por su hija desde que se enteraron de que estaba en coma.

Su hermano, en cambio, apareció justo después de que ocurriera, lleva meses viniendo a Nueva York, pero quiero que se mantenga al margen, al menos hasta después del nacimiento.

El bebé va a heredar una suma considerable cuando nazca. Si es que nace. Pero no se trata del dinero. Para Finch, es la familia. Para mí, es el honor. La última instrucción que me dio Tino Morelli fue la de proteger a sus hijos de cualquier daño, y la familia Morelli todavía tiene suficiente influencia en el sistema legal de Nueva York para asegurar que podamos mantener a Connie

secuestrada, y que Frank y Celia reciban la custodia del niño en secreto, sin hacer preguntas.

Finch deja el cuchillo y el tenedor. —Esposo. No me estás *escuchando*. Este tipo no se va a ir. Quiere ver a su hermana; dice que no se irá hasta que le dejemos entrar en la habitación.

—Pero por qué demonios...

—Luca—, gruñe Finch. —Ponte en su lugar. Imagina que eres tú, con Frank en esa habitación. ¿Qué harías?

Fácil. Sobornaría, amenazaría, engañaría y, si eso no funcionara, mataría a cualquiera que se interpusiera entre mi hermano y yo.

—Punto tomado—, concedo. —Entonces, ¿qué convencerá a este hermano para que se retire? ¿Cómo se llama?

—Hudson. Al parecer es su gemelo. Celia y yo nos reuniremos con él mañana en el hospital. ¿Sabes que no le han dado ninguna información sobre Connie, nada sobre su pronóstico?

—Espero que no. Hemos pagado una fortuna a ese hospital para que nadie cuente nada.

—Este es su hermano, Luca. Él la quiere, y ella... Sabe que se está muriendo. Es cruel que le impidamos verla.

Intento recordarme a mí mismo que Finch y yo somos un equipo. Pero algo se agita en mi interior, algo protestón y oscuro. —Parece que ya has tomado una decisión—, digo. —Entonces, ¿por qué acudir a mí para hablar de esto?

Finch me echa una mirada apreciativa antes de servirse lo último de la ensalada Caprese, apilándolo sobre una rebanada de focaccia tachonada de romero como un sándwich abierto. —Porque eres el Jefe, cariño—, dice simplemente. —En última instancia, esta decisión es tuya.

—¿Lo es?

No sé qué me pasa, este extraño enfado.

—Lo es—, dice Finch simplemente, y levanta la focaccia para darle un enorme mordisco. Como si llenarse la boca fuera a poner fin a la conversación.

En realidad, sus palabras han calmado a la bestia que se estaba despertando en mi interior. He heredado mi posición como cabeza de la familia Morelli, mientras que Finch ha heredado los miles de millones de

nuestro anterior Don. No me importa el dinero, o no tanto como a Finch. El dinero es bastante fácil de hacer en mi negocio, y como jefe de la Familia, voy a hacer más que la mayoría. Y puedo decidir cómo se reparte ese dinero entre nuestras filas. Puede que hayamos sido adelgazados recientemente, pero veo eso como una oportunidad. Podemos elegir a nuestros reclutas, y menos miembros de la familia significa más dinero para repartir. El dinero compra muchas cosas, incluyendo una cierta cantidad de lealtad.

Pero no mi lealtad, porque la mía no se puede comprar. Así que, no. No me importa el dinero.

Me importa el respeto.

Finch discute conmigo a menudo, y eso me encanta de él, pero a veces algo feo e infantil surge dentro de mí y cuestiona sus motivos. Me recuerdo a mí mismo: es el hijo natural de Tino Morelli y, sobre todo, mi marido. Si hay alguien en el mundo que debería poder replicar al jefe de la familia Morelli, es este tipo sentado frente a mí atiborrándose de cremosa mozzarella de búfalo.

—Deja que el chico vea a su hermana—, digo al fin. —Pero dile que no se va a quedar con el bebé, y si se lo cuenta a alguien en la tierra, especialmente a sus padres, le cortaré la lengua personalmente. Ese bebé no va a salir de nuestra Familia, y este Hudson tiene que respetar mi decisión. O si no, tendremos un problema.

Finch da una palmada en la mesa y se levanta. Se acerca para darme un beso de mozzarella, presionando sus labios húmedos contra los míos, y luego contra mi frente. —Gracias, cariño. ¿Quieres tu tiramisú?

—Quiero tu culo. Pero sí, el tiramisú también.

El tiramisú está casi demasiado rico para mí, o bien es la idea de lo que aún tengo que decirle a Finch, porque mi estómago está inquieto. Le escucho quejarse de algún cura durante un rato, sus oscuras advertencias de que Celia tiene que dejar de ir a esa iglesia porque el cura tiene demasiada influencia sobre ella, pero mi mente está en otras cosas.

—Pajarito—, digo por fin, —siento mucho que Celia tenga otros amigos aparte de ti, pero creo que estás exagerando un poco.

—¡Es una maldita planta de Donovan!— La crema de café vuela de su cuchara mientras la agita. —*Recuerda mis palabras*—, añade ominosamente.

—¿Qué quieres decir?— Pregunto bruscamente.

Finch parece creer que ha ido demasiado lejos. —Nada, supongo. Quiero decir que su tío era mi antiguo guardaespaldas. ¿Jim O'Leary? El que...

—El que te entregó a mí.

—Bueno. Sí. Aunque el Sacerdote dijo que su lado de la familia cortó los lazos hace mucho tiempo con Jim.

—No quiero que ni tú ni Celia volváis a ir a esa iglesia—, le digo.

Finch vuelve a salpicar su cuchara en el postre unas cuantas veces, pensativo.

—¿Pensaste que habría un resultado diferente?— Pregunto por fin. —No sé por qué Celia va a una iglesia irlandesa, de todos modos. Dile que busque una buena comunidad italiana por aquí. Recuérdale que nosotros nos quedamos con la nuestra.

Finch se chupa el labio inferior por un momento y luego sacude la cabeza. —No creo que eso funcione con Cee.

—Bueno, es una pena. Tendrá que ponerse a la cola.

Finch me mira con tristeza. —Luca, vamos. Me odiará si piensa que he hecho que la expulsen de ese lugar. A ella le gusta mucho ese lugar. Le gusta mucho el chico sacerdote —, añade, como si hubiera comido algo amargo entre la crema.

—Pensé que habías dicho que no era un cura—. Finch se encoge de hombros y vuelve a salpicar su cuchara. —De acuerdo. Haré que Angelo investigue sus antecedentes. Pero hasta entonces, tú y Cee podéis pasear por Central Park los viernes por la tarde.

—Te digo que Cee no...

—Finch.

No grito, ni siquiera alzo la voz, pero él oye mi tono. Se detiene a mitad de su discurso, con la boca abierta, y luego la cierra con un chasquido. Sus ojos se estrechan. —¿Qué pasa?

—Tengo que irme unos días.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por negocios.

—¿Dónde?

—A Chicago.

—Bueno, está bien. Siempre he querido visitar la Ciudad del Viento.

Con un suspiro, sacudo la cabeza. Esto es lo que esperaba, pero no quería.
—No. Tienes que quedarte aquí. No puedo arriesgarme a llevarte conmigo.

—Vaya, vaya noche de cita que ha resultado ser—. Arroja su cuchara al suelo, juntando las cejas, bajando la boca, y ni siquiera yo estoy lo suficientemente ciego como para confundir la tormenta que se avecina.

—Recibí la llamada—, digo simplemente.

Su mano, que iba a recoger la cuchara, cae en cambio sobre la mesa. —
La llamada. ¿*La llamada*?

—Sí. La llamada. Tengo que ir a la Comisión y... explicarme.

—Pero te matarán.

—Es una posibilidad.

—Luca...

—Me voy mañana por la mañana.

Sería más que tonto que no me presentara ante la Comisión cuando me llamaran. La Comisión, formada por representantes de todos los grandes sindicatos italianos de la Costa Este, es lo más parecido a un órgano de gobierno que tiene mi profesión. Si alguien quiere dar un golpe a un hombre hecho, por ejemplo, tiene que ir primero a la Comisión y pedirlo. La Comisión es un medio para mantener la paz entre las Familias, sobre todo en los lugares en los que somos varios los que nos disputamos el poder.

Entre los miembros de la Comisión se encuentran varias Familias de Nueva York, Chicago, Nueva Jersey, Miami y algunas otras organizaciones estatales. Recientemente, algunos habitantes de la costa oeste se han unido de nuevo tras una generación de división geográfica, o eso dicen los rumores.

Lo que sí sé con seguridad es que el *Capo dei Capi*, el Jefe de Jefes y jefe de la Comisión, es Carmine Vicario. La familia Vicario es una de las más antiguas y poderosas de la ciudad de Nueva York, su Jefe es muy respetado. Tino siempre habló bien de él, llamándolo un viejo amigo. Tal vez, si tengo mucha suerte, Don Vicario podría extenderme esa amistad también.

La otra cosa que me da ánimos es el escenario de esta reunión: Chicago. Bastión de Al Capone en la época de la Prohibición, siempre se ha considerado un terreno neutral para que las Familias de Nueva York en

particular resuelvan sus problemas. Establecer Chicago como lugar de reunión envía un mensaje a todos nosotros.

Ordena tu mierda.

Finch abre la boca para seguir discutiendo, pero yo levanto la mano. — Ya está bien. Tú mismo lo has dicho, soy el Jefe. He tomado mi decisión. Me voy a Chicago.

Vuelve a coger la cuchara y la golpea contra su cuenco, rítmicamente. — Bien—, dice con rotundidad.

Me pongo de pie y me acerco a él. Se niega a mirarme hasta que le levanto la cara. —Sólo son dos días. Tendré a Angelo y a Frank conmigo, y a un par de personas más.

—Llévate también a Marco—, susurra. —¿Por favor?

Lo beso de nuevo por eso. —No, pajarito. Quiero que Marco esté aquí contigo para saber que estás a salvo. Pero también me llevaré a Nick Fontana y a otro soldado. ¿De acuerdo?

Sus ojos estudian mi cara durante un largo momento, y luego suspira en señal de capitulación. —Bueno, supongo que será mejor que nos vayamos a follar los sesos si vas a morir mañana.

CAPÍTULO CUARTO

Finch

Luca sonríe como si estuviera bromeando sobre su muerte mañana.

No estoy bromeando.

Uf. Este tipo. Me vuelve loco, y no siempre en el buen sentido. Empiezo a ver por qué la gente llama al primer año de matrimonio el más difícil. No se trata de que él se queje de que deje mis toallas mojadas en el suelo, o de que yo me burle de la forma en que enrolla el tubo de pasta de dientes, aunque ambos hacemos esas cosas, como completos estereotipos de comedia.

No. Es asentarse en lo que significa ser un equipo, pero también dos individuos.

El matrimonio es duro.

—No es tan difícil como tú me lo pones—, murmura Luca en mi hombro. Supongo que lo he murmurado en voz alta.

—En serio, sin embargo, es una mierda dura.

Deja de acariciarme y se apoya en un codo sobre mí. —¿Qué quieres decir?

Volvemos a la cama, donde Luca tiró de mí insistentemente después de nuestra casi discusión durante la cena. —Menuda noche de cita ha resultado ser esta—, vuelvo a refunfuñar en la escalera de subida.

Se detuvo frente a la puerta de nuestro dormitorio para besarme y me preguntó: —¿Qué tenías planeado para después de la cena?

—Están proyectando El Padrino en el centro.

—Seguro que prefieres mi compañía privada durante tres horas.

No se equivoca. Ya me ha drenado dos veces al llegar a casa, pero ahora estoy tan duro para él como siempre, y se toma su tiempo para burlarse de mi culo, abriéndome lentamente para él. Le gusta ir despacio y hacerme rogar.

A mí también me gusta. Pero entonces, me gusta todo de él, mi marido, mi protector, mi Lucifer. Incluso ahora que me mira con el ceño fruncido, preguntándose si voy a volver a crear problemas por su visita a Chicago. Me gusta de verdad, joder, el imbécil, y eso ha sido una agradable sorpresa después de nuestro encuentro, apareamiento y matrimonio.

Quiero decir, no me malinterpretes. El hombre está buenísimo y le chuparía la polla durante días aunque no me gustara tanto.

Pero me gusta. *Me gusta.*

Eso es parte de lo que hace que estar casado con él sea tan duro algunos días.

—¿Qué quieres decir con que el matrimonio es duro?—, vuelve a preguntar. Me mira con sus ardientes ojos azules y me aprieta los dedos en el hombro.

Me encojo de hombros, medio para indicar mi propia confusión, pero medio para que deje de apretarme tanto. —Fui un gato solitario durante mucho tiempo, cariño. Ahora somos dos los que merodeamos en esta vida que estamos construyendo juntos... a veces parece...

—¿Abarrotado?—, exige.

Sonrío. —Un poco. Pero también es sexy, encontrar una manera de que los dos nos escabulamos juntos.

Él olfatea. —Quizá sea bueno que me vaya. Para que tengas algo de tiempo lejos de mí.

Dejo de sonreír. —No digas eso. Sabes que no es lo que quiero decir.

—Lo sé. Lo siento.

—Me refiero a que podrías morir en Chicago. Y entonces mi último recuerdo de ti será diciéndome que quiero un tiempo lejos de ti.

—Madre María—, murmura en voz baja. —Tu último recuerdo no será ese, te lo puedo prometer. Levanta la pierna.

Sonriendo de nuevo, me doy la vuelta, muevo la pierna obedientemente y le dejo que se deslice hasta el fondo. Dios, es un buen polvo. O mejor dicho, somos buenos juntos. Encajamos, nuestros cuerpos se mueven en perfecto equilibrio. Está muy dentro de mí, su aliento es áspero contra mi hombro mientras intenta luchar contra el deseo de despojarme.

Pero eso es exactamente lo que quiero que haga.

—Vamos, nene—, le ruego. —Dámelo.

Lo hace, duro y profundo, de modo que nos arrastramos por la cama, y no puedo recuperar el aliento. Estoy extendido bajo él, con mi polla arrastrándose por las sábanas, totalmente dominado por él.

Exactamente como me gusta.

Me folla sin piedad hasta que le ruego que me deje meter la mano en mi polla, y se arrodilla detrás de mí, levantando mis caderas en el aire como si fuera puramente para tener un mejor ángulo. Pero mi hombre es un amante generoso, y nunca me dejaría colgado. Ni siquiera tengo que hacerme la paja; su brazo me rodea y siento que sus dedos se cierran en torno a mi pene, dándome un tirón que hace que mis pelotas se estremezcan. —Joder—, siseo. —Por favor, sigue follándome...

Su mano abandona mi polla por un segundo y aterriza en la mejilla de mi culo con una bofetada punzante. —¿De verdad vas a decirle al jefe lo que tiene que hacer, pajarito?

No puedo evitarlo; me río a carcajadas, pero Luca sigue follándome hasta que vuelvo a gemir y suplicar. Entonces, y sólo entonces, vuelve a meter la mano debajo de mí, tocándome como un maestro. Menos mal, porque mis rodillas empiezan a ceder, mis muslos tiemblan tanto por el esfuerzo como por la excitación, y me disparo con un fuerte grito.

Luca ni siquiera se retira mientras me coloca de espaldas, para poder verme la cara mientras me penetra. Me encanta verlo así -con toda esa determinación y esfuerzo, sus ojos buscando los míos- y luego la mirada de sorpresa y felicidad que le invade, como si se sorprendiera cada vez que follamos de lo bueno que es.

De lo mucho que nos hemos enamorado en unos pocos meses.

Se corre dentro de mí y me gusta imaginar que me llena, que salpica dentro de mí como un maldito tsunami, y que se derrumba encima de mí, jadeando. Sigo riéndome mientras estoy tumbado recuperando el aliento, hasta que finalmente refunfuña: —Sabes, toda esta risa podría preocupar a un hombre.

—Ew—, digo en respuesta. —Me has follado en un charco de mi propio semen.

—Apesta ser tú—. Se retira, haciendo una mueca de dolor.

—Eres todo corazón. Suéltame, tengo que ir a limpiarme.

—Te quiero—, dice después de mí.

—Yo también te quiero.

Cuando vuelvo a la cama, está extendido sobre ella, roncando fuerte. No me atrevo a despertarlo, así que me acurruco lo mejor que puedo, con mi

cuerpo en ángulos extraños alrededor del suyo, y alrededor de la mancha de humedad.



Podría matar a Luca cuando me despierto con un calambre en el cuello y descubro que se ha ido. Tendremos unas palabras sobre ese tipo de comportamiento a escondidas cuando el bastardo regrese.

Si es que vuelve.

El miedo me revuelve las tripas, así que voy a ocuparme de mis asuntos y a ducharme, y luego decido que lo mejor es hacer algo bueno, mientras pueda. Así que decido que visitaré a Connie y a mi hermana nonata en el hospital.

Detesto los hospitales. Así que siento que estoy haciendo algo extra bueno al presentarme en uno.

El personal ya me conoce, y recibo sonrisas y saludos mientras me dirijo a la habitación privada de Connie. Incluso mi "*Marco sombra*" recibe un saludo del personal estos días. Luca y yo somos los que pagamos los cuidados de Connie, pero también pago todas las semanas un almuerzo para el personal de la sala y les envío regularmente champán, chocolates y tarjetas de regalo.

Quiero que Connie reciba los mejores cuidados, y no estoy por encima de los sobornos.

Mis pies se ralentizan al doblar la esquina y veo al hermano de Connie, Hudson, desplomado en uno de los asientos contra la pared frente a su habitación. Está profundamente dormido. Los dos soldados Morelli que custodian la habitación de Connie permanecen de pie, ignorándolo. Se ponen en alerta cuando me acerco, asintiendo y murmurando mi nombre a modo de saludo, *señor D'Amato*.

Me detengo junto al asiento de Hudson. Está muy dormido, con la boca floja. Es difícil distinguir la noche del día en los hospitales, otra razón por la que los odio. El reloj interno se desajusta.

Le doy una patada en la pierna extendida y se despierta de golpe.

—¿Está cómodo?— Le pregunto.

Me lanza una mirada amotinada, apretando la mandíbula. Es unos años más joven que yo. Lo suficientemente joven como para seguir ardiendo de

pasión por la justicia. O, por decirlo de otro modo, la vida aún no le ha quitado el optimismo a patadas.

—Quiero ver a mi hermana—, dice, con la voz ronca por el sueño.

—¿Por qué?

Se levanta entonces, alto y enjuto, con el pelo arenoso largo y cayendo hacia sus ojos hasta que lo echa hacia atrás. —Es mi hermana y está en coma. ¿Por qué demonios crees que quiero verla?

—No tengo ni idea—, digo sinceramente. —Si yo estuviera en coma, no creo que mis queridas hermanas se acercaran a llorar junto a mi cama. La única razón por la que vendrían sería para asfixiarme con una almohada.

—Entonces tienes unas hermanas de mierda sin sentido de los lazos familiares—, gruñe. Uno de nuestros guardias da un paso hacia él, pero le hago señas para que se aparte, sonriendo.

—Sabes, eso es exactamente lo que pienso—, le digo a Hudson. Me mira de arriba abajo, inseguro. —He hablado con mi marido. Ha accedido a que veas a Connie. Así que ve a lavarte la puta cara y a cepillarte el pelo. Y pregunta en recepción si te dan pasta de dientes, tío. Tu aliento apesta—. Se queda mirándome hasta que separo las manos. —¿Y bien? Vete. Entonces trae tu culo aquí.

Retrocede unos pasos antes de darse la vuelta y correr por el pasillo, casi llevándose por delante a Celia D'Amato al doblar la esquina.

—¿A dónde va con tanta prisa?—, pregunta ella. —¿Por fin te has librado de él?

—Uh. Entonces, Luca y yo estábamos hablando— empiezo, pero ella lee mi cara de disculpa antes de que tenga que decirlo.

—No. ¡Absolutamente no!—, susurra-grita, como si los guardias de la puerta no pudieran oírla.

—Vamos, Cee. Es su hermano.

—¡Es parte de la misma familia que le dio la espalda!

Eso no es justo, al menos en lo que respecta al hermano. Connie estaba muy unida a su gemelo, Hudson, aunque se mudó sola a Nueva York. Pero esa última noche, cuando Tino y Connie vinieron a cenar, me enseñó foto tras foto de Hudson en su Insta.

También me dijo lo emocionada que estaba por tener un hijo. La verdad es que no lo entendí. Pero Celia sí lo hizo. Celia lo entendía todo muy bien.

Y ahora Celia tiene una larga lista de nombres de niñas en su teléfono que añade a diario, sin falta. Una de las habitaciones de su casa ha sido pintada de color rosa suave, y Frank colocó una cuna el fin de semana pasado.

Tomo a Cee por el codo y la alejo de los hombres para que podamos hablar en privado.

—No se va a llevar al bebé—, le digo en voz baja. —Luca nunca lo permitiría. *Nunca lo permitiría*—. Ella se retuerce, tratando de ver si él vuelve, así que le pongo las manos en ambos hombros y hago que me mire. —Celia. Es su hermano gemelo y quiere verla. No se dará por vencido. Y por lo que sabes, Connie querría verlo—. Cuando la miro a la cara, desearía no haberlo hecho. Se le saltan las lágrimas, sus labios se tambalean.

Resopla. —¿Pero qué pasa si intenta llevarse a mi bebé?

Mi bebé. Ese es el verdadero problema.

—Él es sólo un niño, ¿qué demonios querría con un bebé?— Pregunto, pero me estoy impacientando. Se supone que hoy es mi día para hacer el bien, y Celia me está haciendo sentir que estoy haciendo el mal. —Imagina que fuera Frank el que estuviera tumbado en esa cama y que no te dejaran entrar a verlo—, digo, cambiando de táctica. Oye, imaginar a Frank tumbado también ha funcionado con Luca. —Sabe que sentaría mi culo aquí fuera hasta que los agotara.

Sigue sin estar convencida, pero me salva de su respuesta el regreso de Hudson, sin aliento, pero oliendo menos mal que cuando lo desperté a patadas.

—Aquí estoy—, dice, levantando la barbilla en señal de desafío. —¿Y bien? ¿Me vas a dejar entrar a ver a mi hermana o qué?



Connie está donde siempre, apoyada en las almohadas para que los tubos que le llegan no se enrosquen. Siempre pensé que los respiradores eran esas enormes máquinas que subían y bajaban con fuerza, pero no. Al parecer, eso es sólo en las películas. La simpática enfermera que me lo había dicho soltó una risita y me guiñó un ojo al salir de la habitación.

Les gusto aquí.

Eso significa que Connie les cae bien por delegación, y recibe un trato excelente. Ejemplo: cuando entramos en la habitación, una de las enfermeras

está haciendo una pedicura a Connie. —Oh, hiii Sr. D'Amato, Sra. D'Amato—, dice cuando nos ve, y da una gran sonrisa. —Connie decía ayer que sus pies necesitaban ayuda desesperadamente, así que pensé que hoy los abordaríamos.

Hudson, que se interpone entre nosotros, se ha quedado blanco, mirando a Connie y luego a la enfermera. —¿Está despierta?

La enfermera lo mira con incertidumbre.

—¿Puedes darnos algo de tiempo, Darla?— Pregunto, mostrándole mis blancos perlados. Recoge sus cosas y sale, dejando los dedos de Connie separados con bolas de algodón, las uñas de sus pies de un color turquesa chillón.

Hudson se apresura a acercarse a ella y se inclina, alisando el pelo de su frente. —Cons, soy yo, soy Hudson. Despierta, ¿eh? Despierta, chica.

Celia y yo intercambiamos una mirada, y ella se acerca a él y le pasa una mano por los hombros. —No, cariño, no está despierta. Sigue... sigue dormida. Esas enfermeras le hablan mucho. Se supone que eso ayuda. Y a veces les gusta fingir que ella les responde, pero es estúpido. Deberíamos decirles que paren.

Se levanta de nuevo, su cara cambia de esperanza ansiosa a desesperación. —¿Cuándo se va a despertar? ¿Qué dicen los médicos?

Cee vuelve a mirarme entonces, pero no quiero ser el portador de malas noticias. Al parecer, ella tampoco, porque lo único que dice es: —Es un juego de espera.

Hudson mira hacia otro lado, tratando de ocultar los ojos húmedos, pero se abren de par en par cuando por fin se fija en el resto del cuerpo de Connie.

—¿Está embarazada?

Es hora de charlar un poco.



Una vez que Hudson tiene claro lo que le ocurrirá exactamente si le cuenta a alguien lo del bebé, y que estoy bastante seguro de que no habrá ninguna almohada en la cara de Connie, salgo de la habitación ofreciéndome a coger algo de la máquina de café. Al ver que la lástima de Celia se apodera de la discusión, apuesto a que lo único que necesita es un tiempo a solas con él antes de entrar en razón.

Mientras estoy allí, también hago mi trabajo de reconocimiento, tanteando con las enfermeras y la recepción si ha habido algún interés por Connie aparte del de su hermano. Sabe dónde está gracias a un ingenuo enlace policial que informó a la familia de Connie tras el tiroteo.

Antes de que Luca interviniera para sofocar cualquier conversación.

—No, Sr. D'Amato—, dice la enfermera del personal. —Sabe que le avisaríamos enseguida si alguien viniera preguntando por ella.

Alargo la mano para acariciar su mano y le doy mi sonrisa más agradecida. Se pone rosada de placer y le guiño un ojo por encima del hombro mientras me voy, con Marco como un perro siempre presente en mis talones.

Me gustaría que Celia tuviera un Marco, porque no me gusta que ande sola por la ciudad, un blanco fácil. Pero todos estábamos de acuerdo en que sería difícil ocultar el falso embarazo de Cee a un guardaespaldas que estuviera con ella dieciséis horas al día o más. Y cuanto menos gente lo sepa, mejor. Ahora Hudson está incluido en ese círculo.

Cuando vuelvo a la habitación de Connie, tanto Hudson como Celia tienen los ojos rojos y están sentados a ambos lados de Connie como una guardia de honor. Me coloco a los pies de la cama y miro las uñas de los pies desfiguradas de Connie. —Tal vez deberíamos traer a un profesional, si van a empezar a embellecerla—, digo.

—El turquesa es su color favorito—, dicen Celia y Hudson a la vez, frunciendo ambos el ceño.

Levanto las manos y me alejo de los pies. —Sólo lo digo—. Supongo que me equivocaba al decir que a Celia no le importaba mucho Connie como persona.

Los dos parecen haber encontrado su terreno común. Celia puso a Hudson al corriente de la parte médica con toda la delicadeza posible. Porque la verdad es que Connie nunca se despertará. Pero va a transmitir sus genes, y los de Tino Morelli, al bebé que lleva dentro. El hijo de Tino, y mi media hermana. Heredera de una mitad de la fortuna Morelli.

Yo tengo la otra mitad.

Mi teléfono empieza a sonar justo cuando Celia empieza a preguntar tímidamente dónde se aloja Hudson mientras está en la ciudad. No reconozco el número, así que dejo que salte el buzón de voz. Sólo descuelgo para Luca, Cee, Frank o Marco, y me aseguro de conocer siempre los cuatro últimos dígitos del actual desechable de Luca. Sea quien sea el que llama, deja un

mensaje. Oigo que Celia extiende una rama de olivo y pide a Hudson que se quede con ella y con Frank (el hermano Frank estará encantado de tener a un joven fornido como Hudson cerca de Celia, estoy seguro), mientras escucho el mensaje, pero todo el sonido se apaga cuando me doy cuenta de quién es.

Mi hermana.

Y no la que me quiere matar.

Howie, soy yo, soy Tara.

Respiro cuando hace una pausa y mi mente se acelera. ¿Quizás quiera reconectarse? Puede que Maggie me odie, pero Tara siempre fue amable. Éramos más cercanos en edad, ella la tercera hija y yo el cuarto. Estaba tan feliz en mi boda. Una de las pocas que lo estuvo, aparte de mí.

Su voz comienza de nuevo.

Howie, sólo quería que supieras, antes de que lo vieras en las noticias o... Sólo pensé que debías saber, que Pops... bueno, ha fallecido. Murió anoche.

CAPÍTULO CINCO

Luca

Viajar en un avión privado me recuerda a mi luna de miel. A Finch, prácticamente haciéndome un baile erótico mientras el avión despegaba. Este viaje es mucho menos divertido, y no sólo por el destino. También estoy tratando de digerir cantidades masivas de información de Angelo, que reunió resúmenes reales para ayudarme. Resúmenes de una página de cada miembro de la Comisión, junto con notas sobre sus afiliaciones, lealtades, agravios con otras Familias y sindicatos, qué porcentaje de sus negocios está relacionado con qué industria, y lo más importante, cuáles de ellos son potenciales aliados, en su opinión personal.

El hombre debería haberse dedicado a la política.

Nos sentamos en la parte de atrás del avión, elaborando estrategias, mientras Frank, Nick Fontana y Bobby Barone comen cacahuets y hacen bromas en voz alta en la parte delantera. Ninguno de los tres es realmente necesario, porque si Angelo no puede protegerme, nadie puede. Pero son importantes para la óptica, para mostrar a la Comisión que todavía tengo hombres de mi lado.

—Estaría perdido sin ti, Angelo.

Él lo desestima. —Sólo hago mi trabajo. Hice lo mismo con Tino cada vez que se reunía con posibles socios comerciales.

Me acomodo en el asiento y me estiro antes de probar el espresso y los biscotes que me entregó el auxiliar de vuelo tras el despegue. —Entonces, ¿no crees que estamos en un camino a ninguna parte?

Esboza una sonrisa irónica. —No puedo estar seguro de nada. Pero no creo que Carmine Vicario permitiera una ejecución sumaria sin evaluar primero. Él y Tino fueron grandes amigos toda la vida. Grandes aliados—.

—Entonces, ¿dónde estaban esos aliados de Vicario cuando Sam Fuscone y los Clemenza estaban derribando las puertas de Tino?— Digo, y luego desearía no haberlo hecho cuando una pena rota pasa por la cara de Angelo.

Se mira las manos.

Yo tampoco estaba allí, por supuesto. Empiezo a decir algo, a punto de disculparme, pero él levanta la vista, con ojos fieros.

—Les ha pillado desprevenidos. Y no te disculpes por nada. Has elegido bien—, dice. —Se acabó.

Cuando me inicié en los Morellis, juré anteponer la Familia a todo: antes que los amigos, antes que la sangre, antes que la patria. Antes que al propio Dios.

Pero a la hora de la verdad, no lo hice.

Aquella noche elegí a Finch, lo elegí a él antes que a mi Famiglia, a mis hermanos de sangre, a mi Don. Y lo volvería a hacer sin arrepentirme, porque ahora sé que no puedo vivir sin Finch. Antes sólo vivía media vida.

Así que sé, como dice Angelo, que elegí bien, pero esa elección también significó que rompí mis votos. Cuando pienso en eso, me da un escalofrío de superstición, preguntándome si Dios estaba mirando. Juzgando.

Aun así, no tiene sentido mirar hacia atrás, sólo hacia adelante.

Me aclaro la garganta y señalo una de las páginas. —¿Y crees que debería acercarme también a Salvatore Rossi?

—Los Rossi tienen sus problemas con los Clemenza, igual que nosotros. Y son más poderosos, así que serían un aliado útil. Pero no estoy aconsejando un curso de acción. Simplemente le estoy proporcionando información. Jefe.

Arrojo los informes sobre la mesita que nos separa. —No me siento así—, digo sin rodeos. —Como el Jefe.

Angelo asiente. —Y sin embargo, lo eres—. Mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una pequeña caja. —He estado esperando el momento adecuado para darte esto. Ahora es imperativo.

La caja de terciopelo es rígida, las bisagras se abren de mala gana. En su interior hay un pesado anillo de oro tachonado con un ónix ovalado y liso.

Conozco este anillo.

Es el anillo que besé en mi iniciación, cuando me incliné sobre la mano ofrecida de Don Augustino Morelli y juré protegerlo. Me arde la garganta y trato de apretarla frente a Angelo.

—No soy digno de ello—, murmuro. Y esa es la verdad. Me siento como un niño que intenta encajar en los zapatos de su padre. Es igual de probable que me caiga de bruces.

Pero Angelo vuelve a poner la caja en mis manos. —Entonces debes hacerte digno. Póntelo. Cuando los miembros de la Comisión te vean con él puesto, sólo reforzará tu posición.

Paso un dedo por la piedra lisa y fría, mientras considero sus palabras, y luego dejo de lado mis sentimientos personales. Porque esto no es personal.

Esto es un negocio.

El anillo es demasiado grande para mi dedo, pero cuando lo deslizo por encima de la alianza de mi mano izquierda se ajusta perfectamente. No me gusta llevarlo sobre la banda de oro; no quiero que ninguno de ellos piense que me avergüenzo de él.

—Piensa en el anillo Morelli como un escudo—, sugiere Angelo, leyendo mi mente, —en lugar de una capa.

Estiro los dedos y los cierro en un puño, dejando que el peso del anillo se asiente en mi mano.



Ángelo, como siempre, tenía razón sobre el anillo.

En Chicago, cuando por fin nos admiten en la sala de reuniones y me enfrento a un grupo de hombres que me miran como si quisieran matarme, agradezco el modo en que sus ojos parpadean cuando me aliso el pelo. Todas esas miradas se centran en el anillo, y el ambiente cambia ligeramente, de subcero a frío.

Hay una larga y reluciente mesa de madera de cerezo que se extiende a lo largo de la oscura sala, con una docena o más de hombres sentados a su alrededor. Detrás de cada uno de ellos hay un pequeño grupo de guardaespaldas, de modo que la sala parece abarrotada a pesar de su tamaño. Sam Fuscone está allí, aunque no está sentado en la mesa, aunque su rostro adquiere casi el mismo color rojo oscuro que el tablero de la mesa cuando le devuelvo la mirada. Puede que haya matado a Tino, pero Frank y yo nos cargamos a su sobrino el mismo día. No estamos empatados, ni mucho menos, pero me alegro de que sepa que fueron *esos malditos hermanos D'Amato* los que se cargaron a Joey.

Supongo que estas oficinas en las que nos reunimos son propiedad del Jefe del Brazo de Chicago, Tony Lombardo, que está sentado al fondo de la mesa, con los brazos extendidos y las palmas de las manos apoyadas en la madera. Angelo me murmuró entre el coche y las puertas de entrada que el edificio está situado frente al lugar de la masacre de San Valentín.

Así que eso es animarse.

Lombardo me dedica una gran sonrisa mientras se levanta de su asiento.
—Luciano D'Amato, en carne y hueso.

Le hago una respetuosa reverencia desde el umbral de la puerta, donde sigo esperando a que me inviten a entrar.

—Don Lombardo. Le agradezco a usted y al resto de la Comisión que me hayan invitado hoy aquí.

—¡Pasa, pasa!— Lombardo viene hacia mí, con los brazos extendidos, y me saluda con los tradicionales besos en cada mejilla. Me coge la mano para mirar el anillo, inclinándolo de un lado a otro bajo las luces del techo, como si fuera un diamante de compromiso. —Y aquí tenemos una prueba, ¿eh? La prueba de los deseos de Tino—. Mira a Angelo. —Y más pruebas aquí, detrás de ti.

Hay un gruñido bajo desde la dirección de la facción Fuscone. Don Luis Clemenza, sentado frente a él en la mesa, se remueve en su asiento. Es suficiente para silenciar a Fuscone. Fuscone es su aliado cercano, pero sigue siendo un subordinado en lo que respecta a Clemenza.

—Yo también me alegro de verte, Messina—, le dice Lombardo a Angelo, que está justo detrás de mi hombro derecho. —Me alegro de que hayas sobrevivido a esa terrible noche.

—¿Y cómo se las arregló para vivir mientras Don Morelli no lo hizo, eh?— pregunta una voz graznante y gruñona. Es Salvatore Rossi, uno de los jefes neoyorquinos que Angelo pensó que podría simpatizar conmigo. Parece que no.

Hay una pausa que se prolonga demasiado cuando me doy cuenta de que la sala está esperando que yo hable, que Angelo está esperando que yo hable por él.

—Angelo cumplió las últimas órdenes de su Jefe—, digo en voz alta, asegurándome de mirar a Rossi a los ojos. —Cuando quedó claro que todo estaba perdido, Don Morelli le dijo a Angelo que se fuera y viniera a verme, para asegurarse de que me protegiera como su heredero designado. Si alguno de los presentes lo duda, Don Morelli dejó un video de sí mismo.

—Entonces veámoslo—, exige Rossi con voz ronca.

Hago una pausa. De ninguna manera voy a airear los últimos minutos de Tino en la tierra a la sala en general para que Fuscone y Clemenza se regodeen.

—Se lo enseñaré a Don Vicario, y sólo a él, porque es el *Capo dei Capi*. También sé que fue un gran amigo de la Familia, y de Don Morelli.

Se produce otro silencio después de que terminé. Tal vez he ido demasiado lejos. Tal vez he faltado al respeto a Rossi, uno de los miembros más antiguos de la Comisión. Miro hacia el final de la mesa, donde Carmine Vicario está sentado en la parte oscura de la sala. Está rumiando, con la barbilla en la mano y los ojos bajos hacia la mesa.

Me mira, y quiero que mi corazón se frene. Una palabra de Vicario y este agradable encuentro podría convertirse en un baño de sangre. Se levanta y mi corazón se acelera.

Sin decir una palabra, me señala con un dedo, se gira y atraviesa una puerta situada tan a ras de la pared detrás de él que no la había reconocido como tal. En la parte baja de mi espalda, siento una ligera presión: Angelo, que me empuja a ir tras él.

Lo hago, pero ninguno de mis hombres me acompaña. Ninguno de Vicario se une a él, tampoco, y a la hora de la verdad, tengo casi cuarenta años menos que el viejo. Puedo con él si es necesario.

Eso creo.

CAPÍTULO SEIS

Luca

Cuando llego a la sala, no hay ninguna amenaza. Sólo el viejo Don, ya sentado en un gran sillón de cuero. El poder irradia de él, llenando la pequeña cámara sin ventanas. Está acolchada por todas las paredes, insonorizada. Vicario me hace un gesto para que tome el otro asiento, y yo lo hago, agradeciendo que mis piernas hayan resistido hasta ahora.

No decimos nada. Después de un momento, levanta una ceja expectante y me doy cuenta de lo que quiere. Tanteo el teléfono, pongo el vídeo y se lo doy para que lo vea.

Sólo he visto este vídeo a solas desde la primera vez que Angelo me lo enseñó. No quería que Finch lo viera, y Finch nunca me lo ha pedido. A pesar de que no conocía a Tino Morelli, el hombre era su padre, y nadie necesita ver a su padre así.

Pero al escuchar la cálida voz de Tino que sale de mi teléfono mientras Don Vicario ve las últimas palabras de su viejo amigo, no siento la misma punzada de tristeza que suelo sentir. Me siento en paz, como si las últimas palabras de Tino se hubieran convertido en una bendición para mí.

Luciano, hoy has tomado la decisión correcta, y te lo agradezco. Me alegro de que mi última noche en esta tierra la haya pasado contigo, con Finch y con Connie. Todos ustedes, verdaderamente, son mi Familia. Y ahora, paso mi familia a vuestro cuidado. Te envío a Connie con Angelo. Por favor, protéjanla. Y a mi hijo, ¿eh? Confía en Angelo para que te ayude, es un buen hombre. Espero que te sirva tan fielmente como a mí.

Vicario me devuelve el teléfono y se tapa los ojos con una mano.

Espero, en silencio y con respeto. Cuando por fin baja la mano, sus ojos están llorosos. —Bueno, es como tú dices—, dice, con la voz baja pero clara. —Tino, mi más antiguo amigo y aliado. Te nombró a ti.

No parece emocionado, pero me tiende la mano y entiendo lo que significa. Me pongo de pie primero, ajustando mi ropa, y luego me arrodillo ante él para besar su anillo. No es muy diferente al que tengo en mi mano, pero esta piedra es de color verde intenso en lugar de negra. Su otra mano se posa en mi cabeza, y siento que he sido rebautizado de alguna manera.

Después nos levantamos los dos y me besa en cada mejilla. —Ahora te he aceptado, el nuevo Don Morelli.

Sorprendido, digo: —Señor, mi nombre...

—Eres Luciano D'Amato. Pero ahora eres el jefe de la Famiglia Morelli. Y por lo tanto usted es Don Morelli. ¿Sí?

—Sí—, digo.

Se aparta de mí, todo negocios. —Hablaré en tu apoyo, pero no debes esperar que los demás estén de acuerdo simplemente por eso. Samuel Fuscone, parece creer que tiene derecho al trono Morelli.

—Planeo matarlo pronto—, digo. —Así que eso no será un problema.

Vicario me lanza una mirada aguda. —Creo que lo que querías decir era: Pienso pedir permiso para matarlo pronto.

Intento copiar la sonrisa más afable de Finch mientras respondo: —Por supuesto, señor. Eso era exactamente lo que quería decir.

No creo que la sonrisa sea muy convincente.

—Él mató a Tino—, digo, dejando caer la sonrisa. —Debe saberlo, don Vicario.

—No sé nada de eso. No sé quién mató a Tino Morelli, porque si lo supiera, ese hombre ya estaría muerto.

Está mintiendo. Sí sabe que fue Fuscone. ¿En qué le beneficia proteger a Sam Fuscone por encima de su más viejo amigo?

—Vamos, entonces—, suspira Vicario, tras un momento de pausa. —Deja que te presente a la Comisión.

Por un momento pienso que todo va a ser así de sencillo. Que Don Vicario me hará arrodillar frente al grupo, me tocará los hombros con una espada o alguna mierda, y me presentaré como Don Luciano D'Amato Morelli, Jefe de la Familia Morelli. Pero la Comisión no es una dictadura. En cuanto Vicario confirma que ha visto el vídeo y que Tino me ha nombrado su sucesor, estallan fuertes protestas en la sala. Vicario, ignorándolas, se reincorpora a su asiento como un rey que espera que su mesa redonda se ponga en orden, pero no parece dispuesto a llevarlas a cabo. Yo permanezco detrás de su hombro derecho, tan silencioso como él, incluso ante los insultos y calumnias que me lanzan.

Si estuviéramos en otro lugar, haría comer balas a estos hombres. Pero como me ha recordado Don Vicario con mucho cuidado hace unos instantes, puedo ser un Jefe, pero no soy el Jefe, no entre estos hombres. No tengo carta blanca para hacer lo que quiera.

En todo caso, estoy más restringido ahora que nunca.

—Carmine, Carmine—, resopla Alessi por fin, cuando Sam Fuscone se ha quedado ronco y Clemenza ha gastado todo su aliento en insultarme. —Sabes que esto no va a quedar así. No podemos tener un maricón...sin ánimo de faltar al respeto...—, añade, señalándome con los dedos. Ni siquiera me mira. —Pero no podemos tener a este tipo de hombre involucrado en nuestro negocio. No es nuestro estilo. No es *tradizione*.

Desde más cerca del extremo de la mesa, suena una carcajada. —Tienes muchos de su tipo corriendo por tus equipos, Alessi.

La mesa se queda en silencio. El hombre que ha hablado sonríe y se levanta, con las palmas de las manos extendidas. —Sin ánimo de faltar al respeto, por supuesto—, le dice a Alessi. —Pero es un poco hipócrita, ¿no crees?

Nunca lo he visto, pero conozco a este tipo. Sería capaz de adivinar su identidad incluso sin los informes de Angelo, por su llamativa chaqueta roja oscura y sus pantalones color mostaza. Santino "Sonny" Vegas, que se llama a sí mismo como la ciudad que dirige y al parecer le encantan los juegos de palabras, no es mucho mayor que yo. Unos treinta años, quizá. Me gusta a primera vista a pesar de mí, y no sólo porque me defienda. No, también me gusta su actitud de '*jódete*'.

Alessi también se levanta, y la mitad de los hombres de la mesa se encogen como si no quisieran quedar atrapados en el fuego cruzado. —¿Sin faltar al respeto?—, tose. —¿Sin faltar al respeto? Sí me faltas al respeto, y le faltas al respeto a todos los presentes.

—Siéntate, Joe—, dice un cansado Salvatore Rossi. —Si Sonny "pantalones apretados" quiere hablar, que hable. ¿Qué nos importa a nosotros lo que él piense? Las cosas son diferentes en Las Vegas. Él no entiende Nueva York.

—Tienes razón, las cosas son diferentes en Las Vegas—, dice Sonny. —Pero los tiempos han cambiado en todas partes, especialmente en Nueva York. No es sincero pretender que no necesitamos todos los hombres que podamos conseguir—. Ahora tiene la atención de toda la sala. —Esa es una palabra de dos dólares, ¿tengo razón? Dis-in-genuino. Pero eso es exactamente lo que es. Ustedes, los viejos, hablan de tradición. Actuáis como si tuvierais valores familiares y toda esa mierda, pero todos tenéis hijos fuera del matrimonio y andáis por ahí con señoritas. Este tipo...— me señala a mí. —Al menos es fiel a sus votos matrimoniales, ¿eh? Os gusta tanto la tradición, pero no respetáis el último deseo de Tino Morelli. Me da vergüenza sentarme en esta mesa. Estoy avergonzado.

Para mi sorpresa, veo que varios de los otros hombres de la mesa asienten con la cabeza. Uno de ellos incluso aplaude el discurso cuando Vegas termina de hablar.

Son todos los Jefes más jóvenes. Los de la costa oeste.

Hay una división generacional y geográfica aquí que podría jugar a mi favor.

—¿Te atreves a hablarme de fidelidad?— Alessi ruge, su voz se quiebra en la última palabra.

Vegas se encoge de hombros y vuelve a sentarse. —Oye, no estoy casado. Y no tengo ningún problema con que los hombres amen a los hombres. Soy políticamente correcto y toda esa mierda—. Hace una sonrisa de tiburón.

—Basta—, dice Vicario, y todos se callan. Este, obviamente, es un hombre al que tengo que estudiar. —Os he contado los deseos de Tino. Le he visto, le he oído hablar con mis propios oídos...

—El vídeo se puede falsificar—, refunfuña Clemenza.

Vicario le ignora. —Creo que lo que afirma Luciano D'Amato es la verdad. Él es Don Morelli. Su Familia lo ha aceptado, así que entonces. Está hecho, y tenemos otras cosas que discutir. Mañana tendremos una cena en su honor, y lo iniciaremos en la Comisión. Pero antes de eso, el resto de nosotros tiene otros asuntos. Fuscone. D'Amato. Déjennos.

Preveo un viaje incómodo en los ascensores hasta el vestíbulo. Pero Fuscone se entretiene en hablar en voz baja y con malicia con Clemenza, mientras yo hago señas a mis hombres para irnos de inmediato.

Porque se me ha ocurrido algo que debería haberseme ocurrido mucho antes de venir aquí. Nadie cree que Fuscone sea inocente. Todos sabemos que fue el impulsor del asesinato de Tino.

Pero es imposible, ni siquiera con el apoyo de Clemenza, que Sam Fuscone se atreva a cargarse a un Jefe sin la bendición de la Comisión. Ciertamente no del contingente de Nueva York, al menos.

Carmine Vicario no es mi amigo. Ninguna de las familias de Nueva York será mi aliada. Era inútil venir aquí, y Vicario sólo ha hecho lo que una vez pensé que Tino Morelli intentaba hacer: pintar una diana en mi espalda.

—Probablemente estén ahí dentro discutiendo sobre cuál de los dos me matará mañana por la noche—, le murmuro a Angelo mientras bajo. He mandado a Nick y a Bobby en un ascensor aparte, y a Frank por las escaleras,

que se quejaba a gritos de sus rodillas. Pero no tiene sentido que nos hagamos los peces en un barril si hay un equipo esperando abajo a que aterrice el ascensor.

—Probablemente—, asiente Angelo en voz baja. Los dos suponemos que el ascensor tiene micrófonos, pero no es que nuestra conversación vaya a ser una sorpresa para los que escuchen.

Fuera, mientras esperamos a que Frank baje las escaleras, continúo la conversación. —Creía que Vicario era amigo de Tino.

Angelo se encoge de hombros de forma expresiva. —La lealtad es una cosa. El dinero es otra.

Tiene razón. La forma de gobierno de la Comisión me ha quedado clara ahora. Es una oligarquía. Hombres ricos que buscan enriquecerse, a veces a costa de los demás.

Estoy a punto de decir algo en ese sentido cuando mi teléfono, que acabo de encender de nuevo fuera de las oficinas, zumba con múltiples llamadas y mensajes perdidos.

—*Mierda.*

CAPÍTULO SIETE

Finch

—Realmente no estoy feliz de haber tenido que escuchar esto de alguien más que tú, ángel—, dice Luca suavemente. —¿Sabes lo que sentí cuando vi que tenía una llamada de Celia y Marco, pero nada de ti?

Hablamos por teléfono, sólo con voz. Definitivamente, nada de vídeo, porque ahora mismo estoy hecho una mierda y no quiero que Luca me vea así. Pero agradezco escuchar su voz. Cuando recibí el mensaje de Tara me tragué mis sentimientos.

Sobre todo porque no sabía lo que sentía. Supongo que era negación. Cee se dio cuenta de que algo pasaba en el coche de camino a casa.

—Mi padre ha muerto—, dije despreocupadamente cuando me preguntó. —Quiero decir, mi otro padre.

Los ojos sorprendidos de Marco se encontraron con los míos en el espejo, y entonces tuvo que pisar los frenos para evitar chocar por detrás con el coche que iba delante.

Cee jadeó, me abrazó y me preguntó si había llamado a Luca.

—No, no. No quiero molestarlo—, dije, apartándola. —Estoy bien.

Lo decía en serio en ese momento, pero escuchar su voz ahora mismo casi me hace caer de rodillas allí mismo, en el salón. Estaba a punto de servirme un vodka muy, muy grande cuando sonó el teléfono.

Es sábado por la noche, y mi marido está saliendo con un grupo de asesinos en Chicago, yo me siento miserable en Nueva York y mi padre ha muerto en Boston. Hace sólo un año, el sábado por la noche habría significado clubes y molly y sexo de una sola noche.

La vida es extraña, la forma en que cambia.

La forma en que se detiene, tan repentinamente, sin previo aviso.

Nunca pensé que extrañaría a mi papá cuando se fue. El tipo me trató mal, y ni siquiera me refiero a toda esa situación de contrato en mi vida. Pero hace unos meses, mientras mi propia hermana me torturaba para prepararse antes de matarme, dijo algo que se metió en mi cerebro y no quiso salir.

Con el paso de los años pude ver que papá se ablandaba hacia ti. Empezó a cambiar de opinión.

Supongo que una pequeña y estúpida parte de mí pensó que tal vez podríamos resolverlo, de alguna manera. Que tal vez el hombre que me dio su nombre, si no sus genes, podría un día darse cuenta de lo equivocado que estaba en todo.

Podría aceptarme por fin.

Suspiro ante Luca. —No quería distraerte.

—Pajarito—, dice, y ahora suena cabreado, —tu bienestar emocional no es una puta distracción. Es mi propósito. Soy tu marido. Se supone que soy al que recurres para que te consuele.

—Bueno, siento que la muerte de mi padre te haya hecho sentir como un imbécil.

—No quise decir eso—, dice. —Sólo quería decir... que no quiero que me alejes. Quiero estar ahí para ti.

Pero él no está para ti, escupe la pequeña parte amarga de mí en su interior, y vuelvo a mirar la botella de vodka. Hoy en día no me drogo, pero...

Después de un segundo, digo: —Siento no haberte llamado yo. Y siento si parece que te estoy apartando. Es que me siento irritable ahora mismo, y no quería fastidiar tu reunión.

—La reunión no me importa—, gruñe. —Tú me importas.

Sé que es una mentira, pero es una buena mentira. Suena convincente, y me calienta el corazón que haga el esfuerzo. O lo haría si no me sintiera tan desconectado de todo.

No creo que el vodka ayude. De hecho, tal vez debería mantenerme alejado de las sustancias que alteran la mente por un tiempo. De todos modos, nunca funcionaron tan bien en los viejos tiempos.

—El velatorio ha empezado hoy—, le digo a Luca, mientras vuelvo a guardar el vodka en el armario de las bebidas. —Al estilo tradicional irlandés. Tres putos días va a estar ahí tirado—. Suspiro, queriendo alejar la pena.

—Siento que no puedas estar allí—, dice Luca, con voz suave. No respondo, así que sigue, con la voz menos suave ahora: —Pajarito. No puedes estar allí. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sé que no es una gran idea—. Lo digo por las dudas. Él lo sabe.

—No vas a ir—, dice claramente. —No vas a entrar en una sala de mafiosos irlandeses en su ciudad natal como el heredero depuesto de la

familia Donovan y el marido del Don Morelli. Estarías muerto antes de que tu pie llegara al umbral.

—Era mi papá—, digo simplemente. —Independientemente de lo que haya pasado, el hombre me crió durante... bueno, parte de mi vida.

—Cuando llegue a casa, lo lloraremos. Iremos a la iglesia y rezaremos por su alma y encenderemos todas las malditas velas que tengan. Pero por favor, Finch. Por favor, prométeme que no irás a Boston.

—De acuerdo.

—No, no 'de acuerdo'. Dilo.

—No iré a Boston.

Odio mentirle a mi marido.

Pero no tengo intención de dejar que mi hermana Maggie se apodere de los últimos recuerdos de mi padre.



Lo que pasa con el velatorio es que habrá un montón de mafiosos irlandeses borrachos. Pero también estará mi familia: mis tíos, mis primos. Mis hermanas. Así que tal vez haya mucho cruce en cuanto a mafiosos borrachos y familia, pero no puedo creer que todos me odien tanto como Maggie. No he visto a la mayoría de ellos durante años, no desde que era un niño.

No desde el funeral de mi madre.

Ella no tuvo un velatorio, o no uno del que me hayan hablado. Pero mi papá no saldría sin un maldito gran alboroto. Al menos su muerte fue natural, o eso es lo que me dijo Tara, al menos. Su corazón cedió. Cuando me dijo eso, me sentí tan aliviado de que no fuera Maggie quien lo matara que estuve a punto de hacer una broma tonta sobre ese corazón de piedra que finalmente se abrió. Me contuve a tiempo. Quizá estar con Luca me ha enseñado un poco sobre cuándo mantener la boca cerrada.

Sé que es estúpido para mí ir a Boston. Sé que es más que estúpido que vaya al velatorio. Pero también conozco a mi familia, y conozco sus tradiciones. De ninguna manera Maggie me matará allí en la casa mientras el cuerpo de Pops yace en el estado. Entraré rápido, presentaré mis respetos, y saldré de nuevo en una hora más o menos.

Tres, como máximo.

No planeo quedarme para el funeral. El velatorio es la parte importante, en lo que a mí respecta. Es el momento de recordar, de llorar, de celebrar. Y hay una pequeña parte de mí -la parte atrevida y deseosa de morir- que se pregunta cómo me recibirán.

¿Con abrazos o con un golpe? ¿Beso o muerte? Soy tan curioso como cualquier gato.

Pero realmente no quiero que Luca se preocupe por mí. Ya tiene bastante en su mente. No me gusta el hecho de que esté poniendo su propia vida en juego, pero entiendo por qué lo hace. Me gustaría que pudiera entender por qué estoy dispuesto a correr el mismo riesgo. Pero más vale pedir perdón que permiso.

Marco tarda un poco en darse cuenta de a dónde vamos. Le pido que me lleve, ya que necesitaré refuerzos, y le cuento una larga historia sobre ir a Martha's Vineyard para comprobar una de las propiedades de Tino allí. No creo que haya ninguna propiedad de Morelli allí. Podría haber. Marco no sabe nada mejor, sin embargo. Así que llevamos unas dos horas de viaje cuando empecé a jugar con el GPS y dije: —Sí, así que vamos a Boston.

Marco se detuvo a un lado de la carretera. —No se puede, señor D'Amato—, dijo con firmeza, e incluso sacó las llaves del contacto.

—Claro que podemos.

—El Jefe me mataría. Quiero decir, literalmente me mataría. Cortaría las malditas pelotas de mi cadáver y me las metería en la boca, y luego me colgaría en Central Park como advertencia.

—Qué imagen tan encantadora, Marco. Eres todo un artista de la palabra cuando lo intentas. Y no tienes que preocuparte por eso, porque Luca sabe que voy a ir.

Marco me lanza una mirada fulminante. —Eh... Sabe qué, Sr. D, no soy tonto. Me imaginé que probablemente tenía algún motivo oculto para querer conducir por aquí, convenientemente hacia Boston. Pero le di el beneficio de la duda, porque quería darle la oportunidad de demostrar que estaba equivocado. ¿Y ahora me pide que contradiga las órdenes que me han dado y me miente diciendo que el Jefe lo sabe? Bueno, lo siento, pero...

—Por favor.

Creo que nunca le había dicho por favor a Marco. Por la forma en que me parpadea, estoy bastante seguro de que está pensando lo mismo.

Vuelve a negar con la cabeza, pero veo que su determinación flaquea, así que sigo adelante.

—Era mi padre. Nunca tuve la oportunidad de despedirme como es debido de Tino Morelli, y solo supe que era mi verdadero padre cuando ya no estaba. No puedo perder la oportunidad de despedirme del hombre al que llamé papá toda mi vida, Marco. Por favor, no me hagas eso.

Me mira fijamente, con sus ojos marrones comprensivos, pero con la boca firme.

—Yo mismo conduciré—, le ofrezco. —Si sales de aquí, te pagaré un Uber de vuelta a la ciudad...

—Si te dejas conducir tú mismo, igual me meto una bala en el cerebro aquí, en el arcén—, dice, pero al menos sonrío. —Si estás tan decidido a ir, entonces voy a tener que ir contigo. Los irlandeses podrían matarme, pero sé que tu marido lo hará, si no intento al menos protegerte.

Me sentiría culpable, pero esto se siente demasiado fácil. —Gracias—, digo, mientras él arranca el coche de nuevo. —Pero ha sido más fácil de lo que pensaba, convencerte.

Se encoge de hombros, comprueba el espejo lateral y vuelve a salir a la autopista. —Si hay algo de lo que estoy seguro es que el Jefe ya sabrá lo que estás haciendo. Tendrá algo planeado para mantenerte a salvo. No sé qué es, pero estará pendiente de ti. Además, tiene ese rastreador en tu anillo de boda, ¿verdad? Apuesto mi trasero a que nos está observando ahora mismo desde algún satélite en algún lugar.

—Sí—, me río. —Sin duda.

Y entonces me cubro cuidadosamente la mano izquierda para ocultar el anillo de boda que falta.

La fe de Marco en Luca es conmovedora. Pero aún así, después de todos estos meses, Marco me subestima. Yo tampoco soy tonto. Dejé mi anillo de bodas en el cajón de mi cama en Nueva York.

Mira, no estoy orgulloso de mí mismo, ¿vale?

Pero necesito hacer esto. Necesito decir adiós. Y no quiero que Luca se preocupe por mí mientras lo hago.

CAPÍTULO OCHO

Finch

Tengo una leve sensación de irrealidad cuando entramos en el largo camino de entrada que llega hasta la casa. Este lugar es donde solía pasar los veranos cuando era niño: el retiro de los Donovan llamado Innisfree, a treinta minutos de la ciudad de Boston, en el límite de los bosques estatales. Los recuerdos se precipitan, haciendo que mi cabeza nade. Nunca pienso mucho en mi infancia antes de la muerte de mamá, porque me duele demasiado. Antes, cuando todas mis hermanas me querían, y mi padre también, o al menos era capaz de fingir mejor.

Antes de que nadie se diera cuenta de que yo era el cuco del nido.

Es un camino largo, bordeado de bosque, pero sólo llegamos a la mitad antes de que empiece la fila de coches aparcados, apartados de la carretera. Marco se detiene y aparca en la fila. —Mejor caminar desde aquí—, sugiere. —Podría ser una mejor idea llegar a pie que rodar hasta la puerta. Podemos ver el terreno. ¿Hay alguna cámara de seguridad que deba conocer?

Sacudo la cabeza. —Papá odiaba ese tipo de cosas. Decía que llamaba más la atención de lo que valía tener cámaras por todas partes.

Marco asiente sabiamente. —Muy inteligente por su parte. Las cámaras se pueden piratear. A Tino Morelli tampoco le gustaban—. Me mira de reojo. —Lo siento—, añade, como si mencionar a mi otro padre fuera un paso en falso.

—Olvidalo.

Está oscureciendo, y hay una música fuerte que flota entre los árboles y baja hacia nosotros. Las luces de la casa se hacen visibles rápidamente mientras subimos por el camino.

—Estas botas no están hechas para caminar—, murmuro mientras caminamos.

Marco no responde.

Le agradezco que esté aquí, que se arriesgue a la ira de Luca sólo para cubrir mi estúpido culo, pero no puedo evitar sentirme solo. Me empiezan a llorar los ojos, solo por el aire fresco de la noche y el viento que sopla en ellos, y el corazón me pesa. Dentro de esa casa está todo lo que pensé que había dejado atrás. Dentro de esa casa está el cadáver de mi padre, y una vez que lo vea allí tendido en su ataúd, su muerte será real.

Todos los últimos meses serán reales.

La casa aparece a la vista, iluminada como el maldito 4 de julio, y hay música folclórica irlandesa punk retumbando en las ventanas, gritos y cantos procedentes del interior, y unas cuantas almas borrachas en la parte delantera cantando una vieja canción de cuna irlandesa que mi madre solía tararear siempre que estaba realmente concentrada en algo.

Se me cierra la garganta y mis botas, que no están hechas para caminar, se frenan. Marco me devuelve la mirada. —¿Has cambiado de opinión?—, me pregunta.

—No. Sólo... sólo necesito un minuto—. Me siento en el bajo muro de piedra que rodea el centro de flores de la entrada circular y miro fijamente la casa.

—Claro—, dice Marco, y se coloca a una respetuosa distancia de mí, con las piernas separadas y las manos juntas por delante, con el aspecto exacto de lo que es: un guardaespaldas de la mafia.

Los borrachos, que fuman hierba y tratan de armonizar sus voces, ni siquiera me miran. Se sacuden lo último de su cucaracha y vuelven a entrar en la casa para reunirse con la multitud. Érase una vez que se habrían apresurado a avisar a todo el mundo de que el vástago de los Donovan había llegado.

Érase una vez que era un príncipe en esta casa, el querido hijo único de Howard y Orla Fincher Donovan. Pero ya entonces era el paraíso de los tontos, sólo un sueño, porque nunca fui el hijo de mi padre. Nunca fui un verdadero Donovan.

Intento recordármelo a mí mismo, pero los recuerdos siguen apareciendo. Mis hermanas y yo, corriendo entre los árboles para espiar a los niños del campamento al otro lado del lago del bosque.

Uno de ellos nos lanzó piedras una vez y me hizo un corte en la frente. Maggie le dio un buen puñetazo por eso. Era la mayor y la más dura de nosotras. Róisín me limpió el corte cuando llegamos a casa y Tara me sostuvo la mano para que no llorara. No debíamos acercarnos a ese campamento de verano, nos habían regañado una y otra vez, así que no podíamos contarles a mamá y a papá lo que había pasado.

Cuando Pops preguntó por el corte esa noche en la cena, mentí y dije que me había tropezado con mis propios pies en el patio trasero.

La mirada de aprobación de Maggie me hizo brillar toda la noche.

Ahora estoy aquí, de vuelta, sólo que esta vez soy un extraño. No bienvenido en la familia. La causa de su caída, en muchos sentidos. Y nunca me he sentido tan aislado y no deseado.

Desearía...

Desearía que Luca estuviera aquí.

Venir a Boston fue una mala idea. No debería haber arriesgado mi vida, ni la de Marco. Me pongo de pie, mirando a mi alrededor en busca de Marco. —Vamos—, le digo. —Es demasiado peligroso.

Me giro para mirar la casa una vez más. Pero entonces noto que las sombras se mueven desde el lado de la casa, separándose de la negrura y transformándose en figuras. Figuras imponentes, que marchan directamente hacia mí, decididas. Una figura intermedia flanqueada por otras cuatro; instintivamente, retrocedo hacia Marco, que ya tiene su arma desenfundada.

La figura del medio, la cabeza de la flecha, levanta una mano. —No hace falta—, dice, divertido.

Marco enfunda su pistola, sonriendo. —Jefe—, dice con un movimiento de cabeza.

—Luca—, grazno. Sigue caminando rápido hacia mí y yo estoy clavado en el suelo. No estoy seguro de si es un ángel que viene a salvarme o un demonio que quiere condenarme, pero cuando me toma en sus brazos y me besa, ni siquiera me importa.

—¿Qué haces... cómo sabes...?— Tartamudeo, una vez que su boca se separa de la mía y recupero el aliento.

—Te conozco, pajarito—, dice. —Sé que nunca me escuchas.

—Eso no es cierto—, digo débilmente.

—Mm. Bueno. No quería que tuvieras que afrontar esto solo. Así que aquí estoy, dispuesto a presentar mis respetos a un antiguo socio comercial de la familia Morelli. El Sr. Donovan fue un gran aliado durante muchos años, así que es apropiado que asista a su velatorio junto a ti. Por no mencionar que es mi trabajo apoyar a mi marido en su momento de pérdida. ¿No es así?

Hace unos segundos estaba dispuesto a salir corriendo. Pero con Luca a mi lado, puedo enfrentarme a cualquier cosa. Incluso a mi desastrosa familia, a mi asesina hermana mayor y a una casa llena de enemigos irlandeses.

—Sí—, digo, besándolo de nuevo.

Detrás de él, una de las otras figuras tose. —Vamos, chicos. No quiero quedarme aquí esperando a que los irlandeses nos cojan aquí en la entrada.

—¿Hermano Frank?— Pregunto, sonriendo. —¿Tú también has venido?

—Claro que sí. Somos familia, ¿no?

Mi garganta da otro apretón y tengo que aclararla. —Lo somos.

Frank se adelanta y me atrae en un abrazo, dándome una fuerte palmada en la espalda. —Siento tu pérdida, Principessa.

—Gracias—, susurro.

Luca, que ha estado hablando en voz baja con Marco, vuelve a mirar cuando Frank me suelta. —Id a esperar a la puerta—, les dice Luca. —Y gracias, Marco.

Murmurando y sospechando de su entorno, los hombres se dirigen a la puerta, pero Luca me hace retroceder un momento. —Una última cosa—. Me coge la mano izquierda.

Sé de qué se trata. —No quería, pero...

Me ignora y vuelve a colocar el anillo en mi dedo. —Teníamos un trato, pajarito—, dice, con voz oscura. —Te quedas con ese anillo en el dedo, porque...

—Sí, sí. Porque necesitas saber dónde estoy.

—No.— Me hace girar hacia él, agarrándome de la parte superior de los brazos, y me sacude un poco. —Porque es tu maldita alianza.

Estoy a punto de burlarme de nuevo de él, pero me detengo a tiempo. —Tienes razón—, digo, y lo digo en serio. —Lo siento. Fue una falta de respeto quitármelo.

Me coge la mano para admirar el anillo en mi dedo. —Maldita sea, sí.

—Eres un idiota—, murmuro. —¿Cómo lo has sacado de...?

—Marco se lo llevó. ¿Crees que no se va a dar cuenta cuando te quites el anillo?

Ese Marco. Resulta que lo he subestimado. Y entonces miro la propia mano izquierda de Luca. —Eh, perdona. ¿Dónde está tu anillo de boda? ¿Y qué demonios es esto?— Le agarro la muñeca mientras intenta apartar la mano.

—Me lo puse encima de mi alianza—, protesta, moviendo un poco la enorme cosa negra por el dedo para demostrar su afirmación. —Es el anillo de la familia Morelli. Ha pasado de generación en generación entre los Dons. Era de Tino, y ahora...

—Y ahora es tuyo—, termino por él, y lo beso, porque por un momento he visto la incertidumbre en sus ojos. ¿Sobre mí? ¿Sobre entrar en un semillero irlandés? No estoy seguro. —Bueno, vamos—, digo después. —¿Has estado alguna vez en un velatorio tradicional irlandés?

—No he ido. Suena... ruidoso.

—Los italianos sois igual de ruidosos—. De la mano, nos acercamos a la puerta. Hay un cartel al lado con una foto de mi padre y un anuncio del velatorio. *La familia Donovan da la bienvenida a todos los que quieran celebrar la vida de Howard*, dice bajo su foto.

—Supongo que esa es nuestra invitación—, digo.

Los ojos de Luca están atentos mientras mira alrededor de nuestro pequeño grupo. —Nick, tú vas primero. Bobby, tú vas en la retaguardia. Frank a mi derecha y Marco, tú a la izquierda de Finch. Vigilaos las espaldas unos a otros. Y no se emborrachen demasiado, ninguno de ustedes. Mantened la puta cordura, la poca que tenéis.

Frank se encoge de hombros. —Vamos a la fiesta—, dice.

—Mostremos nuestros respetos—, corrige Luca.

Ambos tienen razón, a su manera.

CAPÍTULO NUEVE

Luca

El olor es lo primero que me golpea cuando atravesamos esa puerta. Una tormenta de olor a madera, tabaco y hierba; whisky y cerveza; luego un trasfondo más agradable de carnes asadas y algún tipo de barbacoa; además de un extraño olor superpuesto. Algo terroso.

La casa se siente extrañamente acogedora, cálida y amigable. Para Finch y para mí es un nido de víboras, pero estoy bien equipado. La puerta principal da paso a una entrada de techo alto con suelo de mármol y una escalera a un lado. Hay una mesa auxiliar a la izquierda, donde hay otro cuadro de Howard Donovan rodeado de una corona de flores e iluminado por dos velas encendidas. A mi derecha hay un comedor formal al que echo un vistazo al pasar. Bajo la lámpara de araña hay una gran mesa de teca. Las paredes están empapeladas con papel pintado de aspecto caro y hay una enorme alfombra que ocupa casi toda la habitación.

Nuestro comedor formal es más bonito, decido con suficiencia.

Pero Finch me hace avanzar hacia la sala que hay debajo y más allá de la escalera superior. Es una zona enorme que ocupa toda la altura de la casa, con pintura verde Kelly en las paredes, una chimenea de mármol verde, otra alfombra enorme y un bar completo a la derecha de la habitación. El lugar está abarrotado de gente que habla y ríe, en general actuando como si estuvieran aquí para pasar un buen rato, no uno triste. Nadie parece fijarse en nosotros cuando entramos en la zona, hasta que un hombre enorme con el pelo naranja hace una doble toma al ver a Finch.

Instintivamente, saco mi pistola. Marco también lo hace.

El pelirrojo se abalanza sobre nosotros, levanta los brazos y lanza un enorme grito por la boca, y se abalanza sobre Bobby para rodear a Finch con sus brazos. En unos instantes, las lágrimas corren por su cara y grita a toda la sala por encima del hombro: —¡Mirad quién está aquí, cabrones!

Finch, que se ha visto totalmente envuelto en los brazos del hombre, lo empuja, riendo.

—Ha pasado mucho tiempo, tío Gus. ¿Cómo te trata la vida?— Finch se vuelve hacia mí, acercándose a su lado, con ojos orgullosos. —¿Te has enterado de que me he casado?

—Sí, eso hice. ¿Y este es el bastardo afortunado?— Gus me atrae en un abrazo propio.

Independientemente de lo que esperaba de los Donovan, no puedo decir que fuera un abrazo cálido y acogedor.

A pesar del estruendoso grito del hombre, el resto de los asistentes han seguido con sus conversaciones. Gus señala a mis hombres y grita a la multitud en general: —¡Que alguien les traiga una copa a estos gilipollas!— y luego enlaza los brazos con Finch y conmigo para llevarnos hasta otro grupo. Todos son hombres, y un gran porcentaje de ellos tiene el mismo pelo rojo que predomina en el clan Donovan.

—Me dijeron que no te esperara aquí, Howie—, continúa el hombre grande. —¿Cómo has estado, y cómo es que tu hermana parece estar dirigiendo la familia? Sólo di la palabra y pondremos las cosas en su sitio.

—Has estado escondiéndote demasiado tiempo, Fearghus—, dice uno de los otros hombres, y éste no parece ni de lejos tan amistoso. —Este cabrón no es bienvenido aquí—. Mira a Finch, y mi mano se dirige automáticamente a mi arma. —¿Me oyes? No debería estar aquí—, repite.

—¿Y por qué no debería estar?— exige Gus. —Con su propio padre muerto...

—Su propio padre murió hace meses—, dice otro tipo. —Este mierdecilla es el cabrón de Morelli.

Agarro a Finch por el codo y lo arrastro conmigo. Pero para entonces ya hemos llamado la atención, y el ruido de la sala se va apagando a medida que las miradas se vuelven hacia nosotros.

—Howard Donovan era tanto mi padre como el de mis hermanas—, suelta Finch. —Y fui criado como su hijo. Así que puedes mostrarme un poco de respeto, Cormac.

—Vamos fuera—, responde el que supongo que es Cormac. —Te mostraré todo el respeto que pueda, justo en los dientes.

—Esta noche no habrá peleas—, dice una suave voz femenina. Una mujer pelirroja pasa por delante de Finch para colocarse frente a él, y por un momento me sorprende, porque creo que es su hermana, Maggie Donovan. Pero cuando se gira para mirar a los hombres reunidos, es más joven que Maggie. Debe ser una de las otras hermanas. Las conocí a todas en la boda, pero las tres se parecían tanto que me resultaba difícil distinguirlas: piel pálida, pecas, pelo rojo brillante. Todas tenían los mismos ojos azules, las mismas voces cadenciosas.

—¿Qué es un velatorio sin una pelea?— Gus se desgañita.

—Hacemos las cosas un poco diferentes en América, tío Gus—, le dice ella. —Y estos hombres deberían saber que no deben hablarle así a mi hermano—. Ella los mira fijamente.

—¿Quién demonios ha invitado a las hadas italianas en primer lugar?— exige Cormac.

—Yo lo hice—, dice la mujer. —Son mis invitados, y serán tratados con respeto y como parte de la familia, porque eso es lo que son.

Toda la sala está ahora en silencio, escuchando. Esperando. Desde arriba, en el balcón que da a la sala verde, flota otra voz. —Oh, pero no son familia, Tara, y no deberías haberlos invitado. Me faltaste al respeto cuando lo hiciste.

Todos miramos hacia arriba, y esta vez no hay que confundir a Maggie Donovan, que está de pie en el balcón y nos mira fijamente. El vestido de seda negro que lleva no hace más que resaltar su coloración, su piel más pálida que nunca, su pelo como una capa escarlata enroscándose alrededor de sus hombros.

Esta vez sí que saco mi pistola. Mis hombres nos han rodeado y los irlandeses se alejan de nosotros, así que nos quedamos un pequeño grupo de italianos como animales acorralados.

Para ser justos, este era mucho más el recibimiento que esperaba.

—Pero ahora están aquí—, continúa Maggie lentamente, burlándose. —Y supongo que lo que dice el mestizo es cierto. Se ha criado con nosotros. Así que le permitiré presentar sus respetos a nuestro padre. El resto de vosotros, matones, podéis iros. No permitiré que la memoria de mi padre sea mancillada por criminales.

—Tu padre era un socio de negocios—, le respondo. —Estoy aquí para presentar mis respetos en nombre de la familia Morelli, y estos hombres también.

—Me sorprende verte aquí, D'Amato—, dice con un resoplido. —¿No se supone que estás en Chicago?— Ella levanta una ceja en forma de látigo, una sonrisa torciendo su boca.

No debería saber nada de esa reunión. Supongo que todavía tiene sus conexiones con Fuscone y Nueva York.

—Esto parecía más importante—, respondo encogiéndome de hombros.

—Son mis invitados—, dice Tara con obstinación. —No eres la única que puede opinar aquí, Margaret.

Si Maggie odia a Finch, tampoco piensa mucho más de su hermana, a juzgar por la mirada que le envía.

—Nada de peleas—, dice por fin la hermana mayor de los Donovan, sonando aburrida. —Y esas armas se alojan en la sala de juegos con todas las demás.

Tara me envía una rápida sonrisa y un gesto de ánimo, y el ambiente se enfría ligeramente.

—Gracias, Maggie—, digo amablemente.

—Pero no te quedes mucho tiempo, ¿quieres?—, responde ella. —A nadie le gusta que un invitado se quede demasiado tiempo—. Se da la vuelta, con el pelo alborotado, y se marcha. Le concedo esto: la mujer sabe cómo hacer una salida.

A nuestro alrededor, la multitud empieza a murmurar de nuevo, y en unos momentos nos olvidan. Tara coge la mano de Finch y le dedica una sonrisa genuina. —Me alegro mucho de verte, Howie—, dice. —A pesar de las circunstancias. Siento mucho lo de Maggie. Ya sabes cómo es ella. De todos modos, ven conmigo. Luca...— Me mira, y es casi extraño escuchar mi nombre salir de su boca. —Tú y tus, eh, amigos, deberían ir a poner sus abrigo y cosas en la sala de juegos. Tío Gus, ¿les enseñas el camino?

—Cualquier cosa por ti, amor—, dice Gus. Mira a Frank de arriba abajo. —Lástima lo de la regla de no pelear. Me hubiera encantado entrenar contigo, grandullón. Muy bien, entonces, ven conmigo.

Da unos pasos, pero mis hombres se quedan donde están, mirándome. Le entrego mi pistola a Marco. —Ve—, digo. —Yo me quedaré con Finch y Tara. Tú también, Ángelo—, añado, pero como me mira, cedo. —De acuerdo. Conmigo, pero entrega el arma primero.

Angelo es tan letal sin un arma como con una. Sólo que prefiere tener las manos limpias cuando mata. Entrega su arma de fuego a Gus, y Finch, Angelo y yo seguimos a Tara por la casa.

Finch ha estado muy callado desde la aparición de Maggie. La última vez que la vio, ella estaba tratando de matarlo.

—¿Estás bien?— Pregunto, dándole un apretón en la mano.

—Claro.

No es muy convincente.

Dondequiera que Tara nos lleve, el ambiente cambia a medida que avanzamos. La gente está más tranquila en este extremo de la casa, más sombría, menos borracha. Hay gente mayor, y de vez en cuando Tara se detiene y presenta a la tía Dearna o a la prima Eileen, que abrazan a Finch y le dicen cuánto lo sienten, y lo maravilloso que era su padre.

Al llegar a la sala donde espera el ataúd, Finch parece conmocionado.

—¿Es ahí donde está papá?—, pregunta, deteniéndose en la puerta.

—Sí, Howie—, dice su hermana con suavidad. Ella debe ver la mirada de miedo en sus ojos tan claramente como yo. —Te dejaré despedirte en privado, si lo prefieres.

—Quiero decir, ¿está papá ahí dentro? ¿Tirado ahí, muerto y todo eso?— Su mano está temblando en la mía.

—Quizá deberíamos volver más tarde—, le digo a Tara, pero ella ha cogido la otra mano de Finch. La sonrisa que le dedica es amable y comprensiva.

—No hay nada que temer, cariño.

—¿Qué aspecto tiene?— Finch pregunta en un susurro. —¿Está... está bien?—. Comienza a reírse entonces, pequeñas risitas que quitan el hipo, pero sus ojos están llenos de lágrimas.

También los de Tara. Ella le pone una mano en la mejilla. —¿Sinceramente? No se parece al papá que recuerdo. Ha desaparecido. La cosa que lo hizo Pops se ha ido. Pero eso es algo bueno.

—Mamá era...—, empieza Finch, y se detiene. Tara asiente, como si entendiera exactamente lo que quiere decir.

—No es para nada como mamá, Howie, te lo prometo.

Me doy cuenta de que al último padre muerto que vio Finch le volaron la mitad de la cara por la bala de un asesino. No me extraña que esté tan aterrorizado. No tengo ni idea de qué decirle y miro a Tara con impotencia. Ni siquiera recuerdo a mis padres, que murieron jóvenes, y Frank y yo fuimos criados por nuestra abuela paterna. Nonna murió después de una larga enfermedad, y fue un alivio verla partir, el dolor en su rostro liberándose a medida que su espíritu se deslizaba.

—No sé si podré—, murmura Finch, con la voz entrecortada, y sigue soltando esas risitas asustadas. —¿Y si me vuelvo loco? Quiero decir, me estoy volviendo loco. ¿Por qué me estoy riendo?

Tara le quita las lágrimas de las mejillas. —¿Por qué no vamos a verlo juntos?—, sugiere. —Los tres. Y Howie, la risa es sólo una reacción al estrés. Así que adelante, ríete y yo me reiré contigo. O llora, o grita, o simplemente quédate en silencio. Lo que quieras hacer está bien.

Finch asiente lentamente con la cabeza y deja que Tara le lleve a la habitación, llevándome a mí de la mano. Cierro la puerta tras nosotros, dejando a Angelo de guardia en el pasillo. No hay nadie más que nosotros tres.

Y el padre muerto de Finch.

CAPÍTULO DIEZ

Luca

La sala de descanso es pequeña y las paredes son de color azul marino. Hay pesadas cortinas que protegen de la noche y la luz es tenue, como para no molestar a los que duermen. Hay unas cuantas sillas antiguas de aspecto elegante con respaldos bordados agrupadas, por si la gente quiere sentarse a rezar un rato, o lo que sea que hagan los irlandeses en su versión de un velatorio.

Tara pasa su brazo por el brazo izquierdo de Finch y yo tomo el derecho. Lo llevamos hacia delante y me acuerdo incómodamente de nuestra boda, cuando su padre llevaba a Finch por el pasillo hacia mí. Aquel día, Finch parecía completamente sereno, por lo que pude comprobar. Ahora está temblando como si tuviera un escalofrío, y nos acerca a los dos como si quisiera entrar en calor.

Ahora sé que he tomado la decisión correcta de dejar Chicago, aunque eso signifique que estamos jodidos. Pero puedo soportar estar jodido. Incluso puedo soportar que todas las familias de la Costa Este vengan a por nosotros, si eso es lo que ocurre.

No puedo soportar que Finch no esté bien.

Mientras nos acercamos al ataúd, miro la fotografía de Donovan reproducida de nuevo aquí a un lado, junto con un tablero de fotos de momentos de la vida de Donovan. Maggie ocupa un lugar destacado. Sólo hay una foto de Orla Fincher Donovan, la esposa de Howard hasta que la mató su propia hija, y ninguna de Finch. Una ira fría brota en mí. Al menos, la atención de Finch está en otra parte: en el ataúd.

La madera es cara, de color marrón oscuro y brillante como un espejo, con incrustaciones de satén color crema. Donovan está apoyado en una pequeña almohada, con un rosario entre los dedos, con el rostro hundido pero -como prometió Tara- tranquilo. Creo que debe ser el muerto más pacífico que he visto nunca, y he visto muchos.

Finch se aparta, con la cara medio girada como un niño que intenta no mirar algo que le da miedo.

—Está bien—, dice Tara con suavidad. —Es como si estuviera durmiendo, pero no.

Y finalmente Finch echa un vistazo. Entre los dos, deja escapar un pequeño suspiro y se desploma un poco, pero luego sus piernas se fortalecen

y se inclina un poco más. —Tienes razón—, dice, con sorpresa en su voz. —Simplemente... se ha ido.

Todos nos quedamos allí por un momento, contemplando el más allá. He matado a muchos hombres y nunca he pensado mucho en dónde podrían terminar después. Yo mismo quiero evitar la condenación, pero sé que el purgatorio es probablemente mi mejor opción. Por lo que sé, Finch no cree como yo. Creo porque no puedo no hacerlo. No me parece justo si no hay nada después de esto.

—¿Te gustaría tener un tiempo a solas con él?— Tara pregunta. —Seguiremos aquí, sólo un poco lejos.

Finch asiente lentamente. —Sí—, dice en voz alta, y entonces le soltamos los brazos y damos un paso atrás del ataúd y de él. Apoya las manos en el paño de algodón, ribeteado de encaje, que está colocado sobre el lateral del ataúd -para evitar las huellas dactilares en esa superficie de cristal, supongo- mientras mira a su padre.

Tara y yo nos acercamos de nuevo a la puerta.

—Me alegro de que hayáis venido los dos—, dice ella.

—Gracias. Siento que tu padre haya muerto—, le respondo, y ella esboza una pequeña sonrisa.

—Gracias—, dice ella a su vez. —Sabes, realmente quería mantener más contacto con Howie después de la boda. Debería haberle tendido la mano.

Una sensación de irrealidad se instala en mí. Por la forma en que Tara habla, uno pensaría que sólo teníamos problemas familiares comunes y corrientes, como desacuerdos sobre dónde pasar las vacaciones o alguna mierda. No que su hermano haya estado involucrado en un matrimonio con rehenes, o que su hermana mayor haya intentado varias veces que lo maten, o que nuestras dos familias no sean viejas enemigas.

—No creo que Maggie lo permita, ¿verdad? Ahora es la jefa de tu Familia, ¿no es así?

Tara vuelve a mirar a Finch. —Supongo que lo es—, dice vagamente. —Siempre estuvo muy unida a papá. Sé que está sustituyendo al director general mientras todo se resuelve... pero entre tú y yo—, baja aún más la voz, —se está portando muy mal con el testamento. Por supuesto que Howie debe recibir su parte justa, y me alegro de que Pops se diera cuenta antes de morir. No habrá ningún problema para que le transfieran su parte justa, te lo puedo prometer.

Eso me sorprende. Me viene a la cabeza la imagen de todos nosotros reunidos en una habitación con paredes de madera para escuchar a un abogado a la antigua usanza leer el testamento; acusaciones volando entre los miembros de la familia, amenazas y lágrimas. Nunca se me ocurrió pensar que podría haber más sangre que exprimir de la piedra Donovan. No es que Finch necesite más dinero: Tino Morelli, su padre biológico, lo cuidó muy bien.

Aún así. Nunca rechaces un almuerzo gratis.

Y dadas mis circunstancias actuales con la Comisión, podría ser útil tener algo extra en reserva.

—Me gustaría que nuestras familias estuvieran más cerca—, dice Tara, tomando mi mano. Es del tipo sensiblero, pero supongo que tiene buenas intenciones, aunque viva en su propia realidad.

—Tu hermana mayor te lo pondrá difícil—, señalo.

—Sí. Pero Maggie podría no tener siempre el control.

Vaya, vaya.

Una vez más he subestimado a un Donovan. Me pregunto qué estará pasando exactamente detrás de esa expresión de serenidad. Me pregunto qué piensa ella de Finch. ¿Está Tara jugando conmigo ahora, sondeando la profundidad de mi desesperación por los aliados?

—Tal vez te gustaría venir a cenar la próxima vez que estés en Nueva York—, sugiero. Podría ver lo que tiene que ofrecer, y tenerla en nuestro territorio nos dará una ventaja.

Tara tiene planes de estar en Nueva York dentro de unas semanas, así que nos ponemos de acuerdo. —Y ya que lo mencionas, hay algo que podrías hacer ahora mismo para que Finch se sienta más unido a tu familia—, añado. —Y es poner una maldita foto suya en el tablón de ahí.

Las cejas de Tara se disparan. —¿Esa zorra...?—, empieza, y mira con dureza el tablón de fotos. —Sí que he puesto a Howie ahí arriba, y muchas más de mamá. Ella debe haber...— Sus ojos se estrechan. —¿Sabes qué? Vuelvo enseguida.

Se escabulle silenciosamente fuera de la habitación, y yo observo a Finch, preguntándome. Le oigo hablar en voz baja, demasiado baja para entenderle, pero... ¿parece que está bien? Menos como si estuviera a punto de reírse histéricamente, al menos.

Tara vuelve a aparecer a mi lado tan silenciosamente que casi salto; la práctica bien aprendida me mantiene inmóvil como una roca. No sirve de nada perder el control de mis reacciones, sobre todo delante de los demás. Sostiene un puñado de fotografías y me hace un gesto con la cabeza. Juntos, volvemos sobre nuestros pasos y nos reunimos con Finch. Le rodeo con el brazo y él se apoya en mí.

—No está tan mal—, dice.

—En absoluto.

Mientras él me sonríe y se inclina para abrazarme, Tara aprovecha para fijar rápidamente las fotografías, incluyendo varias de ellas directamente sobre las imágenes de Maggie, que parece estar desproporcionadamente representada en el tablero de recuerdos. Cuando se reúne con Finch en su otro lado, éste parece fijarse de nuevo en ella. —¿Está Róisín aquí?— La hermana mediana de los tres, Róisín, la recuerdo como la más tímida en nuestra boda.

Tara duda, pero luego sacude la cabeza. —Eso es toda una historia—, dice. —Te lo contaré todo en Nueva York.

—¿Nueva York?— repite Finch.

A lo lejos, se oye un fuerte golpe.

—Creo que es hora de que te vayas—, sugiere Tara. —Las cosas se están empezando a poner... ruidosas.

Mi brazo alrededor del hombro de Finch se tensa. —¿Estás listo, pajarito?

—Lo estoy—. Alarga el brazo para tocar las manos de su padre. —Adiós, papá. Siento cómo han acabado las cosas—. Finch parece casi tan tranquilo como su padre en este momento, y me pregunto a qué epifanías habrá llegado, estando aquí.

Tara extiende la mano y desenreda el rosario de los dedos de Howard Donovan. —Este era el rosario de mamá—, dice quebradiza. —Deberías tenerlo, Howie—. Se lo pone en la mano.

—No, Tara, no puedo—, protesta él. —No soy... no soy religioso.

—No hace falta serlo para apreciar la belleza. Mamá habría querido que lo tuvieras, para recordarla. Y ciertamente no permitiré que sea enterrado con el hombre que la mató.

Ah. Así que las hermanas Donovan, Tara y Róisín, han sido informadas de los pecados de su padre. No es de extrañar que Tara parezca tan fría con Maggie también estos días.

Pero Finch sigue sacudiendo la cabeza y le devuelve el rosario a Tara. —Dáselo a Róisín. Ella lo usará de verdad—. Tara moquea, pero Finch se muestra inflexible.

Se oye un fuerte grito desde algún lugar del interior de la casa. Se nos acaba el tiempo. —Lo siento, pajarito, pero tenemos que irnos—, digo. —Tenemos que recoger a Frank y a los demás antes de que empiecen otra guerra que no necesito.



Cuando volvemos a la sala verde, hay una multitud reunida en un rincón, e instintivamente sé que es allí donde encontraré a mis hombres. Sujetando firmemente a Finch por una mano, me abro paso entre la multitud mientras un rugido bajo empieza a crecer en el centro. Termina en una ovación cuando irrumpo en el centro abierto, y me detengo en seco ante la visión que tengo.

Frank y Gus, el enorme irlandés, han enlazado sus brazos y, si lo que veo es correcto, acaban de engullir una pinta de Guinness cada uno.

—¿Qué...?

—¡Georgie!— Frank se desgañita, abriendo los brazos, con una sonrisa en la cara. El vaso de cerveza que tiene en la mano no llega a golpear la nariz de alguien que está detrás de él. —Ven a tomar un trago con estos imbéciles.

Los hombres de alrededor gritan para animarles y alguien empieza a cantar una canción para beber. Las voces se unen. Agarro a Frank por el brazo y lo alejo. —Lo siento, todos, tenemos una agenda apretada.

—Pero el velatorio dura tres días, hermanito—, protesta Frank mientras lo arrastro. —Tres días—. Apesta a cerveza y whisky, y me pregunto cuánto habrá bebido en el poco tiempo que Finch y yo hemos estado fuera.

—¿Dónde diablos están Angelo y Marco?— murmuro, y los dos aparecen como si la mención de sus nombres los hubiera convocado.

—Estamos aquí, jefe—, dice Angelo. —¿Hora de irse?

—Hora de irse.

Angelo busca entre la multitud y saca a los dos idiotas restantes que se supone que son nuestra protección. Nick y Bobby parecen tan contentos de

quedarse a beber con los irlandeses como Frank, pero sé lo rápido que pueden cambiar las amistades hechas con licor.

—Id a por las armas—, les suelta Angelo, dándole a Bobby un ligero golpe en la tripa cuando mira a su alrededor para ver lo que sigue ocurriendo detrás de él. Atrapa a Bobby cuando se dobla, sonriendo en señal de disculpa a los que están alrededor y miran hacia él. —Necesita un poco de aire—, les dice riendo. Luego se inclina sobre Bobby y le dice al oído: —Deja de hacer el ridículo y recuerda por qué estás aquí. ¿De qué sirves como protección si estás borracho?

Angelo lo empuja hacia Nick, y los dos, con cara de disgusto pero inmediatamente menos borrachos, se dirigen a hacer lo que les han dicho. Una vez más, siento una punzada de envidia por la genial capacidad de Angelo para hacer que la gente le obedezca.

—Tenemos que irnos—, dice Finch, y por primera vez desde que entramos en esta guarida de lobos, suena nervioso.

Miro hacia donde mira y veo la causa de su ansiedad. Maggie Donovan se ha dignado a bajar entre la gente común. Nunca he visto a una mujer con menos pena en su rostro, y vuelvo a preguntarme cómo de natural fue la muerte de Howard Donovan.

Maggie es una mujer cambiada desde nuestro último encuentro, cuando estaba medio histérica y temía por su vida. Hoy la acompañan dos hombres grandes y capaces que, desafiando la norma de no llevar armas, van fuertemente armados, con las armas bien visibles en sus fundas y atadas a sus espaldas.

La mano de Finch se estrecha sobre la mía y veo que su barbilla se levanta. Dios, le quiero.

Maggie lo mira, con el disgusto escrito en su rostro. —Esta es la última vez que me ves—, dice. —Y si te vuelvo a ver, sólo será para matarte. Así que vete.

—Hay una cosa que debería haberte dicho hace mucho tiempo, Maggie—, le dice Finch con sinceridad. —Y es que: eres una puta gilipollas.

Uno de los hombres se adelanta, gruñendo, pero ella le hace un gesto para que se quede quieto. —¿Sabes qué?—, le sisea a Finch. —Papá pensaba lo mismo. Pero míralo ahora, Howie. Míralo ahora. Pronto estarás en tu propio ataúd.

Alejo a Finch antes de que pueda seguir hablando. Pero si hay algo que juro es que Maggie Donovan pagará por todo lo que le ha hecho pasar a mi querido esposo.



Normalmente haría que Frank condujera, pero está demasiado borracho. Marco coge el volante de un coche en su lugar y acorrala a Frank para que vaya de copiloto, con Bobby y Nick en la parte de atrás. Angelo conduce para Finch y para mí, y hace todo lo posible para ser absolutamente invisible. Enciende la radio en una emisora de música clásica, poniéndola a todo volumen, y mira fijamente a la carretera.

En el asiento trasero, Finch me mira. —¿Sabías que iba a venir?

—Por supuesto que lo sabía.

—¿Te lo dijo Marco?

—Me llamó en cuanto empezaste a hablar de un viaje por carretera. Pero ya estaba de camino al aeropuerto. Te conozco, pajarito. Y sé cuando sólo me dices lo que crees que quiero oír.

—¿Mintiendo, quieres decir?— Baja la mirada, con el fantasma de una sonrisa en los labios.

—Mentir es un término fuerte.

Finch me coge la mano izquierda y la levanta para inspeccionar de nuevo el anillo Morelli, deslizándolo hacia abajo para revelar mi alianza, y hacia arriba para cubrir la banda de oro, repitiendo la acción unas cuantas veces. —Necesitaba despedirme de Pops. Pero no sólo de él, sino de los Donovan. Ya sabes, en los viejos tiempos, cuando los irlandeses emigraban aquí en masa, sus familias en Irlanda celebraban lo que llamaban un American Wake para despedirse. Sabían que nunca los volverían a ver, que la familia nunca sería la misma. Eso es lo que ha sido hoy para mí.

—Volverás a ver a Tara—, le digo suavemente. —La he invitado a cenar en Nueva York. Sólo dentro de unas semanas.

Me mira a los ojos y odio el dolor que veo allí. Después de todos esos secuestros y experiencias cercanas a la muerte (una de las cuales siempre recuerdo incómodamente que la emprendí a petición de Sam Fuscone), después de casarnos, juré que no dejaría que nada le hiciera daño de nuevo.

Ahora sé que fue una promesa vacía.

—Y tendré ganas de verla—, dice, —pero eso no cambia las cosas—. Los Donovan, tal como los conocí, se han extinguido—. Hay una oscuridad en su rostro junto con todas las demás emociones que me preocupa. Pero entonces Finch me sonrío. —Gracias por venir. Te necesitaba y tú estabas ahí.

—Siempre estaré ahí para ti. Siempre.

Vivo con el temor de que un día sea demasiado tarde, de que no pueda proteger a Finch. Pero a veces es más importante decir lo correcto que lo verdadero.

CAPÍTULO ONCE

Finch

Realmente nunca pensé que el hecho de que mi papá muriera tendría tanto impacto en mí. Como que pensé que habíamos terminado. Pero me sacude tanto que me lleva hasta el lunes por la noche antes de que me acuerde de preguntarle a Luca qué pasó en Chicago.

Él ha estado en el trabajo todo el día, planeando volver cuando terminemos de cenar, mientras que yo he estado encerrado en la casa de la ciudad pensando en la vida, la muerte y el universo, así que los dos estamos bastante callados hasta que me doy una palmada en la frente.

—¡Cariño! ¡Chicago! ¿Qué demonios ha pasado? No estás muerto, claro, pero ¿qué ha pasado con los grandes?

Levanta la vista de su comida, parpadeando para volver al aquí y al ahora desde donde sea que esté. —Ah—, dice. —Sí. Chicago.

Dejo el tenedor. —Bueno, eso me da confianza.

Sonríe a medias y toma un sorbo del vino que le he servido. —Este Scarecrow cab sav fue una buena elección.

—Oh, ni siquiera. Escúpelo, el chisme, no el vino. ¿Qué pasó en Capone Town?

Toma otro sorbo antes de responder, y me pregunto si está buscando un poco de coraje líquido, lo que no es para nada propio de mi marido. Eso sólo hace que me preocupe más. Entonces empieza a hablar y se me revuelven las tripas.

—Estaba bien, al principio. Tan frío como cabría esperar, dado que Sam Fuscone estaba allí, y ninguno de la vieja guardia se siente cómodo con algo que no sea heterosexual. Pero Carmine Vicario me apoyó como Jefe, y los de la Costa Oeste -la mayoría de ellos son mucho más jóvenes, más o menos de mi edad- también estaban de mi lado.

Parece que todo ha ido bien hasta ahora, pero sé que se avecina algo.

—Entonces—, suspira Luca, —Vicario declaró que tendríamos mi iniciación el domingo, seguida de una cena.

Se me acalambran aún más las entrañas, y por un segundo creo que voy a vomitar. —Pero te fuiste—, grazno. —Te fuiste a Boston—. Bebo un gran trago de agua.

Luca espera a que lo trague antes de continuar. —Tomé la decisión de estar al lado de mi marido, y tomaría la misma decisión mil veces. Tú eres mucho más importante para mí que cualquier jefe de la mafia envejecido, incluso Carmine Vicario.

—Yo... no creo que estén de acuerdo contigo en eso, cariño.

Luca se encoge de hombros. —No necesito que estén de acuerdo conmigo. O me aceptan o no, pero eso no va a cambiar mis prioridades. Sí le pregunté a Vicario si podíamos posponer la iniciación mientras asistía al velatorio contigo, pero se negó. Dijo...— Luca hace una pausa, y puedo ver cómo tamiza sus palabras, tratando de elegir entre ellas.

—Sólo dime.

—Me recordó las promesas que hice durante mi primera iniciación en la Famiglia. Dijo que la Comisión se había opuesto muchas veces a que me uniera a los Morelli, pero que Tino siguió planteándoselo hasta que se cansó. Vicario dijo que mis elecciones de estilo de vida...—, resopla. — eran repugnantes para la mayoría de las Familias. Y para Vicario también, claramente.

—El jefe de la mafia es un homófobo, noticia a las once—, digo, pero no me sale el corazón. Sé lo que se avecina.

Y tengo razón.

Vicario sólo estaba honrando los deseos de su viejo amigo cuando apoyó a Luca, pero la primera oportunidad que tuvo de separarse, la aprovechó. ¿No te quedas para una iniciación? ¿Todo porque el padre de tu marido irlandés marica murió? No va a cortar con los viejos hombres de honor de Sicilia, no señor.

Así que ahora la familia Morelli ha sido expulsada de la Comisión, de cualquier trato con aliados de los miembros de la Comisión, y cualquier hombre que se alinee con los Morelli será un juego justo. No es necesario pedir permiso para dar un golpe, ni siquiera a hombres hechos; no es necesario pedir permiso para entrar en el territorio de los Morelli.

Mientras tanto, por insistencia de Clemenza, Sam Fuscone ha sido iniciado como jefe de la recién reconocida Familia Fuscone, y se le ha dado un asiento en la mesa de la Comisión.

—Esto es culpa mía—, digo, después de digerir la noticia.

—No. Vicario me dio un ultimátum, y yo no hago ultimátums. Tomé mi decisión libremente, ángel. Para mí siempre estarás antes que la Familia. En

ese sentido, Vicario hizo bien en condenarme al ostracismo. No tenía intención de mantener los votos que les hice y lo dejé muy claro. Los que rompen los juramentos no son bienvenidos en la organización. Así que saldremos y haremos nuevos amigos, nuevos aliados. Hay otros en esta ciudad fuera de nosotros los italianos.

Puse mi cabeza en mis manos. —¿Tú más que nadie, actuando como un optimista? Realmente estamos jodidos. Debería haberme alejado de Boston como me dijiste.

—No estamos jodidos. Y no quiero que pienses que nada de esto es culpa tuya. Si no hubiera sido esto, habrían encontrado alguna otra razón para deshacerse de nosotros más adelante.

Lo fulmino con la mirada. —Se lo he puesto muy fácil.

Luca se encoge de hombros. —Lo hecho, hecho está. Olvídalo. ¿Cómo te ha ido el día? ¿Has hablado con Cee?

Es un cambio de tema ostentoso, pero lo dejo pasar. No puedo encontrar una solución al problema que he creado ahora mismo, pero lo pensaré.

Lo pensaré y encontraré la manera de ayudar.



No tengo mucho que hacer más que pensar en los próximos días. Mi padre es enterrado el miércoles por la mañana, y Tara me envía algunos mensajes a lo largo del día, haciéndome saber lo que está pasando. Eso ayuda, más o menos. El viernes por fin respondo a las llamadas de Celia y acepto ir a comer, siempre que sea en privado. Consigo que Marco me lleve a su casa para que no tenga que vestirse con su falso traje de embarazada sólo para visitarme, y creo que se siente aliviada por ello. No está disfrutando para nada del subterfugio, mi hermana forajida.

—¿Qué tal el funeral?—, me pregunta después de abrazarme fuerte.

—El velatorio. Bien, supongo. Frank pareció disfrutarlo.

Pone los ojos en blanco y pasamos a la cocina, donde pone la cafetera. —Hice que Frank durmiera en el sofá esa noche. Apeataba a alcohol cuando llegó a casa del funeral.

—Vaya que sí.

—Se lo merece. ¿Qué clase de ejemplo va a dar a nuestro hijo?— Se sonroja justo después de decirlo, apartando la mirada de mí.

—¿Has vuelto a ver a Hudson desde la última vez?— Pregunto, adivinando su proceso de pensamiento.

—Bueno, sí. Se queda aquí con nosotros.

La miro fijamente. —Celia Marie D'Amato. Dime que no seguiste adelante con esa loca idea.

—No era una idea loca, y sí lo hice—, me informa. —Él está aquí. Bueno, aquí no, aquí; está en el hospital con Connie. Hemos intentado alternar para que tenga a alguien allí con ella todos los días—. Con manos expertas, me prepara un café negro fuerte y lo desliza.

—¿Y el bebé?— Pregunto. La amenaza de Luca de cortarle la lengua fue modificada y entregada por su servidor, pero no sé si me fío todavía del tipo.

—Hudson entiende los peligros. Dijo que haría lo necesario para proteger a Connie y a su sobrina. Estuvo de acuerdo en que no sería capaz de cuidar a la niña de todos modos, y definitivamente no quiere que sus padres se involucren. Él... está feliz de que Frank y yo la criemos, siempre y cuando él pueda estar involucrado en su vida.

—¿Ya decidiste el nombre?— Pregunto. Ponerle un nombre al bebé le ha causado a Celia casi tanta angustia como llevar el traje de embarazada.

—La lista no hace más que aumentar—, dice con tristeza. —En fin. Ya está bien de hablar de eso. ¿Quieres hablar del funeral, cariño? Frank dijo que duraba tres días—. Sus ojos son grandes y redondos.

Me muerdo la lengua.

—¿Qué hay que decir?— Pregunto después de un momento. —Fue una mierda, mi papá está muerto, yadda-yadda. No quiero pensar en ello hoy—. Realmente no quiero. La cantidad de tiempo que pasé ayer preguntándome por el sentido de la vida me perturba. —¿Qué vas a hacer hoy? Necesito algo para ocuparme. Vayamos de compras. A hacer un cambio de imagen o algo así.

—Es viernes.

—¿Y?

—Así que es mi tarde para ayudar en Nuestra Señora. Y como Angelo Messina también autorizó a Aidan...— Me mira mal. Mierda. Me olvidé por completo de esa verificación de antecedentes, pero aparentemente Luca no lo hizo. —Supongo que se me permite ir. Como si Aidan fuera algo más que un hombre de Dios—, añade en voz baja.

Ignoro eso y en su lugar gimoteo: —No creo que pueda volver a enfrentarme a ese cura hipócrita. Puede que no sea sucio, pero sigue siendo molesto.

Celia no dice nada, pero hay un claro aire de que *no estabas invitado de todos modos* que viene de su dirección.

—¿Qué estás haciendo hoy? ¿Doblar más ropa de poliéster asquerosa?

—No—, dice ella con frialdad. —Hoy es el Club de la diversión de los viernes. Estamos haciendo una cocina comunitaria con un grupo de niños de un barrio desfavorecido. Este mes vamos a hacer pastel de carne—, termina alegremente. —Tengo que recoger la mezcla de carne picada en el mercado de camino.

—Por Dios—. Trago el café caliente, sintiendo que se abre camino en mi garganta.

No sé qué es. Tal vez el olor del café, el calor de una cocina y una mujer que habla de hacer buenas obras, pero me transporta a mi infancia. El recuerdo de mi madre hablándonos a los cuatro niños de lo afortunados que éramos y de lo importante que era para nosotros compartir con los desfavorecidos. A Róisín se le saltaban las lágrimas pensando en esos niños hambrientos de África. Maggie bostezaba y se miraba las uñas. Tara y yo escuchábamos con los ojos grandes, preguntándonos por qué hacer el bien tenía que ser tan condenadamente aburrido todo el tiempo.

—Bien—, le digo a Celia. —Iré y aprenderé a cocinar pastel de carne junto con Los Pobres. Ya que puedo decir que te mueres por tenerme allí contigo.

Me mira con los ojos entornados y los labios finos. —Está bien—, dice por fin. —Pero, por el amor de Dios, no les llames Los Pobres delante de nadie más. No vienen de las casas de trabajo victorianas.

—Lo prometo—, digo, con la mano en el corazón.



Los pobres no son exactamente lo que esperaba. Por un lado, todos parecen pensar que no tengo nada de cool, excepto por mis zapatillas R13 de edición limitada de color amarillo canario, pero después de decidir entre ellos que están desperdiciadas por un viejo blanco raro como yo, los chicos vuelven a aprender sobre el pastel de carne.

¿Viejo?

¿Moi?

Son todos niños pequeños, esa es la cuestión. Suponía que las madres vendrían con sus hijos, pero parece que es más bien un servicio de guardería en el que las familias pueden dejar a sus hijos durante unas horas mientras van a hacer mierdas de adultos deprimentes como ir de compras o pagar facturas. Mientras tanto, los niños se divierten cocinando y luego se lo llevan a casa a su familia.

Espero que a Luca le guste el pastel de carne. Estoy muy orgulloso de mi esfuerzo, no voy a mentir.

Celia quiere a todos los niños, y todos ellos quieren a Celia. Las otras Diosas que se suponía que debían dirigir el grupo de cocineros (incluida mi enemiga mortal, la señora Murphy) se pasan todo el tiempo cotilleando en la habitación de atrás mientras toman el té. Cee me ruega que las deje allí cuando le amenazo con ir a gritarles, y supongo que debería hacerle un favor y escucharla, ya que está soportando que esté aquí.

No es hasta que los niños se han marchado y Cee y yo estamos limpiando las manchas de carne picada de las mesas de plástico cuando el cura vuelve a aparecer en la puerta, todavía con su chaqueta y su bufanda.

Tiene el descaro de parecer sorprendido al verme. Como si sus extrañas amenazas del otro día debieran haberme alejado para siempre.

—Hola, Finch—, dice, sonriendo con su falsa sonrisa cálida mientras se acerca a nosotros. —Hola, Celia.

—Hola, Aidan—, dice Celia, limpiando enérgicamente la mesa, con una mano desviada hacia su falso vientre, como siempre.

—Padre Aidan—, le saludo, tratando de proyectar la mayor frialdad posible.

Da un suspiro muy débil. —Como sigo diciendo, es solo Aidan. Me alegro de volver a verte, aunque siento mucho lo de tu padre.

Me encojo de hombros. —Gracias.

—¿Y cómo estás tú, Celia? El Comité de Damas no te tiene trabajando mucho, espero. No en tu estado—. Frunce el ceño.

Celia se pone de color rosa oscuro.

—Está preñada, no en quimio—, digo con rudeza, tratando de cubrirla, y Cee me envía una mirada mortificada. Algo de agradecimiento recibo.

—Por supuesto—, dice Aidan. —Sólo quise decir, por... bueno, no quise ofender.

—No me has ofendido—, dice Celia entre dientes apretados. A mí me sisea: —Aidan sabe los problemas que tuve al intentar formar una familia. Eso es todo lo que quiso decir.

—Hm. Bueno, supongo que eso me convierte en el gilipollas—, digo, mostrando mis dientes perlados. Celia se lleva los cuencos sucios a la cocina sin decir nada más.

—También me alegro de que hayas vuelto a entrar porque quería disculparme—, continúa el cura. —No quise asustarte el otro día.

Le miro fijamente a la cara. —Oh, no me asusté.

Aidan mira hacia donde está sentado Marco, y éste levanta una mano en señal de saludo. ¡Traidor!

—Así que, Chico Sacerdote—, digo en voz alta, —estaré encantado de ayudarte a doblar de nuevo ese aburrido boletín o lo que sea. Celia dijo que quiere lavar todo a mano y no confía en que seque sin romper la mierda.

Aidan levanta las cejas, pero asiente. —Eso sería muy útil. ¿Le gustaría a Marco unirse a nosotros?

¿Desde cuándo este tipo y mi guardaespaldas se tutean?

—Marco puede secar con Celia—, digo, porque al parecer no he aprendido la lección de la última vez que hice que Marco se sentara a esperar.

Pero que me aspen si dejo que un cura piense que le tengo miedo.



Asustado, no.

Aburrido como la mierda, esa es una historia diferente.

Hemos estado sentados y doblando en casi silencio durante unos veinte minutos antes de que finalmente ceda. —¿Cómo es que conoces a Marco?— pregunto bruscamente, cuando no puedo soportar el silencio ni un segundo más.

Aidan se inclina para coger otro montón de boletines. Esta semana no hay concursos de repostería, pero el Comité de Damas se lo ha pasado en grande cocinando pastel de carne con los niños del barrio. Menos mal que

esta tarde no ha pasado nada malo, o tendrían que desechar los tópicos y rehacer todo el boletín.

—Marco asiste a Nuestra Señora de la Misericordia todos los domingos.

—Huh.— Así que por eso nunca lo veo los domingos por la mañana.

—Por cierto, quise decir lo que dije allí.— No estoy seguro de qué está hablando, así que no digo nada y espero a que continúe. —Sobre tu padre. Lamento la noticia de su fallecimiento. Me gustaría rezar por su alma en mis oraciones nocturnas, si no te opones.

Resoplo. —Le vendrían bien todas las oraciones posibles. Mi papá no era un buen hombre, padre. No sé cuántas oraciones se necesitarían para sacarlo del lago ardiente. Supongo que más de lo que usted tiene para rezar.

—Aun así, me gustaría hacerlo. Si no te opones.

—País libre—. Sigo doblando, mi mente vuelve a vagar por el velatorio. Pero no quiero pensar en Pops ahora mismo. Algo raro está brotando en mí, y me preocupa que sean lágrimas. —Esos niños disfrutaron de la cocina hoy.

Aidan asiente con la cabeza, apilando su pila ahora doblada de forma ordenada. —Celia es muy buena con ellos. Y permite que sus madres tengan algo de tiempo a solas. Creo que eso es importante para su salud mental. Es algo con lo que tendremos que ayudar a Celia cuando llegue el bebé. Parece que es de las que se lanzan a la maternidad.

—Lo está deseando—, digo con neutralidad. El falso embarazo de Celia es otra cosa en la que no quiero pensar ahora. —¿Cómo es que sólo es una vez al mes, la cocina?

—Hacemos lo posible por llevar a cabo varios programas, pero nuestro presupuesto es ajustado. Incluso aquí en Manhattan, la gente no es tan generosa como antes. La asistencia a la iglesia ha bajado mucho.

—Sí, sí. Escucha, si el presupuesto es tan ajustado, ¿por qué no hacer un llamamiento a las donaciones?

—Lo hemos hecho—, dice simplemente. —Pero estos pequeños programas locales no son tan populares como las grandes causas nacionales o internacionales, aunque tengan un impacto directo e inmediato aquí.

Pienso en mi madre y en compartir con los desfavorecidos. En la gran cantidad de dinero que me llega de papá y que no necesito ni quiero. —Mierda, voy a donar—, digo. —¿Qué te parece? Siempre que todo vaya directamente a los programas y no a llenar los bolsillos de los curas.

La cara de Aidan decae, y mira el boletín en lugar de mirarme a mí. — Es muy generoso, Finch—, dice en voz baja, —pero no podríamos aceptar.

Siempre buscando discriminar, la Iglesia Católica. —Sólo porque soy gay, ¿eh? Eso es una mierda directa...

—No, claro que no—, dice, pareciendo aún más angustiado.

—¿Entonces qué es? ¿Por qué mi dinero no es suficiente?

Me mira como si tuviera que entender algún mensaje telepático. Por fin, dice: —Porque es dinero de sangre, Finch. El producto del crimen, del asesinato, de la miseria y del pecado.

Siento que se me escapa la sangre de la cara, que se me entumecen los labios. Me pongo de pie y le lanzo un puñado de boletines de manera infantil. —Justo cuando empezábamos a llevarnos bien, también. Bien. Sé noble y pobre si quieres. Supongo que si tuvieras un banco de verdad detrás de los programas, tendrías que hacer algún puto trabajo en la comunidad.

Aidan sacude la cabeza, preocupado. Dividido, incluso. —Finch, si quieres ayudar, no puedo recalcarlo lo suficiente, eres más que bienvenido a donar tu tiempo como lo has hecho, y como lo hace Celia. Pero en cuanto a la parte financiera de las cosas...

—Que te den—, le digo, y me largo de allí.

CAPÍTULO DOCE

Finch

Sólo se me ocurre que es Noche de Citas cuando llego a casa, pero Luca me dice que no ha querido planear nada por si no me apetece salir. Me enfado con él y le acuso de mimarme, de tratarme como si fuera una vajilla rompible o algo así, y él se encoge de hombros y me da la razón.

—Quiero pasar tiempo a solas con mi sexy marido—, dice. —Así que demándame. Vamos, ¿vas a gruñir o vas a darme de comer este pastel de carne que has hecho, y luego acurrucarte conmigo para ver películas antiguas?

—Voy a gruñir, luego te voy a dar de comer el pastel de carne y después te voy a ordeñar la polla hasta que te duela—, le digo.

—¿Seguro que estás dispuesto a...?

—Sí—, ladro. —No hemos tenido sexo desde que te fuiste a Chicago, y eso es demasiado tiempo. Nos acabamos de casar, por el amor de Dios. No puede ser el momento de morir en la cama hasta dentro de unos años por lo menos.

Estamos en la cocina, donde acabo de declararme cansado de las comidas gourmet todas las noches, como preparación para presentar mi pastel de carne, pero Luca llegó primero y sugirió el maldito Olive Garden. El hombre tiene papilas gustativas de plomo. Lo cual es una suerte, porque no creo que mi pastel de carne vaya a ser tan sabroso como el de Celia.

Luca me mira, ignorando mi creación de pan, y frunce el ceño. Sé lo que está pensando.

—No estoy enfadado por lo de mi padre, ni por lo de Maggie, ni por ninguna de esas mierdas que están pasando—, me adelanto a él. —No me hagas un psicoanálisis. Estoy enfadado por un terco no-sacerdote, y sus reglas de mierda de la iglesia sobre quién puede donar y quién no.

Ante eso, Luca parece realmente alarmado. —Pajarito, ¿no me digas que has donado a la Iglesia?—, pregunta con urgencia.

—¡No, porque no pude! El gilipollas no me dejó. Dijo un montón de cosas de mierda sobre nosotros y... espera, ¿por qué no quieres que done?

—Porque lo último que quiero es que Hacienda se fije en nuestras donaciones benéficas—, dice sombríamente. —Finch. Lo digo en serio. No puedes ir por ahí haciendo grandes gestos. Si realmente quieres donar,

hablaremos con nuestros contables y encontraremos la manera, pero no puedes llamar la atención.

—¡Y no lo he hecho!— Grito. —¡Esa es la cuestión! Me dijeron que mi dinero no era lo suficientemente bueno para ellos. Me hizo sentir como si estuviera tratando de comprar mi camino al cielo o algo así. Como si quisiera terminar en un lugar tan aburrido.

Luca da la vuelta a la isla y me abraza con fuerza, y quiero odiarlo por ello, pero no lo hago. Sus brazos se sienten fuertes y seguros, y como si pudiera soltarme si quisiera. Soltar toda la rabia que se ha ido acumulando en mí esta semana. Pensé que estaba bien después de despedirme de papá, y lo estoy, pero...

La muerte de mi padre me ha hecho reevaluar mi propia vida.

Lo digo ahora, amortiguado en el hombro de Luca. Lleva puesto el traje de Hugo Boss que le regalé la semana pasada. Todavía suelto una risita interna por mi propio ingenio.

El jefe para el jefe.

—Creía que tenías un montón de planes—, me dice en el pelo. —Hablaste a lo grande después de acabar con Joey Fuscone. Íbamos a conquistar esta ciudad juntos.

—¿Pero qué importa todo eso?— Insisto. —Mira a papá. Se pasó la vida enriqueciéndose con la miseria de los demás, como dijo el maldito cura, pero no es que pudiera llevársela.

—No, pero pudo y lo hizo pasar a sus hijos.

—Tal vez deberíamos adoptar—, digo.

—Oh, Dios.

—Lo digo en serio.

Luca se echa hacia atrás para mirarme a la cara. —Sí, creo que lo haces, ahora mismo. Eso es lo que me preocupa. Ángel, todavía estás reaccionando a una pérdida. Adoptar un niño o comprar un cachorro o donar tu herencia a la iglesia local, ninguna de esas cosas te va a ayudar a superarlo. Sólo tienes que, ya sabes. Pasar por ello.

—Pero no me gusta—, susurro. —Me siento... mal.

—Lo sé—, dice con simpatía, y me besa la frente. —Entonces, ¿qué tal si, ahora mismo, me dejas hacerte sentir bien?

Hay una parte de mí, al menos, que está totalmente de acuerdo con esa idea.



La única cosa que realmente aprecio de Luca es que sé que no se va a contener en la cama. No sé si el hombre es realmente capaz de hacerlo. No es que no sea tierno, pero hay una ferocidad en su sexo que creo que es parte de su ser, algo que no puede apagar y encender.

Me gusta, porque al menos significa que no tratará mi culo como si fuera rompible. O eso pensé antes de que me tumbara desnudo en la cama y se quedara mirándome.

—¿Qué?— Pregunto, palmeando mi polla.

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?— Sonríe, quitándose la camiseta. Me desnudé en cuanto entramos en la habitación, con mi cuerpo zumbando por él. —¿No puedo mirar a mi amado esposo?

—Mira todo lo que quieras, siempre que también se toque.

—Oh, definitivamente habrá toques—. Se desliza sobre la cama como un depredador, y me recuerda la primera vez que nos liamos, en la suite Donovan del Grand. Aquella noche estaba magullado y maltrecho, y yo aún estaba colocado por nuestro roce con la Muerte.

Pero esta vez se toma su tiempo para burlarse de mí, haciendo que me relaje y me abra para él, más de lo que suele hacer -más de lo que me suele gustar-, pero ahora mismo, quizá sea lo que necesito. Me besa mientras lo hace, con su suave boca como contrapunto a los exigentes dedos que me penetran. Sin embargo, está derribando todas mis defensas, en cuerpo y alma, y no estoy seguro de que eso me guste.

Sin embargo, sé cómo hacer arder a mi hombre. Sólo hace falta una chispa, un recorrido de mis dedos por su cuello, por encima de su hombro, y luego rodeando el revelador tatuaje de un pinzón en su brazo, palpando los bordes de la cicatriz sobre la que se asienta. La cicatriz que le cosí hace tantos años.

Se le corta la respiración. Es hora de provocar la chispa para que arda.

Deslizo mi mano hacia su pecho para tocar su pezón. Luca siempre está chupando los mios, haciéndolos tan rosados e hinchados como puede, pero los suyos son igual de sensibles.

Es hora de recordárselo. Vuelvo a acariciar el duro capullo, lo pellizco y sonrío cuando se estremece.

—Quería tomarnos nuestro tiempo—, suspira.

—Creo que mi pastel de carne es mejor comerlo cuanto antes—, digo.
—Además, estoy tan preparado para ti. Por favor, cariño.

Cuando está dentro de mí, cuando nos movemos juntos hacia un objetivo, me siento realmente en paz. Todo el estúpido mundo desaparece, y no tengo que pensar en nada. No tengo que pensar en mi papá acostado en su cama eterna. No tengo que pensar en mi malvada hermanastra, ni en la buena, ni en la que no ha nacido. No tengo que pensar en todos los peligros que nos acechan. No tengo que pensar en nada en absoluto.

Sólo tengo que sentir.

Sentirlo apretado contra mí, sentir su cuerpo haciendo una promesa al mío. Aquí estoy protegido. Aquí me aman.

Aquí pertenezco.

Joder.

Suelto un extraño sollozo e intento convertirlo en un jadeo sexy, pero Luca conoce mi juego. Se apoya en los codos y me acuna la cara con las manos, sin dejarme apartar la mirada.

—Está bien—, me dice.

Y por ahora, realmente lo está. Puedo dejarme llevar por Luca. No tengo que aferrarme a la máscara que llevo. Así que dejo que las lágrimas salgan y me limito a respirar por la maldita boca y a enroscar las piernas alrededor de su cintura y a sacudirme contra él, para que me folle más fuerte.

Si voy a llorar, más vale que lo disfrute.

Me deja que me salga con la mía durante unos minutos, observando el agua que sale de mis ojos, y luego baja la cabeza para besar todas esas lágrimas. Se levanta, su carne húmeda de sudor se separa de la mía mientras levanta su cuerpo, y una de sus manos mojadas por las lágrimas se interpone entre nosotros para encerrar mi polla.

—Tú primero—, resoplo.

—No. Tú primero. Siempre. ¿Me entiendes, pajarito?

La idea de que de todos los habitantes de esta tierra, incluso de sus hermanos de sangre, Luca siempre me pondrá en primer lugar es suficiente para ponerme al borde del abismo.

No importa lo que pase.

Me corro en una extraña mezcla de dolor, alegría y placer, con su mano retorciéndome a través de la altura y bajando por el otro lado, hasta que casi me duele y me retuerzo tanto para alejarme de él como para hacer que siga, porque Dios, duele mucho. Le gusta cómo me agarro cuando lo hace, y esta vez no es una excepción, con sus ojos helados clavados en los míos mientras básicamente me follo sobre su polla, aún enterrada dentro de mí.

Y entonces, con una maldición murmurada y un gruñido, se desborda dentro de mí, soltando mi polla y cayendo encima de mí.

—Dios, te quiero—, gime después de uno o dos minutos de jadeo. —Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé—, jadeo. —Yo también te quiero. Uf.

Se ríe, apoyándose de nuevo. —Lo siento. Espero que aún puedas respirar.

No puedo evitar que la estúpida sonrisa se extienda por mi cara. —Sí. Todavía respiro—. A diferencia de otros. Pero ni siquiera el pensamiento fugaz de mi padre muerto puede destruir la paz que siento ahora mismo. —Pero estoy pegajoso—, añado.

Luca mira hacia abajo entre nosotros, al sudor y al semen que se acumulan en un lío sobre ambos. —Vamos a ducharnos. Luego comemos.

—¡Pastel de carne!

—Mm. Olive Garden lo entregaría si...

—Pastel de carne—, digo con severidad. —No nos matará aprender cómo come la otra mitad por una noche.

—Habla por ti—, dice Luca, rodando fuera de la cama torpemente, tratando de no mancharse con nuestros fluidos corporales por todas partes. —Frank y yo teníamos los lunes de pastel de carne con la Nonna.

—Genial—, gimoteo. —¿Así que mi humilde ofrenda va a enfrentarse a la de la Nonna italiana?

Él sonríe. —Puedo prometerte ahora, pajarito. Me va a encantar tu pastel de carne.

CAPÍTULO TRECE

Finch

Nos despertamos el sábado por la mañana con un insistente zumbido en el teléfono que no para. En realidad, nuestros dos teléfonos, y es la misma persona la que llama, lo que es una gran preocupación.

Los dos nos incorporamos, rebuscando en nuestros teléfonos, tratando de volver a marcar, pero yo me llego primero. —Cee, ¿qué pasa?— La pongo en el altavoz para que Luca pueda escuchar. Sé por su expresión que cree que le ha pasado algo al hermano Frank. Yo también.

No creo que pueda soportar otra muerte, no ahora.

—Tienes que venir aquí ahora mismo—, dice Celia con urgencia. —Tú y Luca. Frank y Hudson están de camino, y trae a Marco y a Angelo si puedes...

Luca, que se ha relajado con un suspiro de alivio al oír el nombre de Frank, irrumpe. —¿Dónde estás?

—En el hospital—, dice ella, como si fuera obvio. —Con Connie. Pero los guardias se han ido, Luca, y Connie... no podemos dejarla desprotegida, simplemente no podemos, y no traje mi pistola porque supuse que los guardias estarían aquí, y... ven rápido, ¿vale?

Ella cuelga.

—¿Cee tiene un arma?— Pregunto.

—Por supuesto. Tiene un arma—. Luca está distraído.

Es decir, técnicamente tiene razón, pero yo también tengo un Marco, así que nunca llevo la pistola. Luca me ha estado enseñando a apuntar mejor, pero de momento no va bien.

Nunca se me ocurrió que Celia también llevara la pistola. Aunque podría verla sacando un lanzacohetes para proteger a ese bebé, cuando llegue.

Si es que llega.

Luca ya está fuera de la cama, dirigiéndose al baño. Le oigo llamar a la gente mientras está allí, lavándose la polla en el lavabo o algo así, porque vuelve a salir en unos minutos y me hace un gesto para que salga de la cama.

—Entiendo por qué estoy preocupado—, le digo. —Es mi hermana pequeña la que lleva. Pero, ¿realmente estás tan preocupada por Connie?

—Sí. Como dices, es tu hermana pequeña la que lleva dentro—. Le echo una mirada. —Está bien—, admite. —Connie es algo secundario ahora mismo.

—De acuerdo. ¿Cuál es la consideración principal?

—Sólo hay una razón por la que esos guardias dejaron sus puestos. Saben lo que les haría si dejaran sus puestos, y saben que Celia siempre los visita los sábados por la mañana—. Hace una pausa, esperando a que yo conecte los puntos.

—Han desertado—, digo lentamente.

—Con toda probabilidad.

—Y podría ser una trampa.

—Con toda probabilidad—, dice de nuevo.

—Y sólo vamos a...

—No voy a dejar que ese psicópata de Fuscone dispare a una maldita ala del hospital sólo para vengarse de mí, Finch. Levántate, vístete y vámonos.



El hospital está muy tranquilo cuando llegamos. Por supuesto, hay ambulancias yendo y viniendo, pero no más de las que suele haber cuando lo he visitado antes. Angelo y Marco se reúnen con nosotros allí, y marchamos por los pasillos como los ángeles del Apocalipsis, con las chaquetas volando y la gente saltando a nuestro paso como si fuéramos cirujanos que se dirigen a salvar vidas en lugar de, bueno... *Criminales* que se dirigen a salvar vidas.

Oigo gritos cuando llegamos a la zona de Connie, y mi nuca empieza a cosquillar de miedo, pero entonces me doy cuenta de quién es: Hudson. Incluso puedo distinguir las palabras a medida que nos acercamos.

—Y le han dicho que tiene que estar bajo protección en todo momento...

—Señor, le vuelvo a pedir que baje la voz, y no se lo voy a pedir una tercera vez. Los guardias de la habitación de su hermana no han sido suministrados por el hospital— Lo intenta Darla, la enfermera.

—¡Entonces dime a quién coño debería gritar por aquí!

—Ese sería yo—, dice Luca, mientras nos acercamos por detrás de Hudson.

Oops. Conozco demasiado bien ese tono gélido de Luca.

Hudson se gira sobre él. —¿Y quién coño eres tú?—, exige.

Detrás de nosotros, Angelo y Marco sacan sus armas.

Darla coge el teléfono, su dedo se cierne sobre él con incertidumbre.

Es hora de que haga de pacificador. —Espera, Darla, espera un segundo—. Todavía parece asustada, pero vuelve a colgar el teléfono. Me pongo delante de Luca, llamando la atención de Hudson. —Hola, Hudson. Soy Finch, ¿recuerdas? Sí. Bueno, este es mi marido, Luca D'Amato.

—Puede que lo conozcas como Don Luciano Morelli—, gruñe Angelo desde detrás de mí, y ooh, chico. Hudson no ha causado una gran primera impresión a ninguno de estos tipos. Pero no puedo culparlo por asustarse. Sé cómo me sentiría yo si Luca estuviera en esa cama de hospital sin protección.

—Estamos aquí para asegurarnos de que Connie está a salvo—, digo, tratando de evitar que Hudson se abalance sobre Angelo. Eso terminaría rápido y sangriento. —Así que, ¿qué tal si todos dejamos de gritar y nos centramos en Connie?

Darla me lanza una mirada de agradecimiento, aunque está claro que no le gusta el aspecto de ninguno de los implicados en este enfrentamiento. Al final del pasillo, cerca de la puerta de Connie, veo al hermano Frank con el brazo alrededor de Celia y con la mandíbula en posición de pugna.

—Siento todo esto—, le digo a Darla mientras los mafiosos van hacia Frank y Cee. El hermano de Connie se queda conmigo, mirando a un lado y a otro de la habitación de Connie. —Hudson sólo se preocupa de verdad por su hermana.

—Eso no es excusa para abusar del personal—, dice la enfermera.

—No lo es—, estoy de acuerdo, y le doy a Hudson una pequeña patada en el tobillo.

—Lo siento—, dice bruscamente. Y luego, tras otra patada, —Siento haber gritado.

—Fuiste grosero y abusivo.

—Siento haber sido grosero y abusivo—, repite como un loro Hudson. —De verdad—, añade, y suena un poco más sincero.

—Mm-hmm—, dice incrédula.

Le cojo la mano y le doy mi mayor y más encantadora sonrisa. —Por favor, ¿nos perdonas, Darla?

—Si vuelve a ocurrir...

—No lo hará—, decimos los dos juntos, y le doy un empujón a Hudson para que empiece a caminar.

Los miembros de la Familia han estado conferenciando. Celia ha desaparecido en la habitación de Connie, y los hombres levantan la vista cuando nos acercamos, guardando silencio. Asuntos familiares, sin duda. No para los oídos de Hudson.

—¿Por qué no entras?—, le sugiero, y él hace lo que se le dice, agradecido. —¿Y bien?— Pregunto, mirando a Luca.

—Se está corriendo la voz sobre lo ocurrido en Chicago—, me dice. —No podemos estar seguros de a quién ha convertido Fuscone, o incluso si han sido convertidos, frente a que simplemente hayan decidido que tendrán mejor suerte con él.

—¿Y bien? ¿En quién podemos confiar?— Pregunto, y todos miramos a Angelo. Si alguien lo sabría, sería él.

Ángelo parece dolido. —Tendré que hacer algunas llamadas.

—Hazlas—, dice Luca. —Primero los capos. Luego al resto. Y también contacta con nuestros socios. Quiero escuchar quién está con nosotros de sus propios labios.

Con un movimiento de cabeza, Angelo se aparta de nosotros, teléfono en mano.

—Me quedaré aquí, Georgie—, dice Frank, antes de que Luca pueda decir algo más. Los dos intercambian una mirada, y sé lo que están pensando. El hijo de Frank está potencialmente en peligro.

—Por ahora—, asiente Luca. —Cuando Ángelo vuelva con información, haremos nuevos turnos.

—Yo también me quedo—, digo.

—No te ofendas, Principessa, pero no servirás de nada en un tiroteo—, dice Frank, pero sonrío al hacerlo.

—Ni por asomo—, me dice Luca. —Tú y yo nos refugiaremos en un piso franco durante un tiempo.

—¿Qué carajo? Yo...

Pero antes de que pueda decirle a Luca exactamente lo que pienso de esa idea, oímos sonar una alarma. Por un segundo pienso que es Fuscone, entrando en el hospital y viniendo a matarnos a todos, pero entonces Celia abre de un tirón la puerta de la habitación de Connie.

—Algo va mal—, dice, con la cara pálida. —Llama a la enfermera...

Pero los miembros del personal ya están corriendo, dirigiéndose por el pasillo hacia nosotros y gritándonos que nos movamos. Todos nos pegamos a las paredes para dejarles pasar, y capto la mirada de Luca.

Está tranquilo. Atento. Especulativo. Puedo verle haciendo números, considerando las posibilidades, elaborando planes de contingencia. Pero la verdad es que, si le ocurre algo a Connie, a mi hermana no nacida, al bebé de Celia y Frank, no estoy seguro de que todos salgamos de esta situación.

Ha habido muchas muertes últimamente.

Demasiadas.

Y siento que soy el denominador común.

CAPÍTULO CATORCE

Luca

—No es culpa tuya—, le digo a Finch con cansancio. No es así como esperaba pasar mi fin de semana, sobre todo teniendo en cuenta lo que ocurrió durante el último, pero al menos estamos por fin en la cama, el domingo por la noche, agotados y huecos después de haber dormido a trompicones en las salas de espera del hospital.

Pero seguimos sin poder dormir.

Mi mente corre velozmente, incapaz de frenar, dándole vueltas a Fuscone, Clemenza, Vicario, Connie, Frank y Celia, la Familia... Finch. Finch, que ha estado anormalmente callado desde que nació el bebé.

Desde que Connie murió.

Se llevaron al bebé para revisarlo. Pero el hermano de Connie no se movió del lado de Connie. Ni siquiera reaccionó después de que Celia saliera de las revisiones del bebé y le dijera que si quería ver a su flamante sobrina, podía hacerlo.

Hudson se limitó a negar con la cabeza y a coger la mano de Connie. Celia se quedó allí con él mientras los demás salíamos. Dos horas después, se acabó.

Celia esperó con él todo el tiempo, y salieron de esa habitación llorando y abrazados, un vínculo forjado en ese espacio entre la vida y la muerte. Pero para entonces la mente de Cee se había vuelto hacia la niña, así que Frank se llevó a Hudson a su casa.

Fue Finch quien tuvo que ocuparse de todo lo demás. Llamó a la funeraria, llamó a los padres de Connie para darles la noticia, obtuvo toda la información de los médicos... Le dije que otra persona podía hacerlo todo, pero se limitó a enarcar una ceja.

—¿Quién mejor que yo?—, dijo. —Ninguno de vosotros sabe tratar con la gente como yo, y además, estoy tan hundido en la muerte ahora mismo, que bien podría seguir vadeando. Tengo que encontrar la orilla alguna vez.

Fue una línea de salida reveladora y dramática, digna de su hermana mayor. Tal vez ambos recibieron el gen del drama de su madre. Finch se alejó para hablar con una enfermera, pero lo que dijo se me quedó grabado. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Lo entiendes, ¿verdad?— Le digo mientras se recuesta en mis brazos.

—¿Qué?

—Que nada de esto es culpa tuya. Ni tu padre, ni Connie, ni lo que pasó en Chicago.

No dice nada en respuesta. Ni siquiera su corazón cambia de velocidad. Es como si no me hubiera escuchado, o si lo hizo, es tan insignificante que ni siquiera lo registra.

—Ángel...

—Me llamas así, pero no soy un ángel—. Se mueve, con su muslo presionando entre los míos, y se estira para rozar sus labios con los míos. —Vamos. Hay una cosa que hará que este día sea mejor.

En el fondo de mi mente, me preocupa su reciente actitud hacia el sexo. A este ángel mío no se le da bien sentirse incómodo, y durante mucho tiempo hizo todo lo posible para evitarlo: drogas, bebida, sexo anónimo. Entre nosotros es diferente, o me gusta pensar que lo es, y no me importa consentir su hedonismo a diario. Dos o tres veces, vamos.

Pero, ¿es una reacción normal y sana ante tanto moribundo, este impulso insistente por demostrar su vitalidad? ¿O es algo más oscuro, más peligroso, más adictivo para él?

Es algo para pensar más tarde. No ahora, no cuando se está moviendo contra mí, su polla llenándose donde se frota contra la mía. Me aprieta los hombros, con una palma en cada uno, y se desliza encima, con las piernas alrededor de mis caderas y las manos presionándome contra la cama. —Te deseo—, dice, con los ojos verde-oro más oscuros que de costumbre.

Es la luz, tal vez.

—Yo también te deseo—, le digo, deslizando mis manos por sus muslos y cogiendo su culo. Dios, su culo. He hablado de hacer un molde de bronce y Finch se ha reído. Pero no estaba bromeando.

—Te quiero.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace apartar la mirada de su cuerpo, para mirarlo a los ojos. —Yo también te quiero.

—Muéstrame—. Se mueve hacia delante, de rodillas, con su polla de punta rosada ya dura y ansiosa, dirigiéndose hacia mi boca. No me importa que tome las riendas. Tal vez le ayude a sentirse más en control de la vida en general. Además, me encanta saborearlo. El primer impacto de su pre-cum en mi lengua sólo me hace sentir más hambriento por él, y agarro su culo y lo meto hasta el fondo.

Mi nariz choca con su arbusto y respiro, oliéndolo. Si tuviera que hacerlo, lo dejaría todo -la casa, el dinero, el poder- sólo por esto. Se retira lentamente y yo chupo con fuerza cada centímetro de él, azotándolo con mi lengua, apretando sus nalgas.

—Eso es, nene—, murmura desde arriba. —Joder, me encantan las cosas que haces con la boca.

Me burlo de él así, succionándolo de nuevo hacia dentro y hacia fuera, agarrando sus caderas para mantenerlo quieto cuando quiere moverse... hasta que suplica, y lo dejo entrar de nuevo en mi cálida boca. Su polla no deja de llorar, y todo lo que puedo oler y saborear es él, Finch, mi amante, mi marido, su carne caliente y satinada contra mi lengua...

Se corre con un jadeo y un gemido, no tan fuerte como de costumbre, un orgasmo tan moderado como nunca le he oído, pero la forma en que se estremece y apoya la cabeza contra su brazo en la pared me dice que le ha costado mucho.

Se gira detrás de él, buscando a ciegas mi polla mientras la suya se escapa de mis labios, pero en su lugar cojo su mano con la mía y le ayudo a quitarse de encima.

—¿No quieres...?—, murmura.

—Siempre quiero—, digo con sinceridad. —Pasaría días y noches enteras en la cama contigo, si no tuviera un trabajo que hacer. Pero cuando me jubile, eso es lo que haremos.

—¿Cuando seamos viejos y panzones y no se nos levante?—, pregunta morosamente, pero vuelve a acurrucarse en mis brazos con sueño.

—No pienso envejecer antes de jubilarme. Quiero disfrutar de mi vida contigo. No, otros años, como máximo, y creo que me aburriré. Nos iremos. Nos iremos a vivir a Jamaica o a Mónaco o a una isla privada de la costa griega.

Es un bonito sueño.

—Me gustaría estar cerca de Mykonos—, ofrece. —Buena vida nocturna.

—Entonces eso es lo que haremos. Comprar una isla en el Mediterráneo, cerca de Mykonos, y comer marisco todos los días.

Me sonrío, pero luego sus ojos se apagan de nuevo. —¿Los jefes de la mafia se jubilan de verdad?

—Por supuesto.

—Quiero decir... ¿vivos?

Le hago girar sobre su espalda y me apoyo en un codo sobre él. —Sí—, digo con firmeza. —Si tienen cuidado. Y tengo la intención de ser cuidadoso—. Le retiro el pelo de la frente. Necesita un trabajo de raíz; el marrón está creciendo de nuevo. —Deberías volver a ir de rosa—, digo, sonriendo. —Por los viejos tiempos.

No me devuelve la sonrisa. Sólo parece triste. —No soy la misma persona de entonces.

—Te quería entonces y te quiero ahora—. Le beso, y él me devuelve el beso, y luego nos acomodamos en posición de cuchara para dormir.

—¿Seguro que tu polla está bien?—, pregunta, casi inconsciente.

—Mi polla está bien.

—Más vale que lo esté—, le oigo decir en voz baja, justo antes de que ambos nos desmayemos.



El lunes por la noche, es la hora de mi reunión de inicio de semana con los Capos. Me aseguro de llegar quince minutos más tarde de la hora que he dado, porque quiero dar tiempo a que pase cualquier emboscada. Por consejo de Angelo, para cuando me da el visto bueno y entro en el almacén -este, cerca de los muelles-, los hombres ya están inquietos.

Mis capos están todos allí, junto con Marco -Bobby Barone está cuidando de Finch esta noche, tratando de compensar su mala actuación en Boston- y, por supuesto, Frank. Todos parecen más nerviosos de lo que esperaba, lo que me alegra por un momento, porque creo que algunos de ellos no se están tomando toda esta mierda lo suficientemente en serio.

Y entonces Frank se adelanta antes de que yo salude y empieza a hablar. —Hudson quiere unirse.

Miro fijamente a mi hermano y él me devuelve la mirada.

—¿Un chico cualquiera quiere alistarse?

—No es un chico cualquiera...

—Oh, sí lo es, Frank.

—Escucha, el chico no ha hablado de otra cosa que no sea eso desde que pasó todo lo de Connie. Además, tú eres el que sigue hablando de meter sangre nueva, Georgie.

El silencio sigue al gruñido irritado de Frank. Sé que mis Capos están esperando a ver qué pasa aquí.

—¿Qué me has llamado, Frank?— pregunto suavemente, dando un paso hacia él.

Los ojos de Frank se abren de par en par, con pánico, y luego baja la cabeza con respeto. Con una mirada resentida hacia mis zapatos, dice: —Por favor, Don Morelli. Está ansioso y dispuesto a hacer lo que sea necesario.

—Por lo que sabemos, es una planta de los federales, Frank. ¿Alguna vez has pensado en eso? Y tú y Cee lo invitaron a su casa para escuchar tras las puertas.

Hice que Angelo comprobara los antecedentes de Hudson Taylor hace meses, cuando el chico empezó a aparecer en el hospital, así que sé que está limpio.

Pero Frank no lo sabe.

Frank se pone rojo, mira al suelo, pero no dice nada.

—Y el hecho es que no eres el único que la ha cagado últimamente—. Me giro para mirar al resto de mis hombres, preguntándome hasta qué punto puedo confiar en alguno de ellos. Pensé que había tomado buenas decisiones cuando los nombré, que les había dejado continuar en sus puestos. Ahora, no estoy tan seguro.

—¿Y bien?— Pregunto. —Informe.

Los Fuscones están tratando de forzar nuestra red de seguros y protección en Brooklyn. Los Clemenza han interrumpido nuestra cadena de suministro desde Nueva Jersey y Rhode Island, y alguien intentó atacar a Pargo Marino el sábado por la noche, aunque estuvo lo suficientemente alerta como para defenderse, y sólo recibió un corte en la mano del acuchillador, que huyó después.

—Tampoco es mi mano de disparar—, dice ahora Snapper, agitando su manopla vendada con una sonrisa. Otros miembros del grupo se ríen, y Al Vollero le llama hijo de puta con suerte.

—No estoy seguro de lo que os parece tan divertido—, digo. —Nuestro negocio se está muriendo, nuestra reputación está destrozada, y es una batalla campal contra cualquiera que esté relacionado con nuestra Familia.

Las risas se apagan.

—Somos más duros que ellos—, gruñe Frank. —Que todos ellos—. Parece que ha dormido menos que yo, y probablemente sea así. El bebé sigue en el hospital y Celia ha insistido en quedarse allí con ella.

—No importa que seamos más duros. Hay cientos de ellos. La única ventaja que tenemos ahora mismo es nuestro cerebro. Así que, ¿qué tal si empezáis a usarlos, joder? Al, ve a hablar con el barrio de Brooklyn y recuérdales las ventajas que ofrecemos junto con nuestra protección. Si tienes que apretar un poco, dar ejemplo, hazlo, joder. Nick, asegúrate de que esos envíos lleguen desde fuera del estado, o me explicarás personalmente por qué no. Y en cuanto a ti, Snapper—, termino, volviéndome hacia él, —¿en qué demonios estás pensando, vagando por la noche sin protección?

Estos hombres no son tan estúpidos como parecen. Yo lo sé. Sé que es la resistencia humana normal al cambio. No quieren creer que las cosas son diferentes, a pesar de todo. Quieren que las cosas sean como eran. Tal vez incluso extrañan tener a Tino como su Jefe.

Tino Morelli nunca habría abandonado una iniciación para ir a un funeral irlandés, después de todo. Sé que lo dicen entre ellos, porque es lo que Angelo ha informado de sus indagaciones.

—Y otra cosa—, digo, cuando todos parecen suficientemente escarmentados. —Quiero que se encarguen de esos guardias que abandonaron el hospital. Quiero que se les dé un escarmiento, para que todo el mundo en esta ciudad lo sepa: no se jode a los Morellis, ni por ninguna cantidad de dinero ni de poder ni de drogas ni de coños, ni de lo que sea que les hayan ofrecido. ¿Me oyen?

—Nos encargaremos de ello—, dice Frank, mirando fijamente a Snapper Marino. —Vinieron de tu banda, ¿verdad, Chasquidos?

—¿Qué se supone que significa eso?— Snapper responde con un gruñido. —Si tienes algo que decirme, dilo.

—Dejadlo ya, los dos—, digo, repentinamente agotado de nuevo. —Tenemos que permanecer juntos, confiar el uno en el otro, si queremos salir de esto. Así que lo diré sólo una vez esta noche. Si alguien quiere irse, tiene hasta mañana por la noche para largarse. Decírselo a vuestros equipos, y decírselo a cualquier socio que tenga escondido en los rincones que crea que no conozco. Hasta el martes a medianoche, seré misericordioso con ellos, porque eso es lo que habría hecho Tino Morelli. Pueden irse, unirse a los putos Fuscones o a los Clemenzas si quieren, o irse de la ciudad, o simplemente retirarse. Pero después de eso, a cualquiera que encuentre

deslizando información a extraños, a cualquier traidor en esta Familia, lo mataré a golpes con mis propias manos. Porque no soy Tino Morelli, y no voy a dejar pasar nada.

Hay tanto silencio que puedo oír la respiración de Frank a mi lado.

—¿Está entendido?— Ladro.

—Sí, jefe—, ladran todos, y por fin, quizá, empiezan a mostrar algo de respeto.

Miedo, al menos.

—Entonces lárgaos de aquí y arreglar vuestra mierda—. Agito una mano para despedirlos. Frank se va con ellos, y sé que más tarde habrá un infierno que pagar. Me acusará de humillarlo, porque no verá que tuve que hacerlo.

Con mis Capos todos parados allí, viendo cómo reaccionaba, no había nada más que hacer por Frank que humillarlo. En cuanto a Hudson, está muy abajo en mi lista de prioridades, y me ocuparé de él más tarde.

Esta vez, después de que todos se hayan marchado, no necesito dirigirme a Angelo y preguntarle cómo lo he hecho, qué pensaría Tino. Porque no importa si Tino lo aprobaría, no importa lo que Tino habría hecho.

He hecho lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO QUINCE

Finch

¿Sabes qué? Me estoy cansando de ponerme trajes para ir a los funerales.

Pero quiero mostrar mis respetos a... ¿cómo la llamamos? ¿La compañera del hombre que me engendró? Pero siento que debería llevarme algún recuerdo del funeral de Connie Taylor para contárselo a mi hermanastra cuando sea lo suficientemente mayor como para preguntarse por su madre. Parece ser un tema recurrente en estos genes que tenemos, los padres muertos. Al menos mi hermanastra y yo tendremos en común el ser huérfanos, aunque sea.

De todos modos, aún la tendré ganada con tres unidades parentales muertas, dos asesinadas, una probablemente.

El funeral es misericordiosamente breve. No hay velatorio, ni rezos, ni asistentes más que yo, Luca, Frank y Celia, y por supuesto Hudson. Sus padres ni siquiera aparecen para enterrar a su única hija, y me alegro de haber venido cuando veo una vez más lo solo que está.

Intenta mantener la calma, y hace un buen trabajo hasta que el ataúd es arrastrado mecánicamente a través de las puertas y hacia la parte trasera del crematorio, donde quemarán los últimos restos de esa hermosa joven y la reducirán a polvo. Cuando el pie del ataúd desaparece y las pequeñas cortinas de terciopelo rojo se cierran sobre él, Hudson se derrumba.

Yo estoy a su lado, así que lo atraigo en un abrazo y dejo que me llene de mocos el hombro de mi Brooks Brothers. Me he decidido por el clásico Americana para hoy.

Mientras Hudson llora, Luca le lanza una mirada contemplativa y yo frunzo el ceño hacia mi marido. Se apresura a poner una mirada más sombría, y me pregunto qué estará pensando exactamente. ¿Que el hermano de Connie tiene, obviamente, un rencor muy arraigado que quiere jugar en una fantasía de venganza?

¿O que sería un riesgo -sin entrenamiento, sin pruebas, incapaz de controlar sus emociones-?

Me enteré de la petición de Hudson y del paso en falso del hermano Frank. Por la noche, en la cama juntos, intento que Luca me cuente todo lo que piensa, ya que ninguno de los dos duerme bien estos días. Compartir los problemas sigue sin reducir la carga a la mitad, y a veces tengo que aceptar detalles vagos y seudónimos de su parte, pero al menos me aleja de la tristeza existencial que parece acecharme estos días. Así que Luca relató toda la

reunión del lunes por la noche, y aunque sé que es el Jefe, me sorprendió escuchar lo que le había dicho a Frank.

—Eso es bastante duro, bebé—, había dicho.

—Menos duro que una bala entre los ojos—, había gruñido. —¿Crees que Frank alguna vez le hablaría a Tino como me habla a mí? Tiene que aprender. Todos lo hacen.

Ahí estamos absolutamente de acuerdo.



Tengo que ser honesto: lo último que me apetece hacer dos semanas después es entretenerme. Y menos aún tener ganas de entretener a una hermana Donovan de Boston. Pero Luca insiste en que no podemos posponerlo, y veo su punto. Nuestros aliados son escasos, en su mayoría socios de poca monta y bandas repartidas por la ciudad que tienen poco interés en los problemas italianos. Además, si hay alguna posibilidad de que Tara tenga información sobre lo que Maggie está planeando...

Lo entiendo, lo entiendo.

No me siento del todo bien estos días. Las cosas se mueven demasiado rápido. Cambian demasiado rápido. Incluso mis malditas raíces están creciendo demasiado rápido. Así que, en aras del autocuidado, el jueves por la mañana me voy a mi estilista y me someto a su talento.

—¿Otra vez rubio?—, me pregunta.

Por un momento pienso en aquel chico de pelo flamígero que, a trompicones, bailó con un diablo y luego se quedó a su lado para pelear en un callejón.

Pelear mal, tal vez.

Pero aun así luchaba.

Así que quizá el combate cuerpo a cuerpo no sea mi fuerte, pero no es la única forma de luchar.

—Un pequeño giro—, le digo a mi estilista. —Quiero un halo. No, quiero una maldita corona. Que sea de oro.

Puede que esté abajo, pero no estoy fuera. Luca y yo gobernaremos esta ciudad aunque sea lo último que haga.



—Es... diferente —, dice Luca cuando llega a casa esa noche, agitando la mano sobre su propio pelo. —¿Por qué es diferente?

—¿No te gusta? Frederick se ha superado a sí mismo en mi opinión—. Mi estilista ha hecho su magia y me ha dado rizos metálicos de color bronce y oro.

—Es... brillante—, dice Luca. A veces tiene el don de decir lo obvio.

—¿Te gusta?

Cruza hacia mí y me coge en brazos. —Me gustas. Tu pelo siempre es increíble, pero tengo que admitir que no es mi parte favorita de ti—. Su mano se desliza desde mi cintura hasta mi culo y da un pequeño suspiro. Me aprieto contra él, haciendo una oferta con mi cuerpo. —No tenemos tiempo, pajarito—, dice, acariciando mi cuello. —Además, anoche me agotaste. Y también esta mañana.

Últimamente estoy un poco insaciable. Cuando estoy atrapado por Luca, no tengo que pensar tanto. —Más tarde—, digo. —¿Lo prometes? Lo voy a necesitar después de esta noche.

Me separo y vuelvo a admirar mi reflejo mientras Luca se desnuda para ducharse. Ha llegado a casa con un aspecto aún más agotado que de costumbre, si es que eso es posible, y espero que una ducha elimine las preocupaciones del día, al menos por esta noche.

Hace una pausa al quitarse la camisa para decir: —Pensé que te alegrarías de ver a Tara. Parece ser una de las más agradables entre tus hermanas.

Me encojo de hombros y voy a nuestro camerino contiguo para repensar mis gemelos. Quiero que esta noche haya destellos dorados, a juego con mi pelo. —Me gustaría acabar con Boston de una vez por todas—, digo por encima del hombro.

—¿Con Boston?— Luca me sigue, y mira con aprobación la camisa y el traje que he elegido para él esta noche. —¿O con tu familia?

—Tú eres mi familia—, digo con brusquedad. Y luego: —Lo siento. Estoy teniendo una semana de mierda. Un mes. ¿Década?

Me abraza de nuevo por detrás. —Conozco la sensación. La vida es una mierda a veces.

—Discúlpate. Nuestras vidas son de platino certificado mientras estemos juntos.

—Naturalmente. Pero en serio, ángel, si quieres llamar para aplazarlo...

—No—, suspiro de nuevo, en voz alta. —No, es importante. Es que no sé si me gusta la idea de una mujer Donovan en nuestra casa.

—Tara no es Maggie, Finch. Recuérdalo. ¿Y si resulta que es un caballo de Troya, enviado aquí para matarte? Se llevará una desagradable sorpresa si lo intenta.

—Por favor, no más muertes—. Lo digo antes de poder detenerme. La muerte solía ser mi mejor amiga, una presencia bienvenida. Hoy en día no lo es tanto.

Me gira hacia él, bajando la cabeza para besar mi boca suavemente. Con ternura. —Ya no, ángel. De hecho, tengo buenas noticias para ti sobre la vida. El bebé ha sido autorizado. Se irá a casa con Frank y Celia este fin de semana.

Me escuecen los ojos mientras me abraza. Lágrimas de felicidad.

Por fin.



Tara llega justo a la hora; siempre fue muy puntual. Está sola, totalmente sola, sin guardaespaldas ni nada, y la deja un Uber en lugar de un coche de Donovan.

Todo muy poco mágico.

—¿Te vas a quedar en la suite del Grand?— Pregunto, después de que ella haya exclamado lo maravilloso que es mi pelo. La chica tiene algo de gusto, al menos. La conduzco al salón y Luca se acerca al bar para preparar las bebidas.

—No, el Grand no—, dice vagamente. —Estoy aquí bajo... bueno, no una identidad secreta, exactamente, pero no quería que todo el mundo supiera que estaba en Nueva York. Es tan aburrido ponerse al día con la gente que uno no quiere ver, ¿no?

—¿Por qué estás aquí?— Pregunto.

—Finch—, advierte Luca en voz baja desde la barra.

Pero Tara me dedica una cálida sonrisa. —Me refería a lo que le dije a tu marido. Nunca me sentó bien que te aislaras tanto de todos nosotros después de la boda. No es que culpe a Luca, por supuesto. No. La culpa estaba más cerca de casa. Pero quizás podamos arreglarlo—. Ella acepta un gin-tonic de Luca y yo tomo mi Shirley Temple.

—Quizá—, digo, cuando Luca también me sirve una mirada significativa.

Tara fue amable conmigo en el funeral. Pero se parece más a mamá que a cualquiera de mis hermanas, y mi madre, además de amable, era muy manipuladora. Ahora lo reconozco como un mecanismo de supervivencia, y me alegro de haber aprendido de ella también. Pero sea cual sea la razón por la que desarrolló esa habilidad, al final fue un arma peligrosa. Tara ha heredado el talento de nuestra madre, y eso la hace peligrosa a su vez.

No lo pensarías al mirarla. Tiene una figura, un rostro y una voz delicados; una larga melena pelirroja flotante y unos grandes ojos azules que siempre parecen lejanos y desenfocados. Parece una década más joven que su edad, y cuando me pide que le enseñe mi anillo de boda, sus dedos parecen alas de mariposa revoloteando contra mi mano.

Bebemos. Hablamos. Vamos a la cocina a comer, porque Luca insistió en la cocina en lugar del comedor formal. He encargado la comida en un restaurante muy especial para esta noche. Luca me sugirió que hiciera algo, mi pasta puttanesca, tal vez, o el pastel de carne (que resultó bastante bueno). Pero yo tenía una idea mejor.

—Esto huele increíble—, dice Tara en cuanto entramos en la cocina.

—Por favor, siéntate—, dice Luca amablemente, y le acerca la silla. —Espero que disfrutes del vino. Lo he elegido yo.

—Dios, no sé nada de vinos—, dice Tara. —Lo único que sé es que me gusta beberlo—. Luca le llena la copa y la presiona para que pruebe un poco de pan y aceite de oliva.

—Estamos pensando en empezar a importar aceites y vinagres italianos—, dice. —Una pequeña aventura paralela.

Mientras tanto, sirvo el ossobuco y las guarniciones de un restaurante con estrella Michelin de la misma manzana. —Delicioso—, dice Tara tras su primer bocado.

Asiento con la cabeza. —¿Verdad que sí? Era el favorito de mi padre.

Su ceño se arruga. —No sabía que a papá le gustara tanto la comida italiana.

Suelto una sonora carcajada y tanto ella como Luca se sobresaltan por el ruido. —Caramba, hermana. Ese padre no. No, me refiero a mi verdadero padre. Augustino Morelli.

Hay un silencio mientras Tara asimila eso, y Luca me lanza una mirada agónica.

—Bueno—, dice por fin. —Era un hombre de gran gusto. Esto es increíble. ¿Lo has hecho tú mismo?

—No. No soy un gran cocinero. Soy más adecuado para el dormitorio que para la cocina.

Al otro lado de la mesa, Luca está a punto de atragantarse con su bocado de vino.



A medida que avanza la cena, me doy cuenta de que Tara me cae bien. Al igual que mamá, es imposible no quererla. Es dulce, generosa con sus elogios y se ríe de todas mis bromas. Es extraño estar al otro lado de ese tipo de encanto por una vez. A Luca también le gusta, se relaja con ella de una manera que rara vez lo hace con personas que no son yo.

—Ojalá hubiera podido quedarme más tiempo en el velatorio—, suelto finalmente. —Fue agradable ver... gente. ¿El tío Gus sigue aquí?

La sonrisa de Tara no es tan amplia esta vez. —Sí que está. Ha habido algunos problemas entre él y Maggie. Pero no estoy segura de cuál es el problema.

Pongo a Luca al corriente de algunos detalles de los antecedentes. Fearghus Donovan es un nieto de mi bisabuelo y aún vive en Irlanda. Tara y yo le llamamos tío Gus desde que éramos niños.

—Es un poco... patriótico—, dice Tara con diplomacia.

—Esa es una forma de decirlo—, digo yo. —Es un nacionalista irlandés de línea dura. Incluso el IRA real es demasiado blando, según el tío Gus.

—¿Está aquí a menudo?— pregunta Luca.

—De vez en cuando—, responde Tara. —Creo que la última vez que estuvo aquí fue unas semanas después de tu boda, sólo una visita relámpago.

Pero iba y venía entre Boston y Belfast todo el tiempo cuando éramos más jóvenes. Aunque Gus y Pops tuvieron un desencuentro hace tiempo, creo—, dice Tara vagamente.

—Sí—, resoplo. —No fue mucho después de la muerte de mamá. Gus llegó maldiciendo y gritando una noche, totalmente borracho. ¿No te acuerdas?

—Sí recuerdo las palabrotas. Fue muy ingenioso. Róisín se mortificó.

—¡Róisín!— Exclamo de repente. —Dijiste que había una historia ahí.

—Oh, Dios—, suspira Tara. —Bueno. Róisín entró en un convento.

La miro fijamente. —Me estás jodiendo. En realidad, espera, no. Eso tiene mucho sentido.

—Lo sé, ¿verdad? Siempre estuvo súper metida en Dios—, asiente Tara.

—¿A qué Orden se ha unido?— Luca pregunta, interesado.

—Las Clarisas.

—Son de claustro, ¿no?—. Luca continúa, como si se tratara de una conversación perfectamente normal.

—No sabía que te gustaran tanto las monjas, marido—, digo, echándome hacia atrás en la silla. —¿Qué es un claustro?

—Son una orden contemplativa, más que tener un enfoque caritativo—, dice Tara.

Eso suena menos a Róisín de lo que pensaba. Al igual que Celia, siempre se centró en mejorar la vida, no en sentarse a cantar, o lo que sea que hagan esas clarisas. —¿Qué la llevó a hacer eso?— Le pregunto. —¿Por qué ahora, quiero decir?

Tara mira su comida y coloca el cuchillo y el tenedor juntos en el plato. —Esto fue increíble. Pero tengo que dejar algo de espacio para el postre.

—¿Por qué lo hizo Róisín?— vuelvo a preguntar.

Tara da otro trago de vino antes de responder. —Porque descubrimos lo que hizo Pops. Lo que Pops y Maggie os hicieron a ti y a mamá. Róisín... no sé, fue como si se le rompiera el corazón allí mismo. Se fue por un tiempo a Sudamérica, y estuvo trabajando con algunas organizaciones sin fines de lucro allá. Pero cuando regresó a Boston, me dijo... parecía pensar que no había cantidad de trabajo caritativo que pudiera hacer que compensara los

pecados de nuestra familia. Dijo que iba a pasar el resto de su vida suplicando a Dios que salvara sus almas. Y así, supongo, es.

El largo silencio se rompe cuando Luca se aclara la garganta, aunque parece que se lo piensa mejor antes de decir nada.

—Eso es una locura—, digo sin rodeos. —Le habría venido mejor volver a Sudamérica. ¿A quién le importan las almas cuando hay gente que necesita ayuda práctica aquí y ahora?

Tara parece ligeramente sorprendida. —No sabía que fueras tan filántropo, Howie.

—Lo sería, si la Iglesia aceptara mi maldito dinero. Pero aparentemente es sucio, así que no lo quieren. Hablando de hipocresía. ¿A cuántos políticos y empresas corruptas les aceptan dinero?

—Estoy seguro de que habría una manera de hacerlo más aceptable—, dice Luca, antes de que pueda ponerme a despotricar. —Y como he dicho, podemos hablar con nuestros contables para hacer las donaciones oportunas. ¿Y qué hay del postre, pajarito? Ah, discúlpame un momento—, añade, mientras su bolsillo empieza a zumbar. Se levanta y sale al pasillo, hablando en voz baja. Se supone que no puede llevar el teléfono a la mesa -reglas de la cena-, pero eso no le impide la mayoría de las noches. Pero no puedo culparlo en este momento.

La información es una de las únicas defensas que tenemos en este momento.

Tara me ayuda a recoger la mesa y se queda junto a la encimera de la cocina para ver cómo reparto el zabaglione en tres cuencos de cristal para parfait. —Qué bonito—, me dice. —Que te llame 'pajarito'. ¿De dónde viene?

Nunca le he contado a nadie mi primer encuentro con Luca. Parece que fue hace tanto tiempo, aunque me aferré a ese recuerdo durante cinco años, calentándome con él, soñando con el Lucifer de ojos de hielo que se cargó a una banda de cuatro con una mínima ayuda mía.

Estoy a punto de abrir la boca y soltar toda la historia, antes de recordar con quién estoy hablando. Tara es mi hermana y la quiero. Pero ella no es Famiglia. Por lo que sé, Maggie la ha enviado para conocer la mentira de la tierra.

—De mi nombre—, le digo. Es la verdad, después de todo. —Finch—. Pensó que parecía que acababa de salir del cascarón o algo así, la primera vez que nos vimos.

—¿Cómo os conocisteis?—, pregunta, curiosa. —Papá nunca dijo mucho sobre cómo se produjo la boda.

—Eh, es una larga historia—, digo encogiéndome de hombros. —No quiero pensar en ella esta noche.

Ella asiente, cogiendo dos de los vasos de parfait para llevarlos de vuelta a la mesa. —Róisín y yo nos quedamos horrorizadas cuando nos enteramos de las circunstancias—, confiesa en voz baja. —No lo sabíamos el día... lo siento si parecía que estábamos celebrando algo traumático.

—En absoluto. Soy muy feliz con Luca. Hay algo que decir sobre los matrimonios concertados.

Me mira, pensando, y luego asiente como si hubiera tomado una decisión y vuelve a sentarse. —Vosotros dos sí que sois una pareja poderosa.

Luca vuelve a entrar entonces, con una expresión neutra. Pero estoy lo suficientemente cerca de él como para saber que las cosas están bien. No hay emergencias.

No hay muertes.

—En realidad—, continúa Tara, —eso es algo que quería discutir con ustedes dos.

—¿Sí?— pregunta Luca, y prácticamente puedo ver cómo se le agudizan las orejas.

—No me gusta la dirección que Maggie está tomando con la familia. Me refiero a los Donovan. Lo único bueno que ha hecho Pops ha sido tratar de entrar en flujos de ingresos más legítimos. Mm... oh, wow. Esto es increíble—, dice alrededor de la cucharada de zabaglione en su boca. —Lo siento. ¿Por dónde iba? Ah, sí—. Vuelve a sumergir la cuchara en el cremoso postre y nos mira a los dos. —Creo que hay que sacar a Maggie.

Después de un momento, Luca dice: —Y por "sacar", quieres decir...

—Ejecutada—, dice Tara, y toma otro gran bocado. —Chicos, esto está muy bueno. ¿Qué lleva?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Luca

—No estoy seguro de cuál de tus hermanas es la que da más miedo—, le digo a Finch más tarde esa noche en la cama, mientras ambos estamos despiertos. —Maggie: furiosa, poderosa, ya ha intentado matarte más de una vez. Pero luego Róisín...

—¿Loca religiosa?— Finch contribuye.

—Tocada por Dios, iba a decir. La gente así provoca revoluciones. Y por último, Tara.

—Sí—, dice. —Luego está Tara.

—Realmente no esperaba que ella sugiriera un crimen capital esta noche. Ella entiende que ordenar un golpe podría llevarla al corredor de la muerte, ¿verdad?— Tara tiene profundidades ocultas, al igual que Finch.

—Tú ordenas golpes todo el tiempo—, bosteza.

—Hago lo que es necesario—, le corrijo. —Además, yo no soy Tara. Ella me sorprendió, eso es todo.

Me doy la vuelta para rodearle con un brazo, y él responde como si le estuviera sugiriendo el segundo-no, el tercer- asalto esta noche. —Pajarito, realmente no puedo—, gimoteo. —En serio. Me duele la polla. Puedo hacerte una paja o algo así, pero....

—No—, murmura. —Tienes razón. Es que estoy cansado y no puedo dormir. Y ahora tengo una hermana que se mete en un convento, otra que está decidida a matarme y otra que no puedo entender. Quiero decir, ¿qué demonios va a ser esta nueva hermanita cuando crezca?

Y así, mis pensamientos comienzan a dispararse de nuevo. Desde Tara, Maggie y los Donovan, hasta el bebé, Frank, Celia, cómo demonios vamos a protegerlos.

—¿Dónde estás?— Se queja Finch.

—Estoy aquí—, le aseguro. —Siempre estoy contigo, incluso cuando no lo estoy.

—¿Qué vas a hacer con Hudson?

Otro problema más. —No lo sé. Se supone que nuestros asociados deben probarse a sí mismos después de un largo servicio. Años. Este chico, puede

estar enojado por su hermana, pero eso no significa que sea útil para el negocio.

—Pero podrías hacerlo, hacerlo hombre, lo que sea, ¿no?

—No, ángel. Sólo los que tienen la sangre pueden ser verdadera Familia.

—Así que, como, podría ser hecho.

—No te van a hacer—. No sé a dónde quiere llegar con esto, pero quiero cortarlo de raíz. —¿De dónde viene todo esto? No quiero que corras más peligro del que corres ahora. Eres lo único que me hace seguir adelante la mayoría de los días.

Es una verdad simple, pero también parece haber sido lo perfecto para decir, porque Finch da un gruñido de felicidad, me besa y se acomoda para dormir minutos después.

En cuanto a mí, sigo dándole vueltas a las cosas en mi mente. Hay una parte de mí que comprende a Maggie Donovan, al menos su lado pragmático y familiar, no el que odia a Finch. Pero tengo un respeto a regañadientes por ella, una mujer, al frente del clan Donovan frente a toda esa oposición. Volviendo a meterlos en el negocio que mejor paga, anulando los deseos de su padre de que su familia se limpiara, se alejara del lado sucio de la vida.

Ella y yo tenemos responsabilidades que pocos pueden entender, y ella debe saber tan bien como yo que hay que tomar decisiones difíciles. Sacrificios.

Lo mejor para Frank y Celia y el bebé no es lo mejor para mí o para Finch o la Familia. Sé que si le pido a Frank que haga algo, lo que sea, lo hará.

¿Pero cuánto me odiará después por ello?

Y, para el caso, ¿cuánto me odiará Finch si cancelo la Noche de Citas?



Finch pulsa como un campeón por la mañana cuando saco el tema, pero al final está de acuerdo siempre que le compense. Sé lo que significa, y no es que me oponga, así que hacemos un trato. Entonces, tras la reunión de fin de semana del viernes por la noche, le pido a Frank que vayamos a tomar una copa. Tarda un minuto en aceptar, y me encuentro con un sarcasmo: —¿Tienes algo mejor que hacer?—, como cuando éramos niños y yo quería hacer algo que él no hacía.

—Hace tiempo que no sales con los chicos—, dice. —Eso es todo.

—No con los chicos. Sólo tú y yo. Tenía una idea que quería hablar.

—¿No tienes una Noche de Citas o algo así?

—Se lo comenté a Finch—, me oigo decir. Frank tenía razón hace todos esos meses cuando dijo que no tenía ni idea de cómo sería el matrimonio; que me encontraría azotado igual que él. Aquí estoy, el puto Jefe, diciéndole a mi Ejecutor que le pedí permiso a mi cónyuge para saltarme la Noche de Citas.

No puedo evitar sonreír, y parece que eso ayuda, porque tras una pausa Frank acepta a regañadientes.

—Será divertido—, insisto, queriendo que no sólo esté de acuerdo, sino que se alegre por ello. Me encuentro deseando la antigua y más fácil relación que teníamos, sin esta diferencia de poder entre nosotros que hace que todo sea tan complicado. —Podemos ir al viejo bar y tirar cáscaras de cacahuete al suelo.

—Cerraron ese lugar hace dos años, Georgie—, dice, poniendo los ojos en blanco, pero el apodo me indica que se está ablandando.

—Bien. ¿Dónde quieres ir?

—A O'Malley's, tal vez.

—¿Ese pub irlandés?

Se encoge de hombros, avergonzado. —Le he cogido el gusto a esa cerveza negra después del velatorio.

Un pub irlandés no es el lugar adecuado para hablar de asuntos italianos, pero acepto la sugerencia. Supongo que siempre puedo tranquilizar a Frank y luego decirle lo que quiero que haga una vez que hayamos regresado a casa. —Angelo puede llevarnos—, digo, pero Frank frunce el ceño.

—Últimamente siempre tienes una sombra, Georgie. ¿No confías en que tu hermano mayor te cuide?

Angelo, que en efecto está esperándome con su sombra al otro lado de la habitación, frunce el ceño. Debe de haber oído eso. Le doy la espalda y bajo la voz. —Necesito una protección especial, Frank. Tú tampoco has visto nunca a Tino sin su sombra, ¿verdad?

Hay un momento incómodo en el que creo que Franks está a punto de decirme que no soy Tino Morelli, pero luego se encoge de hombros. —Tres

son multitud, Georgie. Pensé que querías que estuviéramos solos—. Saca la mandíbula, obstinado.

—Bien—, digo. —Pero si me dan una paliza, Finch te matará en persona.

Frank sonríe. —Correré ese riesgo.



Al final, Angelo si nos lleva, pero espera en el coche aparcado en la calle de fuera, emitiendo ondas de desaprobación. Pero yo tengo una pistola, y Frank también, y el pub es más un bar de cervezas de boutique que el lugar destartalado lleno de mafiosos irlandeses que esperaba. Es tan poco Frank que me pregunto cómo demonios lo ha encontrado. La Guinness debe de estar muy presente en él.

—Así que—, dice, volviendo de la barra y dejando la primera pinta frente a mí. —¿Qué pasa, Georgie?

—En realidad, me preguntaba cómo estabas. Tú y Cee. Hace tiempo que no charlamos.

—Sí, bueno, eso es porque últimamente siempre andas con Angelo o cenando con Finch—, murmura.

—Vamos, Frankie. No puedes negarme que pase tiempo con mi marido—. Ignoro el tema de Angelo por ahora. —Ni siquiera llevamos un año casados.

—Todavía necesitas unos meses más antes de que se te pegue el brillo, ¿eh?

—Algo así. En fin. ¿Cómo está el bebé? ¿Ya tienes un nombre para ella?

Frank encorva los hombros y rodea su cerveza con ambas manos. —Tal vez. Cee va de un lado a otro. De momento la llamamos Bubbles. Es muy pequeña. El médico dijo que estaba bien cuando fuimos a la revisión ayer, pero no lo sé. Sólo parece un poco de rosa que se retuerce para mí. Y Cee... no está durmiendo, es como un zombi. Estoy preocupada por ella. Cada sonido de la noche, está fuera de la cama, con el pánico de que hay algo malo con Bubbles. Mientras tanto estoy pensando que es una Clemenza o un Fuscone entrando por la ventana o subiendo las escaleras...

—Pondremos seguridad en tu casa—, digo de inmediato. Se lo ofrecí después de la muerte de Tino, después de Chicago, y de nuevo después del ataque a Snapper Marino, pero Frank se negó todas las veces. Qué clase de

hombre necesita refuerzos para proteger a su propia esposa, dijo entonces, y me pregunté si había algún mensaje subyacente para mí, con guardias rotatorios en la puerta las 24 horas del día, por no hablar de Angelo, Marco...

Y de nuevo, Frank se desentiende. —Ni siquiera podemos saber quién está a favor y en contra de nosotros ahora mismo—, refunfuña. —¿Qué sentido tiene poner una posible planta de Fuscone en mi maldita puerta?

Después de mi ultimátum de hace unas semanas, no perdimos más hombres. Me sorprendió ligeramente, pero sigo preocupado. Porque las cosas no siempre van bien. No lo suficiente como para que nadie más parezca darse cuenta: policías donde no deben estar, o planos desactualizados, o un barco que no llega a atracar cuando se supone que debe hacerlo. El tipo de cosas que ocurren en nuestro negocio, que depende en gran medida de la suerte. Mis Capos han demostrado ser lo suficientemente inteligentes como para tener preparadas las contingencias, por lo que estos obstáculos son sólo irritaciones menores.

Sólo yo, reuniendo información sobre el panorama general, veo un patrón más amplio de perturbación. También tengo una corazonada al respecto, y he aprendido a confiar en esas certezas cuando se producen.

Alguien está filtrando información.

El teléfono de Frank zumba, y él lo mira, sonrío, y luego teclea una respuesta rápida.

—¿Algo que deba saber?

Todavía medio distraído, sacude la cabeza. —Sólo un amigo—. Se mete el teléfono en el bolsillo. Conozco bien a mi hermano, y la mirada que pone es la misma que ponía cuando Nonna le preguntaba dónde habían estado exactamente sus dos nietos la noche anterior.

Como si ocultara algo.

—Francesco D'Amato—, siseo. —¿Estás jodiendo a Celia?

—¿Qué?— Sobresaltado, pierde su sorbo y deja caer la Guinness en su regazo. —Ah, cielos—, gime, limpiando su entrepierna con una servilleta del dispensador de la mesa. —¿Qué coño, Georgie? ¿Cómo puedes preguntarme algo así? Por supuesto que no. Amo a mi mujer, y ahora tenemos un bebé. No puedo estar pensando en mi polla todo el tiempo. A diferencia de algunas personas—, termina, murmurando la última parte.

—Entonces, ¿quién coño te hace parecer tan culpable sólo con un mensaje?

Me mira fijamente. —Te lo dije, un amigo mío. Íbamos a ponernos al día, pero lo dejé porque tú querías salir. Y ahora me da pena él también porque le debo una copa. ¿De acuerdo?

—Vale. Lo siento. Es que parecías...

—¿Qué?—, dice con brusquedad.

—Olvídalo.

—¿De qué querías hablar?— Vuelve a enfadarse, que no es lo que yo quería en absoluto.

—En realidad, es sobre Celia y el bebé. Estoy... preocupado.

Originalmente sólo éramos cuatro en esta tierra los que debíamos saber que Celia fingía un embarazo: Yo, Finch, Celia y Frank. Luego acordé que teníamos que decírselo a Angelo y Marco, que están tan entrelazados en nuestras vidas que sería imposible ocultárselo. Y ahora Hudson también lo sabe, y no me fío de él. No porque haya hecho algo que me haga sospechar, sino simplemente porque me parece prudente desconfiar de los demás hasta que demuestren su valía.

E incluso entonces, espero la traición de cualquiera cuyo apellido no sea D'Amato.

Frank me presta ahora toda su atención. —¿Qué pasa?—, exige. —¿Has oído algo?

—Demasiada gente sabe que el bebé es de Connie. Y no me refiero a dentro de la Familia.

—Hudson nunca diría nada. Él amaba a Connie...

—No me refiero a él. Me refiero al personal del hospital. Ya hemos pagado para mantener a la gente callada sobre el nacimiento, y otros podrían ser engañados ahora sobre el embarazo de Connie. Pero no hay garantía de que la gente no sume dos y dos.

—¿Dices que tenemos que pasar desapercibidos durante un tiempo?

Asiento con la cabeza lentamente. —Pero es más que eso. Estoy diciendo que quiero que Celia y el bebé desaparezcan por un tiempo. Están en peligro aquí en Nueva York, y tú estás herido, Frank. No finjas que no lo estás. ¿Me dices que Cee es un zombi? Tú mismo pareces un muerto viviente.

—Gracias por el apoyo. Los bebés son un maldito trabajo duro, Georgie.

—Pero no es sólo el bebé, ¿verdad? Es la preocupación. Tú mismo lo has dicho, crees que cada ruido es un asesino. No duermes, estás preocupado por Cee y el bebé, y encima tienes la presión del trabajo—. Hago una pausa, preguntándome cómo se lo está tomando.

Parece enfadado.

—¿Me estás diciendo que ya no soy Ejecutor?

—No—. Me inclino hacia él, consciente de nuevo de que esto puede ser un bar de Manhattan, pero sigue siendo de origen irlandés. —Y baja la voz. Quiero decir que quiero a Celia y a ese bebé fuera del país mientras resuelvo esta mierda con la Comisión. Una babymoon o como sea que lo llamen.

—Las babymoon son antes de que llegue el bebé.

—Qué carajo, entonces. Un poco de R y R. Darle una oportunidad para que se relacione con el niño. Ya le he pedido a Finch que contrate los mejores cuidados, enfermeras y niñeras y demás, para que no tenga que estar despierta toda la noche, pueda dormir un poco. Y tú también.

Algo parpadea en los ojos de Frank: alivio.

—Sí—, dice lentamente. —Sabes, tal vez sea lo mejor. Una escapada familiar para saber qué demonios estamos haciendo. Necesito un maldito manual de instrucciones sobre esta mierda de ser padre, te digo.

—Tú no, Frank. Sólo Cee y el bebé.

Parece sorprendido, luego enfadado, y después cien veces más cansado que hace un segundo. Me odio aún más cuando veo lo ansioso que está por alejarse de todo esto, pero: —Te necesito aquí, Frank. Te necesito conmigo.

Su cara se cierra. —No me necesitas. Si me necesitaras, me habrías hecho jefe.

—Tienes que dejar pasar eso. Y créeme, Frankie, no hay nada que prefiera hacer por ti que darte tiempo con tu mujer y tu hijo. Tu familia—. Me inclino hacia adelante, tratando de comunicar la urgencia. —Pero nuestra Familia está en peligro ahora. La Familia a la que tanto nos costó unirnos. Trabajamos tan duro para ascender.

—Has trabajado muy duro. Ascendiste. Yo, nunca fui tan ambicioso. Hubiera sido feliz tomando un trabajo de mierda en algún lugar, equipo de carretera, a quién le importa. Ahora estoy aquí sólo por ti, Georgie. Sabía que matarían al pequeño y tonto niño marica que seguía rondando a las pandillas si su hermano mayor no estaba allí para protegerlo. Esa es la única razón por la que...— Se detiene, dándose cuenta de que se ha arrinconado.

—¿Ves?— Pregunto en voz baja. —Te necesito.

Nunca supe lo que sentía sobre nuestra historia juntos. Lo había adivinado, pero sin tenerlo confirmado, podía ignorarlo, fingir que sólo estaba siendo paranoico cuando me sentía culpable por arrastrar a mi hermano mayor a una vida de crimen. Pero la verdad es que Frank siempre me seguía la corriente. Y yo confiaba en él.

Todavía confío en él.

—¿Así que quieres que deje que mi mujer y mi hijo salgan del país sin mí, sólo para que pueda cuidar de ti y de Finch?—, pregunta fríamente.

—Sí—. Y luego añado: —Sólo que no volarán.

CAPÍTULO DIECISIETE

Finch

En el gran esquema de las cosas, no conozco a Celia desde hace mucho tiempo, así que me sorprende lo mal que me lo tomo cuando me entero de que se va a ir por un tiempo. Entiendo por qué Luca lo quiere así, y estoy de acuerdo, es importante asegurarse de que ella está a salvo, y es importante mantener al bebé a salvo.

Pero se siente muy mal saber que mi escuadrón se va de la ciudad sin mí.

—No creo que un escuadrón pueda ser sólo una persona—, responde Cee cuando le digo algo en ese sentido, y es la primera vez que la veo sonreír de verdad desde que llegué para ayudarla a hacer la maleta, y para conocer a mi hermanita como es debido. Rechacé coger a la niña en brazos por si me escupía, a lo que Celia puso los ojos en blanco.

En realidad, no era por lo de los escupitajos. Es que me aterra que se me caiga.

—Contaba con Bubbles en mi equipo—, le digo a Celia. —Tú, yo y Bubbles: algún día gobernaremos el mundo.

Celia se detiene a mitad de camino y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Oh, mierda, lo siento—, digo, con pánico. —Cee, ¿qué pasa?

Se precipita hacia mí y me echa los brazos al cuello. —Te voy a echar mucho de menos—, solloza. —Y voy a echar de menos a Frank hasta la muerte y no tendré a nadie conmigo que conozca, y creía que sabía cómo ser una madre, pero realmente, realmente, no lo sé.

Le froto la espalda con el mismo movimiento tranquilizador que le vi usar con Bubbles, y parece que ayuda. —Vas a tener un montón de gente contigo. No podrás moverte, habrá mucha gente alrededor para ayudarte.

—Pero no conozco a ninguno—, vuelve a decir, aunque al menos el llanto ha cesado. —Son todos desconocidos. ¿Y qué pasa si me mareo por el camino?

—No hay ninguna posibilidad. El *Maddalena* navega como un sueño. Ni siquiera sabrás que estás en el agua. Y el tiempo es claro hasta la costa, y hasta las islas. Además, yo tenía el derecho de veto sobre quién contrataba Luca para ayudar, y sólo elegí a las niñeras y cuidadores de niños más geniales y agradables. Uno de ellos es un tipo, incluso. Como, una niñera o como sea que los llamen. Me lo agradecerás cuando lo veas. Grandes brazos,

abdominales por días. Asegúrate de llevar a Bubbles a la piscina muchas veces para que se desnude hasta el traje de baño.

—¡Soy una mujer casada!—, insiste, pero al menos sonrío. —Pero gracias, Finch. Si no puedo teneros a ti y a Frank conmigo, él parece la siguiente mejor opción.

—Tu madre se reunirá contigo en Florida antes de que vayas a las islas—, señalo.

—Sí, genial—, suspira, sacudiendo la cabeza. —No me malinterpretes, la quiero mucho, pero la mujer me vuelve loca.

La madre de Celia es algo religiosa. Incluso más que la propia Cee en estos días, aunque no se acerca al extremo de Róisín. Conocí a la señora Esposito hace un tiempo y no me aprobó, pero también fue lo suficientemente educada como para ocultarlo. Parece bastante decente y sé que está emocionada por ver al bebé. Pero también sé que Celia odia tener que mentir a su propia madre sobre el origen de este bebé.

—Prométeme algo—, dice, con los ojos serios. —¿Prometes que irás los viernes a ocupar mi lugar en la Virgen?

—Cee, vamos—, gimoteo. —Ese cura me odia.

—No seas tonto—, dice con brío. —Los curas no odian nada, excepto el pecado y el diablo. Además, no es un cura. Por favor, Finch. Sabes que las otras mujeres sólo aprovechan el tiempo para sentarse y cotillear. Sólo ignoran el trabajo y no lo hacen bien.

Es lo más cerca que he oído a Celia decir algo perverso sobre otra persona. —Yo tampoco lo hago bien—, señalo débilmente.

Me coge las manos y me hace mirarla. —Tú y yo, tenemos tanto, somos tan afortunados... no está bien que no devolvamos.

Ah, por el amor de Dios.

—De acuerdo—, acepto a regañadientes. —Pero sólo para que mi alma tenga una oportunidad.

—Tú no crees en las almas—, dice ella, volviendo a hacer la maleta. —Pero gracias, Finch. Sé que Aidan también se alegrará de verte. Cree que no te gusta.

—No me gusta.

—Por supuesto que sí—, dice ella con una sonrisa. —¿Cómo puede no gustarle a alguien Aidan?

Cómo, en efecto.



El viernes se presenta y es noche de cita, y me paso todo el día arreglándome aunque no me apetece. Ahora que Celia se ha ido, mi círculo social se ha reducido de nuevo a... bueno, Luca, Marco y las esposas de los mafiosos. Voy obedientemente a sus cafés y almuerzos, porque es importante estar al tanto, pero los encuentro tediosos en el mejor de los casos y quiero estrangularlas en el peor.

Me olvido por completo de la tarde de viernes de Celia, y cuando me acuerdo, ya ha pasado la mitad. El próximo viernes, lo juro. Para entonces puede que incluso esté de humor para enfrentarme a ese cura.

Pero esta noche es para Luca y yo solos. Sin guardaespaldas, si es que cuentan. La mayor parte del tiempo no los noto estos días. Angelo, en particular, tiene este don de convertirse en parte del papel tapiz cuando quiere, y a Marco no le gusta charlar demasiado. Dice que le distrae de su deber. Su presencia en mi vida es como el tiempo o algo así: lo noto de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo tengo otras cosas en la cabeza.

Sin embargo, pensar en el no-sacerdote me recuerda algo, justo antes de que Marco deba volver a casa. Luca me ha comentado que sospecha que hay una filtración en la Familia, aunque ha sido muy vago al respecto. Como si no quisiera que me preocupara.

—No vas a soltar secretos en el confesionario, ¿verdad, Marco?

—¿Eh?— Está registrando los bolsillos de su chaqueta en el vestíbulo, buscando las llaves del coche, y me mira.

—Confesión. Ese Aidan O'Leary dijo que eras un habitual de Nuestra Señora. ¿No estarás contando cuentos sobre los Morellis cuando desnudas tu alma?

Un ceño oscuro aparece en su rostro. —No, señor D'Amato, no lo hago. ¿Por quién me toma, por una especie de rata?

—Lo siento, lo siento—, digo apresuradamente. Me he pasado de la raya; Marco está furioso. —No quise decir nada con eso.

—No soy una rata—, vuelve a insistir.

—Lo siento—. Esta vez lo digo de verdad. —Fue una mierda lo que dije, y nunca pensé que lo harías... Lo siento, Marco.

Parece ligeramente apaciguado. —Está bien—, dice. —Bueno. Lo veré mañana, Sr. D.

Se va, dando las buenas noches a los guardias que están fuera, que han tomado su turno de noche. Entro solo a esperar.

Luca llega más tarde de lo habitual a casa, y yo me aburro como una ostra en el salón, viendo una mierda de reality que Marco ha dejado puesta.

—Estás increíble, ángel—, dice después de entrar en la habitación y besarme hasta dejarme sin aliento. —¿Y eso es una colonia nueva?

—No tienes mucho tiempo si vamos a hacer esa reserva para cenar—, gruño. —Será mejor que te cambies y...

—Tienes un aspecto y un olor increíbles, pero no estás vestido para el lugar al que vamos—, prosigue Luca, sonriéndome. —Así que venga, vamos a cambiarnos juntos.

—Pero yo pensaba...

—¿No sabes qué día es hoy, pajarito?— Me coge de la mano y me lleva arriba para que estemos solos.

—Viernes—, le digo sin rodeos, mientras me tira por la escalera.

Se ríe. Hacía mucho tiempo que no veía a Luca tan iluminado, y me gusta. También me levanta el ánimo. —Lo es—, dice. —Pero no es un viernes cualquiera.

—Bueno, no es el día de San Valentín, no es nuestro aniversario de boda y no es mi cumpleaños. Así que...

—Estabas más cerca con uno de esos—. Llegamos al dormitorio y empieza a desnudarme, abriendo mi camisa y besando su camino por mi pecho, arrodillándose frente a mí. —Aniversario—, añade, sacando su lengua de mi ombligo por un segundo.

—Joder—. Me ha bajado los pantalones, frotando su cara en mi trasero. —¿Aniversario de qué?

—De la primera vez que hicimos esto.

Finalmente me doy cuenta. Hace cinco años -ahora seis, de hecho- puse los ojos por primera vez en este demonio resplandeciente de hombre. —¿Cómo diablos podría haberlo olvidado?

—Bueno, has tenido algunas cosas en la cabeza recientemente—, dice. —Pero mi objetivo es asegurarme de que no vuelvas a olvidar. Así que esta

noche será una noche para recordar, pajarito—. Deja de hablar, me empuja para que caiga sobre la cama y me lleva a su boca. Pero justo cuando estoy al borde, a punto de disparar, se detiene, se levanta y dice: —Debería ducharme.

—Qué coño—, gimo, cubriendo mi cara con las manos. —¿Me vas a dejar tirado en esta noche de todas las noches? ¿De verdad?

—Oh, tendrás lo que necesitas, ángel—, se ríe por encima del hombro mientras se dirige al baño. —Sólo que no hasta que termine esta noche.

Me apoyo en los codos y le pongo a mi polla, dura y resbaladiza y desconcertada, una cara triste de conmiseración. —¿Qué me pongo?— le grito mientras oigo cómo empieza la ducha.

—¡Ya elegí algo!—, me grita.

Sí... no sé qué decir.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Finch

—Lo hice bien, ¿no?— me pregunta Luca con entusiasmo de camino a donde me lleva. Me ha vestido con una chaqueta de terciopelo púrpura real y unos pantalones de lamé dorado de Alexander McQueen, además de un top de malla dorado de manga larga y muy ajustado de una marca llamada Bitch Boy. Creo que lo debe haber pedido por Internet.

Todo me queda sorprendentemente bien. Pero entonces, hago que todo funcione.

—Lo has hecho bien—, digo, inclinándome hacia él.

—Le pedí ayuda a Angelo. Siempre se arregla bien.

—Hm—, digo. —No sé si me gusta la idea de que Angelo merodee por nuestro dormitorio y busque en nuestros armarios. Le gustaba Tino; ¿y si también le gustas tú? No le culparía, especialmente con ese atuendo—. Luca parece decidido a hacer realidad todos mis sueños húmedos esta noche con unos pantalones de cuero y una camiseta negra que se ciñe a sus músculos como a mí me gusta.

—Shh—, advierte Luca.

Estamos en el asiento trasero del coche y Angelo va delante, conduciendo. Pero hay una pantalla de privacidad y todo; la instalaron en este coche poco después de casarnos, y siempre me pregunto si fue Luca o alguien más quien decidió que era necesario.

—No nos oirá—, me burlo.

—¿Por qué todo el mundo es tan anti-Angelo estos días?— murmura Luca. —Primero Frank, luego tú...

—Sólo estoy celoso. No quiero que le ponga las manos encima a mi hombre. Excepto para salvar su vida, quiero decir. Lo acepto.

Luca resopla. —Angelo no tiene interés en mí como hombre. Sólo como su Jefe. Eso te lo puedo asegurar. Y a mí sólo me interesa un hombre. Ese hermoso y loco chico con ganas de morir que conocí hace tantos años—. Me besa de nuevo y mi cuerpo se enciende por él. Todavía estoy excitado por su mamada abandonada, y el tipo lo sabe.

Afuera, las luces de la ciudad de Nueva York pasan. Dios, me encanta esta ciudad. Tanto como amo a Luca, incluso. Y esta noche estoy descubriendo nuevas profundidades de mis sentimientos por él. Me ha

llevado a un nuevo restaurante de moda, no italiano, alabada sea María y todos los santos. No; eligió uno etíope, y compartimos tazones de carne de cabra, lentejas, patatas, barridos en pan de injera. Estaba jodidamente delicioso, y no sólo porque no era pasta ni estaba condimentado con albahaca.

—¿Cuál es el problema de Frank con Angelo?— Pregunto, después de que nuestro épico beso haya llegado a su fin. El tráfico es lento esta noche y sólo nos arrastramos entre los semáforos. En cualquier otro coche, podría estar preocupado, pero este es a prueba de balas, blindado y lo suficientemente grande y cabrón como para atravesar los controles de carretera si es necesario.

Además, tengo a Luciano D'Amato, jefe de la familia Morelli, para protegerme. Nada en la tierra puede tocarme cuando Luca está a mi lado.

—Creo que Frank podría ser, como tú dices tan elocuentemente, 'gelatina'. No en ese sentido—, suspira mientras yo sonrío. —Creo que en el fondo sólo... me echa de menos. Siente que no hemos salido mucho juntos últimamente, y no se equivoca. Además, ha estado haciendo olas sobre ser Subjefe de nuevo.

—No va a dejar pasar eso—, digo, mirando ociosamente por la ventana. —Será mejor que elijas pronto a alguien para que se calle.

—No creo que eso lo haga callar—, murmura Luca.

Las calles empiezan a parecerme familiares, incluso estas manzanas fuera de la avenida. —Hola—. Me siento y aprieto la nariz contra la ventana como un niño. —¡Ahí es donde estaba *Tentación*!

Nunca había visto a Luca tan engreído. —¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Es donde nos conocimos—. *Tentación* ha cambiado su nombre por el de *Kismet* ahora, y hay mucha más gente haciendo cola fuera de la que había en su día. —Me pregunto si sigue siendo una mierda como lo fue en su día.

—Ha cambiado de dueño desde entonces. Nueva decoración. Mejor música.

—Eso espero, carajo. O tal vez no. Si no hubiera sido por ese viejo local de mala muerte, nunca te habría conocido—. Me invade una oleada de sentimentalismo y le cojo la mano... y veo que me falta algo. —No llevas el anillo Morelli—, digo sorprendido. Sólo su anillo de boda adorna su largo y delgado dedo.

—Esta noche no. Esta noche no soy Don Morelli. Esta noche sólo soy tuyo. Puedes ser ese pajarito del que me enamoré, y...

—Y tú puedes ser el Lucifer de ojos de piedra del que me enamoré a primera vista.

Esta vez, lo beso.



Hay una cola en el club, mucho más larga de lo que solía ser, y la clientela es mucho más selecta. Pero, por supuesto, no tenemos que esperar para entrar; el portero ni siquiera nos hace señas para que pasemos, sino que descorre la cuerda cuando nos acercamos y hace una respetuosa señal con la cabeza a Luca. Ni siquiera hay quejas en la fila de espera; están ocupados susurrando y preguntándose quién podría ser Luca, quién podría ser yo. Pero entonces uno de los que están en primera fila saca su teléfono móvil y hace una foto con flash. Luca se detiene en la puerta y hace un gesto con la barbilla al portero.

El portero le coge el teléfono, borra la foto y se lo devuelve. —¿No sabes leer?—, grita, señalando el cartel de la pared: *No hay cámaras. Nada de teléfonos móviles. Nada de grabaciones de ningún tipo.*

—Eso sólo cuenta en el interior—, se lamenta el cliente castigado.

—Y una mierda que sí—, le dice el portero. —Si alguno de vosotros, perdedores, se os ocurre Instagramear alguna mierda por aquí, será mejor que os larguéis de aquí ahora mismo.

Luca me arrastra con él, dentro del club. Puedo sentir la música golpeando el suelo como profundas perturbaciones volcánicas. Hay un guardarropa a la izquierda con otro cartel enorme que exige que todas las cámaras, teléfonos móviles y otros equipos de grabación se dejen en la puerta. —¿Es eso siquiera legal?— Me pregunto. —¿Pueden obligarnos a hacer eso? Porque necesito mi móvil.

—Oh, las reglas no se aplican a nosotros, ángel—, me dice Luca, acercándose.

Todo su comportamiento ha cambiado; hasta ahora no me había dado cuenta de lo recto y rígido que está su cuerpo todo el tiempo estos días, con el estrés de la Familia Morelli convirtiéndolo en una línea tensa. Pero ahora está fluido y relajado, y me rodea con sus brazos mientras me conduce por el guardarropa hasta las puertas interiores del club. Se abren para nosotros

como por arte de magia, con dos malditos tipos enormes al otro lado abriendo una puerta cada uno.

El club ya está repleto, el olor de unos cientos de hombres cubiertos de aftershave, cera para el pelo y purpurina plástica se eleva desde la multitud como un vapor. El tiempo retrocede y aprieto la mano de Luca entre las mías, tirando de él hacia la pista de baile. Nos rodean inmediatamente, los cuerpos calientes chocan y se frotan contra nosotros, la sagrada euforia del baile nos invade.

Me he perdido esto. Ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que he echado de menos esto. Moverme con la multitud, los cuerpos anónimos presionando contra mí, la alegría y la celebración de ser. Sólo el aquí y el ahora, nada más en mi mente.

No había salido a bailar así desde antes de casarnos. A veces me he preguntado si ir a un club como éste podría hacer que me dieran ganas de esnifar algo, dejar caer algo, fumar algo. Pero no hay nada de eso. Las sustancias químicas de mi cerebro se disparan por sí solas, un extraño subidón de serotonina que me hace echarle los brazos al cuello a Luca con alegría.

Me acerca, con un muslo entre los míos. —Gracias—, le digo al oído, esperando que pueda oírme por encima de la música. Sé que lo ha hecho cuando me acerca aún más, me agarra con una mano el culo y con la otra la nuca, y empieza a chuparme la clavícula como si tuviéramos seis años menos y nos importara una mierda que se vean las marcas de nuestros chupetones.

No me había sentido tan libre desde la primera noche que lo conocí.



Hemos bailado durante horas, interrumpiendo sólo para rehidratarnos, y tardo en darme cuenta de que las bebidas siempre son gratis. —Al camarero le debe gustar tu cara bonita—, le digo a Luca cuando se gira para darme mi refresco de cereza.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sabes que sí.

Se inclina para darme un rápido lametón en el cuello. —Seguro que sabes mejor que la primera noche que nos conocimos. Solías sudar productos químicos.

—Sí, me conservaba bastante bien por dentro—, digo. No paso mucho tiempo pensando en todas las drogas, la bebida y el sexo de aquellos años. Mi vida estaba vacía antes de conocer a Luca, y la llené con falsos subidones. Luego fue aún peor durante los cinco años siguientes, porque durante una noche vi lo que podría haber tenido.

Luca saca su teléfono y mira un mensaje con el ceño fruncido. —Es hora de que nos vayamos, pajarito.

Hago un mohín. —Pero quiero bailar un poco más.

—Lo entiendo, ángel. ¿Sólo recuerdas lo que pasó después de que bailamos la última vez?

—Había un grupo de Clemenzas que intentaron matarte en el callejón... oh. Mierda.

—Tú lo has dicho.

—¿Salimos por el mismo camino?

—Esta vez no—. Me coge la mano. —No quiero pedirte nunca que te juegues la vida por mí, pajarito. Nunca más.

—Pero lo haría—, le digo. Que Dios me ayude, lo haría. Ese deseo de morir que me mantuvo caliente todos esos años sin él ya no existe. No quiero morir. Quiero vivir una vida larga y feliz con Luca D'Amato. Pero aún así recibiría una bala por él, si tuviera que hacerlo.

Me besa con fuerza y me aprieta la mano. —Lo sé—, dice con cariño. —Pero esta noche, hacemos lo que deberías haber hecho aquella noche, pero no lo hiciste.

Levanto las cejas, interrogante.

—Corremos.

Con eso, me lleva rápidamente al otro lado del club, entrelazando cuerpos, las luces estroboscópicas convirtiendo todo en escenas de película de un segundo de duración. Vuelvo a mirar hacia la puerta y veo que ha estallado una pelea: los dos enormes porteros están intercambiando golpes con tres o cuatro hombres.

Al menos no hay disparos.

Grito a Luca, porque vamos en dirección contraria, pero él se limita a empujarme hacia una puerta en el lateral de la pared, una puerta con la marca Staff Only. Desaparecemos en ella, y luego Luca tira de mí hacia la izquierda, hacia una escalera que sube, gira y vuelve a subir. Me pregunto si

nos dirigimos a la azotea, y me imagino corriendo por los tejados de Nueva York como un superhéroe. O supervillano, supongo.

Pero al final de la escalera hay otra puerta, esta vez con el rótulo de OFICINA.

—Cariño, no podemos irrumpir ahí—, digo, pero estoy sonriendo y dispuesto a irrumpir y ver qué hay detrás de la puerta número uno.

—Oh, ¿no lo he mencionado?—, pregunta, con los ojos brillando. —El nuevo propietario de este lugar soy yo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Luca

Me alegro de que Finch esté disfrutando. Yo también, aunque para mí, esta noche es una mezcla de negocios y placer. Por un lado, quería asegurarme de celebrar nuestro encuentro, el acontecimiento que puso mi vida en su trayectoria actual.

Por otro lado, también me da la oportunidad de ver hasta qué punto las otras Familias siguen de cerca mis movimientos... y cuántas ganas tienen de deshacerse de mí.

Con la Familia Morelli como persona *non grata* ante la Comisión y nuestro territorio siendo exprimido, ¿merece la pena el esfuerzo de eliminarnos? Si fuera yo, esperarí a una extinción natural, tal vez haciéndola más rápida mediante sobornos, halagos y caza furtiva de hombres. ¿Por qué desperdiciar recursos humanos en un asalto cuando puedes mantener un asedio en su lugar?

Pero esto es Sam Fuscone y sus aliados de Clemenza. La estrategia y la previsión no son capacidades que asocie con ellos. O tal vez Fuscone está demasiado atrapado en su sed de sangre como para preocuparse de cuántos de sus hombres mueren, siempre y cuando Finch y yo también lo hagamos.

El equipo de Snapper Marino ha hecho un buen trabajo esta noche. Finch no ha notado a ninguno de ellos entre la multitud que nos vigila, y yo me he sentido lo suficientemente cómodo como para tener sólo ojos para él. Pero mis vigías en las calles han visto a un grupo combinado de Fuscone y Clemenza abriéndose paso hasta aquí, discutiendo con los porteros, que ahora intentan abrirse paso.

Esta noche estoy celebrando lo mejor que me ha pasado. Pero para los Clemenza y sus aliados, es el aniversario de la noche en que un chico gay mató a uno de los suyos. Y no cualquier Clemenza, tampoco. Fue el nieto mayor de Louis Clemenza el que tuvo la mala suerte de tratar de enfrentarme esa noche. Sólo era vagamente consciente de quién era cuando se abalanzó sobre mí, y francamente, si era lo mejor que tenían para ofrecer, les hice un favor a los Clemenza reforzando su reserva genética.

Además, he pagado por ello una y otra vez con sangre, mientras reducían a la familia Morelli. Esta noche no tendrán otra oportunidad. No, esta noche mis hombres y yo estamos decididamente en casa, y nunca somos más peligrosos que con la espalda contra la pared.

Las pupilas de Finch se abren de par en par cuando nos detenemos ante la puerta de la oficina, y me pregunto si es el deseo sexual o la excitación de vida o muerte lo que le hace estar tan excitado. Se lame los labios.

—Cariño, no podemos irrumpir ahí—, dice, pero es evidente que se muere por hacer exactamente eso.

—Oh, ¿no lo he mencionado? El nuevo dueño de este lugar soy yo.

Por un segundo pienso que Finch va a ir a por mí allí mismo, pero entonces la puerta se abre desde dentro y él retrocede, asustado.

—Hola, jefe—, me saluda el hombre que está allí. —Me ha parecido oír voces. ¿Problemas abajo?

—Algo así.

—Entra—. Extiende su brazo, invitándonos a entrar. —*Mi casa, su casa.*

—¿Quién demonios eres tú?— Finch pregunta, fascinado. —Nunca te he visto antes.

—Es bueno pensar que te acordarías de mí.

—Este es Eddie García—, le digo a Finch. —Lo contraté para que fuera gerente aquí. Ha hecho un buen trabajo, ¿no crees?

Pero Finch ya está dando vueltas por la habitación, con la curiosidad en la cara. —Esto es una mierda genial.

Le di una buena oportunidad a Eddie cuando lo contraté y lo hice volar desde Miami, porque quiero mantenerlo leal. Le pagan un sueldo y una parte de la puerta, y también tiene una oficina muy bonita. Es todo elegante y moderno, el tipo de cristal frío y líneas afiladas que odio, pero es lo que Eddie quería. Hasta ahora, parece estar trabajando bien.

Pero no son los muebles los que han llamado la atención de Finch. Es la mirada de fotos en las paredes de fiestas pasadas, de marchas y carrozas del orgullo, y de caras famosas -algunas de las cuales están fuera y orgullosas, otras todavía están bien metidas en el armario. —Vaya—, dice Finch, deteniéndose ante una.

—Lo sé, ¿verdad?— dice Eddie con una sonrisa. —Nunca lo adivinarías. En fin. ¿Qué te trae por aquí esta noche, jefe? ¿Algo que tenga que hacer? ¿Una llamada a la policía local?

Finch hace una doble toma. Normalmente lo último que queremos es la policía. Pero esta noche...

—Claro—, digo. —Asegúrate de que nuestros amigos particulares están en ello.

—¿Un trago mientras esperas? Sírvelo tú mismo.

—Gracias, pero no nos quedaremos.

—¿Por qué no? Me gusta esto—. Finch se tira en el sofá modular bajo, el cuero cruje bajo su peso. Pasa una pierna por encima del brazo. —¿Entonces no estamos en peligro mortal?—, pregunta, mientras Eddie llama a nuestro contacto en la policía.

—Ahora mismo no. Pero tomaremos la ruta trasera para salir—. La sonrisa en la cara de Finch me dice exactamente lo que está pensando. —Esa ruta trasera no—, le digo en voz baja, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—¿De verdad vamos a revivir toda nuestra primera noche? ¿Vamos a salir a escondidas por la puerta del callejón?

—Diablos, no, no lo haréis—, resopla Eddie. —Esa puerta contra incendios nunca estuvo a la altura. La cambiaron por una puerta con una alarma real. Si sales por ahí, todo el club lo sabrá.

—¿Entonces qué?— Finch inclina la cabeza hacia un lado. —Vamos, nene. Derrama.

—Están en camino—, dice Eddie como un aparte para mí. —Tres minutos. Será mejor que baje a saludar. Me alegro de verte esta noche, jefe—. Y con eso, hace un perezoso saludo con dos dedos y nos deja solos.

Le tiendo la mano a Finch. La coge y le levanto del asiento. —¿Ese callejón? Lo recuerdo como un punto brillante de mi vida. Pero también era un cementerio de Clemenza. Después de matar a ese tipo, y de que Frank y yo limpiáramos al resto de esa banda en los días siguientes, Tino Morelli se puso en contacto conmigo. Ya había tratado con los Morelli antes, por supuesto, pero me rechazaron como a todos los demás. Esta vez, sin embargo, Tino vino a mí. Me dijo que me aceptaría como socio y me dejaría probarme a mí mismo. Imagínate: el gran Don Morelli dignándose a hablar con un chico flaco y gay que seguía dando problemas en su terreno—. Tengo a Finch entre mis brazos, mi boca tan cerca de la suya que su aliento revolotea sobre mis labios.

Abajo, la música se detiene bruscamente.

—Creo que esa es nuestra señal—. Suelto a Finch, pero gravita hacia mí mientras me acerco a la pared y pulso un discreto botón. Una parte de la

pared se desliza a un lado y él suelta una carcajada encantada, la carcajada que me encanta escuchar de él. Me parece que hace meses que no la oigo.

—¿Un maldito pasillo secreto?

—Por supuesto. Deja que te lo enseñe, ángel—. Le agarro de nuevo la mano y tiro de él hacia el interior. El pasaje es estrecho y claustrofóbico, pero limpio. Una cadena de luces parpadeantes a lo largo del techo le da una sensación festiva. —Los edificios de esta zona datan de la época de la Prohibición. La mayoría de ellos fueron destruidos y renovados; los pasajes de ron fueron eliminados, o no estaban en regla, en su mayoría. Cuando Eddie y yo estábamos renovando, encontramos éste, que había sido tapiado. No creo que se haya utilizado durante mucho tiempo. La gente se olvidó de él. De todos modos -continúo mientras conduzco a Finch-, para probarme a mí mismo, me propuse desbaratar todos los negocios de Clemenza que pudiera en toda la ciudad. Eso permitió a Tino instalarse, y como recompensa me permitió entrar en su Familia como miembro de pleno derecho. Él me hizo. Tu padre era un hombre muy generoso.

—¿Pero a dónde lleva este pasaje?— pregunta Finch, y observo que no dice nada de mi comentario sobre Tino.

—Alrededor de la parte trasera del bloque, bajando a la calle. Ya casi estamos allí.

—¿No hay ningún bar clandestino guay escondido en el sótano del edificio?

—Creo que alguien se habría dado cuenta de algo así mucho antes de lo que yo me enteré del pasaje. Pero ahora somos los dueños de todo el edificio, así que si queremos hackear el sótano y poner un bar allí, ¿por qué no?

Como le dije a Finch, estamos casi al final del pasaje. Se hace más estrecho a medida que avanzamos, pero tenemos las luces para ayudarnos. Llegamos a la puerta, y la abro en otro conjunto de escaleras desvencijadas. —Probablemente deberíamos arreglarlas antes de que se caigan a pedazos—, admito.

Bajamos con cuidado, intentando no sacudir las escaleras más de lo que se sacuden ellas mismas. Al final de las escaleras, se abre otra puerta en la parte trasera del bloque. Desbloqueo el candado y me asomo al exterior para asegurarme de que hay un coche esperando al otro lado de la calle. Por supuesto que sí. Angelo nunca me decepciona.

—¿Listo?— Le pregunto a Finch.

Me lanza una mirada especulativa. —No es que no aprecie el sentimiento, pero ¿por qué exactamente compraste el club nocturno donde nos conocimos? Supongo que también tiene algún propósito comercial. ¿Quieres pasar drogas por aquí, blanquear dinero?

—Lo contrario, en todo caso. Últimamente he pensado que tenemos que ampliar nuestra cartera. Hay mucho que decir sobre el dinero que ganamos en lo que hacemos, pero mucho de ello se basa en la cooperación con los aliados. Cuando esos aliados nos traicionan...— Extiendo los brazos y me encojo de hombros. —Quiero dirigir este lugar exactamente como lo que es: un club nocturno exclusivo. Lo más limpio posible.

—¿No me digas que Don Luciano Morelli tiene planes de ser honrado?

—Sólo creo que es inteligente diversificar nuestra cartera. Poner todos nuestros huevos en una sola cesta significa que todos se destrozan cuando alguien la pisa.

—Y pensé que habíamos acordado que me consultarías en todos los asuntos de negocios, como tu *consigliere*.

—Claro, pero esto estaba pensado como un regalo de aniversario, ventajas empresariales aparte.

Finch levanta una ceja, con las manos en la cadera. —Y esa es la única razón por la que voy a dejar que te salgas con la tuya. Pero en el futuro, marido, recuerda: somos una sociedad.

Justo cuando pienso que no podría querer más a Finch, dice algo así, y me encuentro con que vuelvo a caer. Lo empujo contra la pared, inclinándome sobre él, disfrutando de la expresión obstinada de su rostro. —Eres muy mandón para alguien que no es el Jefe.

—Tú puedes ser el Jefe, ¿pero yo? Yo llevo una corona.

Es exactamente por lo que tanta gente nos odia, porque saben lo encantado y cautivado que estoy por Finch. Pero me encanta sentir ese tirón de propiedad entre nosotros. No lo querría de otra manera.

—Seguro que sí, pajarito. Ahora, ¿estás listo para irte?

Finch sonríe. —Todavía no—. Y me empuja hacia abajo en un beso de lengua húmeda, sus manos se aferran a mí con hambre. Un hombre menor cedería y lo tendría allí mismo, al pie de la escalera. Pero he aprendido los beneficios de un entorno adecuado.

—Salgamos de aquí y vayamos a casa—, gimo en su boca.

Fuera oímos a la policía llegar al otro lado del bloque. Pero para cuando han hecho sus detenciones ya nos hemos ido, conduciendo de vuelta a la casa de la ciudad tan rápido como podemos sin que nos paren.



Finch es el hombre más hermoso que he visto nunca.

Lo pensé la primera vez que lo vi, y lo he pensado todos los días desde entonces. Durante los cinco largos años que siguieron a nuestro encuentro de una noche, puede que haya perdido el tiempo con otros hombres, pero ninguno de ellos se compara con Howard Fincher Donovan Tercero.

Cuando llegamos a casa, nos dirigimos directamente al dormitorio y me bendice con un striptease, con su cuerpo sensual retorciéndose al ritmo de una canción lenta y sexy. La forma en que se quita la ropa es una obra de arte en sí misma, pero me interesa más lo que hay debajo mientras baila para mí.

Sólo para mí.

Todos esos tipos en el club mirándolo fijamente, y él ni siquiera se dio cuenta. Finch me ha contado su versión de la noche en que nos conocimos, sobre la luz sobrenatural que, según él, yo desprendía, el faro que le llevó hasta mí en la pista de baile. Hoy en día, él es un faro para mí, una luz brillante en el mundo oscuro que habito.

Se desabrocha los pantalones lentamente, pero ya he tenido suficiente. Me acerco a grandes zancadas y se los bajo de un tirón junto con los calzoncillos, lo que hace que Finch se ría a carcajadas, y luego lo levanto en peso y lo tiro a la cama.

Rebota allí y luego se levanta sobre los codos para ver cómo me desnudo a su vez, con menos arte y más prisa. No puedo apartar los ojos de él, del largo tramo de bronceado de su cuerpo, de la elegante polla y de los cojones regordetes y perfectamente simétricos que podrían haber sido moldeados por algún escultor antiguo. Su cara es brillante y feliz. —Estás tan caliente—, suspira, separando las piernas. —Soy tan afortunado.

—Lo mismo—, le digo, antes de abalanzarme. Quiere lanzarse directamente a por mi polla, con su boca, pero le sujeto por las muñecas y veo cómo se retuerce. Cuando por fin se queda quieto, aprieto mi boca contra la suya y lo beso. Su boca se abre para mí inmediatamente, sin burlas, y deslizo mi lengua contra la suya, tan caliente para él como él para mí.

Cuando le suelto las muñecas, se aferra a mí, con las manos recorriendo mi espalda y apretándome aún más contra él, y uno de sus duros pezones se engancha al mío, haciéndome gruñir. Me gustaría perforar sus bonitos pezones rosados, colgarles anillos, etiquetarlos con mi nombre impreso en grande y en negrita. Solo de pensarlo se me pone dura, y aparto la boca para morder y chupar su pecho. Sus manos me acarician la nuca, la cabeza, y él deja escapar un gemido cuando le acaricio el pezón izquierdo con los dientes.

—Vamos, cariño—, susurra. —Te deseo.

Oh, no. Todavía no estamos cerca de esa etapa. Me muevo un poco y nos pongo de lado para poder poner mi mano en su culo, su precioso culo redondo que llena perfectamente mi palma. Lo aprieto y se le corta la respiración. Lo aprieto de nuevo, separando sus mejillas y pasando un ligero dedo por su agujero, y él deja escapar un gemido.

—Vamos—, exige, subiendo su pierna por encima de mi cadera mientras nos tumbamos. —¿Por favor?—, intenta. Sigo metiéndole los dedos como si estuviera practicando el piano.

—Túmbate ahí y disfruta.

—Disfrutaré cuando tenga tu polla dentro de mí.

—Y yo también disfrutaré de eso. Pero esta noche quiero tomarme mi tiempo contigo.

—¿Porque crees que soy *rompible*?

Porque últimamente has estado usando el sexo como una línea de cocaína. Le das una calada y te da un subidón durante veinte minutos, luego bajas y lo vuelves a necesitar.

—Porque estamos celebrando el primer día que nos conocimos—, le digo, y con la otra mano le aparto el pelo dorado de la frente. —Y porque quiero tenerte retorciéndote y suplicando y desesperándote antes de que mi polla se acerque a ti.

Se ríe de eso, esa risa chiflada suya que me levanta el corazón cuando la oigo. Las emociones de Finch son tan diferentes a las mías, como si estuvieran más cerca de la superficie. Se muestran más, como las venas a través de la piel. O tal vez simplemente las deja salir más. Tal vez no es tan cerrado como yo.

—Está bien—, dice. —Pero nene, siempre estoy desesperado por ti. Sólo para que sepas.

—Me alegro de oírlo—. Realmente lo estoy. Estoy tan malditamente obsesionado con Finch, que a veces me pregunto si realmente podría amarme tanto. Pero todo lo que tengo que hacer es mirarle a la cara ahora, y puedo verlo.

Claro que me quiere. Pero también me conoce, como nadie más.

Le meto los dedos más adentro, dejando que se folle a sí mismo con mi mano, y le beso el pecho, le meto la nariz en el ombligo y sigo bajando.

Me agarra el muslo. —Dame algo para chupar también si vas a...

Es como un niño pequeño pidiendo un chupete. La idea me hace resoplar en torno a su polla mientras cierro la boca sobre ella, pero le hago caso, me balanceo en la cama y paso la pierna por encima de su cabeza. Su boca busca mi polla, sus labios y su lengua se aferran a ella, y luego me traga sin preámbulos y frota su nariz contra mis pelotas, su aliento caliente contra mí. Tiembla debajo de mí y tengo que detenerme, retirarme, preguntarle — ¿Estás bien?— por si acaso se está asfixiando, pero se agarra a mis muslos, a mi culo, tirando de mí hasta el fondo de su garganta.

Me lo trago con la misma avidez, con los dedos de una mano todavía en su agujero, llenándolo. La idea de que esté tan lleno de mí, con la polla en la boca y la mano en el culo, me pone más duro, me lleva al límite demasiado pronto. Intento salir de su boca, pero él me sigue. Mi polla está empapada de su saliva, y su mano también está sobre mí, trabajándose.

Está tan cerca como yo, metiéndose en mi boca y atragantándose con mi polla mientras lo hace, y en cuanto me imagino lo caliente que debe ser eso, se acabó. Abandono la lucha con buen tino, le doy más caña con la boca, le chupo la cabeza de la polla mientras le meto los dedos, le dejo que me folle la cara tan fuerte como quiera.

Al menos, él estalla primero, detonando en mi boca con un grito ahogado, su polla vibrando en mi lengua. Pero la forma en que su garganta trabaja alrededor de la cabeza de mi polla me hace perder el control justo después. Es fuerte y largo, y siento que toda la tensión de las últimas semanas sale de mí junto con mi semen. Su sabor es espeso en mi lengua, y podría beberlo todo el día.

Soy un adicto a mi manera.

Vuelvo a rodar sobre la cama, jadeando, y Finch se ríe. —Creo que he ganado.

—La batalla, tal vez—, jadeo. —Pero no la guerra.

Se apoya en un codo y me mira desde la cama. Sus labios están rojos y húmedos, sus mejillas sonrojadas. —Vamos, entonces. Haz tu asalto a mi culo.

—Dame cinco minutos—, gimo, levantando las manos en señal de rendición por ahora. —Cinco minutos, y luego te mostraré quién es realmente el Jefe.

Sonríe. —Feliz día de la primera reunión, Jefe.

—Feliz día del primer encuentro, pajarito.

CAPÍTULO VEINTE

Finch

Un viernes de caridad me remuerde la conciencia y decido que será mejor que cumpla mi promesa a Celia y vaya a doblar ropa, a cocinar pastel de carne, a arreglar flores o a lo que sea que tenga que hacer esta semana.

Cuando aparezco, los demás miembros del Comité de Damas me miran como si nunca me hubieran visto. Marco toma su asiento habitual en el rincón, pero yo me acerco a las mujeres donde se han instalado en la cocina, y planto mi culo en otra silla, después de darle la vuelta y deslizarla entre mis piernas. —Señoras, señoras, señoras—, digo en voz baja. —Mi cuñada no puede estar aquí hoy, pues acaba de tener un hijo y todo eso, pero me ha enviado en su lugar. Así que, por favor, desplégadme a voluntad.

Resulta que hoy es otro día de clasificación de ropa. Me he quedado solo ante una mesa llena de ropa que huele a moho y a naftalina al mismo tiempo. Aun así, le prometí a Cee que lo haría, así que me guardo mis quejas y empiezo a clasificar.

Como era de esperar, a mitad de camino aparece Solo-Aidan. Sólo que esta vez no está solo. Le acompaña un sacerdote de pleno derecho, con alzacuellos, sotana y sonrisa autocomplaciente. Aidan pone cara de asombro cuando me ve, y luego pone la misma mirada que he visto en la cara de Luca más de una vez cuando empiezo a soltar la lengua: la mirada de *Oh, mierda*.

El sacerdote de la sotana hace esa estupidez de agarrarse el corazón, da un paso atrás mientras me mira de arriba abajo y dice en voz alta: —Vaya, Dios mío, ¿quién es nuestro nuevo ayudante, Aidan? Nunca me dijiste que teníamos un caballero ayudando en el Comité de Damas.

Los ignoro y continúo con mi clasificación.

—Padre Benedicto, este es... eh, Finch—, dice Aidan en voz baja.

Los dos se dirigen hacia mí y oigo la voz de Celia en mi cabeza rogándome que sea amable. Uf. Hacer buenas obras es mucho más agotador de lo que había previsto.

Le tiendo la mano antes de que llegue el cura, así que tiene que cogerla o quedar como un gilipollas. —Finch D'Amato—, digo. —Mi cuñada, Celia D'Amato, es la que suele estar aquí, pero acaba de dar a luz a un paquete de alegría, así que tiene otras cosas en la cabeza ahora mismo.

—¿Cómo está ella?—, pregunta Aidan apresuradamente. —Espero que no haya sido un parto difícil. Recibí un correo electrónico de ella diciendo que se iba a ir con su madre.

No sé en qué demonios estaba pensando Cee cuando le envió el correo electrónico. Se supone que nadie debe saber con quién estaba, o a dónde iba.

—Se está tomando un descanso en el norte del estado, en una de nuestras casas de vacaciones—, digo.

—Oh—, responde Aidan. —Eso tiene sentido. Por la forma en que lo dijo, parecía que estaba teniendo un buen viaje, pero me alivia saber que se queda en el estado. Puede ser una época difícil esos primeros meses después del parto.

—¿Lo sabe por experiencia personal?

El padre Benedicto se ríe como si hubiera hecho una broma, y Aidan esboza una débil sonrisa. —Bueno—, dice el padre Benedicto, —estoy seguro de que llenarás sus zapatos admirablemente mientras ella no esté. Pero realmente, no tenías que venir; tenemos muchas damas maravillosas que están ansiosas por contribuir al trabajo de la iglesia.

—Me parece que no puedo mantenerme al margen—, digo, mirando a Aidan. Él pone una cara de Pikachu sorprendido.

El padre Benedicto mira de reojo a Aidan y gruñe. —Bueno, bueno. Dale recuerdos a tu cuñada, y por supuesto mis saludos al bebé. ¿Niña o niño?

—Niña.

—Qué encantador. Estaré deseando bautizar a la niña a su debido tiempo. Ahora, Aidan, esos boletines no se doblarán solos, ¿verdad?

—No, Padre Benedicto—, dice Aidan miserablemente.

—¿Qué tal si ayudo a doblar?— Digo, arrojando una enagua sobre mi hombro a la pila. ¿Quién coño lleva enaguas hoy en día?

—Oh, no, no necesito ayuda...

—Pero, ¿cómo voy a estar al día con las noticias de la iglesia? Insisto. De verdad.

—Sería un trabajo más apropiado que clasificar la ropa interior de las damas—, dice el padre Benedicto.



No es que Aidan haya sido parlanchín las últimas veces que hemos estado juntos en esta habitación, pero hoy está aún menos hablador que antes. Nos plegamos en un silencio que no llamaría precisamente de compañía, hasta que lo rompo para preguntarle a Marco, sentado en el extremo más frío de la sala: —Oye, ¿puedes ir a prepararnos un café a la cocina?

—No soy un barista, señor D—, dice lacónicamente, y sigue hojeando algo en su teléfono.

—Por favor—, añado, recordando mis modales. —Necesito algo para mantener mis manos calientes.

Marco da un suspiro y se levanta. —Supongo que a mí también me vendría bien tener algo caliente dentro. ¿Puede mantenerse al margen de los problemas durante cinco minutos?

—Sí, Marco—. Le dirijo mi mirada más querubínica. —¿Y tú, Aidan, quieres algo?

Se limita a negar con la cabeza.

—¿Qué te pasa hoy, Sacerdote?— Exijo una vez que Marco ha salido de la habitación.

Él parpadea para olvidar sus propios pensamientos. —¿Qué quieres decir?

—Normalmente ya has aprovechado la oportunidad para recordarme la mierda de persona que soy.

En todo caso, eso sólo le hace parecer más molesto. —Siento mucho si esa es la impresión que te he dado—, dice, suavemente. —Ciertamente no quería hacerte sentir incómodo o no bienvenido aquí.

—Sólo estoy tirando de tu polla—, digo, agitando una mano. —Bromeando—, añado, mientras Aidan vuelve a poner su cara de Pikachu. —En serio, tío, tienes que calmarte.

—Me gustaría que no dijeras cosas así.

—Pero sí que tienes que calmarte—, señalo.

Lentamente, un rubor rojo sube a las mejillas de Aidan. —Me refiero a lo de...

—¿Tirar de la polla? Jesús, supéralo. Es una forma de hablar, no tengo ningún interés en tu erección, además soy un hombre casado. Sé que los sacerdotes deben tener pensamientos sucios las 24 horas del día, con toda la mierda que escuchan en el confesionario, pero no puedo ayudarlos. Así que mantén tu homofobia en secreto.

Sacude la cabeza, pero veo una pequeña sonrisa en sus labios. —No soy homófobo. Pero hay otros en esta iglesia que lo son. El padre Benedicto, por ejemplo.

—Pero ese es el trabajo de la Iglesia, ¿no?—. Me burlo. —Mantener a esos malditos maricas en el armario.

—En realidad, tengo la esperanza de poder ayudar a reformar -o al menos informar- las opiniones una vez que tome mis votos.

—Ah, sí, ¿y luego vas a encabezar a las Monjas Traviesas en el Orgullo?

—Esa no sería mi primera opción de carroza. Pero ya he desfilado en el Orgullo, Finch.

Resoplo, pero Aidan no se ríe conmigo. —Espera—. Dejo el estúpido boletín doblado. —¿Me estás tomando el pelo?

—No lo hago. Marché con la carroza de Católicos y Amigos LGBT.

—Porque eres LGBT-friendly, ¿eh?

—Porque soy gay.

Me vuelvo a sentar en mi silla, con la boca abierta. —Pero a ti no se te permite ser gay—, señalo. —Sacerdote tonto.

Al oír eso, se ríe. —No soy un cura, Finch. Pero, al igual que los sacerdotes, me esfuerzo por mantener mi cuerpo santo. Ser gay está bien. Actuar sobre esos impulsos no lo está. Pero tampoco estaría bien que me fuera a la cama con una mujer. Soy un hombre de Dios, y Dios quiere que sus soldados dedicados mantengan sus cuerpos santos.

—¿Sabes qué?— Digo, y empiezo a doblar el boletín de nuevo. —Dices algo así, y suena todo razonable y todo eso. Pero sigue sin estar bien que los tíos se casen con tíos, o las tías con tías en tu iglesia. ¿Eh? Mi boda, a pesar de que Luca y yo somos católicos -es decir, no practicantes en mi caso, pero lo que sea- tuvimos que celebrarla en una iglesia no confesional del centro. Me importaba un carajo. ¿Pero Luca? A él sí. Así que no me vengas con esa mierda de 'está bien ser gay' cuando tú y tu Papa sois tan malos como cualquier otro homófobo de la calle.

—Siento oír que la visión de la Iglesia ha causado dolor a tu marido.

—¿Pero?

—Pero nada. Lamento oírlo. Y tienes un punto de vista interesante sobre la visión de la Iglesia sobre la homosexualidad. Pero si recuerdas tu catecismo, también deberías saber: el matrimonio es un sacramento destinado a producir hijos.

Levanto las manos. —Entonces no hay que dejar que los ancianos se casen, ¿no? O la gente que no puede tener hijos, como Ce...— *Mierda*. —... uh, tanta gente hoy en día.

Qué manera de cubrir la espalda de tu hermana fuera de la ley, idiota. Luca tiene razón; hablo demasiado. Hay algo en este cura que me hace soltar más de lo que pretendo. Supongo que es una de las cualidades que buscan en un cura, alguien que te saque todos esos pecadillos e historias a escondidas aunque no tengas intención de confesarte.

Aidan niega con la cabeza. —No veo ningún beneficio en discutir puntos de doctrina, Finch. Sólo puedo decir que entiendo tu punto de vista, aunque no lo comparto.

—Por mí está bien. Cambiemos de tema. ¿Por qué le tienes tanto miedo a papá Benedicto?

Con una mirada de dolor, Aidan responde: —Él es... una de las personas cuyos puntos de vista espero cambiar.

—Oh, un gran 'fóbico', ¿eh?

Aidan suspira.

—Se las arregló para darme la mano, y yo no soy precisamente de los que están en el armario—, señalo. —¿Cuál es la historia ahí?

—Para no ponerle demasiadas pegas: eres rico.

Lo veo claramente. Benedicto es el tipo de hombre al que le gusta la pompa y la ceremonia porque le gustan las cosas bonitas. Le gusta el lujo, el dinero y, sobre todo, el poder.

Lo sé, porque yo también soy así.

—Interesante.

—Hemos terminado con el boletín—, dice Aidan, barajando todos en montones ordenados. —Gracias por ayudar.

—¿Dónde está Benny ahora?

—Creo que está en su despacho, pero no le gusta que le molesten cuando está...

—Oh, le gustará esta molestia. Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar. Puede que no te guste la idea de mi dinero, pero apuesto a que a él sí.

—¡Finch!— Aidan se levanta como si fuera a agarrarme, pero me alejo, sonriendo.

—Ni lo sueñes, Sacerdote.

—Te prometo... te juro... que no quieres dar dinero a esta iglesia. Por favor...

—Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera.

—No es eso, y de todos modos, está ocupado... tiene compañía...

—Entonces supongo que puedo interrumpir su mamada o lo que sea—, le digo a Aidan, y salgo a una indecorosa carrera.

No sé muy bien adónde voy. La iglesia tiene muchos pasillos laterales, pero encuentro el que quiero bastante rápido. Padre Benedicto O'Sullivan, dice la placa de la puerta del fondo, y me apresuro a llamar rápido y fuerte, con Aidan pisándome los talones, siseando para que me detenga, antes de irrumpir en el despacho.

—Lo siento mucho, papá B, sólo que pensé que debía verte enseguida y... oh, mierda.

Desde la silla de visitas, un hombre se gira para mirarme fijamente, y yo miro fijamente los ojos llenos de odio de Sam Fuscone.

Es como una pesadilla que cobra vida; me quedo congelado hasta que Aidan pasa por delante de mí, disculpándose profusamente. —Lo siento mucho, padre, le advertí...— Se detiene, sin aliento, mientras lee la habitación.

Y entonces Sam Fuscone esboza una sombría sonrisa mientras saca una pistola.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Luca

—No veo por qué no puedo ser subjefe y ejecutor—, refunfuña Frank.
—Quiero decir, he mandado a mi mujer y a mi hijo fuera, lo menos que puedes hacer es hacer que valga la pena para mí.

—Te das cuenta de que no hay un puto aumento de sueldo con un nuevo título, ¿verdad?— Le respondo bruscamente. Estoy en su casa esperando a que mueva el culo. Tenemos que reunirnos con mis Capos en media hora, y me gusta llegar tarde, pero no tanto como para que piensen que me han matado o alguna mierda.

Angelo está esperando fuera en el coche. Empiezo a arrepentirme de haber ofrecido a Frank llevarle.

—Creo que sería usted un gran Subjefe, señor Frank—, dice Hudson, entrando en la habitación y tomando asiento junto a mí en la barra de la cocina.

—Gracias, chico. ¿Ves, Georgie? Hudson sabe lo que pasa.

—Hudson no debería estar escuchando detrás de las puertas—, le corrijo, y le dirijo al chico una mirada que le hace retorcerse.

—No lo hacía, jefe—, suplica. —Te juro que acabo de oírlo ahora cuando he entrado.

—Jesús, cálmate—, suspira Frank. —Georgie no es tu Jefe. Y no va a matarte en mi puta cocina.

Le doy a Hudson un encogimiento de hombros que significa, tal vez lo haga, tal vez no. Se pone pálido.

—Frank, ¿a qué se debe el retraso? Si esperamos más, me habrán sustituido para cuando lleguemos.

—No encuentro mi teléfono—, se queja. —Celia siempre sabe dónde está todo, y ahora que no está aquí, no encuentro nada.

—Está aquí, en la encimera—, dice Hudson, sosteniéndolo.

—Gracias, chico. Bien, estoy listo para ir. Espera, ¿dónde diablos están las llaves de mi casa?

Considero a Hudson, observando su pelo desordenado y sus ojos rojos, que supongo que son por las lágrimas y no por las drogas, porque Frank -o mejor dicho, Celia- mantiene la casa limpia estos días. Y considero el hecho

de que Hudson sigue aquí con Frank, y todavía no se ha escapado, y todavía no ha dicho una palabra sobre el bebé, que yo sepa.

No es raro que los jóvenes decidan que quieren asociarse con la Familia.

Yo fui igual, una vez, pero hubo muchos que fracasaron en el camino, que se resistieron a lo que se les dijo que hicieran, o que simplemente desaparecieron sin dejar rastro. Durante un tiempo pensé que la Familia los había —desaparecido—, pero una vez que entré yo mismo, me enteré de que la mayoría de los miembros que fracasaron simplemente se fueron a otras ciudades, después de haberse cagado de miedo en sus intentos de unirse.

La Familia es un cierto tipo de estilo de vida al que te adaptas o no te adaptas. En otras palabras, una cosa es hablar de matar a un hombre, pero otra es hacerlo.

—¿Has estado corriendo con Frank esta semana?— Le pregunto a Hudson.

No creo que sus ojos puedan abrirse más, pero asiente como respuesta.

—El chico ha sido muy útil—, comenta Frank por encima del hombro. —¿Dónde coño están mis llaves?

—¿Sí?— Me doy la vuelta en el taburete para prestarle a Hudson toda mi atención, y él se sienta erguido e intenta hacerse el confiado. —Dime qué has estado haciendo.

Según me cuenta Hudson, ha sido el único responsable de convencer a diez nuevas empresas de que contraten nuestro seguro de protección. Miro a Frank, que se encoge de hombros y esboza una media sonrisa. —De acuerdo, chico—, digo finalmente. —Así que puedes presionar. ¿Qué pasa cuando te devuelven la presión?

—No tengo miedo de ensuciarme las manos—, insiste. —Sólo necesito una oportunidad para demostrarle lo que puedo hacer, Don Morelli.

Justo en ese momento, mi teléfono empieza a sonar y a zumbar. Echo un vistazo al mensaje y me alejo de Frank y Hudson, tratando de ordenar mi cara.

Llamo enseguida a Angelo y, mientras espero a que responda, chasqueo los dedos ante Hudson. —Parece que vas a tener tu oportunidad ahora mismo, chico—, le digo. —¿Angelo? Finch pulsó su alarma SOS. Vamos a bajar. Directo a la iglesia, y que se joda el tráfico.

Puede que suene tranquilo por fuera, pero mi corazón late desbocado.

¿En qué problemas se puede meter en una iglesia?

Y entonces llega un breve mensaje de Marco:

Fuscone.



Cuando llegamos a Nuestra Señora, hago que Angelo dé la vuelta a la manzana lateral. No veo ningún coche sospechoso ni a los heavies que merodean, pero es imposible que Sam Fuscone haya aparecido por su cuenta. O tal vez, se me ocurre, tal vez se considere tan seguro en esta ciudad ahora que podría desfilarse desnudo frente a mi casa de la Quinta Avenida sin miedo.

No ha habido más noticias de Marco, pero no espero que me cuente nada. Su prioridad número uno es Finch, así que o Marco está muerto o está haciendo su trabajo. De cualquier manera, el resto de nosotros debemos ser cuidadosos en nuestro enfoque.

—¿Quieres que pida refuerzos?— pregunta Frank.

—No. Vamos a la luz—. Si quieres un trabajo bien hecho, hazlo tú mismo.

—¿Y si hay un montón de Fuscones y Clemenzas esperando allí?— Frank pregunta.

—Entonces estamos muertos de todos modos, y no tiene sentido llamar a más hombres para que los masacren—. Miro a Hudson, que está sentado atrás conmigo. —¿Tienes un arma, chico?— Sacude la cabeza, con la piel del color de la leche. —¿Angelo?

Angelo se mueve en su asiento y me pasa una pistola de repuesto.

—¿Sabes usar una de estas?—, le pregunta a Hudson, que asiente.

—Le he estado enseñando—, dice Frank con orgullo.

Eso es algo, al menos. —Angelo, tú y el chico atrás.

Angelo me lanza una mirada de reproche, pero asiente.

—Frank y yo entraremos por delante.

—No me gusta eso—, dice Angelo de inmediato.

—Aquí en la calle no hay Fuscones ni Clemenzas—, digo. —Así que si los hay, están esperando atrás.

—Eso no me gusta—, susurra Hudson, y le dirijo una mirada fría.

—Tú eres el que quería probarte a ti mismo—. Entonces cedo. —Escucha, haz lo que te diga Angelo. Te envío con él porque te mantendrá vivo mejor que cualquiera de nosotros. Sólo nos estorbarías si vinieras con nosotros; Frank y yo tenemos nuestros propios ritmos.

—Esos malditos hermanos D'Amato—, grazna Frank, asintiendo con la cabeza.

Le encanta ese apodo.

—No hagas nada estúpido—, le digo a Hudson. —Y no dispaes a un puto cura. Lo último que necesito es a Dios Todopoderoso como enemigo.



Para ser un hombre grande, Frank puede moverse rápida y silenciosamente cuando lo desea. Nos acercamos con rapidez y ligereza a las grandes puertas de bronce de la entrada de la iglesia, tratando de no parecer sospechosos a los transeúntes ocasionales, o a los enemigos que nos observan. Las puertas están cerradas, y Frank prueba una de ellas sobre su hombro. No hay crujidos, así que se apoya en ella para abrirla, y nos deslizamos dentro con la mayor discreción posible al deslizarnos por una puerta abierta.

En el interior, la iglesia está vacía y silenciosa mientras nos deslizamos en el bautisterio detrás del pilar más cercano. La pila bautismal sigue llena de agua bendita, y cuando Frank se agacha alrededor del pilar para volver a ver la iglesia, también moja la mano y se bendice mientras se vuelve a esconder. Mueve la cabeza hacia mí, no hay nadie. Le hago un gesto con la cabeza y se va en silencio al otro lado de la iglesia y se esconde detrás del pilar.

Tal vez sea supersticioso, pero cojo el agua bendita y me bendigo a mí también. Si Finch está en peligro, quiero que el Señor esté de mi lado.

En tándem, Frank y yo empezamos a bajar por cada lado de la iglesia, con una luz extrañamente amarillenta que rebota en el techo abovedado. Sé, por la descripción de Finch, que las actividades de los viernes por la tarde tienen lugar en el salón comunitario contiguo y no en la iglesia propiamente dicha, pero el silencio que reina aquí es desconcertante. Ni siquiera hay ancianas rezando o encendiendo velas en este momento.

Merodeo entre las estatuas y las vidrieras de los santos, pidiendo en silencio su ayuda y protección. Y entonces llego a un pasillo que sale a la

derecha de la iglesia, con varias puertas más en el camino. Al otro lado de la iglesia, Frank ha llegado a un pasillo similar y espera mis instrucciones.

¿Ir solo? ¿O vamos juntos?

Le hago una señal con la mano a Frank y él responde con un simple movimiento de cabeza.

Separémonos.

Mientras me arrastro por el estrecho pasillo, tengo una visión de monjas y curas saliendo por todas las puertas, y tengo que reprimir el impulso de correr lo más rápido posible. La voz de Tino me susurra al oído: *Apresúrate, date prisa, Luciano...*

Escucho las puertas al pasar, pero no oigo ningún ruido. Mi atención se fija en la puerta del fondo, aunque no sé por qué: *Padre Benedicto O'Sullivan*, dice la placa. Aprieto la cabeza contra la puerta cuando llego a ella, concentrándome, pero no oigo nada. Tampoco percibo a nadie en la habitación de más allá. O al menos, a nadie vivo.

Hazlo o muere, ¿verdad, Tino?

Giro el picaporte y entro, observando rápidamente la habitación.

No hay nadie aquí.

Pero algo débil me llega, y me doy cuenta de qué es lo que he estado rastreando todo este tiempo: el olor de Finch. La nueva colonia de Finch, picante y floral a la vez, una combinación embriagadora. Justo como él. No está aquí, pero ha estado.

Y al menos no huelo sangre. Una vez que conoces ese olor, es difícil de olvidar.

Vuelvo a subir a la iglesia y veo a Frank esperándome al otro lado. Sacude la cabeza y yo la igualo, luego muevo la cabeza para indicar que sigamos bajando. Todavía no se oye nada más que nuestros suaves pasos, y sigo sin ver ninguna evidencia de que haya alguien aquí, hasta que algo me llama la atención, brillando en el frío suelo de mármol.

La alarma del llavero de Finch. O alguien se lo quitó y lo dejó caer aquí... o se le cayó a él mismo como señal. Me detengo y miro a Frank, que ya ha visto cómo me detengo en seco y vuelve a esperar. El miedo me atraviesa el estómago con una mano fría, pero saber que Frank me cubre la espalda me ayuda a ignorarlo. Le hago una nueva señal y está a mi lado en cuestión de segundos.

Asiento a la alarma, y él frunce el ceño, pero luego señalo un pequeño letrero incrustado en la pared. *Salón Comunitario*, más una flecha.

Vamos, dice, y apunta. Así es Frank, siempre pendiente de su hermano pequeño, que no deja de meterse en líos. Nunca he estado tan agradecido por él en mi vida.

Encontramos otro pasillo largo, pero éste no tiene puertas. No hay posibilidad de que alguien nos sorprenda, pero tampoco hay dónde esconderse. Al final hay otra puerta y cuando llegamos allí, puedo olerlo de nuevo: Finch ha estado por aquí, y su olor es más fuerte esta vez. No puede haber pasado mucho tiempo desde que pasó por esta puerta.

Entonces Frank y yo lo oímos, una demanda gritada y una negativa baja y decidida.

Frank hace una determinada señal con la mano y yo sacudo la cabeza. Esa jugada es demasiado arriesgada aquí. Me mira fijamente y vuelvo a sacudir la cabeza, esta vez con más fuerza. Pero me empuja de nuevo por el pasillo y, antes de que pueda recuperar el equilibrio, ha atravesado la puerta, cerrándola de golpe.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Finch

VEINTE MINUTOS ANTES

—Bueno, bueno, bueno—, ruge Sam Fuscone, dedicándome una sonrisa de dientes amarillos que no le llega a los ojos. Aidan, que ahora está delante de mí, da un paso atrás y le agarro el hombro con tanta fuerza que suelta un grito de dolor. —¿Por qué no entráis y cerráis esa puerta detrás de vosotros?

El padre Benedicto se levanta de su escritorio. —Debo insistir en que se vayan de inmediato—, le dice nervioso a Aidan. —El Sr. Fuscone y yo...

—No, no—, dice Fuscone, agitando la pistola y haciendo que todos nos alejemos. —Cuanto más seamos, mejor, ¿eh? Pase, pase, Sr. Donovan.

—D'Amato—, digo débilmente, pero él lo ignora.

—Y tú, quienquiera que seas—, continúa Fuscone, —quieres alejarte de él. No querrás manchar de sesos esa bonita camisa que llevas.

Espero que Aidan se cague encima y se ponga a cubierto.

—No—, dice. Le tiembla la voz y se estremece bajo mi insoportable agarre del hombro, pero no se mueve. —No—, dice de nuevo, más fuerte.

—No te estoy jodiendo, imbécil—, gruñe Fuscone.

—Esto es una iglesia—, susurra Aidan. —No puedes derramar sangre aquí.

—Puedo hacer lo que me dé la gana—, se ríe Fuscone, y luego apunta justo a la cabeza de Aidan.

—Muévete—, le digo a Aidan, e intento apartarlo, porque joder, si voy a dejar que otro reciba una bala por mí.

Mi vida tiene sentido ahora. Todo este tiempo, he estado esperando el momento en que me maten a tiros, y por supuesto es este viejo mafioso escarpado quien va a entregar la bala.

Intento mantener la cara de Luca en mi mente y cierro los ojos.

—No—, dice Aidan. —Si quieres matar a Finch, tendrás que matarme a mí también.

Mis ojos se abren cuando Fuscone se encoge de hombros. —Como quieras.

—¡Sr. Fuscone!— El Padre Benedicto brama. —¡Por favor, recuérdelo! No puedo condonar el asesinato en la casa de Dios.

—¿Tampoco en su oficina?— Fuscone se burla. —No hay mucho espacio para Dios y para usted aquí. Pero está bien, si es así como quieres jugar. Saldremos por detrás. Pero el tiempo de ese niño hada se ha agotado. Hoy muere.

Por un momento, pienso que el padre Benedicto podría aspirar a sorprenderme, y resultar ser un buen tipo. Me arriesgo mientras todos le miran y meto la mano en el bolsillo, presionando frenéticamente mi alarma silenciosa.

—No voy a dar testimonio de tu maldad—, dice el padre Benedicto con pesadez. —Pero lo dejaré en manos de Dios. Haz lo que quieras.

—¡Padre Benedicto!— Aidan grita horrorizado, y el sacerdote se vuelve contra él.

—¿Qué crees que estás haciendo, muchacho, jugando al héroe? Ese monstruo detrás de ti está empapado de sangre; asesinó a tu tío tan seguro como las manos que cometieron el crimen.

—No, no lo hice—, balbuceo, indignado, pero cierro la boca mientras vuelvo a llamar la atención de Fuscone.

—El tío Jim vivió por la espada y murió por ella—, dice Aidan en voz baja, con un leve matiz irlandés en su voz. —Dios te condenará si te quedas parado y dejas que esto ocurra, padre Benedicto.

Dios. Casi me siento aliviado cuando Fuscone, que parece tan cansado como yo de esta mierda religiosa, se levanta y nos hace un gesto. —Fuera—, dice de golpe. —Y usted también vendrá, padre. No tienes que mirar, pero no quiero arriesgarme a que salgas corriendo a contar cuentos.

Pero un ruido fuera, en el pasillo, nos hace detenernos a todos: pasos corriendo.

—¿Sr. D?— llama una voz. Dios mío, es Marco. El bendito y encantador Marco.

Sam Fuscone se lleva un dedo manchado de amarillo a los labios.

—No pude encontrarte en la biblioteca—, llama Marco de nuevo. —¿Estás aquí abajo?

Ninguno habla.

—De acuerdo—, dice Marco lentamente, con su voz justo al lado de la puerta, —así que ahora estoy pensando que hay algo mal, porque he oído voces en ese despacho.

—¿Quién es?— ladra Fuscone.

—Me llamo Marco Rossetti. Soy un amigo del Sr. D'Amato. Ahora mismo sólo me interesa el Sr. D'Amato. Si sale ileso de esa habitación podemos irnos todos. Pero si no lo hace, bueno. Tú y yo vamos a tener un problema, seas quien seas.

—Don Samuel Fuscone—, responde Sam, hinchando el pecho con orgullo. —¿Qué piensas ahora, Rossetti? ¿Sigues pensando que te vas a librar de esto?

—Creo que estás cometiendo un gran error, Fuscone—. Ahora no hay falsedad en la voz de Marco. Es puro acero.

—¿Me estás amenazando?— Fuscone ladra.

—Desde mi punto de vista, el amenazado soy yo—, señala.

—Cállate—, dicen dos voces: Fuscone y Marco.

Vaya.

—Entonces, ¿cuál es tu sugerencia?— pregunta Fuscone tras un momento de silencio.

Tengo que decir que estoy impresionado con las habilidades de negociación de Marco. No sabía que fuera tan astuto. Voy a decirle a Luca que le suba el sueldo, si es que salgo vivo de esto.

—Creo que hablaríamos mejor al aire libre—, dice Marco. —¿Qué tal si volvemos al salón comunitario para discutirlo?

—No me voy a ir sin matar a este imbécil—, dice fríamente Fuscone. —Para que lo sepas.

—Entonces voy a tener que matarte a ti también, Sam. Te acuerdas de mí, ¿no? Solía correr con tu equipo, cuando eras el capo de Tino Morelli. Así que sabes que hago lo que digo que voy a hacer. Además, sabes que el marido del Sr. D'Amato no me dejará vivir si él muere—. Y Marco se ríe.

Realmente espero que Luca no culpe a Marco de mi muerte, pero también sé la rabia que puede acumular a veces. No quiero que Marco muera por mí. O Aidan. O cualquier otro, nunca más.

Ya ha habido suficientes muertes.

—Vuelve a la iglesia, Rossetti—, dice Fuscone en voz alta.

Oímos pasos que se retiran, y cuando Marco habla a continuación, está mucho más lejos. —Muy bien. Salid.

—De acuerdo—, dice Fuscone, agitando su arma. —Moveos, vosotros dos. Despacio, ahora.

Busco detrás de mí la manija de la puerta, tanteando con ella. De ninguna manera voy a darle la espalda a este imbécil, y Aidan tiene la misma idea, retrocediendo conmigo mientras nos dirigimos hacia el pasillo. Fuscone mantiene la distancia, receloso de nosotros, y vamos despacio, con cuidado, ganando tiempo. No tengo ni idea de por qué el puto Aidan O'Leary juega a ser protector, como si fuera su deber o algo así. Todo lo que va a significar son dos cadáveres en lugar de uno.

—Deberías huir cuando puedas—, le murmuro.

—No—, susurra.

—Por el amor de Dios, este tipo no te va a perdonar sólo porque seas un soldado cristiano.

—Dios será nuestro escudo—, dice Aidan obstinadamente, y yo quiero matarlo de una maldita vez.

—A Dios no le van bien las balas, según mi experiencia. Pero oye, si estás tan desesperado por llegar a las Puertas del Peral hoy, hazlo tú, amigo.

Salimos juntos del pasillo, Aidan sigue extendiendo sus brazos sobre mí como si estuviera dando una bendición. Yo sigo agarrado a su hombro, aunque ya no tan fuerte. Cuando salimos del pasillo, miro a la izquierda a Marco, que me hace un gesto tranquilizador con la cabeza.

Al cabo de unos instantes, Fuscone también ha salido, mirando de un lado a otro entre Aidan, Marco y yo, y el padre Benedicto detrás de él, retorciéndose las manos. —Muy bien—, dice Fuscone. —Pongámonos en marcha.

Continuamos nuestro extraño viaje, Aidan y yo caminando hacia atrás, pero por el camino saco el llavero de la alarma silenciosa de mi bolsillo y lo dejo caer al suelo detrás de mí. Hace un ruido sordo al caer al suelo, pero finjo tropezar al mismo tiempo para que Fuscone no se dé cuenta.

Si conozco el funcionamiento de la familia Morelli, Luca ya está en camino. Es imposible que Marco haga esta jugada si no lo sabe.

El problema es que no quiero que Luca aparezca sólo para que le disparen también.

Las mujeres se han ido de la sala de la iglesia. —Envié a las damas a casa—, comenta Marco, al ver la forma en que Aidan y yo miramos con temor alrededor de la sala. —Pensé que era lo mejor.

Aidan parece aliviado. Al padre Benedicto parece no importarle. —Podría tener a la policía aquí en dos minutos—, gruñe el viejo sacerdote, —así que por qué no se van todos...

—Nada de policías—, dicen juntos Fuscone y Marco.

—¿Por qué no nos sentamos todos?—, sugiere Marco. Da ejemplo sentándose él mismo y cruzando las piernas, con su pistola apuntando a Fuscone, que sigue apuntando con la suya a nosotros.

—¿Está ese homo jefe tuyo en camino?— exige Fuscone. —Espero que sí. Dos maricas muertos es mejor que ninguno.

—Eso es una grosería—, digo. —De verdad, Sammy. La homofobia es tan del 2008.

Todos me miran fijamente, incluso Aidan, que tiene que mover el cuello para poder mirarme.

El caso es que estoy cansado de esto. Estoy cansado de estar en peligro todo el tiempo, estoy cansado de ser la princesa bonita a la que mi pobre marido tiene que rescatar, y que me aspen si me quedo aquí y dejo que un gilipollas me dispare. No tengo la misma fe en Dios que tiene Aidan para protegerme, y mucho menos a nadie más en esta sala, y no tengo armas.

Pero tengo mi boca. Y sé cómo usarla.

—Te crees el Rey Mierda, pero sólo eres una mierda muerta—, me dice Fuscone. —¿Y bien, Rossetti? ¿Le hiciste saber a ese marica que su mariquita estaba a punto de comer plomo?

—El jefe confía en que yo mismo maneje este tipo de cosas. No sería un gran guardaespaldas si no pudiera.

Aidan se distrae con la conversación y yo aprovecho para empujarlo a un lado. Tropieza con una mesa cercana y el fuerte empujón de sus patas en el suelo hace que Fuscone agite la pistola con fuerza antes de apuntarme de nuevo.

Entonces lo veo: La mano de Fuscone está temblando. Está muerto de miedo. Al menos tan asustado como yo.

Debería estarlo.

—Sabes que mi marido está en camino, Sammy. ¿No es así?— Pregunto, llamando de nuevo su atención. Marco ha vuelto a salir disparado de su asiento, con el arma en ristre y la cara seria.

—No lo hagas, Fuscone. Estarás muerto antes de que toque el suelo.

—Oh, Luca se enfadará mucho contigo, Sammy—, continúo. —Lo sabes, ¿verdad? Será mejor que te dispaes ahora.

—Si le disparas, te disparo a ti—, insiste Marco.

—Baja el arma, Marco.

—No puedo hacer eso, Sr. D. Sabes que no puedo. Fuscone, tu única oportunidad ahora mismo es correr como un demonio. No te mataré si te vas ahora.

Fuscone se ha puesto gris, su mano de la pistola se agita lentamente hacia arriba y hacia abajo.

—Mátame—, le digo. —¡Arranca y hazlo, viejo estúpido!

—Aléjate, Fuscone—, dice Marco, acercándose, con su pistola apuntando a la cabeza de Fuscone.

—Sabes que me quieres muerto.

—¡Finch!— Marco grita. —¡Cállate y baja de una puta vez!

—Tengo que darle su oportunidad, Marco.

Es un hombre mayor, Sam Fuscone: está canoso y malhumorado y ha tenido una vida de ser aguantado en lugar de ser bienvenido en cualquier lugar, puedo verlo en su cara. Está vacilando, preguntándose, y entonces lo digo.

—Mátame para vengar a tu sobrino, Joey. Sabes, mi marido le disparó en la cara y yo me oriné en su cadáver al salir de ese almacén. Haremos lo mismo contigo.

El miedo de Fuscone vuelve a convertirse en odio limpio. Su mano se aprieta en la pistola.

Y en ese momento, la puerta se abre de golpe y el hermano Frank irrumpe como un toro en una cacharrería. Marco no duda ante la interrupción; corre directamente hacia mí y se lanza, empujándome al suelo. Me cubre la cabeza

como si fuera a explotar una bomba, y yo apenas me pongo las manos debajo de la cara a tiempo para evitar que se me abra la nariz en el linóleo.

Oigo el disparo de un arma, un improperio ahogado, los nudillos duros golpeando el hueso. Me desprendo del brazo de Marco para mirar y veo al hermano Frank agarrándose el pecho, con sangre roja escurriéndose entre los dedos. Fuscone se levanta del suelo, sujetándose la mandíbula, con la otra mano agarrando su pistola, y me ve mirándole.

Se tambalea, se endereza y acerca el arma para apuntarme.

Pero detrás de él, como un demonio que se materializa desde el infierno, aparece Luca con un gruñido en la cara y la muerte en los ojos. Agarra la cabeza de Fuscone y la hace girar. El chasquido del cuello del hombre parece resonar en la habitación, y el padre Benedicto lanza un grito agudo cuando el viejo mafioso cae al suelo.

Fuscone me mira fijamente, incluso muerto, y juro por Dios que puedo ver cómo se le va la vida, cómo esa chispa se va reduciendo en sus ojos hasta que simplemente... desaparece.

Al segundo siguiente, me levantan y Luca me sacude. —¿Estás bien? ¿Estás bien, ángel?

—Sí. Sí, estoy... estoy bien. Marco me salvó...

Marco se quita el polvo de las rodillas y me lanza una mirada crítica. Doy una pequeña sacudida de cabeza. No le digas que desafié a Fuscone a dispararme. Marco parece estar de acuerdo conmigo en que es mejor olvidarlo. —Está bien, jefe. Pero Frank...

Frank levanta los ojos del cuerpo de Fuscone en el suelo para lanzarle a Luca una mirada de desesperación. —Jesús, Georgie. ¿Por qué demonios has hecho eso?

Se tambalea hacia atrás, y Aidan se lanza a cogerlo y ayudarlo a sentarse en una silla, donde Frank sigue agarrándose el pecho, con la cara blanca. Luca cruza la habitación como un rayo y se arrodilla junto a él. —No te atrevas a morirte, Frankie.

Frank sacude la cabeza. —He tenido cosas peores. Lo sabes. Pero Georgie-Georgie-no se puede ocultar lo que acabas de hacer—. Se desploma hacia un lado en su silla.

Aidan dice enérgicamente: —Al suelo. Ahora. Tú, ayúdame a bajarlo—, añade a Luca.

El padre Benedicto se dirige a la puerta, pero Marco le agarra del brazo. —Oh, no lo haga, Padre. No puedo dejar que se chive todavía. Oiga, jefe, a este cura le pareció bien que Fuscone se cargara a su marido. Ese otro sacerdote...

—Soy seminarista—, dice Aidan débilmente.

—El otro, defendió al Sr. D'Amato. Literalmente se paró frente a él, listo para recibir una bala. Pero este tipo no.

El padre Benedicto emite un débil grito cuando Marco lo empuja hacia delante; ahora mismo está tan pálido como Fuscone, y cuando Luca se vuelve para mirarlo, se estremece visiblemente.

—¿Es así?— dice Luca en voz baja. —Bueno, padre. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—No lo diré—, balbucea el sacerdote. —¡No diré nada!

—No lo creo ni por un momento—. Con Frank ahora en el suelo y Aidan atendiéndolo, Luca vuelve a acercarse a mí y me rodea la cintura con un brazo manchado de sangre. Pero agradezco el apoyo, porque mi adrenalina se está desvaneciendo, dejándome tembloroso y débil. —No. Sólo hay dos opciones para usted, padre. Creo que dejaré que mi marido decida—. Me atrae hacia sus brazos y me besa la frente, la nariz, los labios; mis ojos se cierran y aprieto mi cara contra su cuello, respirándolo.

Por un momento, pensé que no volvería a verlo. Por un momento, estuve dispuesto a morir, y no en mi antigua forma loca en la que buscaba a la Muerte como un desafío. No. Ahora sólo estoy cansado de ver a la gente dejar este mundo.

—¿Qué va a ser, pajarito?— Luca murmura en mi oído. —¿Una matanza o un secuestro?

—No más—, le digo. —Por favor.

Él entiende perfectamente lo que quiero decir.

—Muy bien, padre. Hoy es tu día de suerte. Si fuera por mí, te regalaría una muerte muy lenta y dolorosa. Pero la capacidad de piedad de mi marido supera con creces la mía. Vivirás.

—Oh, gracias a Dios, gracias a Dios—, grita el sacerdote, cayendo de rodillas.

—Deberías darle las gracias a Finch—, le corrige Luca con frialdad. —Aunque dudo que las quiera.

—No—, digo, tirando de Luca aún más cerca. —Lo único que quiero es irme a mi puta casa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Luca

—Tenemos que irnos a primera hora—, le digo a Finch. Está sentado en la cama mirándome fijamente, y no ha dicho casi nada desde que lo llevé a casa. Empiezo a preocuparme de que esté entrando en una crisis de estrés postraumático, pero entonces se encoge de hombros.

—No me importa a dónde vayamos.

Me quito la ropa sintiéndome más cansado que nunca. Un vistazo a mis manos me dice que tengo que volver a restregarlas antes de ir a la cama; la sangre de Frank aún está negra bajo mis uñas.

He matado a un Jefe de Familia sin previo aviso y sin la bendición de la Comisión -no es que me la hubieran dado- y delante de un cura corrupto que no dudará en delatarme a las autoridades cuando sea interrogado.

Una vez que le den la libertad, por supuesto. Por ahora, está al cuidado de Marco. Finch y Marco trataron de convencerme de que dejara ir al otro eclesiástico. Aidan el seminarista estaba obviamente agradecido conmigo. Supongo que estar en el extremo equivocado de un arma cambió un poco su perspectiva. Pero sé lo rápido que la gratitud por haber salvado tu vida puede volverse amarga.

Aún así, yo estaba agradecido a su vez por haber protegido a Finch. Así que llegamos a un acuerdo y Aidan aceptó irse de vacaciones con el padre Benedicto, bajo la atenta mirada de Marco Rossetti. Angelo y Hudson se perdieron toda la acción en la parte trasera de la iglesia, pero al menos estuvieron cerca para ayudar a limpiar.

—Ese hermano tuyo va a conseguir que lo maten algún día—, me dijo Marco antes de marcharse con los santos rehenes.

No se equivoca.

Frank está en el quirófano ahora mismo, y Hudson fue con él al hospital. Mientras tanto, Finch y yo tenemos que salir tranquilamente de Nueva York antes de que los Fuscones y los Clemenzas se den cuenta de lo que ha pasado y, sobre todo, de quién es el culpable.

Matar a Fuscone ha acabado con cualquier posibilidad que tuviera de recuperar el favor de la Comisión. Pero lo que es peor, sólo dará a nuestros enemigos un incentivo extra para vernos muertos.

Corrección: humillados, torturados y luego muertos.

—A donde quieras ir—, dice Finch, con su voz lejana. —México. Colombia. ¿Uruguay? Donde sea.

—Cuanto más lejos de los cárteles, mejor. Quién sabe qué asociaciones tiene la Comisión en el sur. No, estaba pensando en Canadá. Algún lugar regional, no una ciudad.

—¿Por qué no podemos volar a las islas y pasar un tiempo con Cee?—, pregunta con nostalgia.

—Porque eso sólo nos convierte en un objetivo más atractivo si alguien descubre dónde estamos. No voy a poner a Celia y al bebé en peligro. He pedido más de lo que debería haber pedido a Frank, y casi consigue que le maten esta noche. Ahora es mi turno de asegurarme de que esté a salvo. Además, no quiero estar demasiado lejos de casa. Quiero asegurarme de que puedo estar donde se me necesite, cuando se me necesite.

—Te necesito—, dice, tan lastimeramente que me rompe el maldito corazón, y me subo a la cama y lo abrazo fuerte.

—Me tienes. Siempre. Pero...

—Pero la Familia también te necesita—, suspira. Tras otro momento de silencio, dice: —Lo entiendo. Bien. Canadá. Una maldita y encantadora cabaña de madera de una sola habitación donde sólo hay una cama y podemos dormir sobre pieles de oso.

No respondo, no entonces, y me limito a hacer que se tumbe y cierre los ojos. Pero su reacción me hace pensarlo dos veces.

Cuando volvimos de nuestra luna de miel y nos mudamos a un apartamento de mierda en el ferrocarril, Finch se marchitó como una lechuga fuera de la nevera. No puedo arriesgarme a que vuelva a caer en una espiral así.

Finch es un chico de ciudad. Es como lo contrario de un animal salvaje; su hábitat natural es el hormigón y el acero, los rascacielos y el metro. Si me lo llevo a la selva de Canadá -suponiendo que no nos congelemos o muramos de hambre- podría ampliar ese voraz agujero negro que lleva dentro y que necesita una estimulación constante para mantenerse en equilibrio. Dejar Nueva York, tras el doble golpe de la muerte de Tino y de su padre, podría afectarle de formas que no puedo predecir ahora mismo.

Boston, Chicago... ambos están definitivamente descartados. Miami es una opción, pero Florida está demasiado cerca del escondite de Celia en la isla.

No. Es más seguro descartar por completo la Costa Este. Y también podría ir a Canadá como llevar a Finch a algún lugar de los estados voladores. Puede que tengan ciudades, pero no del tipo en el que Finch se dignaría a vivir. Mi pajarito no es más que un snob.

¿Dónde, entonces? ¿Los Ángeles? ¿San Francisco? Seattle podría funcionar... lo suficientemente cerca de la frontera canadiense si lo necesitamos, y tiene su propia peculiaridad que Finch podría encontrar aceptable.

Por ahora, tengo que intentar dormir un poco. Finch ha encontrado su sueño con más facilidad de lo que lo ha hecho durante muchas noches, y trato de no molestarle mientras me muevo para ponerme más cómodo.

Esta noche, dormiremos.

Mañana, corremos.



FINCH ODIA A SEATTLE.

Finch no lo va a decir con tantas palabras, pero no quiere ir a Seattle, aunque se aguanta. Pone una cara como si hubiera cogido un bocado de arena en la playa, con los dientes rechinando pero fingiendo que no pasa nada, mientras se coloca por encima de mi hombro a las cinco de la mañana y me mira señalando dónde podríamos quedarnos en la pantalla del ordenador.

—Así que—, suspiro. —Eso es un no a Seattle.

—¡He dicho que sí!

—Tu boca dijo que sí; literalmente, todas las demás partes de ti dijeron que ni de coña.

Vacila y luego baja la cabeza. —Llueve mucho en el estado de Washington—, murmura.

—Ya sugerí Los Ángeles por el clima...

—Demasiado falso—, dice, arrugando la nariz. —Y Frisco está demasiado lleno de cabezas tecnológicas estos días, además de las colinas.

Pongo la cabeza entre las manos. —Pajarito. Acabo de matar a Sam Fuscone, y ese cura se desparramará en cuanto Marco lo suelte—. Miro el reloj del ordenador. No tenemos tiempo para discutir sobre esto. —En cuanto

lo sepan, la gente de Fuscone hará un asalto total contra nosotros, junto con los Clemenza. Necesitamos una ventaja. Tenemos que salir lo antes posible.

Tengo a mis Capos en el piso inferior y a los soldados colocados estratégicamente a lo largo de la Quinta Avenida en el exterior. Ni siquiera son los Fuscones los que me preocupan ahora. Son los Clemenzas. Poderosos, orgullosos, patológicos, no se contendrán cuando se enteren de que Luca D'Amato ha eliminado a otro aliado.

Y lo volvería a hacer sin dudarlo.

—¿Qué tal si nos vamos a los Hamptons? ¿Martha's Vineyard?

—Demasiado cerca. Mira, todo esto se olvidará en algún momento—, le digo a Finch mintiendo descaradamente. Él me mira. —Quiero decir, todo lo que este tipo de mierda hace—. Dios sabe que la Familia nunca olvida. —Pero necesitamos salir de la Costa Este por un tiempo.

—¿Toda la Costa Este?

—Sí—, le digo con firmeza.

Finch se endereza y se restriega los talones de las manos en los ojos. —Escucha, realmente no me importa dónde vayamos, si no estamos en Nueva York. Siempre que no sea acampando en la puta Arizona o alguna mierda. Si estoy contigo, soy feliz.

—¿De verdad?

—De verdad—, dice, con voz suave. —Podemos tener una segunda luna de miel. ¿Por qué no? Voy a hacer la maleta, para los dos, y dentro de una hora, me dices a dónde vamos y te cojo de la mano y nos vamos. Sin preguntas. Sin quejas. ¿De acuerdo?

Hay un lugar que he tenido en el fondo de mi mente como una posibilidad, y creo que Finch podría incluso -Dios no lo quiera- disfrutar allí. Pero se basa en la más tenue de las conexiones, y no tengo ninguna razón real para pensar que no será otra trampa mortal. Le doy un beso a Finch y él se va a empacar mientras yo me siento a pensar.

Tenemos opciones limitadas.

Angelo está esperando en el pasillo, alerta y listo para mi señal cuando la dé. He tenido una estrategia de salida desde incluso antes de convertirme en el Jefe. Ahora que lo soy, es incluso más simple en algunos aspectos. He comprado billetes de avión para Toronto, Seattle, Miami, Los Ángeles, y he registrado un plan de vuelo señuelo para el jet privado. En cuanto sepa a dónde vamos, reservaré un vuelo chárter con nombres falsos. No habrá

ningún rastro que seguir, los dos nos iremos como fantasmas. Nuestra salida ha sido minuciosamente planeada, excepto por un detalle no tan menor: nuestro destino.

Asomo la cabeza por la puerta del estudio. —Angelo. Un momento.

—Jefe.

Entra, con los ojos recorriendo la habitación por costumbre, y le hago un gesto para que se acerque al pequeño conjunto de sofás alrededor de una mesa de centro frente a mi escritorio. —Necesito información.

—Encantado de ayudar en lo que pueda.

—Sonny Vegas—, digo. —¿Cuál es tu opinión?

Angelo se mueve en su asiento, y esa es la única concesión a la sorpresa que obtendré de él. —Es joven, descarado y no le interesa nadie que no pueda ayudarle.

—¿Tiene vínculos con alguna de las Familias de aquí?

Lentamente, Angelo sacude la cabeza. —Los de Las Vegas se separaron de los de la Costa Este hace tiempo. Sonny nació y se crió en Las Vegas, y se abrió camino por su cuenta.

—Dices que no le interesa nadie que no pueda ayudarle. Así que está interesado en los que pueden. ¿Qué puedo ofrecerle?

Angelo me regala una pequeña sonrisa. —Ciertamente parecía querer algo de ti en Chicago, sólo que no tuvo la oportunidad de pedirlo. Pero habló por ti por una razón y no creo que fuera por la bondad de su corazón. O, si me disculpas por decirlo, por un sentido de justicia social.

Yo tuve la misma impresión en ese momento. —¿Crees que puedo confiar en él?

Angelo lo piensa un momento. —No diría eso. Pero no es una mala apuesta cuando tienes una mala mano.

Dejo escapar un largo suspiro y pienso en todas las formas en que esto podría salir horriblemente mal. Pero hay menos finales malos en Las Vegas que los que veo en la mayoría de los otros lugares.

—Gracias por el consejo, Angelo. Por supuesto, no hay ninguna razón para que pienses que Las Vegas es nuestro destino.

—Ninguna en absoluto—, asiente. —Su destino final será tan sorprendente para mí como para cualquier otro.

—De acuerdo. Gracias. En realidad, ya que te tengo, el chico Hudson Taylor. ¿Crees que tiene potencial?

Angelo suelta una risita. —No. Ojalá pudiera decir lo contrario, pero no es el tipo que estamos buscando.

Asiento con la cabeza. Yo había hecho el mismo juicio basándome en la cara de Hudson después de la iglesia, pero quería asegurarme. Además, ahora que Fuscone está muerto, Hudson tiene pocos motivos para unirse a nuestras filas.

Pero Hudson es la menor de mis preocupaciones en este momento.

—Reúne a los hombres. Quiero hacer un anuncio.



Me paro en la escalera para entregar este mensaje, Angelo a mi lado. Mis Capos están abajo, mirándome con interés.

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo—, les digo a todos. —Pero lo estoy haciendo ahora. Angelo Messina es oficialmente mi jefe.

Hay un grupo de vítores y aplausos silenciosos. Snapper grita una felicitación a Angelo en italiano. Nunca he visto a Angelo con cara de asombro. Me pregunto por un momento con diversión si Tino Morelli ha conseguido alguna vez conmocionarlo.

Puede que a Frank no le guste, pero está ingresado en el hospital y no saldrá pronto. Aparte de eso, la maniobra de Frank en la iglesia me demostró que tiene que aprender, de una vez por todas, que no puede tomar las decisiones aquí.

—Ahora, escuchen—, continúo. —Mientras Finch y yo estamos de viaje en nuestra segunda luna de miel, Angelo se ocupará del día a día. Su palabra tendrá el mismo peso que la mía. Y todos vosotros, vigilad vuestros culos. Las cosas sólo van a empeorar de aquí en adelante.

Llevo a mi flamante jefe arriba de los Capos y me inclino para decirle en privado: —Hay muy pocos que hayan hecho tanto por esta Familia como tú.

—Pero necesitas protección...—, comienza.

—Y puedes elegir, si quieres. Entrénalo para mí. Pero te quiero como jefe a partir de ahora.

Todavía desconcertado, Angelo abre y cierra la boca un par de veces, y luego la costumbre se impone. —Lo que usted diga, jefe.

Le dedico una sonrisa cansada. —Lo que yo diga.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Luca

Llegamos a Las Vegas sanos y salvos, y las manos se han engrasado para que nuestra llegada sea lo más privada posible hasta que nos fundimos con la multitud.

—Te quiero de verdad—, me susurra Finch al oído mientras esperamos en la cola de un taxi como dos turistas más. Su sudadera con capucha se cae y se la vuelvo a subir para tapar el pelo dorado; tal vez, ya que está aquí, debería teñirlo de marrón claro o algo así.

No. No, no creo que pueda soportarlo.

—Yo también te quiero, ángel—, le digo, y lo beso suavemente.

Por el rabillo del ojo, veo a una mujer sonriente que nos sigue con su teléfono.

Odio la forma en que funciona la vigilancia moderna. Los federales ni siquiera tienen que hacer ningún trabajo hoy en día, sólo rastrear las redes sociales con un software de reconocimiento facial.

Puse una sonrisa en mi cara y le pedí a la mujer que se acercara.

Ignorando el murmullo de Finch, —¿Qué coño?—, la saludo. —¡Hola! Mi pareja y yo estamos aquí de luna de miel. Ya sabes, antes de recoger a nuestro bebé de la madre de alquiler.

—Dios mío, sois tan guapos juntos—, dice la mujer. —No pude resistirme a hacer una foto de ese romántico beso.

—No te culpo—, responde Finch. Es agudo. —Mi compañero de vida del arco iris es el oso de peluche más precioso que jamás conocerás—. Me pasa el brazo por el cuello y se cuelga de mí, sonriendo como un loco.

—¿Me pregunto si puedo conseguir una copia de esa foto como recuerdo?— Pregunto, antes de que Finch empiece a exagerar de verdad.

—Oh, claro—, dice, —¿Cuál es tu dirección de correo electrónico? O puedo etiquetarte cuando la publique.

—Toma, me lo enviaré a mí mismo—. Le quito el teléfono antes de que pueda discutir y borro la foto. —Oh, dispara—, digo.

—Oh, cariño—, gime Finch. —¿Lo has vuelto a hacer?— Pone los ojos en blanco ante la mujer. —Es que es terrible con la tecnología.

—Lo siento—, le digo, empujando el teléfono de nuevo en su mano. Empujo a Finch hacia el taxi que se ha acercado a la acera, bajándome la gorra y recordándole que se suba la capucha.

—¿Qué coño le pasa a la gente?— pregunto mientras el taxi se pone en marcha.



Llegamos al Strip mientras cae la noche. Finch está pegado a la ventanilla, viendo pasar los famosos hoteles y casinos, y yo siento que he tomado la decisión correcta con esta ciudad, a pesar de las posibles tentaciones.

Conduciendo por el Strip, tengo que luchar contra el impulso de volver a bajarme la gorra. Por lo menos está oscuro, pero no se podría decir si no se supiera. La noche es de todos los colores aquí: rosa y verde, azul y dorado, todo está iluminado. Pero al ver la emoción de Finch, sé que he tomado la decisión correcta.

Siempre y cuando Sonny Vegas no nos ejecute en cuanto entremos en su hotel.

Sonny dirige varios negocios en la ciudad, pero el *Blue Luna Lux* es su casino y hotel insignia. Ocupa un lugar privilegiado cerca de algunos de los lugares más establecidos, construido sobre los restos de uno de los casinos más antiguos y famosos de Las Vegas que fue demolido el año pasado. Para ser un local de Las Vegas, es bastante sobrio, construido como un simulacro de Partenón y bañado en un inquietante azul por los focos que lo rodean. En el interior, los techos de mármol empotrados tienen un brillo azul pálido similar en los bordes, lo que hace que parezca que la propia luna está suspendida sobre nosotros.

Entramos en el hotel y damos nuestros nombres falsos en el mostrador. La recepcionista llama al conserje y éste le sustituye.

—Nos sentimos muy honrados de tenerlos como huéspedes, Sr. y Sr. Black. Su amable anfitrión, el Sr. Vegas, me ha pedido que garantice su comodidad mientras estén con nosotros. Yo mismo les mostraré su habitación. Por favor, dejen sus maletas aquí, y las haré subir en breve.

—Nos llevaremos las maletas—, le contradice Finch.

—Por supuesto que sí, señor—, dice enseguida el conserje, con un movimiento de muñeca. Un botones se materializa junto a nosotros y carga nuestras maletas en su carrito.

Mis nervios vuelven a aparecer en el ascensor durante la subida. No sé qué nos espera en esta habitación de hotel. Podría ser champán y una cesta de frutas o podría ser un matón con una pistola. Saco la mía por si acaso. El conserje finge no darse cuenta.

Durante el trayecto por el pasillo hacia la habitación, no para de hablar de las bonitas vistas que tenemos y de que es una de las más bonitas del hotel. Finch se ha dado cuenta de mi pistola y tampoco dice nada, pero sí camina un paso detrás de mí. Cuando llegamos a la puerta, dejamos que el conserje y el botones entren antes que nosotros, lo que hacen con presteza como si no hubiera nada que temer.

El botones se va en cuanto descarga nuestras maletas, sin esperar siquiera a que le demos una propina. ¿Buen servicio, o buen sentido común?

Hago que Finch se quede en el pasillo y me tomo mi tiempo para revisar detrás de las esquinas, las puertas y el baño a la derecha de la entrada de la habitación.

El conserje espera pacientemente a que realice mi auditoría y Finch espera con la misma paciencia fuera. Pero la habitación está despejada y, como dijo el conserje, la vista es espectacular. Hago pasar a Finch, que da un salto en la cama: —Para comprobar el rebote—, explica, sonriendo.

El conserje me da una segunda vuelta por la habitación, señalando sus comodidades, y luego se esfuma rápidamente.

No estoy seguro, y un golpe en la puerta me pone de nuevo en vilo. Miro por la mirilla, pero ya está. Tengo que arriesgarme, porque Sonny Vegas en persona está ahí fuera, con una sonrisa blanca y cegadora en la cara y sin guardaespaldas.

Abro la puerta, con la pistola apuntando hacia él, y Sonny levanta las manos.

—Oye, esa no es forma de tratar a un amigo—. Entra en la habitación como si fuera el dueño del lugar.

Bueno, supongo que lo es.

—Y este debe ser el adorable maridito—, continúa Sonny, viendo a Finch asomarse por el dormitorio.

—No soy ni encantador ni pequeño—, resopla Finch, entrando en la habitación.

Odia que lo mencione, pero para mí... Finch es ambas cosas. Sólo se acerca a mi barbilla.

—Oh, eres una bestia aterradora de hombre—, ríe Sonny, extendiendo la mano para que Finch la estreche. Finch lo hace, con recelo, y luego se acurruca junto a mí, desafiando a Sonny a decir algo al respecto.

Sonny no parece darse cuenta.

—Así que has llegado bien—, dice, y se acerca a las ventanas del suelo al techo para mirar el Strip de Las Vegas. —Bonita vista, ¿verdad?

La vista sobre la ciudad me recuerda un poco a la suite Donovan del Grand en Nueva York. La primera vez que vi esa vista, realmente consideré las posibilidades de lo que podría lograr en mi vida. Y Finch fue quien me abrió los ojos a ello, ofreciéndome la ciudad como si fuera suya para regalarla.

—Gracias por acomodarnos—, digo, guardando mi pistola en su funda. —Entenderás que aún estemos un poco nerviosos, dada la situación de Nueva York.

—No quiero saber nada de la situación en Nueva York—, dice Sonny, volviendo a esbozar su sonrisa de tiburón. —Cuanto menos sepa, mejor. Por lo que a mí respecta, el señor y el señor Black están aquí en una segunda luna de miel. Y me siento honrado de poder ofrecerles todas las delicias de mi hotel y casino. Asegúrate de gastar a lo grande en las mesas. Aunque yo evitaría las máquinas tragaperras si fuera tu; no hay mucho rendimiento allí.

—¿Quién está jugando aquí en este momento?— pregunta Finch, acercándose a la cesta de la fruta y seleccionando un trozo de melón para masticarlo.

—Ariana Grande se estrena el próximo sábado por la noche. Puedo conseguirte entradas en primera fila.

—Te lo agradezco—, dice Finch alrededor de la fruta en su boca.

—Me gustaría charlar cuando tengas tiempo—, le digo a Sonny.

—Por supuesto—, dice él. —Cuando quieras.

Lo miro de arriba a abajo y lo veo con detenimiento. Lleva una camisa de seda con estampado de lagarto metida dentro de unos pantalones de cuero marrón y unas botas de ante hasta la rodilla. Es joven, engreído y no le interesan mis problemas de la Costa Este, o eso parece.

—Tal vez mañana—, digo, —después de que Finch y yo hayamos podido instalarnos.

—Me parece bien. Sólo tienes que decírselo a Fernando. El conserje—, añade, mientras le miro sin comprender.

Con eso, se va con una despedida por encima del hombro. —Oh—, dice, deteniéndose en la puerta. —No hay cámaras ni micrófonos en esta sala. Cortesía profesional. Sé que lo comprobarás de todos modos, pero quería que lo oyeras de mi parte.

Por supuesto que lo compruebo. Pero como dice Sonny Vegas, mi equipo de vigilancia no capta nada de lo suyo. Estamos tan seguros como podemos estarlo dadas las circunstancias.

—Entonces—, dice Finch. —¿Vamos a bajar a jugar una mano de póker?

—Mmm. He pensado en pincharte aquí.

Finch me lanza una mirada de admiración. —Es un juego de palabras terrible y lascivo, cariño. Estoy muy orgulloso de ti.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Finch

Me gusta Las Vegas.

No estaba seguro de lo que pensaría de ella. Desde luego, es un lugar propio. Pensé que podría odiarlo, en realidad, por su falso barniz y lo que supuse que sería una cursilería del Home Shopping Channel, pero aun así quise venir porque de alguna manera nunca había estado.

Y ya me he enamorado del lugar. Es un lugar sin raíces, sin encanto y feo, y me encanta. Hay infinitas posibilidades de distracción aquí, pero lo primero en la lista es el sexo. O, más concretamente, el sexo con Luca, porque soy adicto a este hombre como nunca lo fui a las drogas.

Le tiro de la mano hacia la cama, pero Luca me frena. —Sólo estaba bromeando—, dice. —Si todavía estás conmocionado....

Lo beso para que se calle. Pero no sólo para que se calle. Pongo toda mi maldita alma en ese beso, tratando de explicar por ósmosis en la boca todos los pensamientos que pasan por mi cabeza.

Él es el primero en romper el beso, sus ojos azules son ilegibles mientras mira mi cara. —De acuerdo—, dice por fin.

—¿Crees que sólo te estoy utilizando por tu cuerpo?— Pregunto con ligereza, pero mi corazón retumba como campanas de boda en mi pecho. Él debe ser capaz de sentirlo con la mano que me aprieta entre los omóplatos.

—Creía que era por el dinero—, dice con cara seria.

Suelto una carcajada que en realidad es un intento de evitar la hiperventilación. —Mira, soy consciente de mi propensión a buscar el placer en lugar de... bueno, ocuparme de mi mierda. Pero a pesar de todo lo que hablo, la terapia de conversación nunca me ha funcionado.

Se inclina hacia atrás, inclina mi cara hacia la suya con sus dedos en mi barbilla. —¿Has ido a terapia?

—Uh, sí. Un niño rico al que le quitaron a su madre delante de sus ojos. Sí, Luca, he ido a terapia. Siempre pensé que era más fácil que papá me enviara a un psiquiatra que hablar él mismo conmigo. Pero supongo que había más de una razón burbujeando allí.

Luca pone la mirada que siempre pone cuando menciono a mi padre. Como si estuviera pensando en todas las formas en que le gustaría matar a

mi padre antes de recordar que el tipo ya está muerto, y también que se supone que debe apoyar mi duelo o lo que sea.

—¿Crees que deberías volver a hablar con alguien?—, me pregunta con delicadeza, y si no lo conociera, pensaría que le gusta totalmente la idea.

Le sonrío. —¿No me has oído, cariño? Hablar es lo mío. Follar es mi terapia. Sé que crees que sólo busco otro subidón, pero no es eso—. Respiro profundamente. —No contigo.

—¿Entonces qué es?

¿No lo sabe este hombre-diablo mío? Lo fulmino con la mirada, pero es implacable. Quiere oírme decir, poner palabras a algo de otro mundo. —Es algo sagrado—, digo lentamente. —Lo sentí la primera vez que... la primera vez que hicimos el amor, en lugar de sólo... Fue en nuestra luna de miel. El sexo contigo es algo sagrado. En realidad no sé por qué. Tal vez nuestras feromonas coinciden. Tal vez ese Dios tuyo realmente bendijo nuestro matrimonio. Cuando estamos juntos...

—¿Nos convertimos en una sola carne?

—Sí. Pero más que eso. Una mente. Un corazón. Un alma—. Nunca había dicho algo tan real en mi vida, aunque sea un cliché total, y me preocupa que Luca se ría de mí o ponga los ojos en blanco.

Dios, yo lo haría si alguien me dijera alguna vez algo tan sentimental.

Me abraza. —Yo siento lo mismo—, me dice en el pelo. Sus manos se mueven por encima de mí, quitándome la sudadera con capucha en la que derramé el café durante el vuelo, y sus dedos recorren la cintura de mis vaqueros. Engancha un dedo en la cintura y me lleva con él a la cama, sin dejar de besarme, con la otra mano enredada en mi pelo, tirando y provocando.

Nos desnudamos rápidamente, con las manos aún en contacto con el otro. Es frustrante tener que detenerme aunque sea un segundo para quitarme la ropa, porque quiero tocarle, quiero estar pegado a él, quiero su calor y su fuerza.

Se arrastra junto a mí y me besa de nuevo, pero nunca he tenido tantas ganas de follar con alguien en toda mi vida, ni siquiera aquella primera noche en la que pensé que me iba a volver loco en cuanto empezáramos a movernos. Su dura polla me golpea en el muslo y los ojos se me ponen en blanco. Me empuja para que me dé la vuelta y abro las piernas para él, con mi erección arrastrándose por la colcha, dolorosa. Se va un segundo, pero vuelve cuando

miro por encima del hombro para quejarme, abre el tapón del lubricante y coloca una mano entre mis omóplatos para que me tumbe en la cama.

Me empapa el culo y luego juega con él, metiendo los dedos más profundamente en cada pasada, hasta que me estoy follando sobre su mano, suplicando su polla. No es sólo un espectáculo, o para que se caliente. —Me moriré literalmente si no me metes la polla ahora mismo, joder—, murmuro entre dientes apretados.

Se ríe. —Morir literalmente, ¿eh? No queremos eso—. Pero sé que no está tan tranquilo y sosegado como quiere aparentar por la forma en que se pone en fila de inmediato, con su polla rozando mi agujero y su respiración cada vez más rápida. Empujo las rodillas hacia atrás, levantándome, y mi culo se traga su polla de un tirón. Los dos soltamos un gemido, y entonces él se tumba encima de mí, empujándome sobre la cama con un suspiro de felicidad, con la polla metiéndose más profundamente, nuestros cuerpos encajando el uno en el otro.

—Creo que esta es mi parte favorita—, dice.

—Vaya, entonces no estoy haciendo bien mi trabajo.

Se ríe en mi cuello antes de rodar hacia atrás, llevándome con él para que estemos de lado, para que pueda poner su mano sobre mí. Pero sólo me acaricia, con ligeros toques, acariciando mis huevos como si fueran valiosos, hermosos, frágiles. Normalmente, a estas alturas ya me estaría quejando de que quiero que me folle hasta el colchón, pero esta vez no.

Esta vez le permito explorar, aunque todos mis instintos quieren que me cace. Lo trato como si fuera una penitencia, aunque es la más agradable que se me ocurre, dejándome provocar. Mi polla gotea por todas partes, como siempre, y Luca se unta la mano con ella, la saca de mi raja con el pulgar, me moja y me pone pegajoso y me hace sentir dolor por él.

—Eres la cosa más hermosa del mundo, ¿lo sabías?—, murmura en mi hombro, y finalmente empieza a mover sus caderas, metiéndose dentro de mí. Su mano sigue en mi polla, masturbándome lenta y deliciosamente, y pasa su otro brazo por debajo de mí y alrededor de mi pecho, abrazándome contra él, haciéndonos girar más para que esté encima de él, empalado en él, con la cabeza inclinada hacia atrás en la curva de su cuello.

Mis piernas se abren sobre sus muslos, abriendo aún más mi culo para él, y mi corazón también. Luca levanta los pies para apoyarse, empujando dentro de mí mientras se mueve, pero no me folla. Me mantiene en equilibrio, separado, masturbándome lentamente, con los dedos cada vez más apretados

a medida que avanza. Giro la cabeza para lamerle un lado de la cara y él atrapa mi lengua en su boca, la chupa y me hace gemir.

Quiero más.

Empiezo a balancearme, con pequeños movimientos que hacen que su polla se arrastre sobre el punto justo dentro de mí, que ese pequeño manojito de nervios se encienda, que el calor se irradie a través de mis extremidades. Estoy casi mareado mientras nuestro lento y cuidadoso polvo se convierte en una experiencia para todo el cuerpo. Mis pezones se tensan. Se me hinchan los huevos. Me duele la polla en su mano.

Cuando llega el orgasmo, no me golpea sino que me inunda, con olas de intensidad que me hacen jadear en su boca. Sigue y sigue mientras me ordeña, y luego, con un último movimiento de sus caderas, Luca suelta un largo —Ohhh—, como si tuviera una visión de éxtasis.

Nos quedamos así un rato, su polla desinflándose en mi culo, mi polla todavía goteando un chorro por mi vientre. Juega con mis pezones ociosamente, acariciándome como una mascota favorita.

—Eso ha sido diferente—, digo por fin. Lo digo con ligereza, pero sale en voz baja y asombrada.

—Claro que lo ha sido—, asiente Luca, y su mano se desliza hacia arriba, acercando de nuevo mi cara para poder besarme. —Puede que haya algo en esa idea de 'un alma' que tienes—, dice después. —Cuando te corriste... lo sentí.

—Es decir, tenías tu polla dentro de mí.

Él resopla. —Ya sabes lo que quiero decir.

Sé lo que quiere decir. Y cuando conectamos así, es mágico. El sexo siempre es increíble con Luca. Siempre. Pero hay veces que nos trasciende a ambos y se convierte en algo... más.

A veces es casi aterrador lo mucho que le quiero.



Me despierto en la oscuridad gracias a las cortinas opacas, aunque mi teléfono me dice que se activará a la hora de comer del día siguiente. Pero como en los hospitales, el tiempo no tiene sentido en Las Vegas. Me deslizo fuera de la cama sin hacer ruido para dejar que Luca siga durmiendo. El

hombre se merece diez años de sueño para compensar todas las horas que ha perdido en los últimos meses.

En el salón de nuestra suite encuentro el mando a distancia para correr las cortinas y volver a mirar la ciudad. Mi nuevo hogar. Por quién sabe cuánto tiempo. Luca se ha negado a darme garantías de tiempo. Sólo por eso he tenido que hacer un exceso de equipaje. Ocho maletas, más cuatro bolsas de mano, dos para cada uno. A Luca no le gustó, pero lo dejó pasar.

Hay que estar preparado, ¿no?

Sin embargo, los husos horarios me están jodiendo la cabeza. Mi teléfono dice una cosa, pero ¿qué hora es realmente? Mierda, tengo que acostumbrarme a esto.

Merodeo por el lugar, recojo objetos de arte, miro los cuadros de la pared. Hay un tema lunar, pero no es para nada hortería. En realidad es una mierda bastante buena. Gran parte es de artistas locales que trabajan en una comuna en el desierto, según el panfleto de información sobre ellos. Tal vez deberíamos hacer un viaje al desierto un día mientras estamos aquí.

Todavía estamos vivos, se me ocurre mientras me ducho. Sonny Vegas no nos vendió ni envió asesinos mientras dormíamos. Anoche, antes de dormir, Luca apiló frente a la puerta todas nuestras maletas, aún embaladas. Pobre alarma, aunque insistí en sacar nuestra ropa para hoy.

Puedo deshacer el resto más tarde, familiarizarme con el espacio del armario.

Una repentina sensación de vacío brota en mí, la misma sensación de la que he pasado la mayor parte de mi vida huyendo. Con las drogas. Bebiendo. Follando. Abro la boca para llenarla con el agua caliente de la ducha y luego la escupo. ¿De verdad puedo ir a despertar a Luca para que me cure sexualmente?

Bueno. Se supone que es nuestra segunda luna de miel.

Pero cuando vuelvo a irrumpir en la habitación, todavía medio mojado y totalmente desnudo, Luca se ha levantado de la cama. Abre los brazos para que le dé un abrazo, pero ignora con tacto la forma en que froto mi erección contra su muslo. —Primero el desayuno, ángel—, dice con suavidad, y me besa antes de apartarme. —Y luego quiero hablar con Sonny antes de hacer nada más.

—Yo también iré a hablar con Sonny—, digo, alejándome hacia el dormitorio.

—Son negocios, pajarito.

Realmente no me gusta cómo lo dice. —¿Y?— Le desafío, volviendo a salir al salón.

No me mira. —Voy a ducharme.

—Bien, entonces podemos vestarnos los dos, desayunar y visitar a Sonny.

—Finch...

—No, no me digas Finch. Estamos de acuerdo. Somos compañeros de vida del arco iris, ¿recuerdas? Compañeros en *todo*—. Me lanza una mirada que me resulta exasperante, como si no entendiera realmente lo que le estoy pidiendo. —Soy tu *consigliere*—, insisto. —Si alguien debería estar en esa habitación contigo y con Sonny, soy yo.

—Hablares de ello más tarde—, dice mientras se dirige al baño.

—Claro, cariño—, le respondo. —Puedes intentarlo.



El Breakfast Bar, que funciona las 24 horas, es posiblemente mi idea del cielo. Se ofrece de todo, y digo de todo, desde tortitas y gofres hasta congee y fideos. Yo me atiborro de beignets y croissants, y luego me pongo a comer huevos estrellados sobre una tostada de masa fermentada con un poco de té de burbujas.

Luca se toma un café negro y unos biscotes, y se abstiene de hacer ningún comentario sobre mis elecciones.

—Tenemos que averiguar cómo está el terreno—, digo, limpiando el huevo de mi boca.

—Sí.

—¿Qué te hizo pensar que Sonny era seguro?

—*Shh.*— Me calla con una sílaba abrupta, pero veo su punto. Estamos en medio de una habitación llena de gente y cualquiera podría escuchar. Pero esa es la cuestión. Hay demasiado ruido de fondo para que alguien nos oiga realmente. Aun así, mantengo la boca cerrada y Luca cambia de tema para hablar de las posibilidades de compra en el centro comercial cercano.

Cuando estamos terminando, Fernando, el conserje, aparece de nuevo y hace una pequeña reverencia. —¿Puedo hacer algo por ustedes hoy, señores?

Luca le mira como si estuviera considerando el subtexto de las palabras.
—En realidad, sí. Me gustaría ver a nuestro anfitrión si está disponible.

Por debajo de la mesa, le doy una patada en la espinilla.

Luca suspira. —A los dos nos gustaría ver a nuestro anfitrión.

—Por supuesto, señor. En cuanto terminen de desayunar...

—Ya hemos terminado—, digo, sin querer darle a Luca tiempo para pensar en lo acertado de su decisión.

Fernando se toca la oreja, como si estuviera considerando mis palabras.

—Entonces el señor Vegas estará encantado de verlos ahora—, dice, y se aparta para dejarnos salir de la cabina. Al pasar, le miro al oído y confirmo mi sospecha. Lleva un auricular.

Le seguimos por el vestíbulo del hotel, detrás del mostrador y hacia las habitaciones traseras. Hay un ascensor privado al que nos hace señas y luego dice: —El Ático, señores.

Cuando Luca se queda mirando el botón marcado como Penthouse, como si fuera a empezar a emitir gas venenoso, me inclino hacia él y lo pulso yo mismo. Luego le cojo la mano y se la aprieto.

Al llegar arriba, las puertas del ascensor se abren a un pequeño vestíbulo, y justo enfrente de nosotros se encuentra posiblemente el hombre más grande que he visto nunca, con una pistola igualmente grande colgada del hombro. Al vernos, la toma en sus manos, pero afortunadamente no nos apunta.

Luca me empuja detrás de él y es la primera vez que deseo que Marco y Angelo puedan estar aquí con nosotros. Pero esa cosa que sostiene el tipo podría segar el hormigón, por no hablar de los guardaespaldas. El gigante le dedica a Luca una educada inclinación de cabeza. Luca se ajusta innecesariamente el cuello de la camisa, y los ojos del gigante se desvían hacia el anillo de Morelli en el dedo de Luca.

—Sr. Black—, dice amablemente. Golpea dos veces la puerta que está justo detrás de él, luego tres veces más, y se aparta cuando se abre para dejarnos pasar.

Dentro hay otro tipo, no tan grande, pero igual de aterrador en lo que a mí respecta, con tatuajes en toda la piel, incluso en la cara. Tampoco nos detiene, simplemente se da la vuelta y espera que le sigamos.

Sonny Vegas vive en esta suite del ático. Tiene una vista casi panorámica de la ciudad a través de los ventanales del suelo al techo, y hay un bar circular

completamente abastecido en el centro de la habitación. Ahí es exactamente donde está Sonny ahora, mezclando lo que parecen Bloody Marys, vigilado de cerca por una rubia apilada en un negligé blanco. Parece la hija predilecta de Marilyn Monroe y Anna Nicole Smith, con un poco de Charlize Theron alrededor de los ojos, a juzgar por la mirada que nos lanza.

—¡Ahí están!— Sonny rebuzna. —Amanda, cariño, ¿por qué no vas y te pones algo decente?

Amanda sale a toda prisa del bar y se dirige a una puerta detrás de la cual, supongo, se encuentra el dormitorio.

—No le gustan los extraños—, dice Sonny. —¿Puedo ofreceros una copa?

—Un poco temprano para nosotros—, dice Luca.

—Por supuesto, por supuesto.

Me ocupo de pasearme por el local, comprobando sin reparos las cosas. —Qué bien—, digo, volviendo a mirar a Luca. —Quiero uno, cariño.

—¿Un ático?

—Un casino. Si nos quedamos mucho tiempo en Las Vegas, necesitaré algo que me mantenga ocupado.

Sonny se ríe como si fuera lo más divertido que ha oído en toda la semana.

—Por favor, siéntense, siéntense. Siéntanse como en casa.

Vamos a la zona de estar que nos indica, uno al lado del otro en el pequeño sofá para disfrutar de la vista. Sonny termina de hacer su pócima, se sirve una bebida de color rojo intenso y la agita con apio.

—Nunca me levanto antes del mediodía, así que éste es mi desayuno de campeones—, dice. —No hay nada mejor que un golpe de vodka y zumo de tomate para empezar bien el día, y siempre añadido un huevo crudo para las proteínas.

—Delicioso—, digo.

—Gracias por aceptar vernos—, dice Lucas, antes de que Sonny pueda averiguar si estoy siendo sarcástico o no. —Y gracias, por supuesto, por acogernos.

—No hay nada que agradecer—, dice Sonny, y da un gran trago a su bebida. —Tal y como yo lo veo, vosotros sois refugiados ahora mismo,

buscando un nuevo lugar donde empezar... o al menos esconderos durante un tiempo. Ahora os hago un favor...— Deja el vaso sobre la mesa de café y se encoge de hombros. —Tal vez me hagas un favor más adelante.

—Estaré encantado de ayudarte como pueda.

—Así que las cosas no van bien en la Gran Manzana—, dice Sonny, y se acerca a sentarse con nosotros, apoyando un tobillo en la otra rodilla. Lleva unas botas vaqueras plateadas. Quiero preguntarle de dónde las ha sacado. —No puedo decir que haya sido una sorpresa total para ninguno de nosotros aquí en el Oeste. Después de Chicago, bueno—. Me mira y me guiña un ojo.

—Mi marido está al tanto de lo que pasó en Chicago. No le oculto nada de nuestros asuntos.

Si hay algo que aprecio de Luca es que nunca me ha menospreciado ni me ha apartado del negocio delante de otras personas. Incluso si, técnicamente, lo que dijo no es del todo cierto. O al menos, he tenido que esforzarme bastante para sacarle la información.

Sonny asiente con la cabeza. —Debe ser diferente cuando ambos son hombres. Yo nunca le diría nada a mi vieja. Sólo se lo contaría a las chicas.

Me pregunto si Amanda es esa anciana, y cómo se sentiría al ser descrita así.

—Aun así—, continúa Sonny. —Me sorprende que hayas tenido los cojones de subirme a un avión hasta aquí después de haberme conocido una sola vez.

—Aprecié lo que dijiste en Chicago, y me gusta seguir mi intuición cuando me habla. No pareces ser un fanático de los Clemenzas; yo tampoco lo soy. Me imaginé que tal vez teníamos algunas cosas en común.

Sonny se inclina hacia delante para coger su bebida y se toma otro gran trago. Esperamos a que termine su bebida y, por una vez, me callo la boca. Finalmente, empieza a hablar de nuevo.

—Entiendo que en su momento pensaras eso. Pero verás, cuando te saltaste tu iniciación, me hizo preguntarme qué clase de hombre eres realmente.

Sobre mi rodilla, la mano de Luca se cierra en un puño.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Finch

Me lanzo antes de que Luca pueda decir nada.

—Don Morelli es leal—, digo. —Es el tipo de hombre que da prioridad a la familia. La única razón por la que dejó Chicago fue para estar conmigo en el funeral de mi padre—. Me acerco a Luca para coger su mano y la entrelazo con la suya, retorciéndole la mano para que Sonny pueda ver el anillo de Morelli.

Por primera vez, Sonny me mira de verdad. —Lo sé todo sobre el funeral de Howard Donovan. Ya sabes, algunos de la vieja guardia todavía pensaban que era una falta de respeto, tu hombre huyendo de la Familia para estar con tu familia, si me entiendes.

Todavía Luca no dice nada, y su mano da un apretón de advertencia a la mía cuando me oye tomar aire para seguir hablando.

De acuerdo. Está bien. Me callo.

Veo el valor del silencio cuando Sonny lo rompe.

—Yo, no lo veía de la misma manera—, dice. —Me gusta un hombre que sabe dónde están sus prioridades. No me malinterpretes, creo que fue una tontería por tu parte demostrarles que tu marido siempre estará por encima de ellas... pero yo no tengo nada que objetar. Si alguna vez me acuesto a tiempo completo con Amanda, también la pondré a ella en primer lugar. Así es como debe ser, ¿tengo razón?

—Cuando tienes razón, tienes razón—, le digo, y oigo a Luca dar un pequeño y silencioso suspiro.

—Además, creo que es inteligente mantener a los irlandeses del lado del país. Aquí, tenemos que hacernos amigos de los cárteles. ¿Crees que los irlandeses son malos, que revientan a los civiles como tu madre, chico? Quieres ver lo que hacen esos cárteles mexicanos cuando no están contentos.

Es una verdadera y jodida lucha mantenerse callado cuando este imbécil está hurgando en una herida abierta como esa. Pero lo hago.

—Estamos buscando alianzas donde podamos—, dice Luca con cautela. —Sabes que siempre hay una lucha de poder entre las Familias de Nueva York. Puede que seamos pequeños, los Morelli, pero somos una Familia rica. Tenemos mucho que ofrecer. Mucho capital para invertir... en los proyectos adecuados.

Sonny levanta su vaso. —Brindo por eso—, dice, y apura el resto.

—Si te estoy oyendo bien, parece que crees que la Comisión podría beneficiarse de sangre nueva.

—¡Generacional! ¡Maldita sea! Cambio!— Sonny grita al techo, como si Dios pudiera oírlo. Supongo que estamos ciertamente más cerca de él aquí arriba en el ático. —Hemos tratado de poner en marcha un montón de mierda nueva aquí en el Oeste, yo y algunos de los otros chicos, pero la Comisión nos sigue golpeando. Ahora, tenemos un buen entendimiento sólido aquí. No hay guerras territoriales. Somos todos amigos. Nos gusta ayudarnos unos a otros, así que cuando un negocio es bloqueado por la Comisión, nos afecta a todos. ¿Entiendes lo que digo?

Luca esboza una sombría sonrisa. —Entonces, ¿por qué habéis venido a la fiesta?

—No teníamos muchas opciones. Nos apretaron las pelotas, si me entiendes. Todavía estamos acumulando nuestros recursos, muchos de nosotros aquí. No tan bien conectados como ustedes, los de la costa este. No tan ricos—. Se pasa la última palabra por la lengua antes de escupirla.

¿Así que eso es todo lo que Sonny quiere? ¿Dinero? Bastante fácil.

—¿Por qué no te separas y formas tu propia Comisión?— Luca pregunta. —¿Ignorar lo que está sucediendo en todo el país?

—Ah, ya sabes cómo es—, dice Sonny, extendiendo las manos. —No les gusta la idea de perder el control, ni siquiera tan lejos. Además, no tengo ningún interés en crear un nuevo grupo. Sólo quiero hacer algunos amigos en el Este. Miami, Chicago, tal vez. Nueva York también podría estar en esa lista. Lo suficiente como para formar un bloque de votos para que no nos manipulen el negocio aquí.

Amanda elige ese momento para salir del dormitorio, bellamente maquillada. —¿No has terminado aún, Sonny?—, bosteza. —Quiero salir a comer antes del espectáculo.

—Sólo un minuto más, cariño—, le asegura Sonny. Mira entre Luca y yo. —Nunca hablo de negocios antes del almuerzo, chicos, y mi almuerzo suele ser más tarde que el de la mayoría. Me has hecho romper mi propia regla. ¿Por qué no seguís disfrutando y nos ponemos al día mañana por la noche en la cena? Una cena en su honor. Pero por ahora, disfruten de la Luna. Disfruten de Las Vegas. Disfrutad el uno del otro, ¿eh? Pueden relajarse ahora que están aquí. Segunda luna de miel, ¿no?

Me hace otro guiño. Uno más de esos y puede que se encuentre mejor con el puño de Luca, basándose en la forma en que Luca da una pequeña sacudida en el sofá. Lo disimula levantándose y ofreciéndome una mano.

—Muy amable—, le dice a Sonny.

—Ni lo menciones.

—Ha sido un placer conocerte, Amanda—, le dice Luca a la rubia, y me siento muy orgulloso de él. Ha recordado su nombre y todo. Ha mejorado mucho desde que nos conocimos.

Volvemos a bajar en el ascensor, sin decirnos nada. Sé tan bien como él que, aunque no haya vigilancia en nuestra habitación, el resto del lugar tendrá ojos y oídos por todas partes.

—¿Qué te apetece hacer primero, pajarito?— me murmura Luca en el vestíbulo. —¿Juegos de cartas? ¿Ruleta?

—Aburrido—, digo. —Te diré algo, vamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—A todo el mundo, nene. Y terminaremos justo donde empezamos: Nueva York, Nueva York.



El hotel y casino *NEW YORK-NEW YORK* está muy lejos del Strip, pero merece la pena para ver a Luca sacudir la cabeza, en parte con consternación y en parte con diversión, ante la Estatua de la Libertad que sobresale de la calle, y un mini-Puente de Brooklyn transitable. Incluso hay un pub irlandés, para hacer las cosas más fáciles. Llevo a Luca hasta allí y decidimos que podríamos almorzar. Fuera del Luna, al menos podemos hablar más abiertamente, dentro de lo razonable.

—Entonces, ¿qué piensas de nuestro nuevo amigo?— Pregunto mientras Luca vuelve a la mesa después de pedir.

—A Frank le gusta mucho la Guinness últimamente, así que pensé en darle una oportunidad—, dice, deslizándose en la cabina. —Pero tiene que asentarse o alguna mierda. ¿Sonny? Podría ser útil. No confío en él, pero parece el tipo de hombre con el que podríamos hacer negocios.

—Me alegra oírte decir 'nosotros', cariño. Pensé que habíamos resuelto nuestros roles. Entonces, ¿a qué se debe la vacilación de esta mañana?

—No me gusta que te mezcles demasiado en el negocio, no porque no te crea capaz, sino porque es peligroso para ti, y cuanto menos sepas, menos...

—¿Menos puedo derramar?

—No lo digo en ese sentido. Diablos, si alguna vez te detienen los federales, quiero que cantes como un canario, no te preocupes por mí. No quiero que te encierren por cosas que no has hecho.

—¿Es eso en parte lo que está detrás de todo este movimiento hacia negocios más legítimos? ¿El club nocturno Kismet? Ha habido algunos otros, también. Esa nueva idea de la que hablabas, la importación de aceite de oliva. Sí, no creas que no me he dado cuenta.

Luca parece casi impresionado conmigo. —Es que no veo el sentido de correr riesgos cuando tengo algo más importante para mí. Que eres tú, por cierto.

Tengo que parpadear rápidamente y apartar la mirada. No sé por qué estoy tan jodidamente *emo* estos días. —Te lo dije cuando nos casamos, soy a vida o muerte para ti. Así que deja de intentar protegerme y déjame usar las habilidades que tengo para protegernos a los dos—. Luca parece desgarrado, así que añado: —Los dos somos hombres muertos andando en lo que respecta a la Comisión. No tenemos aliados poderosos, y no sabemos si podemos confiar en los que estamos tratando de engatusar. Pero no soy nada si no soy un experto en adular.

—Hablando de aliados, ¿has sabido algo de Tara?

Llegan nuestras bebidas, y doy un sorbo a mi cóctel mientras observo a Luca dar un tímido sorbo a su Guinness. Hace una mueca. —Debe ser un gusto adquirido.

—Es bueno para lo que te aflige, decía siempre el tío Gus—, le digo con una sonrisa. —No, no he sabido mucho de Tara, nada que ver con los negocios. Lo único que sé es que Maggie quiere consolidar a los irlandeses en Boston. Supongo que luego hará una jugada por el poder en Nueva York.

Luca toma otro sorbo y esta vez parece menos disgustado. Mira al techo, pensando, y me pregunto qué estará pasando exactamente por ese cerebro suyo. Me hace quererlo más ver cómo se está esforzando como líder, como hombre. La primera noche que nos conocimos supe que tenía esto dentro, sólo necesitaba la oportunidad de crecer. Como ese pez del libro para niños que primero crece demasiado para la pecera, luego para la bañera y termina en una piscina, puedo ver que mi marido está empezando a superar los límites del espacio en el que se encuentra.

No pasará mucho tiempo antes de que sea realmente el rey de la ciudad de Nueva York.

—Háblame de tu hermana—, dice, volviendo a mirarme. —No de Tara. Maggie. ¿Es inteligente? ¿Motivada por el poder, la codicia, el amor? ¿O fue simplemente la venganza y los celos lo que la llevó a actuar contra ti y tu madre?

¿Cómo puedo explicar a una hermana que nunca conocí realmente, especialmente a una que sólo fingía amarme durante la mayor parte de mi vida? —Para explicar a Maggie, tengo que explicar también a Tara. Y tal vez a Róisín. Maggie se parece más a papá, Tara me recuerda a mamá, y Róisín... creo que terminó con las partes más humanas de ambos lados. Aunque no sé qué tan bien le ha servido eso.

—¿Y tú? ¿A quién te pareces más?

Tengo que pensar la pregunta un rato, porque no es una pregunta fácil de responder. —He heredado el encanto de mi madre, y su sentido práctico. Ahora que sé la verdad sobre Tino, puedo ver un parecido físico ahí...

—Sí, eres algo pequeño.

Le hago un gesto de desprecio. —Tengo personalidad más que suficiente para compensarlo. Pero el parecido no es sólo una cuestión de naturaleza, sino también de educación. Y si hay algo que me enseñó mi padre, es la capacidad de eliminar la podredumbre cuando es necesario. Así es Maggie también. Pero no es tan inteligente como mamá. Le gusta pensar que lo es, pero realmente no entiende a la gente como lo hacía mi madre.

—Como tú también lo haces—, dice Luca.

—Y eso es algo que Tara tiene a su favor. Es más probable que atraiga una lealtad natural hacia ella que hacia Maggie. Y Tara también tiene la habilidad de Pops para apartar a la gente de su vida cuando es necesario—, añadido, pensando en la forma casual en que Tara sugirió que asesináramos a Maggie.

—¿Pero?— pregunta Luca.

—Pero Maggie es la mayor, y también ha trabajado en el negocio familiar más tiempo que cualquiera de nosotros. La junta no conoce a Tara como conoce a Maggie, y no hay razón para pensar que estarán más contentos alineándose con los Morelli de lo que estaban con los Clemenza y los Fuscones. No sé a quién tiene Tara de su lado, y no conozco el sentimiento general de la familia en este momento. Mis papás realmente se alejaron hacia negocios más legítimos, pero ahora Maggie los está

arrastrando hacia el otro lado. Tal vez eso es lo que quieren... tal vez no lo es. No lo sé. No he estado al tanto de ninguna noticia de Donovan durante años y años, incluso antes de que nos encontráramos aquella primera vez.

Luca asiente pensativo. —Pero Tara tiene más información sobre los Donovan. Podríamos financiarla si no fuera por eso. ¿Crees que volaría a Las Vegas?

—¿Pensé que estábamos aquí en la clandestinidad?

—Si voy a hacer este trato con tu hermana, quiero mirarla a la cara cuando lo haga.

—También pensaba que esto iba a ser una segunda luna de miel—, digo con un mohín, pero luego sonrío. —Diablos, ¿por qué no? Llama a Tara y mira si puede hacernos una visita mientras estamos aquí. Siempre y cuando tenga cuidado de que nadie más sepa dónde estamos. Y supongo que si alguien intenta sacarnos, sabremos que no podemos confiar en ella después de todo.

Pone su mano sobre la mía y mete su dedo en el mío, abriendo mi mano para que estemos palma con palma. Paso un pulgar por su anillo de boda. —¿Dónde está el anillo Morelli?— pregunto de repente. —Lo llevabas puesto cuando nos reunimos con Sonny.

—En el bolsillo—, dice encogiéndose de hombros. Hace un gesto con la cabeza a la camarera, que inmediatamente va a rellenar nuestros pedidos.

—Más vale que no tengas un agujero.

—Esa cosa es sólo un accesorio. Es un bonito anillo, pero sólo es un anillo. Es más importante ser lo que representa que llevar un símbolo de ello—. Flexiona los dedos y encorva los nudillos para admirar la alianza. —¿Pero este anillo? Significa más para mí de lo que jamás significará esa gorda baratija negra.

—A veces pienso que tienes alma de poeta, Luca D'Amato—. Pero la verdad es que me ha impresionado. —Entonces, ¿llamarás a Tara?

—No.— Llegan nuestras bebidas, y Luca le da a la camarera una propina de diez dólares, convirtiendo su educada sonrisa en una de verdad. —Llamarás a Tara. Es tu hermana. Mejor viniendo de ti.

—Pero tú eres el Jefe—, señalo.

—Maldita sea,— dice, y me lanza una mirada ardiente. —Y tú eres mi mano izquierda—. Señala con la cabeza el anillo de boda que lleva en la mano izquierda. —Así que confío en que harás lo que yo diga.

—Tus deseos son órdenes para mí—, murmuro, con la lujuria encendida entre nosotros. —Y viceversa, nene. Tus órdenes más severas son definitivamente mi deseo ahora mismo. ¿Volvemos a la habitación después de comer?

—¿Por qué no?— Luca me sonríe y en su mirada hay una promesa sexy. —Ya que es nuestra segunda luna de miel y todo eso.

—Por nosotros—, digo, chocando mi vaso contra el suyo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Luca

Todo parece estar tranquilo en casa. La desaparición de Fuscone ha saltado a las noticias con bastante rapidez, pero su cuerpo nunca será encontrado. Aidan y el padre Benedicto han vuelto de sus vacaciones. Le pregunté si el cura ya había corrido a los federales para soltar sus tripas, pero Angelo dijo que una discusión de hombre a hombre con el padre Benedict - además de una generosa donación- ha asegurado su silencio.

Por ahora.

Aidan, al parecer, sigue enrojecido de gratitud por lo que él llama ‘salvar su vida’. No parece habersele ocurrido, me dice Angelo con lo que pasa por divertido, que sólo me preocupaba salvar a Finch.

Finch ha estado en contacto con Tara, y ella vendrá aquí en los próximos días. Pero esta noche es la cena de Sonny, y me ha dicho que ha invitado a unos cuantos amigos nuestros.

—¿Significa eso que va a matarnos?— pregunta Finch con ansiedad mientras nos vestimos para la cena.

—Es poco probable—. Me pregunto si debería llevar algo tan elegante, ya que la idea de Sonny de ropa formal parece ser la de unas botas de piel de serpiente. Pero Finch ha insistido en que los dos llevemos esmoquin, y confío en su criterio cuando se trata de moda mucho más que en el mío.

Cuando veo que Finch sigue preocupado por lo de esta noche, le explico más. —Si Sonny nos quisiera muertos, ya estaríamos muertos y enterrados.

—Cierto... pero eso no significa que uno de los otros tipos no vaya a matarnos.

Le revuelvo el pelo, sólo para cabrearlo. —Estará bien. Confía en mí, si no en Sonny Vegas.

Me aparta la mano de la cabeza de un manotazo, frunciendo el ceño, y va a recolocarse el pelo. —¿Estás diciendo que no debería traer mi arma?

—Oh, diablos no, trae tu arma. Pero que sea la 22 para que no parezca que esperamos problemas.



La cena se celebra en el ático de Sonny, y cuando llegamos al interior, parece que la mitad de las coristas de Las Vegas también están metidas dentro, junto con sus tocados de plumas. La luz se desprende de sus relucientes trajes y casi me ciega hasta que mis ojos se adaptan. Sólo puedo oler el perfume y el lápiz de labios. Pero también hay muchos hombres sin ropa, con pantalones cortos de lentejuelas y pajaritas. Sonny nos saluda como si fuéramos amigos de toda la vida, gritando por encima del ruido: —Espero que disfrutéis de los dulces para la vista. No es mi gusto personal, pero me gusta asegurarme de que mis invitados sean atendidos.

Agarro la mano de Finch y lo atraigo a mi lado. Me sonrío. —No te preocupes, cariño, solo tengo ojos para ti.

—No son tus ojos los que me preocupan—, murmuro, al ver que un tipo bien engrasado le dedica a Finch una mirada apreciativa de arriba abajo, hasta que se da cuenta de que le estoy mirando. Desvía la mirada y se va al otro lado de la sala.

Esta noche Sonny me ha sorprendido llevando un traje de tres piezas, y me alegro de haber escuchado a Finch sobre el esmoquin de Tom Ford. Sonny nos presenta a todos los demás invitados. Jefes de Los Ángeles, Sacramento, San Francisco, San Diego; un representante del estado de Washington; y un tipo que vive al otro lado de la frontera, en Baja California. Todos llevan armas esta noche, y no intentan ocultarlo. Finch parece nervioso, pero eso me da una sensación de seguridad. Si todos en la sala están armados, hay igualdad de condiciones.

Nadie habla de negocios mientras se sirven las bebidas antes de la cena, y agradezco que me acompañe Finch, porque se le da mucho mejor la charla que a mí. De hecho, disfruto hablando con Livio Bracca, de San Francisco, y observo que parece tan interesado en los hombres semidesnudos que le rodean como podría estarlo yo si no tuviera ya al tío más sexy de la sala.

Bracca me guiña un ojo. —No quisiera que la Comisión lo supiera, pero tú y yo tenemos más cosas en común de las que podrías saber. Aquí es diferente. Sonny Vegas es genial en todo.

—Es un asesino con igualdad de oportunidades—, sugiere Finch, y eso hace reír a Bracca.

—Oye, al menos sabrás que no es homofóbico si te golpea.

—Qué consuelo—, digo con sorna.

Las copas previas a la cena se prolongan un rato, pero por fin Sonny declara que la comida está servida, y el entretenimiento parece fundirse en el ático.

Pasamos a una habitación contigua, con las mismas ventanas del suelo al techo que el resto del ático, y una vista del horizonte del otro lado de la ciudad y más allá: Red Rock Canyon, me dice Sonny. Por la cara de satisfacción que pone, supongo que es su lugar preferido para dejar los problemas.

Esta noche sólo somos nueve, todos los jefes, excepto Finch. Es el único asistente que no está iniciado en la Familia, pero eso no parece importarles al resto. Finch es un Morelli por matrimonio, y eso es suficiente para ellos. Es un limpiador de paladar después de la actitud de la Comisión.

Nuestro aperitivo ya está puesto en la mesa, y el resto de la comida se sirve en forma de buffet al final de la sala, así que no tenemos que preocuparnos de que el personal entre y salga. Sonny me ha sentado como invitado de honor a los pies de la mesa con Finch a mi izquierda. Él toma la cabeza, y el resto de los hombres elige sus asientos al azar.

Antes de empezar, Sonny se levanta para levantar una copa por mí. —En nombre de todos los que estamos en la Costa Oeste, me gustaría dar la bienvenida a nuestra compañía a Don Luciano Morelli y, por supuesto, a su encantador marido. Aquí está entre amigos, y todos le damos la bienvenida—. Hay un murmullo alrededor de la mesa, ya que todos están de acuerdo.

—Por una provechosa asociación empresarial—, dice Sonny, y yo vuelvo a levantar mi copa y repito sus palabras.

Finch me ha enseñado mucho sobre cómo mostrar el respeto adecuado en el momento oportuno. Así que después de que Sonny se siente, hago mi propio brindis. —Me gustaría darte las gracias, Sonny, y que sepas que no hemos pasado un rato tan relajado desde nuestra primera luna de miel. Creo que Finch estará de acuerdo conmigo cuando digo que ésta es mucho más divertida—. Finch hace un ruido de acuerdo vigoroso, y hay risas alrededor de la mesa.

—En ningún sitio como en Las Vegas—, contribuye uno de los hombres.

—También me gustaría daros las gracias a todos—, añado, mirando alrededor de la mesa, —por haber venido esta noche desde cerca y desde lejos. Finch y yo estamos aquí con un espíritu de colaboración. Esperamos encontrar puntos en común, formas de ayudaros, formas de cooperar. Una marea creciente levanta todos los barcos.

He oído a Tino Morelli decir esa frase más de una vez en mi vida, y por fin entiendo exactamente lo que significa. El acuerdo y los oídos que siguen a mi discurso son tan entusiastas como los que recibe Sonny. He dicho las cosas correctas.

Tal vez incluso las diga en serio.

Durante el aperitivo, seguimos intercambiando pequeñas charlas, aunque ahora se trata de nuestros problemas empresariales, los retos y obstáculos de cada región. Mientras miro alrededor de la mesa, me doy cuenta de que los hombres aquí, como yo, están todavía en su primera mitad de la vida. Empiezo a entender lo que Sonny Vegas quería decir con lo del cambio generacional.

Una vez terminada la comida principal y cuando ya estamos todos metidos en un Alaska horneado, nos ponemos a hablar en serio.

—El problema es que cada vez que quiero rebajar a un competidor, tengo que consultarlo con la Comisión—, se queja el de Seattle. —Sólo que ellos no entienden cómo funciona aquí. Actúan como si no quisieran causar problemas, pero la verdad es que sólo quieren asegurarse de que nunca ganemos tanto como ellos. No veo nada malo en asociarme con los canadienses, pero actúan como si el mundo se fuera a acabar si lo hago.

—Sabes—, dice Sonny, agitando su cuchara alrededor de la mesa. —Nuestro invitado de honor aquí me dijo algo interesante el primer día que llegó. Dijo que por qué no hacíamos nuestra propia Comisión para atender las necesidades de nuestros negocios en el Oeste. El problema es que la Costa Este nos tiene en jaque, y lo saben. Les gusta repartir migajas de vez en cuando para mantenernos contentos, pero todos sabemos que si quisieran, podrían ser mucho más útiles de lo que han sido. Por eso invité a nuestros nuevos amigos a venir aquí. Si nos mantenemos unidos, si votamos juntos, quizá podamos ver algún cambio.

—Creo que todos aquí conocen los problemas que he tenido con la Comisión—, digo. —Y todos saben que no quieren romper con sus tradiciones. Siempre iban a encontrar una razón para mantenerme fuera. Así que estoy aquí buscando hacer nuevas alianzas que nos ayuden a todos a prosperar. Puede que la familia Morelli sea más pequeña que nunca, pero también somos el doble de ricos, gracias a mi marido—. Miro a Finch, que me dedica su más seductora sonrisa de niño rico, y luego la envía a la mesa.

Para cuando Finch y yo volvemos a nuestra habitación, me siento mucho más esperanzado sobre el futuro de la familia Morelli.

—No sé si me fío de ellos—, dice Finch en voz baja cuando estamos juntos en la cama.

—Definitivamente no me fío de ellos. Pero como te dije, ángel, no tenemos por qué hacerlo. Sólo necesitamos su ayuda con la Comisión.

—¿Y si no cumplen sus promesas?

Me pongo encima de él, empujándolo hacia la cama, y aprieto mis labios contra su oído. —Entonces me encargaré personalmente de cada uno de ellos. De todos modos, no saben lo de Tara; ella es nuestra baza.

Intento entonces capturar su boca, pero Finch mueve la cabeza con preocupación. —Eso sólo funciona si Tara consigue controlar a la familia Donovan, y no hay absolutamente ninguna garantía de que lo haga.

—Lo averiguaremos cuando ella llegue.

—Sólo digo que espero que tengas un plan de respaldo.

—Siempre, pajarito.

El problema es que, en este caso...

No lo tengo.

Nuestras opciones son limitadas. Nuestras alianzas aquí son tenues en el mejor de los casos. Tenemos mucho dinero, pero la lealtad comprada siempre puede ser superada por precios más altos.

Todo lo que puedo esperar es que Tara, cuando nos reunamos con ella mañana, tenga buenas noticias.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Finch

—Ojalá tuviera mejores noticias para vosotros, chicos—, dice Tara disculpándose mientras deambulamos bajo el feroz calor de la tarde en el Red Rock Canyon. No sé exactamente por qué carajo Luca tuvo que traernos aquí. Por un lado, se va a quemar como un demonio, a pesar de que le eché crema solar antes de salir de la ciudad. Tara lleva un enorme sombrero protector para su piel clara, y no parece disfrutar del calor.

Le pregunté antes de irnos por qué tenía tanto interés en venir aquí, y lo único que dijo fue: —Curiosidad profesional.

—Lamento escuchar eso—, dice ahora, mirando el paisaje. Lleva una gorra de béisbol, pero apuesto a que se va a quemar las orejas y el cuello. —Siento mucho oír eso.

Tara acaba de contarnos lo poco que ha avanzado, en cuanto a la comprensión de los planes de Maggie. —Ella no confía en mí—, dice. —O mejor dicho, no ve la necesidad de involucrarme en los negocios de la familia. Le pregunté si podía ir a la próxima reunión de la junta directiva y se rió. No porque estuviera siendo grosera, por una vez, sino porque realmente pensó que estaba bromeando.

—Ouch—, digo.

—Entonces—, dice Tara, —¿cuándo va a morir Maggie?— Suena como si estuviera preguntando mi helado favorito.

—Cuando sea el momento adecuado—, dice Luca.

—Eso es impreciso—. Tara inclina la cabeza hacia un lado mientras le mira, con los ojos ocultos tras las gafas de sol.

—Eso es un negocio. Además, cuanto menos se sepa, mejor.

—¿Incluyendo la hora y el lugar?

—Incluyendo todo. Tu trabajo es darnos información, Tara. Así que haz tu trabajo y déjame hacer el mío—. Luca suena casi amable a pesar del mensaje.

A Tara no parece importarle el desaire. —Hay una cosa—, dice pensativa. —Maggie no es popular entre todos. Está volviendo a participar en algunas de las operaciones de las que papá pasó tanto tiempo para sacarnos. Hay un cisma, y está creciendo, entre los que quieren continuar con

el legado de Pops de cambiar el negocio hacia flujos más legítimos, y los que quieren el dinero fácil.

—De acuerdo—, dice Luca. —Si están motivados por el dinero, tenemos suficiente.

—No es sólo el dinero—. Tara se queda pensativa un momento, mirando el páramo rojo que tenemos delante.

Es hermoso, pero aterrador. No me gusta este lugar. Me hace echar de menos los esplendores contruidos por el hombre en Nueva York, y siento una repentina nostalgia.

—No es sólo el dinero lo que motiva a esa parte de la familia—, dice de nuevo. —Pero no estoy segura de qué más es. Hay muchas emociones en juego... se habla mucho de recuperar cosas que se han perdido con los años, partes de Boston. También se habla mucho de Nueva York, pero supongo que ya lo sabes.

Ugh. Incluso la mera mención de mi querida ciudad me entristece. —Pues que se vayan a la mierda, porque Nueva York es nuestra—, digo con fiereza, y Luca y Tara me miran sorprendidos, como si se hubieran olvidado de que estoy aquí.

—Y se habla mucho de Irlanda—, dice Tara después de un momento. —El orgullo irlandés. Signifique lo que signifique.

—Signifique lo que signifique—, se hace eco Luca, pensativo.



—¿Cuándo va a morir Maggie?— le pregunto a Luca más tarde, cuando estamos de vuelta en nuestra habitación del Blue Luna Lux. Tara se ha ido a echar una siesta después de registrarse bajo el astuto alias de la señora Smith.

—Cuando vea la forma de hacerlo sin arriesgar a los hombres que no puedo permitirme perder—, responde Luca. —Ya está bien de negocios. ¿Por qué no salís tú y Tara por la ciudad esta noche?— sugiere Luca. —Le pediré a Sonny que me proporcione algunos guardaespaldas...

—Nada de guardaespaldas—, digo con firmeza. —Mientras nos quedemos en el Luna, deberíamos estar a salvo, ¿no?—. Luca duda, así que añado: —Podemos salir todos. Cuando nos casamos, Tino pretendía que fueras mi protector, ¿no es así?

—Lo hizo—, dice Luca en voz baja. No hemos hablado mucho de Tino desde que murió. Y cuando hablamos del viejo Jefe, es sobre cómo todo tuvo más sentido cuando descubrimos que era mi verdadero padre, por qué estaba tan decidido a casarnos y a ponerme bajo la protección de Morelli. Incluso hemos hablado un poco de cómo me siento sobre las cosas, aunque intento no hacerlo. Sentirme triste nunca me ha hecho ningún bien, así que lo alejo.

—Así que sal conmigo y con Tara y podrás cuidarnos tú mismo. ¿Quién mejor, verdad?

Me sonrío y sé que he ganado. —De acuerdo, pajarito. No quería entrometerme. Creo que es importante que te reencuentres con tu hermana.

—Admito que es bueno saber que hay un miembro de la familia Donovan que no me quiere muerto.

Luca se acerca por detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos. —No hemos hablado mucho de todo esto. Las cosas se están moviendo rápidamente y quiero asegurarme de que...

—Estoy bien—, digo, poniendo mis manos sobre las suyas. —De verdad. Voy a ducharme. Y esta noche tú, yo y Tara nos enfrentamos a Las Vegas. ¿De acuerdo?

—Lo que quieras, ángel. Siempre.



Luca y yo esperamos a Tara en el vestíbulo del hotel esa noche, y veo las carreras de caballos en uno de los televisores de pantalla grande que hay por todo el lugar, eligiendo a quién apoyaría basándome sólo en los nombres. Endless Love. Él es el Elegido. Mr. Forever. Y entonces todo el vestíbulo parece volverse uno, una pequeña ola de suspiros fluye por la sala, y yo me giro en mi silla para ver qué está pasando.

Lo que está pasando es Tara Fincher Donovan. Es mayor que yo, pero a sus treinta años sigue teniendo un aire intemporal. Como una niña, pero no infantil.

Esta noche puedo ver su poder como mujer. El cabello flotante y ardiente que destaca como un faro; los labios carmín y el mero toque de rímel que sólo hacen que sus ojos azules sean más llamativos; la piel pálida que brilla como el mármol que rodea el vestíbulo. Es como uno de los antiguos sprites irlandeses que caminan entre los humanos, y su magia hace que sea imposible apartar la mirada.

—Vaya—, dice Luca. —Tu hermana está buena.

Le doy un golpe. —Es mi hermana, tío. Y tú eres mi marido.

Sonríe. —Sólo digo. Ese encanto de Donovan, realmente es una cosa.

—Oh, eso no es el encanto Donovan. Es el encanto de nuestra madre—. Porque veo a mamá reencarnada en Tara mientras sonríe y saluda y se acerca a nosotros, ajena a la atención que atrae con su vestido dorado y sus sandalias de tacón.

Luca y yo nos ponemos de pie cuando llega a nosotros, y parece que el resto del vestíbulo emite un gemido de decepción porque Tara no se ha dignado a concederles su presencia.

—Howie—, me saluda Tara, inclinándose para besarme la mejilla.

Luca le coge la mano y se la besa, haciéndola reír. Suave bastardo. —Eres más encantadora que la luna que da nombre a este lugar—, dice.

—¿Qué, en esta cosa vieja?—, se ríe ella, alargando la falda y balanceándose para que la falda se arremoline alrededor de las rodillas. —Es algo, ¿no? Lo compré esta tarde.

—No es el vestido, hermana—, le digo, y luego engancho mi brazo al suyo. Luca le coge el otro brazo y caminamos juntos por el vestíbulo, adentrándonos en el hotel, mientras decenas de personas se giran para mirar. No es necesario pasar desapercibidos, aunque sospecho que la mayor parte de la atención se centra en Tara y no en nosotros.

—Estoy muy contenta de estar aquí—, me dice, sonriendo en mi cara.

—Las Vegas es mucho más divertida de lo que pensaba—, coincido.

—No, tonto. Quiero decir que estoy feliz de estar aquí contigo. A pesar de las circunstancias.

—Te das cuenta de que lo único que tendrías que hacer es presentarte a una reunión de la junta con este aspecto, ¿verdad?—. Pregunto. —Los tendrías comiendo de la palma de tu mano en poco tiempo.

Se ríe. —Eso haría todo mucho más sencillo, ¿no?—, dice. —Aunque creo que al final sería el dinero lo que les haría cambiar de opinión.

—El dinero sí que hace girar el mundo—, coincido, guiándola hacia el restaurante del hotel. Hemos reservado una mesa en una parte privada de la sala, y menos mal, porque de lo contrario estaríamos rechazando interminables insinuaciones y bebidas de las hambrientas manadas de hombres que parecen estar en Las Vegas para sus despedidas de soltero.

Durante la cena, Tara y yo tenemos por fin la oportunidad de ponernos al día. Ponernos al día de verdad. Me entero de que su novio de la universidad la engañó (Luca se ofrece medio en serio a ‘ocuparse de él’) y de que luego salió con un miembro menor de la realeza británica mientras ella estudiaba un MBA en la London School of Economics. Tara se entera de mi consumo de drogas y de mis salidas de fiesta.

—Tu vida ha sido mucho más interesante que la mía—, dice con nostalgia.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—He estado protegida. Bueno, tanto como cualquiera de los chicos Donovan hemos estado protegidos—. Un entendimiento silencioso pasa entre nosotros. Puede que papá haya tratado de alejar a la familia de los negocios turbios, pero nuestra infancia se vivió bajo las sombras, aunque no lo supiéramos en ese momento.

—Discúlpennme un momento—, dice Luca. —Ahora hay una carrera en la que he tenido un pequeño revoloteo.

Nunca he sabido que Luca apueste a los caballos, así que supongo que es una forma educada de dejarnos solos a Tara y a mí. Se sienta en la barra con una copa y empieza a jugar con su teléfono, sin mirar las carreras de caballos que se celebran en la televisión.

—Es encantador—, dice Tara, observándolo también. —No es para nada como...

—¿Cómo qué?

—Como lo describió Pops—, dice, poniendo los ojos en blanco, y me encuentro riendo con ella. Pero su risa se apaga y su boca se tuerce. —No puedo evitar amarlo, incluso después de todo lo que hizo.

—Fuera lo que fuera, era nuestro papá. Lo entiendo.

—Y sabes, Howie, hacia el final, realmente lamentó cómo eran las cosas entre ustedes dos—. Pone su mano sobre la mía y sus grandes ojos azules de Donovan se abren.

—Gracias—, digo, apartando la mirada mientras me escuecen los ojos. —Me gustaría creerlo.

—Puedes hacerlo—, dice, y me da unas palmaditas en la mano. —Creo que te mereces un miembro de la familia Donovan que sea sincero con las cosas. Dios sabe que ambos crecimos bajo secretos y engaños. Me niego a seguir viviendo mi vida así.

Suena tan tentador cuando lo dice así, pero yo nunca podría hacer el mismo voto. Cuando me casé con Luca -incluso antes de eso, cuando me enamoré de él una noche loca- renuncié a cualquier posibilidad de vivir en la luz. Existe en las sombras y la oscuridad por necesidad. Y por eso me quedo allí con él, una criatura adaptada a la noche.

Le devuelvo la mano a Tara. —Eres un encanto—, le digo automáticamente.

—Eres mi hermano—, dice ella, como si significara lo mismo. —Te quiero y, por lo que a mí respecta, siempre serás parte de la familia. Lo que me recuerda, Howie, ¿había algo de Pops que querías como recuerdo?

—¿Algo para recordar a Pops?— Digo, dejando salir mi risa de hiena. Como siempre hace Luca, Tara se limita a sonreír conmigo, en lugar de mirar a su alrededor para ver si los demás me han oído. —Eh, no. No, no lo creo.

—Le envié el rosario de mamá a Róisín—, dice. —¿Hay algo tal vez de mamá que...?

—En realidad, sí—, digo, recordando. —¿Mamá tenía un diario?

Tara asiente. —Sí. Tenía una gran habilidad con las palabras.

—¿Lo has leído?

—En partes. Me dolió, en su momento. Sólo unos años después de su muerte. Así que lo guardé, lo escondí, porque Maggie estaba revisando todas sus cosas, tirándolas...— Se lleva la mano a la boca. —Ahora tiene sentido, supongo.

—Me preguntaba si mamá había dicho algo sobre Tino en su diario—, digo sin rodeos. —Y... yo.

Tara sacude la cabeza y se me cae el corazón, pero luego dice: —No sé, Howie. Estaré encantada de echar otro vistazo por ti.

—Me gustaría—, digo en voz baja. —Y Tara, tendrás cuidado, ¿verdad? Vigila tu espalda con Maggie. Ella no está por encima de matar a la familia.

—Oh, tengo mis propias protecciones, como tú tienes las tuyas. No te preocupes por mí.

Le digo que no lo haré. Pero me pregunto si realmente entiende lo que se necesita para encabezar una familia como los Donovan, especialmente si están volviendo a la misma oscuridad que Luca y yo habitamos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Luca

Tara Donovan se va al día siguiente, después de hacerme promesas que no estoy seguro de que pueda cumplir. Finch me dice en privado que no tiene muchas esperanzas en las posibilidades de Tara, pero no puedo evitar sentirme más esperanzado que en mucho tiempo. Por lo menos, Tara ha descubierto que la alianza de Maggie con nuestros enemigos italianos se tambalea; desde que Joey y Sam Fuscone se han ido, los Fuscones están revueltos. La familia Clemenza tiene poco interés en Boston. Los recursos de Maggie están disminuyendo y su control podría estar desapareciendo. Y si Tara puede persuadir...

—No hablemos más de esos malditos Donovan—, gime Finch. —¡Estamos en Las Vegas, nene! Y en la segunda luna de miel. Es hora de divertirse. Y sé justo lo que quiero hacer contigo.

—Mmm. Yo también sé lo que quiero hacer contigo—, digo. Desde nuestra franca conversación sobre lo que nuestro sexo hace exactamente por él, he estado más que feliz de proporcionarle nuestro propio método de terapia. Le paso los dedos por el cuello hasta el botón superior de la camisa, pero me agarra la mano.

—No es sexo.

—¿Sin sexo?

—Algo más—. Me dedica una sonrisa malvada. —Una sorpresa.

La sorpresa de Finch comienza con nosotros tomando la escalera mecánica en la parte trasera del hotel hasta...

—¿El monorraíl?

—¡El monorraíl!— Finch abre los brazos. —Genial, ¿eh?

Su entusiasmo es contagioso. —Elegante, sexy, rápido. Como tú, pajarito—.

Finch frunce la nariz. —Eso es una exageración. Pero lo acepto.

Y así tomamos el monorraíl hasta el Strip, bajando en Treasure Island, tras lo cual Finch me lleva al otro lado de la calle hasta el Venetian. —¿Has estado alguna vez en Venecia?—, me pregunta mientras recorremos el edificio de mármol y oro. Las paredes están adornadas con arte clásico del Renacimiento italiano, el tipo de cuadros que he visto antes pero que no sabría nombrar.

—No—, le digo. —¿Tú?

—Sólo una vez. Conozco mejor Milán y Florencia. Roma es divertida, pero demasiado difícil de recorrer, ¿no crees?

—Nunca he estado en Italia.

Finch me lleva de la mano entre chocolaterías, cafeterías y tiendas de moda de renombre, y la forma en que ignora por completo estas últimas es casi alarmante. Pero se detiene en seco ante mi admisión, con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

—Me estás jodiendo.

—No te jodo. ¿No quieres entrar en Versace o algo así? Pasamos por delante de él...

—Usted, Don Luciano Morelli, ¿nunca ha estado en la patria?

—Di mi nombre un poco más alto—, gruño, acercándolo para silenciarlo con un beso. —No—, digo después. —Nunca he estado en la patria. Me refiero a Italia.

—Santo Bajooley—, dice, como si nunca hubiera escuchado algo tan increíble. Entonces su cara se divide en una amplia sonrisa. —Bueno, maldita sea. Eso va a hacer que esta sorpresa sea aún más divertida para ti.

—Realmente no me gustan las sorpresas—, suspiro.

—Esta te va a gustar. Y... aquí estamos.

Llegamos al centro de la zona comercial y me encuentro con una gran escultura roja de la palabra *LOVE*. Las parejas se están fotografiando de pie en la *O*, y miro a Finch con escepticismo. —Una oportunidad para fotografiarse no es exactamente...

—Eso no, señor paranoico. Como si lo fuera. No, vamos a subir aquí—. Me arrastra hasta la escalera mecánica que sube por delante de la escultura y la cascada interior que hay detrás. La cascada es impresionante en su ingenio, y hace sólo unos meses podría incluso haberme maravillado con todo el edificio. Pero mi vida, mis puntos de vista y mis gustos se han refinado mucho en el poco tiempo que Finch y yo llevamos juntos. Ahora la cascada interior es divertida, pero innegablemente horterá.

Para Finch, sin embargo, eso parece ser parte de la diversión de Las Vegas. Al final de las escaleras mecánicas entramos en el Grand Canal Shoppes; veo un cartel que señala más tiendas de diseño a la derecha, y estoy a punto de señalárselas a Finch, pero entonces miro el techo. Pintado de azul

con nubes blancas perfectas, las luces que vienen de los lados se aproximan a un amanecer, y de repente estamos en Venecia.

Venecia por medio de Las Vegas, pero ahora mismo Finch está tan ansioso por mi reacción que ni siquiera me importa lo kitsch y falso que es todo esto. Su entusiasmo me conmueve, me hace reír, y caminamos juntos rápidamente hacia las barandillas que hay delante. Rodean un pequeño estanque que se extiende en un extremo hacia un canal, como la Venecia real. Las góndolas están alineadas en la piscina redonda, listas para recoger a los turistas y llevarlos por el canal.

—Vamos—. Finch me coge de nuevo de la mano y tira de mí hacia la fila de gente que espera las góndolas.

—Qué-no—, me río. —Esto es cosa de turistas.

—¿No somos turistas?—, pregunta, con los ojos brillantes. Hace mucho tiempo que no le brillan los ojos. —Además, ya he reservado los billetes. Fernando, el conserje, me ha puesto en contacto con él. Vamos, cariño, será romántico.

—De acuerdo. Lo que quieras, ángel.



La góndola se desplaza por la zona comercial, pasando por una imitación de la Plaza de San Marcos y una multitud de tiendas -productos de panadería, bolsos de lujo, restaurantes- mientras yo me recuesto sobre cojines de satén y Finch se acurruca contra mí.

Está bien. Es algo romántico.

Desde luego, más romántico que la primera luna de miel que tuvimos.

Nuestro gondolero ha sido menos parlanchín de lo que parecen ser los demás que pasan, y me alegro de que parezca reconocer que este es un momento privado entre Finch y yo. Pero cuando pasamos por debajo de otro puente, de repente se pone a cantar: Ópera italiana, y estoy seguro de que Finch conoce el nombre, aunque yo no. Pero es bueno. Muy bueno.

Finch sonrío y cierra los ojos, atrapado en el momento, pero de repente el gondolero se detiene.

—¿Estás bien ahí, amigo?— pregunta Finch, abriendo de nuevo un ojo.

El tipo me mira fijamente. Sacude la cabeza y luego asiente. —Sí—, dice. —Lo siento...

Mierda.

—¿No estás...?

Mierda.

—Dios mio—, dice el gondolero en voz baja. —¿Me das tu autógrafo?

—Creo que me has confundido con otra persona—, le digo.

Él sacude la cabeza enérgicamente ante eso. —Claro que no. Eres famoso, tío. Eres el primer padrino gay declarado y orgulloso.

Me acobardo. Finch resopla.

—O tal vez podría conseguir algo para la abuela...

Pero no es un teléfono lo que saca de su espalda.

Finch sigue riendo, con su cara inclinada hacia la mía, y estamos tumbados en la góndola, perezosos y relajados. El gondolero no pierde más tiempo, pero yo tampoco.

Cuando suenan los dos primeros disparos, hago rodar a Finch hacia un lado, arrojándolo al agua y fuera de la barca, que se balancea salvajemente.

Finch resurge, jadeando en estado de shock, mientras el asesino suelta otro disparo. Pero el agarre de Finch a un lado de la góndola hace que el asesino pierda el equilibrio, y yo tengo tiempo de dar una fuerte patada a la rodilla del tipo. Da un grito de dolor y cae de lado en el agua. Yo también ruedo por la orilla. El agua sólo llega hasta un muslo, y el gondolero ya se aleja cojeando como si hubiera decidido que es una causa perdida.

—¡Luca!

La gente a ambos lados del canal grita y corre, gritando sobre llamar a la policía, sobre un pistolero, pero sigo oyendo la voz asustada de Finch entre el ruido.

—¿Estás bien?— Lanzo por encima de mi hombro.

—Sí, pero tú...

El tipo, chapoteando en el agua, se gira y dispara a lo loco, y oigo cómo explotan las baldosas. Ha vuelto a fallar, pero compruebo que Finch sigue bien. Se ha agachado detrás de la góndola, con los ojos asustados, pero me hace un gesto de aprobación.

Me doy la vuelta y veo a mi objetivo intentando trepar por la barandilla, pero la patada que le di le dificulta el movimiento. Lo alcanzo con facilidad

y, tirando de su pierna herida, lo arrastro hasta el agua. Se le cae la pistola al caer, y ésta cae con estrépito a la pasarela del canal. Aterrizo de lado en el agua y yo lo levanto a medias por la parte delantera de la camisa, de pie sobre él.

—¿Quién te ha enviado?

—Vete a la mierda—, escupe, e intenta arremeter contra mí.

No voy a partirme los nudillos por este tipo. Simplemente lo empujo hacia atrás, manteniendo su cara bajo el agua.

Se agita y me golpea, pero tengo una ventaja considerable sobre él y no me cuesta nada mantenerlo debajo. Cuando juzgo que está lo suficientemente asustado, vuelvo a sacarle la cara.

—¿Quién te ha enviado?— Vuelvo a preguntar.

Tose y balbucea como respuesta.

—Te voy a ahogar. Lo entiendes, ¿verdad? Ahora dime: ¿quién te ha enviado?

Se limita a negar con la cabeza. Lo vuelvo a ahogar, lo saco de nuevo, pero sigue sin darme un nombre.

—Última oportunidad—, digo. Oigo correr, los pies que vienen hacia nosotros ahora en lugar de huir. —Vas a morir aquí en esta maldita agua sucia si no hablas. Ahora.

Muy roncamente, entre toses, todo lo que dice es otro: —Vete a la mierda...

Bien. Si así lo quiere. Lo empujo de nuevo hacia abajo, observando cómo se retuerce y se sacude, viendo cómo su cara se contorsiona en la agonía, mientras espero tranquilamente el final. Hay sangre flotando en el agua y mi cabeza empieza a dar vueltas.

Supongo que la adrenalina está desapareciendo.

—Luca—, dice una voz tranquila a mi lado. —Déjalo subir.

Miro y veo a Finch, tan empapado como yo, con la cara triste. No tiene miedo, no está enfadado.

Sólo... triste.

—Déjalo subir. Ahora mismo.

Saco al tipo del agua y lo tiro por el canal hasta unos escalones cercanos, donde lo tiro de espaldas. Escupe agua y vomita, y cuando termina de hacerlo, le doy un golpe bien calculado para dejarlo inconsciente.

—¿Está bien, señor Black?—, grita alguien. Levanto la vista y veo a un hombre vestido con vaqueros y camisa, apuntando con una pistola al gondolero inconsciente. ¿Seguridad?

—Estoy bien—, digo, pero entonces miro hacia abajo.

El agua no tenía tanto rojo antes. ¿No es así? Finch salpica hacia mí, hiperventilando.

—Estoy bien—, le tranquilizo, e intento tocar la herida de mi costado. Siseo entre dientes.

—No estás bien—, dice Finch, con los ojos muy abiertos, de un verde más oscuro de lo que nunca había visto, como sombras en un bosque.

El hombre de la pistola se acerca a toda prisa. —Tenemos que llevarte al hospital—, grita, como si quisiera que todo el puto Las Vegas se enterara de mis asuntos.

—En absoluto—, le digo. —¿Y quién demonios eres tú?

—Llama a una ambulancia—, dice Finch por encima de mí, y golpea con fuerza su mano sobre la herida de mi costado, haciéndome chillar. Presiona con fuerza, intentando detener el flujo de sangre. —Oye, tú—, dice, mirando al hombre. —Escúchame, ¿vale? No al tipo que se desangra. Llama a una ambulancia.

—No me estoy desangrando—, insisto, y retiro la mano de Finch y me subo la camisa para mirar la herida. La bala me ha desgarrado la carne, lo cual no es muy bueno, porque Dios sabe lo que hay en esta agua, pero sólo ha sido un disparo de refilón. No hay heridas de bala reales ni daños internos. —Te he hecho una pregunta—, digo, y vuelvo a mirar al tipo.

—Seguridad privada, cortesía del Sr. Vegas—. Bueno, eso lo explica todo. —El Sr. Vegas tiene un médico de guardia para sus, eh, invitados especiales...

—Bien—, decimos Finch y yo.

—Y este tipo de aquí, ¿quieres que me encargue de él?

Miro al gondolero y me imagino la tierra roja y las rocas del cañón que visité ayer. Sí, quiero que le limpien los huesos y los blanqueen bajo el sol de Nevada. Pero primero quiero información.

—Enciérralo para que pueda hacerle una visita más tarde. ¿Entendido?

El hombre vacila, pero luego asiente. —Podría ser mejor mantener a la policía de Las Vegas fuera de esto. Lo pondré en orden y se lo entregaré al Sr. Vegas hasta que esté listo para él.

—Agradezco su discreción—. No me gusta la idea de que Sonny Vegas nos haga seguir, pero por otro lado, no es inesperado.

—Mantendremos las cosas tranquilas para usted, Sr. Black, señor. Puede contar con ello.



El hombre de Sonny nos organiza un coche de vuelta al Blue Luna, donde Finch y yo somos llevados a toda prisa por una puerta lateral hasta nuestra habitación. Recibimos la visita de un anciano de aspecto enfermizo que no dice nada, sólo me cura y me da un paquete de antibióticos.

Finch está demasiado callado y no sé qué decir para romper el silencio. Sólo dice una cosa, mientras me levanto de la cama en la que he estado tumbado.

—¿Realmente ibas a matarlo?

Le pongo una mano en la mejilla. —Es la única manera de afrontar esas situaciones, pajarito. Este tipo de cosas, es como los gladiadores en la antigua Roma. Dos hombres entran; uno sale.

Él aprieta su cara. —¿No es eso *Mad Max*?

Puede que tenga razón. —Es lo mismo. Pero para responder a tu pregunta, sí. Sí, siempre eliminaré a los que intenten matarnos. Es la forma en que tiene que ser. Y a veces los mataré con mis propias manos. Siento que hayas tenido que verlo.

—No es eso. Sé lo que eres. El tipo de cosas que has hecho.

Tomo a Finch en mis brazos y hago lo posible por no hacer una mueca de dolor en mi costado. —Odio pensar que te he asustado, pajarito.

—No estoy asustado. Es sólo que todo lo que nos rodea parece tan negro. No hay nada... nada bueno para nosotros, en ningún sitio. Huimos de Nueva York por culpa de la Muerte, sólo para encontrarla esperándonos aquí también.

—¿Demasiada muerte?— Mi corazón se sube a mi boca mientras espero su respuesta.

He sido un hombre violento toda mi vida. No he querido que esa violencia toque a Finch, no después de lo que le pasó a su madre. Pero durante el tiempo que llevamos juntos ha sido torturado, amenazado, ha visto cómo mataban a gente delante de él, han atentado contra su vida...

Por mi culpa.

—Todo lo que sé es que no quiero seguir viviendo así. Escondido, asustado todo el tiempo... no por mí—, dice impaciente. —Para ti. Cada vez que me dejas me pregunto si será la última vez que te vea. Hoy te han disparado...

—Pero estoy bien. Y sabes qué, si los asesinos vienen a por nosotros aquí, se ha corrido la voz de dónde estamos. Será mejor que volvamos a Nueva York—. Pensé que esa noticia podría animarlo, pero no parece funcionar.

—¿Y luego qué? Allí es lo mismo. No estamos... no estamos seguros.

—Lo estaremos. Te lo prometo, pajarito. Estaremos a salvo. Sólo necesito tiempo para trazar mis planes. ¿Puedes aguantar un poco más?

Me mira y da un suspiro. —Claro que puedo. Hice una promesa, ¿no?

—¿Montar o morir?— pregunto con una pequeña risa.

Pero él asiente con tanta seriedad que me mata la sonrisa.

CAPÍTULO TREINTA

Finch

Por la noche Sonny Vegas viene personalmente a nuestra suite para disculparse en nombre de su ciudad y asegurarnos que se ocupará del hombre.

—No—, digo en voz baja, y por primera vez desde que entró en la habitación, Sonny me mira a mí en lugar de a Luca.

—No—, asiente Luca. —Finch me ha aconsejado -como mi *consigliere*, y he aceptado su consejo- que no hay que hacer daño al hombre. Además, me gustaría hablar con él.

—Nosotros—, digo con fuerza. —Nos gustaría hablar con él.

Luca me hace un gesto con la cabeza y luego ambos miramos a Sonny Vegas.

—Desde luego—, dice, con esa sonrisa afilada. —Sólo que, ya sabes, está un poco golpeado. Tal vez mañana, ¿eh? Dale al tipo una noche para recuperarse.

—Y para pensar en su situación—, digo. —Por favor, hazle saber que Don Luciano Morelli vendrá a visitarlo mañana. Y también Finch D'Amato.

Sonny me lanza una mirada de aprobación. —Lo haré. Sí, se lo haré saber. Bueno, buenas noches, caballeros... de nuevo, mis más sinceras disculpas. Me enoja mucho pensar que puedan haber tenido una mala impresión de mi ciudad natal.

—Ya lo he olvidado—, dice Luca, y los dos se dan la mano. —Ah, ¿y Sonny?—, dice, mientras Sonny abre la puerta. —Asegúrate de que nuestro hombre sobrevive a la noche, ¿Si? No hay oportunidades para el suicidio, ya sea autoinfligido o no.

Sonny resopla y se despide con la mano.

—¿Y si lo encuentran convenientemente muerto en su celda mañana por la mañana?— Le pregunto a Luca.

—Entonces sabremos con certeza que fue enviado por Sonny, o por uno de sus amigos de la Costa Oeste, y que fue asesinado para mantenerlo callado.

—O que alguien más...

—Ángel—, dice, con la voz calmada. —Todo saldrá bien.

Ojalá pudiera tener la misma confianza.



Los detalles de quiénes son exactamente los que retienen al hombre no están muy claros, pero es seguro que no hay ningún agente de la ley oficial involucrado, sólo agentes de la ley. Supongo que deben ser los hombres de Sonny, ya que la sala de detención está en el sótano del Blue Luna Lux, y reconozco a uno de los Capos de Las Vegas de las copas previas a la cena de la otra noche.

Eso me hace pensar: ¿Sonny invitó a todos esos soldados antes de la cena sólo para asegurarse de que nos vieran bien a Luca y a mí? ¿Para que no hubiera dudas sobre el objetivo del asesinato?

Me sacudo la paranoia como puedo en el ascensor al bajar. Nos acompaña el Capo, que se queda cerca de las puertas, mirando decididamente hacia otro lado, y me pregunto si es porque intenta mostrar respeto o si nos odia.

Estos días ni siquiera puedo decirlo.

Me pregunto cómo puede aguantar Luca a veces: averiguar en quién puede confiar y en quién no. No hay nadie digno de confianza, por lo que veo. Por lo que sé, nos dirigimos a una lluvia de balas en una habitación insonorizada, y nadie sabrá nunca lo que les ocurre a nuestros cuerpos.

Tengo un escalofrío, y Luca me mira y me rodea con el brazo para darme un abrazo lateral. —Todo bien, pajarito—, murmura en mi pelo, y luego vuelve a ponerse en posición de alerta.

No tiene sentido preocuparse por otro intento de asesinato aquí abajo, porque confío en que Luca me mantendrá a salvo. Mi instinto me dice que esto es legítimo, si es que mi instinto significa algo. Además, dejaron que Luca se quedara con su arma mientras bajaba. Supongo que eso es algo bueno. Pero entonces, Luca es igual de letal sin ella, como he descubierto en las últimas semanas. Romper cuellos, ahogar... no, no necesita un arma para matar.

Al menos sé que puedo confiar en Luca.

La familia. La familia es en la que pongo mi fe. Luca y el Hermano Frank y la Hermana Cee, mi pequeña hermana-falsa sobrina...

Y Tara. La única pariente de sangre con la que se me ocurriría partir el pan estos días, aunque quizá Róisín comparta una hostia de comunión.

Lanzo una carcajada nerviosa. El capo se sobresalta, luego sacude la cabeza y se ríe en voz baja. Luca me lanza una mirada inquisitiva, pero el ascensor ha llegado a la planta y las puertas se abren.

Nos recibe una sala de mafiosos, pero sin balas.

De momento va bien.

Sonny se adelanta vestido con un albornoz, como si se hubiera alejado de su aseo matutino sólo para asegurarse de que nos atendían. —Caballeros—, dice con un movimiento de cabeza.

—¿No hay problemas?— pregunta Luca, asintiendo con la cabeza.

—Ninguno en absoluto, aunque nuestro gondolero parece menos inclinado a cantar mientras está a mi cargo. Pero tal vez puedas sacarle una melodía.

Diré esto por Las Vegas: no ha conocido un cliché que no abrace, y Sonny es igual.

—¿Dónde está?— Luca pregunta, todo negocio. No tiene ningún interés en cacarear, me he dado cuenta. Mantiene las cosas limpias. Sencillas.

—Por ahí—, dice Sonny, señalando por encima de su hombro una puerta metálica con una pequeña ventana. —Te dejo con ello.

—*Grazie*—, dice Luca, ofreciendo su mano.

Me acerco a la puerta y miro por la ventana. Nuestro posible asesino está atado a una silla atornillada al suelo. Creo que las cuerdas deben ser lo único que lo mantiene erguido, porque desde mi punto de vista, parece inconsciente o casi. Mientras lo observo, una larga y fina línea de saliva teñida de rojo escapa de su boca y salpica el suelo para unirse a un pequeño charco.

—Lo has cuidado muy bien—, le digo con sarcasmo al guardia que está junto a la puerta. Es pesado y de aspecto estúpido, y no me mira mientras sonrío. Me doy la vuelta para alejarme, pero luego giro y le doy un golpe en el plexo solar, uno de los golpes que Luca me ha hecho aprender para la defensa personal.

Maldiciendo, el tipo se agarra el medio, más sorprendido que herido.

—No es tan gracioso cuando eres tú, ¿eh?— Le pregunto.

Todos los demás hombres de la sala se han puesto en alerta, pero, para mi sorpresa, nadie me apunta con un arma.

—Disculpen a mi marido—, dice Luca a toda la sala. —No suele ser un hombre violento.

—Por supuesto, por supuesto—, dice Sonny mientras las puertas del ascensor se abren de nuevo. El resto de los hombres se relaja.

Así que se me permite intimidar a los hombres de Sonny. El marido del Jefe de la Costa Este los supera.

Es bueno saberlo.

—Abre—, dice Luca, quitándose la chaqueta. Me mira fijamente mientras la cuelga en el respaldo de una silla. Siempre le acuso de no ser cuidadoso con su ropa cuando está en el trabajo. —Me gustaría hablar en privado con nuestro invitado.

Esperaba mucho más ruido de los interrogatorios de Luca, tengo que decir. Hay algún que otro lamento, muchos sollozos y ruegos, y no es nada divertido sentarse a escucharlos. Pero hay mucho menos gritos de lo que esperaba.

Me uno a una partida de póquer que el resto de los soldados está jugando en una pequeña mesa de cartas en un rincón, y me gasto tres mil dólares antes de que Luca termine. Sale con aire pensativo.

—¿Y bien?— pregunto, y me hace un gesto para que me aleje de la mesa.

—¿Vas a conseguir tu oportunidad, eh, Finchie?—, grita uno de mis nuevos amigos, y todos se ríen. No son tan malos cuando los conoces. Incluso el tipo al que le di un puñetazo se ha ablandado conmigo; y por ablandarse, quiero decir que estaba encantado de aliviarme de 500 dólares por una mano.

A veces se puede ganar con una pérdida estratégica.

Me acerco a Luca, que pone su boca cerca de mi oído. —Está a punto de romperse. Pero dice que quiere hablar contigo. ¿Conoces al tipo?

—¿No? Quiero decir que no lo creo. ¿Debería?

—No lo sé. No es italiano.

—Ninguno de estos tipos lo conoce—, digo, mirando a los mafiosos reunidos alrededor de la mesa de cartas. —Dicen que debe ser de fuera de la ciudad.

—Puede ser—. Luca parece preocupado. Desconcertado.

—¿Quieres que hable con él?

—No. Pero quería darte la opción. Ángel... no es bonito ahí dentro, ¿me entiendes?

Le miro a los ojos fríos. Luca no es un hombre que se excite con la violencia como lo hacen otros en esta sala, según las conversaciones que acabo de tener con el póker.

Luca no es un sádico. Es un realista que entiende cuándo el dolor y el miedo le son útiles. Si puedo tener eso en mente, puedo mantener mi mierda junta.

—Lo entiendo.

Luca me estudia durante un largo momento, y veo que quiere decirme que no, que ha cambiado de opinión. Pero entonces, con un suspiro y sus ojos levantados hacia el techo como si estuviera enviando una oración silenciosa, me entrega su pistola.

—Quédate atrás. Mantén el arma apuntando a su pecho. No te acerques a menos de un metro del tipo.

—Está medio muerto. ¿Qué tan amenazante puede ser?

—¿Quieres entrar? Haz lo que te digo.

Me encojo de hombros. —Bien. Lo que sea. Haré lo que me digas. Incluso puedes mirar por la ventana.

—Puedes apostar tu culo a que estaré mirando. Estaría ahí dentro junto a ti si no hubiera dicho que te quería ahí solo.

Eso me hace reflexionar. Pero tengo un arma. Y apretaré el gatillo si es necesario.

—Entraré y saldré.

Luca pone una mano en mi hombro. —Si no te dice nada útil en cinco minutos, está jugando a algún juego, y nos vamos. No quiero perder más tiempo aquí. ¿Entendido?

—Sí. Sí, lo entiendo.



La habitación huele a sudor, mierda y sangre. Se me ocurre entonces que este tipo, aunque se desahogue, no va a salir vivo de aquí. ¿Está buscando llevarme con él? ¿Se ha tragado una jodida bomba de relojería antes de que todo esto se hundiera?

Mi imaginación está sacando lo mejor de mí. Cierro la puerta y me pongo de espaldas a ella, haciéndome a un lado sólo cuando Luca da un golpecito en el cristal para que me aparte. Me desplazo hacia la otra pared para que Luca pueda vernos a mí y al tipo al mismo tiempo. Capto sus ojos a través de la ventana. Están alerta, depredadores.

Me cubre las espaldas.

Me aclaro la garganta. —Estoy aquí—, digo. —¿Qué es lo que podrías decirme?

La cabeza del tipo se echa hacia atrás sobre su cuello y me sonrío, sólo que le faltan los dientes delanteros y su boca es más sangre que carne. Sus dos ojos están cerrados, hinchados y rojos, y su nariz está torcida. —Hola—, grazna. —Realmente no pensé que vendrías aquí. Supongo que tienes más pelotas de las que el resto de estos tipos te atribuyen.

—Oh, ¿los mafiosos machistas son homófobos? Seguro que no—. No quiero entrar en una batalla de sarcasmo, pero es mi línea natural de defensa. —¿Qué quieres decirme?

—Acércate y te lo diré.

—No.

—Si no te acercas, no te lo cuento.

—Jesús, follame de lado—, suspiro. —Escucha. No me voy a acercar a ti. Estos vaqueros cuestan más que tu puto coche, amigo. No quiero que tus fluidos lleguen a ellos.

En realidad se ríe de eso, y odio que se ría. No quiero ser gracioso. Sólo quiero saber lo que quiere, y luego quiero irme. Las conversaciones con hombres muertos no se supone que sean jodidamente divertidas.

—Tu jefe no quería dejarte entrar aquí. Supongo que tenía la misma preocupación por tus vaqueros. De todos modos, no tengo coche.

Hay algo extrañamente familiar en su voz, pero no sé si es la falta de dientes lo que la hace extraña.

—No es mi jefe. Es mi marido. Deberías saberlo, a no ser que intentes hacer ver que ni siquiera sabes a quién te han mandado matar.

—Oh, lo sé mejor que la mayoría. Se ha hecho un nombre, tu jefe. Y puede que estés casado con él, pero no es tu compañero, chico. Él es tu Jefe. Él toma las decisiones, ¿no es así? Como por ejemplo, si te deja entrar aquí

o no—. Uno de esos ojos de película de terror intenta abrirse, mirándome a través de la habitación.

—Sólo dime quién te envió.

Se ríe de nuevo. —¿No lo sabes ya?

Entonces me doy cuenta de por qué su voz me resulta familiar. No es que lo conozca. Es la forma en que habla.

De todos modos, no tengo coche.

Cah. No es ‘coche’.

No son los dientes que le faltan, ni la nariz rota, ni la sangre que le hace la boca algodonesa. Lo que escucho es su acento. Al principio de nuestro viaje por el canal, estaba poniendo un acento italiano falso, y en ese momento pensé que era parte de su papel. Tal vez lo era. O tal vez estaba haciendo una broma privada.

—Eres de Boston—, digo estúpidamente.

—Orgullo bostoniano—, tose. —¿Me entiendes?

—Realmente no lo entiendo. ¿Te ha enviado Maggie?

Sonríe, se inclina hacia delante para escupir más sangre en el suelo. —¿De verdad crees que voy a responder a eso? No soy una rata.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—Quería pedirte un favor.

Mis cejas se disparan. —Debes tener las pelotas del tamaño de Júpiter, amigo mío, para intentar matarme y luego pedirme un favor.

Deja escapar una risita y luego un gemido. —Mierda. Mis costillas. Escucha, todo lo que quiero es que mi cuerpo sea enviado de vuelta a Boston—. Su cabeza rueda hacia atrás en su cuello. Está a punto de perder el conocimiento, creo. —No dejes que esos imbéciles me corten y me dejen en el desierto, ¿quieres?

Me río entonces, mi risa fuerte, y en la ventana Luca frunce el ceño al oírla. —No te debo nada, amigo.

—Somos chicos de Boston, ¿no?—, suplica. —Vamos. Envíame allí para que mi familia pueda enterrarme.

Ahora entiendo por qué quería pedirme este favor. Conozco esas importantes tradiciones en torno a los funerales, los velorios, el luto. Entré

en una fortaleza enemiga sólo para honrar esas tradiciones. Supongo que me ve como un blanco fácil en ese sentido. Una parte de mí quiere decirle que no me importa lo que le pase, pero no puedo hacer que mi boca diga esas palabras.

—Lo haré—, suspiro al fin.

Se ríe suavemente, la lucha ha desaparecido. —Entonces hazme un favor más y mátame ahora. Hazlo rápido. Estoy cansado de estos italianos.

Levanto la pistola y él da un suspiro de alivio, empieza a murmurar un Ave María.

Luca irrumpe en la puerta. —No...

—¿Sabes qué?—, digo, soltando la pistola. —Creo que voy a enviarte de vuelta a Boston vivo. Que mi hermana se ocupe de ti.

El tipo vuelve a levantar la cabeza e incluso bajo la hinchazón puedo ver el pánico en su cara. —¡No! Si no lo haces tú, deja que lo hagan estos imbéciles. Pero no me saques de aquí vivo.

Luca avanza hacia él, arrodillándose a su lado. —¿De qué tienes tanto miedo?—, le pregunta con urgencia.

Pero el tipo se calla, se hunde de nuevo en el silencio. Lo único que quería era arrancarme una promesa. No puedo aguantar más, esta escena, este hedor, la visión de Luca agachado en ese charco de sangre junto al tipo como si no se hubiera dado cuenta.

Quiero vomitar, pero estoy demasiado entumecido incluso para eso. Salgo de la habitación a trompicones, con las piernas temblorosas. El tipo empieza a suplicar, gimiendo: —¡No hagas eso! No puedes hacerlo. Tienes que...

Luca me sigue fuera, cerrando la puerta ante sus ruegos. Nos miramos el uno al otro, y entonces uno de los guardias se acerca gritando.

—¿Qué quiere que hagamos con él, Don Morelli?

—Matarlo—, le digo al guardia. —Que sea rápido.

—Ya lo tienes—, dice el guardia, y luego llama al otro lado de la habitación: —Oye, hoyuelos, ¿quieres hacer esto?—. Nos mira con una sonrisa. —Tenemos una piscina en marcha, y Dimp está muy atrasado.

—No—, dice Luca bruscamente. —Todavía tengo algunas preguntas para él. Sigue vivo hasta que yo diga lo contrario.

El guardia mira entre Luca y yo, inseguro. Pero luego se encoge de hombros y se aleja. —Qué pena, Dimp.

—Vamos—, me dice Luca bruscamente, y casi me arrastra hasta el ascensor.

—¿Por qué no puedo decir quién vive y quién muere, Luca?—. Le siseo una vez que subimos. —¿Sólo porque eres el Jefe puedes elegir?

—Eso es exactamente así, Finch—, dice con calma.

—No soy tu maldito lacayo—. Me quito el brazo de encima.

Me mira fijamente. —Por supuesto que no lo eres. Por eso no quería...

Las puertas se abren en el vestíbulo y salgo furioso, atravieso el hotel y me dirijo al siguiente ascensor para llegar a nuestra habitación.

Oigo que Luca me llama, pero no miro atrás.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Luca

Cuando llego al ascensor en el que se ha metido Finch, ya está lleno de gente, y nos quedamos en silencio mirando los números del salpicadero que suben. Incluso cuando la última persona sale del ascensor, no dice nada, sólo golpea con su puño el metal de la pared del ascensor.

Está en medio de una tormenta y no hay nada que pueda hacer para detenerla. Sólo tengo que esperar a que pase.

—¿Qué demonios ha sido eso?—, pregunta en cuanto la puerta de nuestra habitación se cierra tras nosotros. Le tiembla la voz. —Puede que seas 'el Jefe', Luca—, escupe, haciendo comillas al aire, —¡pero no eres mi jefe!.

—¿Quieres replantearte eso?— No me molesto en mantener el filo de mi tono, dejo que esté en evidencia. —Escucha, ángel. Puede que seas mi marido, y puede que me hagan flaquear las putas rodillas cada vez que te miro, pero será mejor que lo creas: cuando se trata de negocios, yo soy tu jefe. Y yo tomo las decisiones en materia de negocios. ¿Y esto? Es un asunto de negocios.

Me mira fijamente, con la boca abierta. —Podría abofetearte ahora mismo, ¿lo sabes?

—Bueno, supongo que puedes intentarlo. Incluso puedes darme un puñetazo como se lo diste a ese soldado de ahí abajo, que estaba de pie ocupándose de sus propios asuntos. Y después de eso, voy a volver a bajar y voy a romper ese falso gondolero. Averiguaré qué está pasando exactamente, y luego me encargaré de él.

La cara de Finch está toda roja, y parece que está a punto de estallar como un petardo. —¿Ah, sí?

—Sí. Y luego supongo que pagaremos para enviar su puto cuerpo de vuelta a Boston.

Respira profundamente para seguir gritándome, pero entonces toda la furia se le escapa como agua por el desagüe. —Quería morir.

—Y lo hará. Una vez que me haya dicho lo que necesito saber.

—No, no me refiero a eso. No entiendo qué le asusta tanto de mi hermana como para preferir morir aquí, lejos de casa. ¿Qué diablos está haciendo estos días que hace que los hombres le tengan tanto miedo?

Yo también me lo he preguntado. —¿Estás seguro de que lo envió Maggie?

Finch me mira como si estuviera loco. —Lo dijo él mismo. Además tiene acento de Boston.

—¿Realmente dijo 'Maggie Donovan me envió a matarte'?

Finch pone los ojos en blanco, pero antes de volver a hablar, se detiene y piensa. —No—, dice lentamente. —Me dijo que no era una rata.

Eso hace que aumente mi estimación del tipo. Por lo menos todavía hay algo de honor alrededor.

—Pero Maggie era, como, el subtexto—, continúa Finch. Además, si no es Maggie, ¿quién más me quiere muerto? Fuscone se ha ido.

Hay algo de lo que Finch no se ha dado cuenta. Pero, después de nuestras últimas conversaciones, no quiero señalarlo y que le dé vueltas en la cabeza.

—Debe ser Maggie—, digo. Me acerco a Finch con cautela, como si fuera un animal traicionado demasiadas veces por manos humanas. Cuando estoy seguro de que no saldrá corriendo, lo atraigo hacia mí y lo abrazo tan fuerte como mi estómago me lo permite.

El asunto es que este asesino no apuntaba a Finch. Me apuntaba a mí. Y claro, tal vez pensó que se llevaría el músculo primero. Pero, ¿y si no era eso? ¿Y si yo era el objetivo?

No es que Maggie Donovan no me odie, pero su fijación siempre ha sido Finch. Si viene a por mí, sugiere que está haciendo un favor a alguien. ¿Un nuevo aliado?

Si estuviéramos en Nueva York, aún tendría recursos a mi alrededor. Podría preguntar por ahí, averiguar si hay algún rumor. Por desgracia, matar a Sam Fuscone y huir de la ciudad como un cobarde no era algo que previera y tenía pocos imprevistos para hacer frente a algo así.

No como un cobarde, me recuerdo a mí mismo. Lo hiciste por Finch. Para mantenerlo a salvo.

—Pero si no es Maggie—, dice, y luego se detiene, agarrándose el pelo. —Si es otra persona, ¿significa que es uno de nuestros hombres? O...— Se pone pálido. —¿O significa que deberíamos haber aprendido la lección?

—¿Qué lección?

—Nunca confíes en un Donovan—, dice sombríamente. —Quizá Tara nos quiera muertos junto con Maggie.

—Eso es una exageración—, le digo suavemente. Sigue tirando de su pelo, tirando bruscamente de él. —Por favor, deja de hacer eso—. Le cojo las manos y las estrecho entre las mías.

Su cara se queda en blanco. —No puedo seguir haciendo esto, Luca. No puedo seguir dejando que la gente se acerque a mí sólo para traicionarme.

Tengo en la punta de la lengua decirle que no debería hacerlo, que debería levantar muros como yo, y no dejar que nadie se acerque, porque es la única forma de estar realmente a salvo. Pero he visto a Finch así en los últimos meses, lo he visto acercarse a mi propia visión más cínica del mundo.

No le conviene.

Y no es saludable para él. No está hecho para funcionar en una atmósfera de duda y pesimismo. No es que confíe ciegamente, nunca ha sido así. Pero necesita gente a su alrededor. Cuando las aleja, acaba intentando arrojarse por la ventana o tragando puñados de pastillas.

—No hay ninguna razón para que creamos que Tara es una mente criminal—, señalo. —¿Por qué trataría de eliminarnos?

—Porque está trabajando con Maggie—, susurra Finch. —Tiene sentido. No le dijimos a nadie más que a Tara dónde estamos, y el día que ella se va, alguien de Boston intenta matarnos.

Él tiene un punto válido allí. Pero aún así. —Otras personas lo sabían.

—No la gente que nos quiere muertos. Quiero decir, si no es Tara, ¿entonces es Angelo? ¿O Marco? ¿O Frank? Ellos son los únicos que sabían a dónde nos dirigíamos.

—No estás pensando bien, pajarito—, digo suavemente. —Hay formas de averiguar información. Fuimos cuidadosos, pero estas cosas se saben. Las redes sociales...

—Vamos. ¿Por qué no iba a decir que era Maggie si...?

—Para.— Le puse un dedo en los labios. —El único objetivo que tenía ese tipo era joderte la cabeza, y lo consiguió. Lo consiguió lo suficientemente bien como para que tú...— Me detengo, sin querer pensar en ello.

—¿Qué importa si ordeno matar a alguien?— susurra Finch. —No es como si lo hiciera yo mismo. Los guardias lo habrían hecho por mí. Lo haces todos los días, ordenas un golpe.

—Sigues diciendo eso, pero es muy, muy falso.

—Has matado a hombres con tus propias manos.

No quiero que me mire las manos y vea sangre. Quiero que mire mis manos y sienta placer. Recordando las cosas maravillosas que pueden hacerle. Cómo pueden hacerle sentir. Le retiro el pelo desordenado de la frente, ese pelo tan dorado y brillante, que me recuerda a un joven César Augusto, hermoso pero cansado.

—Matar a un hombre, de palabra o de obra, no es algo que haga a la ligera. Nunca. Y no quiero que pienses que voy por ahí matando indiscriminadamente.

Después de un momento, sacude la cabeza. —Sé que tienes tus razones. Pero yo tenía las mías al querer a ese imbécil muerto, Luca. Se suponía que era una misericordia.

—¿No lo entiendes, ángel? El asesinato es un pecado mortal. No quiero que lleves esa mancha en tu alma.

Se aleja de mí, irritado. —Pecado, almas... sabes que no creo en toda esa mierda.

—Entonces cree en esto—, digo, agarrando su mano para atraerlo hacia mí. —Es un crimen capital, y Nevada tiene la pena de muerte.

Al menos, eso le hace reflexionar, aunque sigue frunciendo el ceño. —Lo que has dicho antes no es cierto. Tú no eres el jefe en esta relación.

Sacudo la cabeza, sorprendiéndolo. —No, pajarito. No lo soy, y no me refería a eso. ¿Tú y yo? Afrontamos las cosas juntos, en igualdad de condiciones. Pero cuando se trata de negocios, mi palabra es ley. Tiene que serlo. Mi poder en la Familia no puede ser visto más que como absoluto. Si nuestros enemigos sienten alguna debilidad en mi liderazgo...

—Que se jodan nuestros enemigos. Y que se joda Maggie. Y que se joda el tipo de abajo por meterse así en mi cabeza—. Se aparta para pasearse por la habitación, pasándose las manos por el pelo de nuevo. —Vale. Tienes razón sobre Tara. Realmente no creo que ella tenga nada que ver con esto. Pero quiero a Maggie muerta. ¿Me oyes, Luca? Lo haré yo mismo si tú no lo haces.

No puedo seguir viendo a Finch pasearse por la habitación, así que me quito la chaqueta y la cuelgo sobre una silla, y luego empiezo a desabrocharme la camisa. —Si lo recuerdas, iba a matar a tu hermana Maggie.

—Y debería haberte dejado—, dice con amargura. Entonces, por fin, parece darse cuenta de que estoy a medio vestir. —¿Por qué estás...?

—Porque huelo a cámara de tortura. Y tú también. Así que ven a ducharte conmigo y deja que te cuide un rato. ¿De acuerdo?

Por un momento creo que va a decir que no, pero entonces se da una olida subrepticia y pone cara de circunstancias.

—Vamos, ángel—, le digo suavemente, acercándome. —Deja que te ayude a limpiarte.



Finch insiste en revisar mi herida antes de ducharnos. Se está curando bien, y me pone otro vendaje impermeable, con sus dedos, con suavidad. El cuarto de baño es un enorme templo del lujo de cristal y cromo, con una enorme ducha de doble cabezal y luces azules que desaturan los colores. Bajo ellos, la saludable piel dorada de Finch parece adquirir una palidez, y lo lavo suavemente por todas partes como si estuviera enfermo. A veces odia que lo trate así, como si fuera frágil y precioso.

A veces, como ahora, simplemente lo acepta.

Después, ambos nos tomamos unos analgésicos. Meto a Finch en la cama como a un niño y me acurruco cerca de él. Apenas ha pasado la hora de comer, pero está agotado.

—Siento que nunca va a parar—, dice en voz baja. —Seguirán viniendo a por nosotros, intentando destrozarnos.

—Nunca lo conseguirán—, le digo. —Mientras te tenga a ti, tengo todo lo que necesito.

Él suspira. —Pero eso no es cierto, ¿verdad? Puede que los Beatles cantaran sobre que el amor es todo lo que necesitas, pero no les faltaba precisamente una o dos libras—. Pone un acento de Liverpool deliberadamente malo para decir la última parte. Al menos, espero que sea malo a propósito.

—Nosotros tampoco—, señalo.

—Pero todo es tan tenue, y yo sólo...— saca las manos de debajo de la colcha y se las pone sobre la cara. —Tal vez sólo necesito una siesta—, dice, amortiguado.

Una vez que me aseguro de que está dormido, me levanto, me visto y me pongo a pensar. Tal vez venir a Las Vegas fue un error. Lo único que ha

hecho es alejarnos más de la gente en la que confío, más lejos de mis propios recursos.

Sabía que tarde o temprano nuestra presencia en Las Vegas se iba a conocer. La realidad es que hay una miríada de personas que nos quieren muertos, y quienquiera que haya enviado a este asesino era sólo uno de los muchos. Compruebo mis alertas, pero la desaparición de Fuscone ya ni siquiera es noticia. Sin embargo, la Clemenza, la Comisión, los federales... ya deben haber descubierto que ha desaparecido.

Y también quién estaba involucrado.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Es Sonny Vegas, con una amplia sonrisa, pero con algo detrás de los ojos que no puedo identificar. Le invito a entrar y viene, aunque afirma que no puede quedarse mucho tiempo. No quiere sentarse cuando se lo pido.

—Escucha, sólo quería venir a decirte, de Jefe a Jefe, que mis hombres la han cagado con ese gondolero.

—La jodieron—, repito con neutralidad.

—Sí, se excedieron después de que te fueras. Siento decirte que el tipo, ya sabes. Se pasó de la raya. Quería disculparme en persona, porque sé que querías volver a interrogarlo. Y voy a tener una charla con los chicos, no te preocupes por eso.

Le miro durante un largo momento. Hace fresco en la suite, el aire acondicionado se esfuerza por mantener una temperatura nivelada, pero mientras lo observo, un pequeño pinchazo de sudor brota en la frente de Sonny.

—Es difícil conseguir buena ayuda en estos días—, digo después de que pase otro momento.

—Lo siento mucho—, dice Sonny, frotándose la mejilla.

—Quiero que envíen el cuerpo a Boston.

—Claro, claro—, dice. —Podemos organizarlo para ti. Escucha, odio que tu segunda luna de miel se haya interrumpido como lo hizo. Esta es mi ciudad. Me siento responsable, ¿sabes?

Levanto una ceja. —No te lo reprocharé, Sonny. Estas cosas pasan.

—Lo hacen, lo hacen—. Vuelve a frotarse la mejilla y luego asiente de nuevo. —Bueno, me alegro de que hayamos tenido esta discusión. Y

recuerda que te apoyamos, Don Morelli, todos los de la Costa Oeste. Puede contar con nosotros.

—Es bueno saberlo.

Nos damos la mano.

Él se va.

Empiezo a hacer la maleta.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Finch

Es un alivio estar de vuelta en Nueva York, aunque nunca le admitiría a Luca lo mucho que he echado de menos mi ciudad. Las Vegas fue divertida a su manera, hasta la última parte. Pero nada se compara con Nueva York. Conozco esta ciudad como un amante. Es mi hogar de una manera que Boston nunca será -nunca podría ser- y cuando estoy lejos de ella, no me siento completo.

Además, tengo la oportunidad de dejar atrás todos esos recuerdos de muerte y tortura de Las Vegas, y retomar todos esos recuerdos de muerte y tortura de Nueva York.

Sin embargo, con Celia todavía fuera de contacto en la isla, el hermano Frank en el hospital y Marco siguiendo cada paso que doy -no es que no esté agradecido, entiéndase, le debo la vida al hombre varias veces-, Nueva York no es el lugar deslumbrante que suelo encontrar.

La verdad es que estoy abatido.

Toda mi rabia ha cedido y sufro un malestar de bajo nivel que hace que me cueste salir de la cama. El tipo de hastío que solía ahuyentar con fármacos o con subidones sexuales... Sin embargo, esos métodos en particular nunca funcionaron.

Y todos mis esfuerzos por hacer el bien los viernes también acabaron en asesinato.

Aun así, decido que debería ir a ver a Aidan. Ver cómo le va a esa pequeña perra loca. Preguntarle cuál es su maldito daño, tratando de recibir una bala por mí de entre toda la gente. Además, tengo una pregunta que quiero hacerle. Algo que se me ocurrió sólo en Las Vegas cuando estaba interrogando al gondolero.

Así que cuando llega el viernes por la tarde, le chasqueo los dedos a Marco y le digo que traiga el coche.

Lleva todo el día acomodado con un maratón de Real Housewives del viernes, y no parece contento con la idea de salir. —No sé, Sr. D, esa iglesia no es el tipo de lugar al que al Jefe le gustaría que volvieras, y...

—¿Para quién trabajas, Marco? ¿Para mí? ¿O para el Jefe?— Le dirijo mi mirada más imperiosa, la que mamá perfeccionó y me transmitió, y él mira hacia otro lado, sin querer responder.

—Está bien, está bien. Pero te mantienes a mi vista en todo momento. ¿Entiendes?

—La última vez lo hiciste bastante bien incluso cuando no estaba a tu vista—, le recuerdo, poniéndome el abrigo. Estos días está haciendo frío ahí fuera, o quizá me he acostumbrado al calor de Las Vegas.

—Sobre eso—, dice, mientras salimos hacia el coche. —Ese día en la iglesia. Toda esa mierda que le dijiste a Fuscone antes de que apareciera el Jefe...

—Olvídalo—. Me deslizo en el asiento trasero, cierro la puerta en lugar de esperar a que Marco la cierre, y espero que eso sea el final del sermón.

No lo es.

—No puedo olvidarlo, Sr. D—, continúa Marco mientras se desliza en el asiento del conductor. Me mira por el espejo retrovisor, ajustándolo para poder ver mi cara. —Mi trabajo es no olvidarlo. Y lo que digo es que mi trabajo sería más fácil si no estuvieras tan empeñado en que te maten.

Suspiro y miro con atención por la ventana. —Siento haberte hecho la vida tan difícil.

Se gira en el asiento delantero para mirarme fijamente. —Si no te importa que te lo diga, Sr. D, vete a la mierda.

Giro el cuello tan rápido que me da un calambre. —Ow. ¿Qué demonios acabas de...?

—Ya me has oído.

Estoy tan sorprendido que no sé ni qué decir. Por primera vez en mucho tiempo, me he quedado sin palabras. Pero no necesito hablar, porque Marco me está hablando. A mí.

—Sé que lo has pasado mal últimamente, Sr. D, y me siento mal por ello, todos lo hacemos, toda la Familia, sólo que tú te alejaste tanto de nosotros que no lo sabrías. Pero estoy cansado de que actúes como si estuvieras solo en el agujero cuando tienes un puto ejército detrás. Cuando te casaste con el Jefe y te hizo una promesa, no la hizo sólo si mismo. ¿No lo sabías? Puede que hubiera algunos gilipollas que prefirieran deshonorarse a sí mismos y a la Familia e intentar haceros daño, pero no somos todos. Ni siquiera es la mayoría de nosotros. En realidad nos importáis una mierda, los dos. Y a mí me importan una mierda personalmente. Te quiero como a mi propio hermano, y odio verte así, o actuando como si no te importara tu propia vida.

Tienes amigos, chico. Más que amigos. Hermanos. Familia. Así que...— se da la vuelta. —Así que recuerda eso.

Arranca el motor y saca el coche por la Quinta Avenida mientras yo me quedo sentado, atónito, todo el camino hasta la iglesia.

Al principio rechazo por completo lo que ha dicho. Palabras bonitas, eso es todo. Sólo son bonitas para mí debido a mi posición: Primer Caballero, Esposo del Jefe, Consorte del Rey.

Pero a mitad de camino considero que tal vez Marco sólo está... diciendo la verdad. Desde luego, tiene razón sobre Luca; todo el mundo le quiere, aunque él mismo no lo crea, al menos los que quedan en la Familia. Tengo que decir que me sorprendió la cantidad de chicos que se quedaron, especialmente después de que Luca les diera permiso para salir sin ninguna penalización.

Diablos, si hubiera sido yo, me habría largado en la primera oleada.

Luca habla mucho de la lealtad de la familia, pero me pareció que era de boquilla. Tal vez mis propias experiencias con la traición y las mentiras me han hecho cínico sobre la confianza en los demás. Pero cuando pienso en lo que dijo Marco, se me ocurre que sí parece haber muchos Morellis que disfrutan de mi compañía, o al menos lo fingen lo suficientemente bien como para que nunca haya cuestionado su sinceridad. A todas las esposas, por ejemplo, les encanta que vaya a las mañanas de café y pasteles, aunque sea una perra sarcástica con todas ellas a sus espaldas, y a la cara.

E incluso los hombres de la Familia, aunque les costó un poco acostumbrarse a mi fabulosidad, siempre me saludan por su nombre, y no ponen cara de sorpresa cuando hablo de un asunto de la Familia. Puede que solo sea el consigliere no oficial de Luca, pero seguro que escuchan lo que tengo que decir. Y Luca también, para bien o para mal.

Marco se detiene frente a Nuestra Señora de la Merced y se acerca a abrirme la puerta como siempre. Después de cerrar la puerta, lo detengo un momento, con la mano en el hombro. —Gracias, Marco—, le digo. Y le doy un fuerte abrazo, dándole una palmada en la espalda, haciéndole gruñir.

—Cuando quieras—, dice bruscamente, y si no lo supiera, casi pensaría que se está emocionando.

Entramos por las puertas principales y llamo a Aidan desde la nave. Si hay alguien aquí esperando para matarme, supongo que será mejor que lo saquemos a la luz antes. Y entonces me recuerdo a mí mismo que no debo seguir pensando así.

Justo cuando estoy debatiendo si esconderme o no detrás de Marco, se oyen pasos que salen de uno de los pasillos laterales y aparece Aidan, parpadeando y nervioso.

Se detiene en seco cuando me ve, y luego esboza una pequeña sonrisa. —Oh. Eres tú. No esperaba...

Me acerco a él a grandes zancadas y él se interrumpe, mirando con recelo. Pero entonces lo rodeo con mis brazos y le doy el mismo abrazo que le di a Marco fuera.

—Supongo que te debo una, ¿eh, Sacerdote?

Aidan suspira. —Te sigo diciendo...

—Sí, sí, no eres un sacerdote. Entonces, ¿qué pasó con el Padre B?

—Está siendo investigado por la Oficina del Arzobispo sobre fondos irregulares en sus cuentas personales—, dice Aidan en voz baja, mientras nos lleva a Marco y a mí de vuelta al pasillo. —Tenemos un nuevo sacerdote principal en Nuestra Señora. Es mucho más simpático, sin que eso suponga ninguna diferencia, por supuesto, porque Dios actúa a través de todos los hombres de diferentes maneras...

—Oh, Dios mío—, digo. —Casi había olvidado lo molesto que eres en realidad, con toda mi gratitud por haberme salvado el culo.

Aidan da otra pequeña sonrisa. —No sé si te he salvado el culo, sino que he provocado un retraso suficiente para que lleguen los verdaderos héroes.

—¿De verdad lo ves así?— Pregunto, y luego me detengo en seco cuando me doy cuenta de que nos está llevando a la antigua oficina del Padre Benedicto.

—Oh, este es mi despacho ahora—, me tranquiliza Aidan, al darse cuenta de mi vacilación. La placa ha desaparecido de la puerta. —El nuevo cura se reparte las tareas con San Patricio, así que me dijo que podía usar el despacho cuando quisiera. Y, bueno, ¿no es así como lo ves: un acto de héroes? Tu marido llegó como un ángel vengador y nos salvó a todos.

—Sí, matando a un tipo.

El rostro de Aidan se vuelve serio mientras toma asiento detrás del escritorio del padre Benedicto, su escritorio, ahora. Frente a él hay una pila de esos malditos boletines. —No voy a negar que es algo que preferiría no haber presenciado en mi vida—, dice, —pero no había otra forma de que te salvara a ti, o al resto de nosotros. Y también le estaré eternamente

agradecido a su pobre hermano, que recibió una bala que por derecho debería haber sido mía.

—¿Sabes qué?— Pregunto, molesto. —A nadie se le debe una bala. — La muerte siempre está entre nosotros—, comienza Aidan, con esa entonación zumbona que sé que precede a un sermón.

—Oh, que se joda la Muerte—, digo. —Ya he tenido suficiente de ese imbécil para toda la vida. A partir de ahora, voy a centrarme en vivir la mejor vida que pueda, aunque tenga a curas molestos como tú intentando detenerme a cada paso.

Aidan no sabe si ofenderse o no, pero, como siempre, se ríe.

—En realidad—, continúo, —si quieres ver al hermano Frank, Marco y yo vamos a ir al hospital esta tarde a verlo. Podrías acompañarnos, si le quieres tanto.

—Me gustaría—, acepta Aidan con una suave sonrisa.

—Comprende—, le advierto, —también es un hombre de familia. ¿Infringe alguno de tus extraños códigos morales ir a verlo?

—Últimamente empiezo a entender que la línea entre el bien y el mal no es... tan clara como pensaba.

Es lo más parecido a una admisión de matices de gris que voy a conseguir del chico. Miro a Marco por encima del hombro. —¿Te parece bien?

Me asiente con la cabeza, sorprendido. Normalmente no le hablo mucho a Marco cuando salimos, lo trato como si fuera una nulidad. Es un movimiento estúpido que nunca habría hecho antes de casarme, un mal hábito en el que he caído en parte porque Marco es muy bueno haciéndose invisible en mi vida.

Pero mi madre me educó mejor que eso.

Asiento en respuesta a Marco en señal de agradecimiento. —Entonces salgamos de aquí.



Una vez que el chico sacerdote y yo nos hemos abrochado el cinturón de seguridad en el asiento trasero y Marco nos ignora en favor de la radio, le doy un golpe fuerte en el nudillo del dedo meñique a Aidan para llamar su atención.

—¡Ay!

—Shh. Escucha. Necesito preguntarte algo.

—¿Qué es?—, pregunta, bajando la voz a mi propio volumen.

—Ese tío tuyo, Jim O'Leary. Mi antiguo guardaespaldas. El que me delató—. Dudo, preguntándome exactamente cómo decirlo. —¿Qué le pasó exactamente?

Aidan frunce el ceño, con los ojos oscuros serios. —¿Por qué lo preguntas, Finch?

—Sólo dime lo que sabes sobre su muerte.

Mueve la cabeza, pero no es porque esté diciendo que no. —No sé nada. Ni siquiera estuve en el funeral. Conozco rumores e historias, eso es todo.

—¿Y?— Pregunto. Aidan envía una mirada a Marco. —Mira, no te vas a meter en problemas por contármelo.

—Todo lo que sé es que estuvieron sacando partes de él del puerto durante semanas. Y... no fue una muerte rápida. Eso es todo lo que sé.

—¿Pero se dice que los Donovan lo hicieron?

—Bueno—, dice Aidan, y duda. —Tu padre tenía sus razones, ¿no? Jim O'Leary traicionó a su único hijo.

Asiento y vuelvo a sentarme, y Aidan vuelve a mirar por la ventana.

El caso es que no me lo creo del todo de mi padre.

Maggie, claro. Ella ordenaría un golpe sin tomar un respiro. Pero no tenía ninguna razón para castigar a Jim O'Leary. Al contrario, le habría dado las gracias. Se suponía que ese día iba a terminar muerto, y sólo la suerte y el destino -el destino, creo, con una pequeña sonrisa- hicieron que no lo hiciera.

Además, mi padre ya había trasladado a la familia Donovan a nuevos negocios, lejos del crimen. Y tampoco es que tuviera mucho amor por mí en ese momento. ¿Howard Donovan realmente habría ordenado el brutal asesinato de mi antiguo guardaespaldas?

Un golpe limpio, tal vez. Pero ¿tortura y desmembramiento? Ese no era el estilo de Donovan, ni siquiera cuando estábamos sucios.

Todavía no sé qué significa todo esto, pero más tarde se lo diré a Luca, a ver qué piensa. Quizá podamos descubrirlo juntos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Finch

Frank está en el mismo hospital en el que estaba Connie, y tengo una sensación de déjà vu al caminar por los pasillos. Sólo aumenta cuando llegamos a su habitación, y hay un par de soldados del equipo de Staten Island fuera, además de Hudson Taylor sentado en los asientos frente a la puerta, dormido con las piernas estiradas, convirtiéndose en un maldito peligro para el personal del hospital que sube y baja por el pasillo.

—Ha estado aquí todos los días—, me dice Darla, la enfermera, mientras nos registramos. Me alegro de que lleven un registro de sus visitas. —Me alegro de volver a verle, señor D'Amato, aunque siento que sea siempre en circunstancias difíciles.

—Me alegra saber que Frank está bajo los mejores cuidados—, le digo sinceramente. —Este es Marco, por cierto—, añado, preguntándome con una puñalada de vergüenza si alguna vez me he molestado en presentarlo por su nombre. Demasiado para mis malditas habilidades interpersonales. —Y el padre Aidan.

—Sólo Aidan.

—Vamos a despertar a nuestra bella durmiente, ¿de acuerdo?— Sugiero, después de haber intercambiado saludos.

Al igual que antes, doy una patada a las piernas de Hudson, que empieza a despertarse, mirando fijamente a su alrededor. —Cálmate, chico—, le digo. —Sólo somos nosotros. ¿Qué demonios estás haciendo, roncando como un loco aquí?

No tiene tan mal aspecto como cuando Connie estaba enferma, pero aún le vendría bien una cama de verdad y una buena alimentación, por su aspecto.

—No quería que el Sr. Frank estuviera solo. Echa de menos a su señora algo terrible, Sr. D'Amato.

—Conozco el sentimiento—, murmuro. Estoy deseando que llegue el día en que Cee pueda volver a casa sin miedo. Pero ese día parece alejarse cada vez más.

—Además, nunca se sabe quién puede descubrir que está aquí—, añade Hudson en un susurro. —Quiero vigilar.

—Tenemos guardias—. Miro con el pulgar por encima del hombro a los soldados que están allí, y Hudson les lanza una mirada sospechosa.

—Claro, pero Connie también tenía guardias—, dice dudoso.

—¿Cuestionas nuestro compromiso, imbécil?—, gruñe uno de los guardias, dando un paso adelante.

Suspiro, levanto la mano y él retrocede.

—¿De verdad crees que Luca tendría a estos dos asignados a su propio hermano si no confiara plenamente en ellos?—. Pregunto. No podemos permitirnos el lujo de alejar a ninguno de nuestros hombres en este momento, y he aprendido mi propia lección sobre acusar a la gente de ser ratas con Marco.

—Maldita sea,— murmura el guardia.

Hudson se encoge de hombros. —Supongo que no.

—¿Por qué no nos besamos y hacemos las paces?—, sugiero, haciendo que Hudson se ponga de pie. —Luego podemos entrar a ver a Frank.

Hago que Hudson se dé un apretón de manos y dé un Perdón murmurado a los dos guardias, y luego abro la puerta en silencio. Con Marco, Aidan y Hudson siguiéndome, entro en la habitación de Frank.

Esperaba que estuviera durmiendo, con las cortinas echadas sobre las ventanas y alrededor de su cama, pero Frank está sentado jugando a la Xbox en la televisión del hospital, con múltiples vasos de gelatina vacíos y latas de Guinness arrugadas esparcidas a su alrededor.

—¡Hermano Frank!

—¡Eh, Principessa!—, me dice, siempre demasiado alto para el interior. —Dame un segundo, estoy a punto de patearle el culo a este imbécil.

Está jugando a un juego de guerra, y toda la planta del hospital parece estar recibiendo una educación en lenguaje soez. Le dispara un enemigo, vuelve a maldecir en voz alta y tira el mando. —Nunca fui bueno en estos juegos. Mejor en la vida real, ¿eh?— Y entonces levanta su brazo bueno, esperando que le den de lleno. —¡Tráelo!

Me acerco a abrazarlo con cautela, pero me aprieta con un apretón de vicio antes de dejarme ir, casi sin aliento. Apesta a cerveza, lo que no es una buena señal. Entonces mira por encima de mi hombro. —Marco, amigo—, dice con un movimiento de cabeza y una sonrisa. —Huddie-boy, ¿todavía aquí? ¿Y quién es este tipo? Oh, mierda, te conozco. Eres el tipo que me hizo tirarme al suelo.

—Él es...

—Aidan—, dice Aidan rápidamente. —Quería venir y darte las gracias por irrumpir como lo hiciste. Si no hubiera sido por ti, ahora estaría muerto.

—No se puede ir por ahí disparando a los curas—, dice Frank, sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido. —Eso no está bien.

Esta vez, observo, Aidan no se molesta en corregir su estado.

—¿Qué tal en Las Vegas?— brama Frank.

—Estuvo bien—, digo con cautela. —No sé si volvería a ir.

Frank se encoge de hombros como si no estuviera lesionado. —Allí no hay más que desierto y juego. No sé lo que la gente ve en ese lugar. Tampoco le saqué mucho más a Luca sobre la escapada a Las Vegas. Supongo que estuvisteis follando todo el tiempo, ¿eh?

Sonrío, mientras Aidan hace una mueca. —Algo así—. No quiero hablar de negocios aquí, especialmente delante de Aidan y Hudson. Pero más tarde, cuando tenga algo de tiempo con Frank a solas, y cuando esté menos lleno de Guinness, le contaré la historia completa. —¿Y tú, Frankie? ¿Qué has estado haciendo?

—No mucho, excepto Call of Duty y cabrear a las enfermeras con mis palabrotas. A Hudson tampoco le gusta mucho. Por eso estaba fuera. Dice que soy demasiado violento.

—¿Alguna visita?

—Claro, mi antiguo equipo vino a visitarme, y los Capos también. Y nuestro nuevo amigo irlandés me envió lo que realmente me curará—. Me guiña un ojo y señala con la cabeza una de las latas de cerveza rotas.

Hay un silencio mientras asimilo exactamente lo que acaba de decir, mientras Frank sonríe ante su propio ingenio. —¿Qué nuevo amigo irlandés?— Pregunto despreocupadamente.

La sonrisa de Frank se apaga y mira a Aidan. —Eh, olvida que he dicho algo.

Me vuelvo hacia Aidan. —Aidan, ¿qué tal si vas a por un café? Llévate a Hudson contigo.

—Oh, intento evitar los estimulantes, incluida la cafeína—, dice Aidan con serenidad.

—Aidan, lárgate de la habitación—, suspiro. Hudson ya está saliendo. Al menos, el chico ha aprendido cuándo debe desaparecer, aunque sea inútil en un tiroteo, según me ha dicho Luca.

Las cejas de solo Aidan se disparan. —Ah, claro. Lo siento.

Una vez que la puerta se cierra tras ellos, me vuelvo hacia Frank y repito mi pregunta. —¿Qué nuevo amigo irlandés?

—Sé que se supone que no debo saber lo del trato con los irlandeses. Pero no se puede mantener un secreto en esta ciudad durante mucho tiempo.

Frank tiene su conocida expresión bulliciosa, que se le pone cuando está pensando en su posición en la Familia. Luca me ha dicho más de una vez que no está hecho para ser subjefe, ni siquiera para ser capo, y por eso nombró a Frank su ejecutor.

Frank no es un pensador, y hubo sabiduría en la decisión de Luca. Me pregunto si Frank ya sabe del ascenso de Angelo, o si Luca está esperando a que Frank salga del hospital para darle la noticia. Probablemente esto último, creo, basándome en el hecho de que Frank no está quejándose de ello ahora mismo.

—¿Qué trato con los irlandeses?— Pregunto con cuidado. No quiero pisar sin saberlo otra mina y que Frank estalle contra mí. —¿Qué has oído exactamente?

Frank mira entre Marco y yo, con el primer brote de incertidumbre floreciendo. —Ya sabes. Cómo vais a acabar con Maggie. Gus me lo dijo—. Marco y yo nos quedamos mirando hacia atrás. —Vamos, Finch, ya lo sé, ¿de acuerdo?— Frank se desgañita. —Cómo tú y él tienen un acuerdo para unirse y volver a controlar a los Donovan, con Gus a la cabeza. Entiendo por qué lo mantuviste en secreto, pero yo también puedo guardar un secreto. Si Gus me confió la información, no veo por qué mi propio hermano no lo haría.

Marco se mueve incómodo a mi lado.

—¿Te refieres al tío Gus?— Pregunto, con la cabeza nublada.

—Sí, tu tío es un buen tipo. Es educado, para empezar, no me trata como a un musculitos de segunda. Salimos de vez en cuando cuando está en Nueva York.

Marco y yo intercambiamos una mirada.

Esto no es bueno. Nada de esto es bueno.

—Frank, ¿por qué demonios has estado hablando con este tipo sobre nuestros asuntos?— exige Marco.

Frank parece sorprendido y luego furioso. —¡No soy un puto chivato! Nunca le he dicho nada. Él ya sabía cosas, y...— Se detiene, recordando. —

Y vale, quizá le guiñé el ojo una o dos veces si preguntaba si estábamos planeando un trabajo concreto, ¡pero nunca le dije nada que no supiera ya!

Siento que mi corazón se desinfla. Esa es la cuestión, ¿no? Frank no se daba cuenta de la cantidad de información que estaba dando, incluso negándose a hablar de algo, pero haciéndolo con el tipo de risa que le dice al oyente exactamente lo que quiere saber.

—No sé por qué estás siendo tan idiota con esto—, continúa Frank. —El tipo es tu propio tío, odia a tu hermana Maggie, y está buscando hacer tratos con nosotros aquí en Nueva York, así que no es que haya ningún problema. Está de nuestro lado.

—El problema, hermano Frank—, digo en voz baja, —es que Luca y yo no éramos conscientes de que el tío Gus estaba de nuestro lado, como tú dices. Y tú has sido su compinche.

Frank se cruza de brazos. —Bueno, ese tío ha sido mejor compañero que Luca, últimamente. Al menos sale a beber conmigo. Y le importa una mierda; me envió la Guinness.

—¿Qué demonios?— Pregunta Marco. —¿Me estás diciendo que esos dos idiotas que hacen guardia ahí fuera han dejado entrar a un puto irlandés?

—¡No!— Frank está tan enfadado como Marco.

Yo, sólo trato de entender rápidamente lo que está pasando. —Entonces, ¿cómo...?

—Gus lo dejó caer en la recepción—, refunfuña Frank. —Sabía que Luca estaba siendo todo un paranoico, con lo de los guardias y demás, así que cuando Gus me mandó un mensaje diciendo que quería verme le dije que no había manera. Me dijo que me dejaría algo en la recepción, y luego envié a Hudson a recogerlos y traerlos.

Me dirijo a la puerta y la abro de golpe. —¡Hudson!— Ladro. Vuelve a estar en su lugar habitual en los asientos de fuera, Aidan a su lado en medio de una conversación unilateral. Hudson se levanta de un salto como un cadete bien entrenado.

—¿Si?

—Entra aquí—. Doy un portazo tras él, ignorando la curiosidad de Aidan con los ojos muy abiertos. —¿Fuiste a buscar un montón de cerveza al escritorio y la trajiste aquí bajo las órdenes de Frank?

Frank ya está rojo, enfurecido y con el ceño fruncido. Hudson le lanza una mirada nerviosa.

—No sé por qué le dais tanta importancia a esto—, gruñe Frank.

—No le mires—, le digo a Hudson. —Mírame a mí. ¿Has traído algo aquí para Frank?

Hudson traga saliva varias veces. —Sí—, dice por fin. —Cerveza y algunos chocolates.

—Por el amor de Dios, Finch, déjalo en paz—, dice Frank.

—¿Qué demonios te hizo pensar que era una buena idea?— le pregunto a Hudson. Mi voz suena tranquila a mis propios oídos, pero la forma en que Hudson tiembla sugiere que la expresión de mi cara no lo es tanto.

—Frank me dijo que los habías dejado—, susurra.

Me doy la vuelta para mirar a Frank con incredulidad, pero no me mira. —¿Arriesgaste tu puta vida por una cerveza?

—¿De qué coño estás hablando, de arriesgar mi vida? ¿Por qué carajo querría alguien sacarme? No soy nada. Ni siquiera el Subjefe—, refunfuña Frank en voz baja. Se acerca con su brazo bueno para coger la caja de bombones de su mesita de noche. Sabe que ha hecho algo malo. Pero no sabe hasta qué punto. Pone la caja de bombones azules en la bandeja sobre su regazo y tantea con ellos. —Toma, ten un...

Marco y yo pensamos lo mismo al mismo tiempo y nos abalanzamos sobre la caja mientras Frank tira de la tapa, pero llegamos demasiado tarde.

El mundo se enciende en un instante mientras salgo despedido de la cama, con los oídos zumbando.

Y entonces todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Finch

La siguiente vez que abro los ojos, estoy mirando un techo blanco, boca arriba en la cama. Se oyen pitidos silenciosos y el horrible olor a desinfectante, y no hace tanto tiempo que estaba exactamente en la misma posición, así que sé dónde estoy.

Intento estirar la mano, pero está vendada como una momia. La cara de Luca aparece.

—Odio los malditos hospitales—, digo con rudeza.

No sonrío.

—¿Qué ha pasado?— Pero se me viene a la cabeza a retazos, y entonces me doy cuenta de lo que puede significar la cara de Luca. —¿Luca? ¿Qué ha pasado con el hermano Frank?

—Todavía está en el quirófano. Hudson también.

—¿Marco?— susurro.

Luca sacude la cabeza lentamente. —Lo siento, pajarito. Fue demasiado rápido, se lanzó justo sobre la maldita bomba. Pero os salvó a ti y a Frank. Vamos a cuidar de su familia. Prepararlos para la vida.

—Pero... somos su familia. Me quiere como a su hermano pequeño—, digo, como si significara algo frente a la inquebrantable e implacable Muerte.

Vuelvo a caer en la inconsciencia antes de oír la respuesta de Luca.



La próxima vez que me despierto es porque oigo el llanto de un bebé.

Es muy fuerte.

Es realmente molesto.

—Jesús...— Murmuro. —Que alguien alimente a ese niño...

—¿Finch?—, grita una voz sin aliento, y abro los ojos para ver a Celia D'Amato sentada a mi lado, inclinada ansiosamente, con un bebé chillón en brazos.

—Cee—. Un torrente de emociones mezcladas hace que mi corazón se acelere: alivio, pena, gratitud. Me caen lágrimas calientes por la cara y estoy

demasiado débil para levantar las manos y limpiarlas, y entonces Celia aprieta su cara contra la mía y también llora, y el bebé también llora, justo en mi oído, todo está muy húmedo...

—Me alegro mucho de que estés bien—, solloza en mi cara.

—Lo mismo—, le respondo sollozando. —¿Qué pasa con Frank? Luca me dijo...

—Luca literalmente salió a buscar más café. Ha estado aquí todo el tiempo, y le dije que fuera a cuidarse durante diez minutos. Pero puedo volver a llamarle—, añade, yendo rápidamente hacia la puerta y sacudiendo al bebé para que, afortunadamente, deje de gritar tan fuerte.

—No—, digo, levantando un poco la mano y dejándola caer. —Espera. Por favor. Dime primero qué pasa. ¿Frank?

—Ha pasado por el quirófano y está en la UCI, pero no me dejan verlo y me estaba volviendo loca sólo de esperar, así que la enfermera me ha sugerido que venga aquí y me dirá en qué momento puedo entrar a ver a Frank. Hudson también sigue inconsciente, pero dicen que se pondrá bien—. Se pasa la muñeca por los ojos, resoplando con fuerza.

—¿Marco?— Pregunto, esperando contra toda esperanza que lo que Luca me ha contado sea sólo un mal sueño.

Los ojos de Celia vuelven a abrirse y sacude la cabeza. —Se ha ido. Me siento muy mal por ello—, dice. —Tan horrible.

—Sí.— No puedo decir más que eso, porque se me cierra la garganta sólo de pensar en él.

—Él salvó a Frank. Nunca lo olvidaré.

—¿Qué cirugía tuvo Frank?

Celia pone cara de querer hacerse la valiente, y desearía no haber preguntado. —Dicen que perdió una mano. Puede que también se haya quedado ciego, pero no podrán saberlo hasta dentro de un tiempo, aunque definitivamente... definitivamente perdió un ojo...— Se lleva los nudillos a la boca y abraza al bebé con fuerza. —Su preciosa cara, Finch. Nunca será la misma y sé que no era exactamente guapo, pero tenía una cara tan bonita, llena de carácter, y sus ojos, me gustaban tanto sus ojos, yo...

Vuelve a romper a llorar, y me gustaría poder ir hacia ella y abrazarla, pero estoy tan débil que apenas puedo mover los dedos de los pies. Celia y el bebé se agitan y lloran, arrullan y lloran al mismo tiempo, y yo estoy aquí tumbado como un saco de mierda inútil.

—Cee—, susurro, y cuando oye cómo grazno, se acerca, todavía llorando, para acercarme un vaso a la boca.

Si estuviera en condiciones de negarme, lo haría. Pero estoy reseco. Chupo un montón de agua y luego toso un rato, mientras Cee consigue por fin que el bebé vuelva a estar tranquilo y lo mete de nuevo en el cochecito para que duerma.

—¿Cuándo has vuelto?— Pregunto después de haber despejado por fin mis vías respiratorias.

Celia se frota la cara, y me doy cuenta de que está totalmente destrozada, porque sus cejas no están como siempre, negras y con forma de bloque. Parece mucho más joven y vulnerable por ello. —Umm... ayer. Creo. He estado despierta demasiado tiempo, eso es todo lo que sé.

—Deberías dormir.

—¿Tumbarme en las sillas de la sala de espera, como hacía Hudson cuando esperaba por Connie?—, pregunta con una sonrisa melancólica, y entonces su cara se vuelve a arrugar. —Dios, Finch, ¿y si Frank no se despierta nunca? ¿Y si...?

—Ni se te ocurra—, le digo, con la voz firme y segura. Alargo la mano y le doy unas torpes palmaditas con el guante. —Frank va a salir adelante.

Celia respira profundamente y sacude la cabeza. —No lo sé, Finch. No lo sé. ¿Y si esto es Dios... castigándonos?

No puedo evitar el resoplido, pero me duele la nariz seca. —Ow. Escucha. Dios no existe, pero si lo hiciera, seguro que no te castigaría, Cee. Haces demasiadas cosas buenas para él.

Se levanta, sacando su mano de debajo de la mía, pero como si no se hubiera dado cuenta de que estaba tratando de consolarla en primer lugar. —Creo que debe ser eso, por todas las cosas terribles que ha hecho Frank... por todas las cosas terribles que sabía y fingía no saber... y estoy tan enfadada con Luca—, dice, paseándose arriba y abajo, subiendo la voz. Bubbles se revuelve y da un grito malhumorado y somnoliento. Cee se acerca al cochecito y empieza a empujarlo mecánicamente de un lado a otro, tranquilizándolo. —Y-y tú también—, confiesa. —Estoy muy enfadada con los dos. Pero no puedo estarlo, porque estás ahí, en esa cama de hospital. Podrías haber muerto.

—¿Por qué estás enfadada?

—Porque Luca me envió lejos—, sisea, en lugar de gritar, supongo. — ¡Y ni siquiera me dijiste que Frank estaba en el hospital hasta que lo hicieron explotar!

—Frank no quería que supieras que estaba aquí. Umm. La primera vez, cuando le dispararon. Estábamos tratando de mantenerte a salvo.

—¿Crees que no lo sé? Me odio a mí misma por estar tan enfadada por ello. Pero no he tenido a nadie con quien hablar todo este tiempo, e incluso el padre Benedicto ha sido suspendido de Nuestra Señora y nadie me dice por qué...— Se interrumpe, respirando profundamente en un esfuerzo por contener otra tanda de lágrimas y abanicándose las manos en la cara.

Es una noticia sobre el padre B. Estoy a punto de decirle que el tipo era un gilipollas al que no le importaba que me salpicaran los sesos mientras no fuera en su despacho, cuando se abre la puerta y entra Luca con dos tazas de máquina expendedora de lo que sé que es un café asquerosamente flojo.

La mirada de alivio que pone al ver que me cuesta sentarme casi me hace caer de nuevo en la cama.

Deja los cafés en el suelo, viene directamente hacia mí para abrazarme, me besa en la frente y me rodea la cara con sus manos. —Nunca, nunca, vas a ir a ningún sitio sin mí, nunca más. ¿Me oyes?

Sólo bromea a medias.

—No puedes tenerme encerrado en una caja toda mi vida—, murmuro en su boca mientras me besa suavemente. Un segundo más y puede que tengamos que poner a Celia de cara a la pared o algo así. Pero Bubbles empieza a alborotar de nuevo, así que al menos su atención está distraída.

—Sin embargo, puedo mantenerte a salvo—, dice. —Y después de toda esa mierda con el Padre Benedicto...

—¿Qué?— dice Celia, mirando desde donde está recogiendo a Bubbles de nuevo. —¿Qué pasa con el padre Benedicto?

Luca suspira. —Te lo contaremos todo más tarde.

Pero hay algo que me da vueltas en la cabeza. Algo sobre el Padre Benedicto. Y Sam Fuscone.

Y Celia.

—¿Por qué no puedes decírmelo ahora?—, exige, y Bubbles empieza a llorar de verdad. —Es que no se conforma—, dice Celia, y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas. —Como si supiera que su papá está en peligro.

Luca cruza hacia ella y coge al bebé. —Siéntate y tómate eso—, le dice a Celia, señalando con la cabeza uno de los cafés. —Mucha crema y azúcar—. Busca en su bolsillo con la mano que no sostiene al bebé y saca un pañuelo limpio. —Toma, Cee—, dice suavemente.

Celia se limpia la cara y se suena la nariz mientras Luca, con los ojos puestos en mí todo el tiempo, engatusa al bebé para que guarde un feliz silencio. Con una mano coge unos kleenex frescos y me limpia la cara a mí también.

—¿Recuerdas lo que pasó, ángel?—, me pregunta una vez que Bubbles vuelve a estar tranquila.

—La verdad es que no. Todavía está borroso.

—Los guardias dicen que llamaste a Hudson justo antes de que estallara la bomba. ¿Recuerdas por qué?

Sacudo la cabeza. Hay trozos, fragmentos de memoria, Frank estaba tan enfadado, pero también lo estaba Marco... también lo estaba yo... pero no puedo recomponerlo.

—¿La bomba?— Luca lo intenta. —¿Dónde estaba?

Pienso mucho. Todo lo que consigo es una sensación. Pánico. —No me acuerdo. Lo siento.

—No importa. Lo hecho, hecho está. Y me alegro de que estés despierto de nuevo, pajarito. No me parecía natural verte ahí tumbado sin hablar—. Sonríe y sé que sólo está bromeando. Pero no puedo devolverle la sonrisa.

—Marco—, digo, y los ojos me escuecen de nuevo.

Los ojos de Luca se vuelven sospechosamente llorosos, pero entierra su nariz en el cabello de Bubbles y cierra los ojos por un momento. —Recordaré su sacrificio durante el resto de mi vida. Y no dejaré que se quede sin vengar. Shh-shh—, añade, mientras el bebé maúlla.

Me quedo tumbado, medio inconsciente, mirando, sintiéndome calmado igual que Bubbles por la voz de Luca.

Espero que el hermano Frank se ponga bien. Celia estará a su lado pase lo que pase, pero será difícil para ella con un bebé pequeño si su marido no puede ayudar. Como dijo Aidan O'Leary, tendremos que vigilar la salud mental de Cee. Tendré que ser un mejor amigo para ella, dejar que descargue su mierda sobre mí cuando lo necesite. Mi mente se desplaza a lo que Cee dijo justo antes. Nadie con quien pudiera hablar... el Padre Benedicto...

Y entonces recuerdo fragmentos de la conversación con Frank. El tío Gus. El irlandés. Frank dando información que parecía que Gus ya sabía...

—Celia.

Ella levanta la vista de su pañuelo. —¿Qué?

—¿Tú...?

—¿Qué?

—¿Te confesaste con el Padre Benedicto?

Ella frunce el ceño. —Por supuesto. Es el párroco. ¿Qué? ¿Por qué me miran así los dos?

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, la puerta se abre y Darla entra sin aliento. —¡Oh, hola, Finch! Me alegro de verte sentado así. ¿Cómo estás?—, pregunta alegremente, y luego se dirige a Cee. —El médico va a venir a poner al día a su marido, señora D'Amato, y he pensado...

Celia estalla de su asiento y está a medio camino de la puerta antes de recordar a Bubbles y se vuelve hacia Luca.

Éste sacude la cabeza. —Vete tú. Yo cuidaré del bebé.

Cuando Darla y Celia se marchan, Luca se queda mirando la puerta, rebotando distraídamente sobre sus pies mientras calma al bebé.

—Luca—, digo, con la voz quebrada. Parece que lo despierta, y cruza hasta el cochecito para volver a tumbar a Bubbles, arropándola con manos suaves. —Luca, mírame.

Casi desearía no habérselo pedido cuando se da la vuelta. Su cara está llena de dolor, rabia y arrepentimiento. Y le digo lo mismo que le dije la última vez que estuve encerrado en una habitación de hospital.

—No mates a Celia.

Se pasa una mano por la boca, raspando sobre un crecimiento de dos días.

—Luca. Ella no lo sabía. Y además... no era sólo ella—. Levanta una ceja ante eso, como si hiciera una pregunta, pero no puede confiar en sí mismo para hablar. —Ahora lo recuerdo. Lo que pasó antes de la bomba.

No sé cómo decirle esto, pero tengo que hacerlo. Tiene que saber que Frank y Celia son los eslabones débiles de esta cadena de nuestra familia.

Porque todo el asunto se está volviendo claro para mí ahora. Por qué Sam Fuscone estaba sentado allí con el Padre Benedicto, un hombre que escucha

todos los pecados secretos de sus feligreses. Nunca me detuve a preguntarme exactamente por qué Fuscone estaba allí ese día. Pero ahora lo sé.

Estaba allí por información.

Información que podría pasar a sus conexiones con Donovan, a Gus, no a Maggie. Porque creo que lo que Gus le dijo a Frank suena a verdad: Gus quiere el control. Exactamente cuál es su problema con Maggie, no lo sé, y realmente no me importa. Pero Fuscone es un homófobo y misógino de la vieja escuela, y si tuviera que lidiar con los irlandeses, no me cabe duda de que preferiría hacerlo con un hombre.

Y así Gus podría soltar sugerencias de las confesiones de Celia en una conversación casual con Frank, como si supiera todo lo que estaba pasando con los Morelli. Jugar con la envidia contrariada de Frank, sus sentimientos de desplazamiento, sus rencores. Cruzar las pequeñas cosas que Celia podría haber deducido con todas esas confirmaciones no confirmatorias que Frank estaba dando... todas las pistas que habría espolvoreado a través de sus sesiones de bebida.

Todas las formas en que Frank y Celia podrían haber ayudado involuntariamente a Gus y Fuscone a poner las cosas difíciles a la Familia Morelli.

Se lo expongo todo a Luca, aunque me parece que estoy traicionando a mi propia familia al hacerlo. Pero él tiene que saber.

Y tiene que decidir qué hacer al respecto.

Tal vez por primera vez, estoy agradecido de que Luca sea el Jefe. Que no tenga que asumir la responsabilidad aquí. Tomar la decisión.

—No lo hagas—, digo, sin embargo. —Te lo digo, Luca. No puedes...

Sacude la cabeza. —Sé lo que debería hacer. Sé lo que haría si fuera cualquier otra persona. Cualquier otra persona.

Mis oídos se enfrían. —Primero tenemos problemas más importantes que resolver—, le recuerdo, como si retrasar su decisión fuera a hacerla más fácil.

Luca asiente lentamente. —Es cierto. Tenemos una serie de preocupaciones más inmediatas—. Siento tal alivio que me alegro de tener un maldito catéter puesto. Algo brilla en la escasa luz y miro a un lado, a mi anillo de boda que yace en un plato. Levanto las manos, todavía vendadas, y trato de apretarlas bajo todas esas envolturas. Me duele.

Luca ve lo que intento hacer y me pone la mano en la muñeca. —Tienes algunas quemaduras en las manos, eso es todo. Pero no es tan grave como

parece. Mañana te quitarán las vendas y luego te pondrán el anillo—. Asiento con la cabeza. —Por casualidad, ¿todavía no recuerdas dónde estaba la bomba?—, pregunta suavemente.

—Esa parte sigue en blanco. Luca, ¿qué vamos a hacer ahora?

Me mira con ojos de acero. —Vamos a continuar con el legado de Howard Donovan. Vamos a acabar con la podredumbre. Eliminar al clan Donovan como jugadores en nuestro juego de una vez por todas. Pero para hacer eso...

Espero, inseguro.

—Para hacerlo, tendré que tragarme mi orgullo. Buscar ayuda.

—¿De?

Suspira. —Ya sabes de dónde. La Comisión.

—De ninguna manera. No, Luca, no te dejaré. No quiero que te arrastres de nuevo a ellos y...

—Esta vez será diferente.

—¿Por qué? ¿Qué podría hacerte decir eso? Tú mismo lo has dicho, es temporada abierta para la familia Morelli, y tú serías el mejor trofeo.

Se acerca para sentarse en la cama. —Porque les haré una oferta de negocios.

—¿Una oferta que no podrán rechazar?— Pregunto con amargura.

—Una oferta que no querrán rechazar. Quitar a los Donovan; abrir Boston para la toma. Lo considerarán si se lo planteo de la manera correcta. Todos anhelan lo mismo. Poder.

—¿No queremos eso?— Pregunto.

Luca mira a mi lado, como si lo estuviera considerando. —Durante mucho tiempo, sí. Es todo lo que pensaba que quería: poder absoluto. Pero ahora hay cosas en la vida que valen mucho más para mí—. Vuelve a mirarme a los ojos. No tengo que preguntar a qué se refiere. —Y para proteger esas cosas que valen más, haré lo que tenga que hacer. Así que esta es mi propuesta: Iré a la Comisión y pediré su bendición para eliminar a Maggie Donovan. Y les pediré ayuda para hacerlo.

—Pero los Clemenzas...

—Sí, los Clemenzas podrían objetar, tal vez incluso advertirla. Pero el resto sólo verá oportunidades de negocio en Boston una vez que los Donovan estén fuera. Y en nuestra línea de trabajo, el dinero lo supera todo. Los de la Costa Oeste me apoyarán porque también les ayudará, y pediré a las Familias que estén de acuerdo conmigo que nos presten sus recursos, sus hombres. Les pagaremos, por supuesto. Y entonces limpiaremos a los Donovan de una vez por todas. Tu hermana Tara puede quedarse con las sobras si es lo que quiere—. Me mira. —A menos que quieras hacerte cargo, ángel. Podríamos arreglar eso también.

—Los Donovan no tienen nada que ver conmigo—, le digo. —Soy tuyo, hasta la médula. Y por eso voy contigo a la Comisión—. Le miro fijamente, desafiándole a que diga que no.

La sonrisa de Luca es dura y feroz. —No esperaba menos, pajarito.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Luca

Angelo, como era de esperar, odia la idea. La odia tanto que rompe con su propia tradición y realmente dice que la odia, aunque no con tantas palabras.

—¿Estás seguro de esto, jefe?—, me pregunta cuando se lo planteo, que es lo más cerca que estará de decirme directamente que es una mala idea.

Estamos sentados en mi estudio, quizá la habitación que más me gusta de nuestra casa de la Quinta Avenida, aparte de la cocina. Es clásicamente masculina, llena de cuero: libros, sillas, escritorio. En una mesa de centro situada a un lado de la habitación se encuentra el viejo juego de ajedrez de Tino, cuyas piezas están talladas a partir de recortes del David de Miguel Ángel (o eso me dijo Tino una vez), con las bases bañadas en oro o plata para diferenciar sus lealtades.

Cada vez que lo miro, pienso en que Tino me dijo que sería bueno en el ajedrez. Una vez le pedí a Finch que me enseñara, pero las jugadas me parecieron tan ridículas desde el principio que casi acabamos discutiendo.

—El rey debería ser la pieza más fuerte—, insistí.

—Lo es—, replicó Finch. —Una vez que el rey ha caído, la partida ha terminado.

—Entonces debería poder moverse como la reina. Apenas es más útil que un peón—. Lo decía medio en serio, pero Finch estaba tan empeñado en enseñarme que no pude resistirme a bromear.

Finch ha salido del hospital. Se ha recuperado físicamente, pero mentalmente aún está melancólico. Frank está vivo e incluso consciente algunos días, pero necesitará varias operaciones más. Hudson sigue en coma inducido.

—No estoy nada seguro de esto—, le digo ahora a Angelo. —Pero Sonny Vegas y los de la Costa Oeste me siguen asegurando que nos cubrirán las espaldas si nos acercamos a la Comisión.

—Sonny Vegas que permitió un intento de asesinato en su propio territorio—, señala. —Y luego mató ‘accidentalmente’ al tipo antes de que tuviera la oportunidad de destruirlo de verdad.

—Mira, nadie dice que Sonny sea infalible.

—¿O digno de confianza?

—No estoy buscando hacer negocios a largo plazo con ellos. Sólo quiero su voto para acabar con la familia Donovan. El resto de la vieja guardia se inclinará por votar en mi contra sólo porque soy yo.

Angelo se frota los ojos cerrados con un dedo y el pulgar mientras lo piensa de nuevo. Es una de las pocas veces que le he visto mostrar este nivel de agotamiento.

—Quieres conseguirte a alguien que te cuide, Ángelo—, le digo.

—¿Quién dice que no lo he hecho?—, dice de inmediato, y se ríe al ver que mis cejas se levantan. —No, jefe. Tienes razón, no lo hago.

—Se te permite tener una vida personal.

Sus ojos se vuelven distantes. Siempre sospeché que tenía algún tipo de sentimiento por Tino Morelli; no sé exactamente qué, y nunca lo ha dicho. ¿Mentor? ¿Figura paterna? ¿O algo más? La forma en que lloró después de la muerte del anciano, fue algún tipo de amor.

Tal vez sólo amor.

—¿Yo? Estoy casado con el trabajo—. Agita una mano desdeñosa. —Asegurémonos de hacer esto bien.

Asiento con la cabeza. —Hagámoslo.



Esta vez, cuando entro en la sala de reuniones de Chicago, hay algunas diferencias. En primer lugar, no tengo refuerzos, excepto Finch, y en realidad yo soy su refuerzo. Hice que Angelo se quedara en Nueva York. Si las cosas se van a pique, él tiene que liderar al resto de la Familia.

Segundo cambio: nos hacen pasar entre los guardias fuertemente armados del Don de Chicago, Tony Lombardo. La Comisión no confió exactamente en mí la última vez, y esta vez soy un enemigo confirmado en lo que respecta a la vieja guardia. Así que Finch y yo estamos acompañados desde el momento en que entramos en el vestíbulo del edificio, hasta el ascensor y la sala de reuniones.

Los de la costa oeste están todos allí. Sonny Vegas me llama la atención y me hace un gesto con la cabeza, lo suficientemente sutil como para que no se note. Pero no me gusta. ¿Por qué arriesgarse a que se sepa que tenemos un acuerdo?

Lombardo es tan amable como siempre, se acerca para saludarnos y estrecharnos la mano como si fuéramos viejos amigos. Se aferra a su condición de neutral. Pero los neoyorquinos son menos cálidos. Joe Alessi ni siquiera me mira, Jimmy Giuliano ha encontrado algo de gran interés bajo sus uñas. Salvatore Rossi me mira con frialdad, pero Louis Clemenza no se contiene. Nos mira fijamente a Finch y a mí, y si no estuviera sentado delante de todos, no dudo de que nos escupiría.

Y luego está Carmine Vicario. También está dispuesto a mirarnos a la cara. A pesar de todo lo que sospecho de él, no puedo dejar de respetarlo, aunque estoy bastante seguro de que mandó matar a Tino, o al menos dio su bendición a quienes lo querían muerto.

El dinero ha supuesto el fin de más de una amistad en nuestro negocio. Espero que hoy aliente el comienzo de una amistad.

—Gracias por aceptar escuchar mi propuesta—, empiezo, cuando queda claro que nadie va a decir nada.

Vicario levanta una mano para detenerme. —Antes de seguir escuchando, creo que le debes a esta Comisión una disculpa.

Me arrastraré si ellos quieren, pero no me disculparé por haber elegido a Finch en lugar de a ellos. —Lamento haber tenido que dejar la iniciación antes de que se finalizara. Estoy seguro de que muchos de ustedes entienden la importancia de la familia. La mía me necesitaba, y por eso...

—Y por eso acudiste a él en su momento de necesidad—, irrumpe Sonny Vegas, asintiendo con su aprobación. Ojalá se hubiera callado. No sirve de nada restregárselo en la cara.

Pero le doy las gracias a Sonny con la cabeza.

—Eso no es una disculpa—, gruñe Clemenza.

—Siento que te sientas así—, le digo, y mantengo un duro contacto visual con él hasta que aparta la mirada con disgusto.

—Has deshonrado a la Comisión—, dice Rossi. —¿Por qué deberíamos escucharte ahora?—. No parece enfadado. Parece interesado en escuchar mis razones.

—Porque los riesgos a los que me enfrento son los mismos a los que os enfrentáis todos. Especialmente para los que estamos en Nueva York. Si los Donovan llegan al poder de nuevo en Boston, Nueva York será su siguiente...

—Pero tu novio es irlandés—, interrumpe Alessi. —Si tienes un problema con ellos, quizá sea porque tienes un espía en tu cama.

—No tengo un novio irlandés—. Mi temperamento aumenta ahora. —Tengo un marido que fue criado por una familia irlandesa, pero...

—No puedo creer que estemos entreteniendo a este marica y a su juguete en esta compañía—, gruñe Clemenza. —Dame mi pistola y los mataré ahora.

—¡Oye!—, digo, apuntando hacia él. —Cierra la boca, Clemenza.

Hasta ahora sólo la tradición me ha mantenido a salvo; las reglas de la guerra no permiten las armas en terreno neutral, excepto para los guardias designados. Hablar así a un Jefe poderoso no es inteligente.

Pero no me importa.

Miro alrededor de la sala. —Esto va para todos vosotros. Cualquiera de vosotros que falte al respeto a mi marido, responderá ante mí por ello.

—¿Quién coño te crees que eres, pequeño...?— Empieza Jimmy G, pero Vicario baja la mano de un manotazo sobre la mesa.

—Basta—, dice cansado. —La Iglesia no bendeciría vuestra unión, ¿y esperas que lo hagamos nosotros? No podemos, y no deberías esperarlo. No sé en qué pensaba mi viejo amigo Tino, pero lo hecho, hecho está. Lo que más me preocupa es que traigas al chico irlandés aquí. Luciano. Él no es uno de nosotros. No pertenece aquí.

—Soy el hijo natural de Tino Morelli—, dice Finch. —Pertenezco aquí igual que todos ustedes.

Antes de acercarnos a Chicago, le hice prometer a Finch que mantendría la boca cerrada en la sala de reuniones. Juró que lo haría. Pero lo conozco, y sabía que no podría evitarlo.

Además, tiene derecho a defenderse.

Se adelanta a mi lado y los guardias le dejan pasar. Tal vez piensen que no representa una gran amenaza. Todavía no han oído su boca en acción.

—¡Bastardo!— Clemenza grita, dándole la espalda a Finch, y otros de los hombres más viejos hacen lo mismo, dándole la espalda igualmente.

—Soy un Morelli de sangre, y tengo derecho a hablar—, dice Finch obstinadamente a Carmine Vicario. —Podéis intentar gritarme todo lo que queráis, pero tengo derecho a estar aquí. Y esto concierne a mi herencia como Donovan y como Morelli.

—Dejad que el chico se quede—, pide Sonny, y todos los de la Costa Oeste expresan su acuerdo.

La sala se queda en silencio y todos esperamos a que Vicario tome su decisión.

Al final de la mesa, el anciano reflexiona por un momento, antes de asentir con la cabeza. —Escucharemos tu propuesta, Luciano, y puedes quedarte con tu chico irlandés por ahora. Pero debo advertirte que no esperes nada de nosotros. Ya nos faltaste al respeto una vez, y ahora no muestras ningún remordimiento por ello. Pero soy un hombre justo, y por eso te escucharé.

Vicario no es tonto. Percibe la perspectiva de poder y dinero, estoy seguro de ello.

Respiro profundamente. —He venido aquí hoy para pedir su ayuda para eliminar a Maggie Donovan. Creemos que es una amenaza para nuestra familia y para la suya. Proponemos eliminarla y dejar que Tara Donovan se haga cargo de la familia. Tara no tiene interés en nuestro tipo de negocio. Seguirá los pasos de su padre y llevará a los Donovan de vuelta al buen camino... lo que significa más oportunidades para nosotros.

Hay un silencio sepulcral después de que digo esto, y luego Clemenza da una risa horrible.

—¿Nos pides que te ayudemos a duplicar tu alcance? Has matado a mi aliado y a mi propia sangre, Sam Fuscone, ¿y ahora tienes el descaro de pedirme que te ayude a extender tu imperio?

—Hay oportunidades para todos nosotros, y no tengo ni idea de lo que le pasó a Sam Fuscone.

—¡Le rompiste el cuello sin provocación!— Clemenza brama, con la saliva volando de sus labios. —¡Así es como tu hermano acabó en el hospital, disparado por el pobre Sam cuando intentaba defenderse!

Así que. El padre Benedicto ha encontrado su lengua.

—Mi hermano fue gravemente herido por una bomba enviada por los Donovan—, digo sin rodeos. —Puede que no viva—. Clemenza no se apresura a ocultar la sorpresa en su rostro. Esa reacción me dice que su frágil conexión con esa familia se ha desmoronado por completo. No tiene ni idea de lo que está pasando.

—No hay pérdida si el tonto de tu hermano muere—, dice, y no puede ocultar su sádico placer ante la idea. A mi lado, Finch hace un movimiento, y pongo mi mano en su muñeca, apretando ligeramente. —Y eso no compensa tu ataque a Fuscone.

—Yo no maté a Fuscone—, vuelvo a decir. —Y esas pequeñas disputas no son el motivo por el que estoy aquí. Estoy aquí para recordarte que los Donovan fueron oponentes formidables una vez, y están preparados para dirigir Boston de nuevo bajo la mano de Maggie. Y si los Donovan están atacando abiertamente a mi Familia en Nueva York, no tardarán en volverse contra el resto de vosotros, especialmente cuando vean nuestra falta de unidad.

Miro alrededor de la mesa para ver cómo ha sido recibido mi mensaje hasta ahora. Alessi y Rossi, preocupados, se fruncen el ceño, compartiendo una conversación privada y silenciosa. Jimmy G está con el ceño fruncido en la mesa, con los brazos cruzados, pero asintiendo. Vicario está pensativo.

—Y por eso te lo vuelvo a pedir—, digo, insistiendo en mi ventaja. —¿Me darás permiso y la ayuda que necesito para eliminar a Maggie Donovan?

—Lo que pasó entre tú y Fuscone no me concierne—, dice Rossi, sonando aburrido, aunque sus ojos son sagaces. —Y los Donovan tampoco me han molestado nunca. No me interesa hacer enemigos.

—Su disputa con los Donovan no tiene nada que ver con nosotros. Y no tenemos motivos para confiar en ti—, dice Alessi, mirándome con desconfianza.

—No tenéis ninguna razón para no hacerlo—, respondo. —He venido a pedir permiso, ¿no? Ahora todos sabéis lo que he planeado. Así que pueden ayudarme o entorpecerme.

—Déjale un puñado de nuestros chicos—, insta Sonny Vegas. —Si le damos a Morelli una entrada, nos beneficia a todos.

—¿Todos los representantes de la Costa Oeste piensan lo mismo?— pregunta Vicario, su voz retumba en la sala.

Sonny mira hacia su lado de la sala, con una ceja levantada. —No puedo hablar por todos ellos—, dice. —Pero si nos da un momento para discutir, le tomaré la temperatura, ¿eh? Seguro que a todos les viene bien un descanso, de todos modos.

—Claro, claro. ¿Por qué no dais un paseo alrededor de la manzana?—, dice Lombardo, —y haré que envíen unos refrescos para los mayores.

—Eso me recuerda—, dice Sonny Vegas, y chasquea los dedos para que uno de los guardias de Lombardo se adelante con una caja azul plana. —He traído estos especiales para usted, Don Vicario, nuestros nuevos chocolates Blue Luna Lux—. Su hombre deja la caja sobre la mesa y Sonny la desliza hacia Vicario. —Disfrútelos con el café cuando llegue, ¿eh? Mis

felicitaciones—. Se pone de pie y hace un gesto a los otros West Coasters. —Vamos, chicos, hablemos en privado y dejemos a la vieja guardia con sus propias discusiones.

Salen rápidamente de la sala, seguidos por Lombardo, y parecen bajar en estampida por la escalera, a juzgar por el ruido que hacen fuera. ¿Qué demonios están...?

Y entonces Finch me agarra la mano, con fuerza. Mira fijamente los chocolates de la mesa, y en su cara aparece el reconocimiento, mientras Carmine Vicario acerca la caja hacia él, tirando de la tapa.

Finch respira profundamente, pero ya sé lo que va a gritar.

Me lanzo hacia él gritando: —¡Todos al suelo!

Pero es demasiado tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Luca

No pierdo el conocimiento; la habitación es lo suficientemente grande como para que la explosión se disipe antes de llegar a mí. Estoy medio tumbado encima de Finch. Está boca abajo, pero cuando alejo de un puntapié una mano que se agarra ciegamente a mi tobillo, veo que sacude la cabeza y trata de levantarse sobre las manos y las rodillas. Me levanto a trompicones y lo saco de la habitación, cogiendo una pistola de uno de los guardias inconscientes en mi camino.

No hay nadie fuera, pero las alarmas suenan por todas partes. Empujo a Finch hacia lo que considero el rincón más seguro, fuera de la puerta de la habitación ahora destruida y más alejado de las escaleras. Me agacho junto a él para examinarlo.

Sus ojos están muy abiertos y desconcertados. —¿Estamos vivos?

—Lo estamos—. No tiene heridas evidentes. —Vamos, pajarito. Es hora de salir de aquí.

—Espera—. Me agarra.

Lo escucho entonces. Gente en la habitación de la que acabamos de salir, pidiendo ayuda.

Mierda.

—Tenemos que irnos—, digo, pero Finch tiene la boca cerrada. Conozco esa mirada suya. —Tenemos que irnos—, vuelvo a decir, y él se limita a mirarme fijamente, con esos ojos verdes y dorados que me hacen hacer cosas que no debería hacer. —De acuerdo—, digo con mala cara, y le aprieto la pistola en la mano. —Quédate aquí. Dispara a cualquiera que suba las escaleras, o salga de los ascensores, pero no te muevas de aquí.

—Ten cuidado—, dice, con miedo en sus ojos. —Tal vez deberíamos...

—Soy la proverbial cucaracha—, le digo, y le beso con fuerza. Los gemidos y los gritos son más fuertes ahora. —Volveré contigo en un minuto. Recuerda lo que te he enseñado sobre cómo apuntar con la pistola. Ten calma y mantén las manos firmes. ¿Puedes hacerlo?— Sus manos aún están rosadas por las quemaduras de la explosión de la bomba, pero no parecen dolerle mientras quita el seguro del arma.

Aprieta la mandíbula y asiente. Luego echa una mirada afligida a mi Armani, el traje que me compró especialmente para esta reunión. —Hasta luego, Giorgio—, suspira. —De acuerdo, jefe. Estoy al acecho.

Le doy un beso abrasador. —Te quiero.

—Lo mismo.

Me observa mientras me deslizo con cuidado de vuelta a la sala de reuniones. Los guardias que estaban en mi extremo de la sala vuelven en sí, sentados, incluso de pie, sólo con heridas leves. La fuerza de una bomba escondida en una caja de bombones no podía ser mucha, pero entonces, sólo tenía unos pocos objetivos previstos. Me abro paso entre los heridos hasta donde vi por última vez a Carmine Vicario, pero el hombre hace tiempo que se ha ido. No lo miro por mucho tiempo, su cara arruinada es el material de las pesadillas. Hay sangre y humo por todas partes, el fuego prende en la alfombra.

Jimmy Giuliano también está muerto. Estaba sentado demasiado cerca de Vicario. Está desplomado en su silla, con los ojos abiertos y sin visión, el torso hecho un desastre.

Joe Alessi, al otro lado de la mesa, intenta levantarse, con la cara llena de sangre y la mirada aturdida. Rossi, a su lado, intenta ayudarlo a ponerse en pie, pero ambos están demasiado débiles y siguen tirando del otro hacia abajo.

Salto por encima de la mesa y levanto primero a Rossi, luego subo a Alessi a mi espalda. Por suerte es pequeño, pero pesa lo suficiente como para que tenga que doblarme. —¡Muévete!— le digo a Rossi, que empieza a salir de la habitación a trompicones.

Cuando salimos al pasillo, Finch sigue allí y el resto de los hombres de la sala de reuniones se dispersan, algunos se dirigen a los ascensores, aunque Finch les grita que no sean tan tontos, y otros se lanzan por la escalera. Los disparos comienzan casi inmediatamente desde las escaleras, y deposito a Alessi en el suelo, preguntando a Rossi: —¿Tienes un arma?—. Él niega con la cabeza. —La ambulancia ya estará en camino, y los bomberos. Vosotros dos, quedaos aquí con Finch. Tengo que volver a entrar y ver si hay alguien más con vida.

—¿Por qué coño nos has salvado?— Rossi tose.

Doy un resoplido de risa. —Oye, todos somos neoyorquinos, ¿no?

—Sólo queda Clemenza ahí dentro—, resopla Alessi. —Déjalo. A no ser que vayas a meterle una bala en su fea cara.

Rossi se encoge de hombros. —Mejor para todos nosotros si se le quita de en medio.

Miro a Finch. Él frunce el ceño.

—Todos ustedes se quedan aquí—, les digo. —Los de la Costa Oeste están en la escalera matando a los tipos que bajan. Os quieren muertos, así que hacedlo difícil para ellos.

—Encuétrame un arma, Morelli—, dice Rossi en tono sombrío, —y puede que tengamos una oportunidad. Parece que esos hombres vuelven a subir las escaleras.

Otro guardia me empuja para salir de la habitación y lo detengo, sacando su pistola de la funda. Intenta recuperarla y le doy un gancho de derecha en la mandíbula. Eso pone fin a nuestra pequeña discusión y le paso el arma a Rossi.

—Asegúrate de que Finch está a salvo, y yo sacaré tu culo de aquí.

Comprueba las balas con satisfacción y luego me mira. —Nunca he tenido problemas con vosotros, ya sabes. Pero Clemenza sí. Sería más fácil para él morir ahí dentro.

—Esa es la cuestión—, le digo. —No quiero que sea fácil para él.

—Hmm—, gruñe Rossi. —Sabes, Morelli, si salimos de aquí, quizá podríamos hacer negocios juntos.

Finch, aunque no quita los ojos de la puerta de la escalera, consigue ponerlos en blanco.

Vuelvo a entrar en la habitación, que se está llenando rápidamente de humo, y me dirijo rápidamente hacia donde creo que debe estar Clemenza. Está tumbado en el suelo, pero sus manos siguen arañando mientras intenta alejarse del fuego que hay detrás de él, que está ganando en calor y tamaño. No tengo ni idea de dónde puede haber un extintor, y mi opinión es que Lombardo lo habría quitado de todos modos. Lombardo tiene que estar en esto. Sabía cuándo salir de la habitación.

Agarro a Clemenza por las axilas, pero me aparta de un manotazo cuando se da cuenta de quién es. Me agacho junto a su cabeza.

—Puedo sacarte de aquí o dejarte morir. Depende de ti.

Me odia, eso es cierto, pero odia aún más la idea de la muerte. —Ayúdame—, grazna al fin.

Tendrá que ser así. No hay tiempo para sentarse aquí y sacarle una disculpa. El fuego está trepando por las paredes y el humo ha empezado a rodar por el techo en ondulantes nubes negras. Le doy la vuelta y le recojo

por debajo de los brazos, intentando arrastrarle a un lugar seguro. Es casi un peso muerto y grita con cada sacudida. Su torso está cubierto de sangre, y empiezo a pensar que la mayor parte es suya. Aunque lo saque de aquí, podría desangrarse.

Lo saco de la habitación finalmente, y está a punto de desmayarse. Finch tiene la mirada fija en la puerta de la escalera, y Rossi parpadea con la sangre de sus ojos. Parece haber recibido alguna metralla en la cara, pero el corte no parece tan profundo.

—Sácame de aquí, Morelli—, jadea Clemenza, —y daré por terminado el asunto entre nosotros.

Le ignoro, paso por encima del insensible Alessi y pongo una mano en el hombro de Finch. Lo sobresalto y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Están subiendo. No vamos a salir de esta—, dice, sonando tranquilo, pero oigo el miedo en su voz.

—Por supuesto que sí—, digo con confianza. —Llevaremos la lucha hasta ellos. Tendremos el terreno más alto en el hueco de la escalera; podemos despejarlos.

—Si tú lo dices—, dice dudoso.

—Vienes conmigo, pajarito, y te mantienes alejado de mi línea de fuego. ¿Entendido?

—Entendido.

Quiero besarlo mientras veo que la determinación hace que su boca sea firme. Y diablos, probablemente vayamos a morir, así que lo agarro por la nuca y lo atraigo para darle un beso profundo, de los que se comparten con el alma. Cuando lo rompemos, Rossi está mirando fijamente la puerta de la escalera, con la exasperación en su rostro. Alessi y Clemenza se han desmayado.

—¿Me has oído, Rossi? Vamos a limpiar el hueco de la escalera.

—Más vale quedarse aquí y dejar que la policía se encargue—, señala.

—No tengo ningún interés en ser detenido en Chicago. Quédate; me aseguraré de que ninguno de esos de la Costa Oeste vuelva a subir para matarte.

—Trato hecho—, dice. —Y lo digo en serio. De vuelta a Nueva York, vamos a almorzar—. Me entrega su pistola.

—Claro—. Lo pasado, y todo. —Vamos—, le digo a Finch, que asiente con firmeza.

Los constantes disparos en el hueco de la escalera ya han cesado, pero oigo a alguien moviéndose cuando abro la puerta, quizá dos pisos más abajo. Me deslizo por el hueco de la escalera, con Finch detrás de mí, y lo empujo contra la puerta para que no se acerque. Luego me inclino rápidamente sobre la barandilla, tratando de percibir lo que hay abajo.

—Este es Don Luciano Morelli—, grito hacia abajo. Mi propia voz me devuelve el eco. —Voy a bajar, y voy a matar a cualquier hombre que intente detenerme.

Una risa se eleva; dos pisos, tal vez tres más abajo.

—Esa es una advertencia justa. Es bueno escuchar la voz de un amigo. Tal vez puedas ayudarme. Parece que he recogido unas cuantas balas. Aparentemente no pude confiar en Tony Lombardo tanto como creía.

Es Sonny Vegas.

—Se volvió contra ti, ¿verdad?

—Bueno, hice la única cosa que un hijo nativo de Las Vegas nunca debe hacer. Cubrí mis apuestas. Debería haber apostado todo por ti, ¿tengo razón?

Me dirijo cautelosamente hacia las escaleras, asegurándome de que mi cabeza no sea un blanco atractivo. Que Sonny diga que le han traicionado y disparado no significa que lo haya hecho. Hay cadáveres arriba y abajo de las escaleras, pero los ignoro, pateándolos a un lado mientras bajo.

—¿Cuál era exactamente el plan, Sonny? ¿Acabar con todos los jefes de la Costa Este?

—Más o menos. Tony Lombardo estaba cansado de que vosotros, los neoyorquinos, interfirierais en sus negocios de Chicago, igual que nosotros en el Oeste.

—Voy a necesitar que tires tu arma—, le digo. Todavía no puedo verlo, pero ahora puedo oír su respiración húmeda. Suena como si hubiera recibido una bala en el pulmón. —¿Me oyes, Sonny? Tíralo por encima de la barandilla.

—No puedo llegar tan lejos, amigo—. Pero un segundo después, veo una pistola deslizarse por el suelo a un piso de distancia de mí.

Puede que tenga otra pistola, pero tengo que pasar por delante de él de una forma u otra. Vuelvo a mirar a Finch y le hago un gesto con dos dedos

para que empiece a bajar, y luego me pongo un dedo en los labios para asegurarme de que se calla. No hace falta que Sonny sepa que está conmigo.

Desciendo lentamente hasta que veo las piernas de Sonny que sobresalen por delante, con los pies cayendo a ambos lados. Aparece completamente a la vista, empapado de sangre, llevándose una mano al pecho.

—Tengo un teléfono—, dice. —En mi bolsillo. Voy a sacarlo y llamar a una ambulancia.

—No hace falta—, le digo. —Están en camino; eso fue un gran golpe arriba. Pero esa bomba vino de los irlandeses, ¿no?

—No es nada personal, entiéndelo—, dice, esbozando su gran sonrisa de Las Vegas. Sus dientes están manchados de rosa. —Se supone que no debías llevar a esa preciosidad tuya a la reunión. El irlandés sólo te quería muerto, Morelli.

Desde arriba, Finch da un pequeño grito ahogado, pero no creo que Sonny lo haya oído.

—¿Por qué iba a quererme muerto?

—¿Quién sabe por qué hacen algo esos irlandeses locos?— Sonny contesta.

—Tú, Sonny. Debes tener alguna idea. Porque permitiste que ese gondolero viniera a por mí en tu ciudad. Lo callaste antes de que pudiera romperlo también.

Sonny asiente lentamente. —Nunca quise darte una oportunidad con el gondolero en primer lugar, pero fuiste muy insistente. No me gustó desde el principio, todo ese asunto, y si tuviera mi tiempo de nuevo no habría accedido.

—Pero aceptaste—. Sonny me dedica una sonrisa de arrepentimiento. —Tenías razón. No deberías haber apostado contra mí.

—Ahora lo veo, Morelli. Ahora que lo pienso, creo que sí sé algo sobre el irlandés. Si me sacas de aquí, te lo diré.

—Dímelo y pensaré en sacarte.

Sonny Vegas intenta mirarme fijamente y falla, rápidamente. —De acuerdo—, dice con otra sonrisa teñida de sangre. —No lo sé con seguridad, pero te diré mis impresiones. Llevamos un tiempo rascándonos las espaldas, ese irlandés y yo. Es un asesino con talento y hace cualquier cosa por dinero. Lo envía todo a sus compinches en la madre patria. Yo, prefiero mantenerme

al margen de los asuntos irlandeses... pero una noche nos pusimos a beber y trató de sacarme información. Fingiendo que sabía cosas sobre mis negocios, presionándome para que le dijera más. Compartiendo su propia mierda sólo para que pareciera que éramos amigos.

Exactamente la misma jugada que Gus hizo con Frank. Sólo que Sonny no fue tan tonto como para morder el anzuelo.

—Dijo que los Donovan habían estado donando a la causa irlandesa durante décadas, hasta que el viejo Howard Donovan se retiró—, continúa Sonny. —Pero Gus vio una oportunidad una vez que el viejo estaba muerto. Quería que los Donovan volvieran a estar en áreas más rentables para que pudieran volver a financiarlo. Parecía pensar que tu marido estaría de acuerdo. Le dije que no había oportunidad; incluso en el Oeste sabíamos que Finch D'Amato había terminado con los irlandeses. Pero dijo -y yo sólo soy el mensajero, recuerda- que si tú estabas muerto y no estabas, Howie Donovan recordaría muy pronto quién era su verdadera familia.

—Ya veo.— Puedo sentir la ira de Finch irradiando por el hueco de la escalera. Pronto va a estallar como otra bomba. —Pensó que teniéndome a mí fuera de escena sería más fácil manipular a Finch. Y te proporcionó la bomba para acabar con la Comisión hoy: punto por punto.

—Nuestro negocio funciona con favores. Favores y traiciones. Al igual que ese cabrón de Chicago, Lombardo, me ha traicionado hoy. Me disparó y me dejó para morir aquí. Aunque supongo que no puedo culparle—. Se ríe y luego gime. —Jugar a juegos estúpidos, ganar premios estúpidos, ¿tengo razón?

Doy otros pasos hacia abajo. —¿Qué sentido tenía sacar la Comisión?

—Parecía que valía la pena en ese momento—, dice. —Deshacerse de todos esos viejos al mismo tiempo, ya que nunca iban a cambiar. Y tú, Morelli, siempre fuiste demasiado peligroso.

—¿Qué tan peligroso puedo ser, con mi casa destrozada como está?

—No me refería a eso, amigo. Eso no es lo que quise decir en absoluto. ¿No lo entiendes? Un hombre es más peligroso cuando tiene algo por lo que moriría. Escucha, necesito llamar a Amanda, decirle adiós. Voy a meter la mano y coger mi teléfono...

Se mete la mano en el bolsillo, pero detrás de mí, Finch da un grito.

—¡Cuidado!

Se dispara un arma; Sonny da un grito de dolor cuando la bala le da en el muslo y se desploma.

—¡No dispaes!— Grito. —Iba a por su teléfono.

—No, joder,—, suelta Finch mientras pasa por delante de mí, con la pistola más firme que he visto nunca, apuntando justo a la cabeza de Sonny.

Y, como no podía ser de otra manera, Finch tiene razón. Cuando la chaqueta de Sonny se abre de par en par, veo la culata de una pequeña pistola.

Dejo que mi afición por el tipo se interponga a mis instintos de supervivencia.

Sonny gime, suplicando que le ayudemos. Me inclino, agarro la pistola y tiro de Finch para que pase por delante de él y baje las escaleras. —Enviaré a los paramédicos, Sonny—, digo por encima del hombro.

Creo que podría ser demasiado tarde para él, pero le di mi palabra.

Llegamos al vestíbulo y, cuando me asomo, está desierto. Los hombres de la Costa Oeste han huido, pero los policías empiezan a concentrarse fuera. Un camión de bomberos también se detiene y esos hombres empiezan a entrar en tropel, dirigiéndose directamente a nuestra escalera. Me guardo las armas detrás de mí y les digo: —Arriba—, mientras irrumpen por la puerta. —Y también necesitarán a los médicos.

Saco a Finch del hueco de la escalera, rodeando el mostrador de recepción y bajando por un pequeño pasillo hasta la puerta trasera. Merece la pena explorar el entorno, y le debo a Angelo el haberme proporcionado los planos de este edificio.

Finch y yo trotamos otra manzana hasta el coche que dejamos esperando y Finch se desploma en el asiento del copiloto, jadeando como si hubiera corrido una maratón. Creo que debe ser el shock.

—¿He matado a Sonny?—, jadea. —Joder. ¿Lo hice?

—No. Le diste en la pierna. Pero oye, tu puntería ha mejorado—, digo, mientras arranco el motor. —Al menos no me has disparado.

—Estaba apuntando a su puto corazón.

Empiezo a reírme mientras saco el coche al tráfico y Finch me sacude la cabeza, hasta que le contagia a él también y se une.

—Nunca había disparado a un tipo—, dice pensativo, después de que ambos nos hayamos reído.

—Intenta no pensar en ello—, le digo. —De todos modos, no has sido el primero en disparar a Sonny Vegas hoy, y no será tu bala la que lo haya matado.

—Tal vez los paramédicos lo salven—, dice afligido.

—Tal vez.

—¿Y los demás? ¿Rossi, Alessi, Clemenza?

—Los federales entrarán en tropel y los arrestarán, a ver qué pueden hacer valer, si es que hay algo. Pero al menos Rossi y Alessi nos deberán a partir de ahora, y Clemenza, si sale adelante. Incluso en la cárcel, si es ahí donde acaban, seguirán moviendo los hilos de sus Familias.

—Tú no mataste a Clemenza.

—No.

—¿Por alguna ventaja estratégica?

—Porque no creí que quisieras que lo hiciera.

Finch se queda callado durante un rato mientras conducimos a toda velocidad por Chicago, en dirección al aeropuerto. —Gracias—, dice por fin. —¿Pero qué pasa con Maggie y Gus?

—Oh, están fuera de los pases. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo—. La respuesta de Finch es clara y contundente, y al cruzar la mirada con él, veo que lo dice en serio.

—Voy a llamar a Angelo, a ver qué información puede reunir sobre su paradero actual. Porque ahora mismo tenemos una ventaja que nunca antes habíamos tenido—, señalo. —La confusión. Pasará un tiempo antes de que salgan informes sobre los vivos y los muertos. Por lo que saben Maggie y Gus, somos fantasmas.

Miro a Finch, que está mirando por la ventana.

—¿Estás conmigo, ángel?

Me devuelve la mirada, feroz y formidable. —Siempre estoy contigo. Vamos a por ellos.

Llamo a nuestro piloto, diciéndole que hay un cambio de planes. Hay un cambio de todos mis planes, de hecho. Esto no es la forma en que se suponía que iba a suceder. Se suponía que Finch no iba a estar cerca cuando hiciera mi ataque.

Pero tienes que jugar la mano que te toca.

Creo que Sonny Vegas apreciaría ese sentimiento, y rezo una oración silenciosa por su alma mientras conduzco hacia el aeropuerto.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Finch

El bosque está frío y oscuro.

Luca y yo nos arrastramos por el bosque por el que pasé mi infancia corriendo con mis hermanas. Hace mucho tiempo que no vengo por aquí, pero me parece que todavía reconozco ciertos puntos de referencia, lo cual es bueno, porque necesitamos toda la ayuda posible.

La información de Angelo llegó justo después de que aterrizáramos en Boston. Gus ha desaparecido, pero Maggie está en Innisfree, el refugio de los Donovan en las afueras de Boston donde se celebró el velatorio.

Un coche robado del aparcamiento de larga estancia del aeropuerto y otra hora de viaje después, Luca y yo llegamos al campamento de verano situado al otro lado del lago de la finca de los Donovan. De niños siempre nos decían que nos mantuviéramos alejados del campamento, pero ahora agradezco mis exploraciones infantiles en el bosque, porque nos permite a Luca y a mí otro elemento sorpresa.

Una parte de mí quería llamar a Tara, hacerle saber lo que estaba pasando, pero eso sólo la convertiría en cómplice. Necesita una negación plausible. Además, una cosa es saber lógicamente que alguien tiene que morir. Otra cosa es ser parte de ello.

Lo estoy descubriendo yo mismo, mientras Luca y yo nos dirigimos hacia la casa. Insistí en venir. Habría insistido incluso sin lo que ha pasado en Chicago unas horas antes, porque Maggie es mi problema.

Pero me sigue preocupando que, llegado el caso, mi corazón se interponga como la última vez y no pueda hacerlo.

Aunque supongo que para eso está Luca.

Ya estamos a la vista de la gran valla que rodea la finca. Luca levanta una mano para que nos detengamos, vestidos con nuestros chándales y pasamontañas negros que compramos de camino a Innisfree. Luca estaba especialmente preocupado por mi pelo, y puedo ver su punto.

La valla es alta y sabemos que habrá guardias en el perímetro, según la información de Angelo. Así que esperamos allí, observando. Sólo un guardia pasa por la sección que estamos viendo, y Luca se eleva por encima de la valla una vez que el tipo está lo suficientemente lejos. Soy fuerte, gracias a mis visitas regulares al gimnasio, pero no soy tan elegante como Luca. Por

suerte, él está ahí para atraparme en la parte inferior, o para ayudarme a aterrizar, al menos.

Me tapa la boca con una mano cuando suelto un ¡Uf! y me arrastra detrás de un arbusto cercano.

—Esto sería mucho más sencillo si simplemente matáramos a los guardias—, había dicho antes de llegar. Pero yo no quería hacerlo. No veo por qué esos pobres bastardos deben morir por la tonta de mi hermana.

Estamos aquí para matar a una persona, y sólo a una persona.



Nuestra conversación en el vuelo chárter privado a Boston no estuvo tan llena de risas como el trayecto desde el lugar de la bomba. Con sólo nosotros dos en el avión, y el piloto delante, pregunté si Angelo o algún otro refuerzo se reuniría con nosotros en Boston, pero Luca negó con la cabeza.

—No voy a dejar esto en manos de nadie más. Quiero a Maggie muerta, y quiero matarla yo mismo para estar seguro de ello. Cuando quieres que algo se haga bien...

—Hazlo con tu marido—, terminé por él.

Me miró con dureza. —¿Seguro que quieres estar ahí cuando ocurra, pajarito?

—Si crees que te voy a mandar a matar a mi hermana mientras me siento en el coche a leer un puto libro o algo así...

—Finch—, dijo. —Tú... tú estás intacto.

—¿Nos conocemos?

—Quiero decir que no has matado a nadie, pequeño...— Se interrumpió, murmurando: —Madre María, dame paciencia—, con una mano sobre los ojos. Cuando volvió a mirarme, dijo: —Tus manos están limpias, y no quiero que te rompas más de lo que ya te has roto. Y además...

—¿Y bien?— Pregunté, picado. —Además de eso, ¿qué? ¿Crees que voy a tener un ataque de nervios? Los quiero muertos, y lo dije en serio. Lo haré yo mismo si...

—No tienes el estómago para ello—, dijo con firmeza, —y eso es algo bueno. Ya dejaste marchar a Maggie una vez porque te recordaba a tu madre, y mira cómo resultó.

Sentí como si me hubiera abofeteado en la cara. —Vete a la mierda.

—Vale, que me jodan. Sólo digo lo que pasó. Te hizo torturar y estuvo a punto de matarte ella misma, y la dejaste salirse con la suya. No hay razón para pensar que no me pedirás que pare de nuevo esta vez.

—¡Entonces no lo hagas!— Grité. —¡Sólo ignórame y mátalos, carajo, y te lo agradeceré después!

Me echó la misma mirada que me echó cuando estaba ahogando al tipo en un falso canal veneciano. —¿No lo entiendes, ángel? Puede que sea el Jefe de la Familia, pero es como dijiste aquella noche en Kismet: eres mi rey. ¿Cómo no voy a parar si me lo pides?

No sabía qué decir a eso. Me dolía el corazón. Me dolía la cabeza.

—La quiero muerta—, susurré. —Por mamá. Por Marco. Por Connie y Tino. Por todos los que murieron tratando de proteger mi inútil trasero. Por cada vez que intentó matarnos, y por Frank y Cee, y por la pobre y maldita Róisín, que tuvo que apartarse del mundo por completo para alejarse de ella...

—Sé que la quieres muerta—, dijo, poniendo su mano sobre la mía y apretándola. —Pero puede que a la hora de la verdad te sientas diferente.

Mi boca tembló, pero no cedí. —Quiero estar allí—, dije con obstinación.

Luca suspiró. —De acuerdo. De acuerdo, pajarito.

Entonces supe que era verdad. Realmente no puede decirme que no.



Y ahora estamos en la parte posterior de la casa, deslizándonos sin ruido hacia el patio. Luca prueba la puerta trasera y se abre enseguida. A lo lejos oímos las botas de otro guardia pisando el camino, y nos apresuramos a entrar, esperando, con las armas desenfundadas.

Cuando Luca considera que estamos a salvo, nos movemos.

Ha sido así todo el camino hasta aquí. He seguido su ejemplo sin problemas, bueno, casi sin problemas, aparte de la valla. Siento que somos bastante buenos como equipo furtivo. Si alguna vez tenemos que trabajar por cuenta propia como ladrones, creo que podríamos hacer una carrera de ello.

Dibujé un plano rápido de memoria, que Luca revisó en el camino. Así que nos abrimos paso a través de las habitaciones rápidamente, en silencio, Luca siempre primero, y siempre comprobando que estoy cerca. La mayoría

de las habitaciones están a oscuras, pero cuando llegamos a la entrada, el Salón Verde está iluminado y calentado por la chimenea. Hay una lámpara de pie encendida en una esquina y la televisión está encendida, pero silenciada.

Está en uno de los canales de noticias de 24 horas. Chicago parece ser la única noticia en este momento. ¿Resurgimiento de la mafia? pregunta una de las barras de noticias que aparecen en la parte inferior.

Todavía no hay nadie. No hay guardias, lo cual es genial. Pero tampoco Maggie.

Y entonces oímos un grito ahogado en lo más profundo de la casa. Luca me mira y yo asiento. Atravesamos la Sala Verde, pasamos por el bar del otro lado y entramos en un nuevo pasillo.

Entonces nos detenemos y escuchamos.

Me enrollo el pasamontañas. Me bloquea demasiado los sentidos. Tras una intensa mirada, Luca hace lo mismo. Y ahora lo oigo: una conversación amortiguada. Una voz fría y alta. Una profunda. Y alguien llorando. Suplicando.

Es Tara.

Es Tara, y está en el sótano. Algo dentro de mí da un aviso silencioso.

Otro grito, abruptamente cortado.

Se me eriza el vello de la nuca y le señalo a Luca la puerta del sótano.



La puerta del sótano se abre a una larga y estrecha escalera de caracol que desciende, y Luca pisa tan suavemente como un gato, con su pistola extendida delante de él, firme. Nos detenemos cuando Tara empieza a hablar. Su voz es gruesa, ronca.

—Maggie. Somos hermanas.

—Eso es exactamente lo que quiero decir—, oigo que responde Maggie. —Somos hermanas. Y aún así vuelas a Las Vegas para conspirar con ese bastardo intrigante a mis espaldas. ¿Qué estabas planeando exactamente?

—No puedes negar, querida, que hay que explicarlo—, dice otra voz.

El tío Gus. Así que aún no se ha arrastrado a Irlanda.

—Yo nunca...— comienza Tara, pero un fuerte sonido de bofetada la interrumpe.

—Está fuera de combate—, dice Gus. —Quieres ir más suave, Maggie mi niña. Yo me encargo si quieres.

—No necesito tu ayuda—, sisea Maggie.

Luca baja otro escalón y la escalera cruje. Me mira, se encoge de hombros y grita: —Hola.

Se escucha un movimiento y luego un silencio sepulcral.

—Así que pensé en pasarme por aquí y ver cómo estaban mis cuñadas favoritas—, dice Luca.

Joder. ¿Así es como sueno cuando me hago el listillo?

—Baja despacio, chico—, dice Gus. Suena tan jovial como Maggie. —Y podemos ponernos al día. ¿Está Howie contigo?

—¿Crees que lo llevaría a algo así?— Luca hace un gesto para que me quede donde estoy, y luego sigue bajando las escaleras.

—¿Algo así?— Dice entonces Maggie, con la voz alta. Ya la he oído sonar así antes, la noche en que casi me mata. La noche en que Luca casi la mata. Tiene miedo de Luca. Siempre lo ha tenido. —¿Qué significa eso exactamente?

Luca desaparece al doblar la esquina al final de la escalera y ya no puedo verlo. Mi corazón galopa, mi cabeza late al compás.

—Sabes por qué estoy aquí, Maggie—, dice la voz de Luca. Hay una oscura promesa de muerte en las palabras que me hace temblar.

—¿Esperas que me crea que has venido solo?—, escupe. —Gus, llama a los guardias.

—No me gusta que otras personas limpien mis desastres—, continúa Luca. —Y eso es lo que eres, Maggie. Debería haberte matado aquel día que apuntaste con una pistola a la cabeza de mi marido.

Se me ocurre que Luca habla tanto para distraerme. Probablemente para darme tiempo a salir de aquí. Pero eso no sucederá.

Paso por encima de la chirriante escalera y continúo hasta el fondo de la misma, apoyándome con fuerza en la pared de los últimos escalones. Agarro con fuerza mi pistola.

Oigo un gemido. Debe ser Tara, que vuelve en sí. —¿Luca? Ayúdame—, susurra. —Por favor.

—Gus, llama a los guardias—, dice Maggie de nuevo.

—Bueno, ahora—, dice Gus casualmente. —Antes de que hagamos algo precipitado, creo que el joven Howie está en esas escaleras, y me gustaría que bajara y se uniera a nosotros.

Hemos perdido el elemento sorpresa, así que me acerco al lado de la pared y observo la habitación. Es una bodega de techo bajo pero espaciosa, la luz superior hace que todo tenga un tono anaranjado desagradable. En el centro de la habitación, Tara está atada a una silla, con la cara magullada y la nariz ensangrentada. Gime cuando me ve.

Maggie está de pie detrás de ella, con la pistola en la mano apuntando a Luca, pero cuando aparezco, la empuña hacia mí. El tío Gus está a un lado, medio sentado sobre un barril de cerveza, sonriéndome.

Luca tiene su arma apuntando a Gus. Supongo que cree que Gus es la mayor amenaza.

—Hola, Howie—, dice Gus. —Me alegro de volver a verte. Siento lo de Chicago, ¿eh? Hablaré con esos bastardos italianos al respecto.

—¿Y el asesino de Las Vegas?— Pregunto. —¿Luca recibe una disculpa por eso?

Gus sólo sonríe.

—¿Y qué hay de Jim O'Leary, eh? ¿Supongo que él también era tu asesino?— Pregunto.

Al oír eso, Gus suelta una carcajada. —Ah, ese imbécil. Hace años que no pienso en él. ¿Y qué más se merecía, Howie, desgraciado traidor que era?

—¿Y Frank?— Pregunta Luca, su voz es peligrosa. —¿Por qué él?

Gus le sonríe. —Bueno, no quería que ninguna conexión italiana se quedara interfiriendo en la fibra sensible de Howie. Pero sobre todo, ese fue sólo por diversión.

—¿De qué estás hablando?— exige Maggie.

Cuando Gus la mira ahora, toda su falsa calidez desaparece. —No me sirves de nada, Maggie mi niña. Has olvidado de dónde vienes. A quién te debes.

Maggie se ha puesto tan pálida que las pecas anaranjadas de su nariz parecen moratones. —Te lo dije—, dice, con la voz temblorosa. —Te lo dije, Gus. Te daría lo que querías una vez que estuviera a salvo.

—Gus se cansó de esperar a que te sintieras segura—, dice Luca. —Cambié su apuesta. Quiere que Finch dirija a los Donovan—, dice Luca. Hay otro silencio.

Maggie mira fijamente a Gus, y al final, él se encoge de hombros. —Lo siento, Mags. No eres de fiar.

Luca deja escapar una risa. —No puedes confiar en nadie hoy en día, ¿verdad, Maggie?

—Pero Howie ni siquiera es... no es un Donovan—, le dice desesperada a Gus.

—Lo que Gus quiere es una marioneta—, le dice Luca, con voz baja y peligrosa. —Un testaferro. Un punto de recaudación americano para las donaciones a su causa terrorista.

Luca hace una pausa, y Gus sonríe. Vuelve a encogerse de hombros.

—Pero Gus no conoce a Finch—, continúa Luca en voz baja. —Ninguno de vosotros lo conoce. Sólo lo habéis visto como un peón para ser utilizado en cualquier plan que se os ocurra. Pero ahí es donde todos os habéis equivocado, porque Finch no es un peón que se pueda coger, mover y sacrificar—. Luca me mira y me dedica una pequeña y privada sonrisa. —Finch es la pieza más importante de todas. Es el rey.

—Mi padre me dejó la Familia a mí, y no me voy a retirar por nadie—, gruñe Maggie. —No por tu mierda de rencor irlandés, Gus, y no por ese bastardo mestizo.

—No es cuestión de retirarse, Maggie—, dice Luca, casi con lástima. —No vas a salir viva de esta habitación.

Maggie se ríe entonces, una carcajada salvaje, como la mía. —Tal vez—, dice. —Pero me llevaré a todos los que pueda.

Agita la pistola una vez más, pero cuando se detiene, no me apunta a mí, sino a Luca.

En mi mente veo un callejón oscuro, un diablo vestido de negro luchando por su vida. Y hago ahora lo que hice entonces. Lo protejo. Ni siquiera lo pienso, simplemente lo hago. Levanto mi pistola y disparo tres veces, como Luca me hace hacer en los entrenamientos. Siempre dice que si disparo tres veces seguidas puede que un día le dé a algo.

Ese día es hoy.

Los tres disparos dan en el blanco. Maggie se deja caer en el suelo detrás de Tara, con la sangre floreciendo en su camisa blanca.

Después, Tara grita en el silencio. Me acerco con paso firme a Maggie y le quito la pistola de la mano de una patada, rápidamente. Por si acaso.

Pero Maggie no volverá a usarla. Sus ojos se encuentran con los míos. Intenta decir algo, así que me agacho a su lado y me inclino hacia ella. Tose y me estremezco cuando la sangre me salpica la cara.

—Nunca... perteneciste a esto...— Hay un último gorgoteo y luego se va.

Familia, iba a decir. Y supongo que tenía razón. Nunca encajé con los Donovan.

—Buen tiro, Howie—, dice el tío Gus, y aplaude. —Ahora subamos y...

El chasquido de la pistola de Luca me hace sobresaltar. Gus se cae sobre el barril de cerveza, con un círculo rojo perfecto en la frente.

—Tenemos que salir de aquí. Finch, desata a Tara.

No puedo moverme, aún arrodillado junto al cadáver de mi hermana.

Mi enemiga.

Luca se dirige él mismo a Tara, sacando una navaja de su bolsillo trasero. Ella grita, y él se detiene, mirándola a la cara. —Te estoy liberando—, dice.

Suena tan tranquilo. ¿Cómo puede sonar tan tranquilo?

Vuelvo a mirar a Maggie. Tiene un mechón de pelo en la cara, salpicado de un rojo más oscuro por su propia sangre. Con cuidado, se lo quito de la mejilla y lo pongo en su sitio.

—Tenemos que irnos, pajarito.

Otra vez esa voz serena. Una mano me tira del brazo y dejo que me levante, que me aleje de Maggie. Tara apenas puede caminar, así que Luca la levanta en brazos.

—Los guardias todavía están por aquí—, me recuerda. —Tenemos que tener cuidado. Los alejaré del frente, y luego...

Continúa, contándome el plan mientras empezamos a subir las escaleras, teniendo cuidado de que la cabeza de Tara no se golpee contra las paredes.

Cuando llegamos a la Sala Verde veo que está desmayada. Me gustaría poder hacer lo mismo. Dejarme llevar y deslizarme en el olvido durante un rato.

No lo hago.

Hago lo que me dice Luca.

Le sigo por la puerta principal cuando dice que es hora de irse, y espero con Tara entre los arbustos mientras él trae un Jeep y lo aparca delante de la casa.

Lleva a Tara al coche, que ronronea tranquilamente, sin faros.

Se oyen gritos desde el interior de la casa, pies que corren.

Creo que estoy en estado de shock, o que estoy sufriendo un flash de estrés postraumático o algo así, porque la cabeza me da vueltas y la única razón por la que vuelvo a estar erguido es porque Luca me ha rodeado el cuello con el brazo, me ha puesto la otra mano alrededor de la cintura y me está sacando de los arbustos hacia el coche.

—Iba a dispararte—, digo mientras me mete en el asiento trasero junto a Tara.

—Quédate abajo, así—, dice. —No levantes la cabeza. ¿Me oyes, Finch?

—Iba a dispararte—, vuelvo a decir.

—Lo sé. Y ahora tenemos que irnos, ángel. Si quieres que tu hermana superviviente siga así, tenemos que llevarla a un hospital. Le han hecho mucho daño.

—De acuerdo—, respiro. —De acuerdo.

Me desplomo contra el asiento del coche mientras Luca cierra la puerta y salta al asiento del conductor. Cuando se aleja, dejo que mis dedos se deslicen por sí solos por el asiento de cuero del coche y cojo la mano floja de Tara entre las mías.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Luca

La vida continúa.

Esto es algo que parece sorprender a Finch, que la vida simplemente continúa para nosotros en Nueva York, una vez que volvemos allí. Todo se asienta, a pesar de Las Vegas, a pesar de Chicago, a pesar de Boston.

Mientras la muerte de Maggie Donovan es comentada en la prensa de Boston, en nuestra ciudad hay otras historias que se apoderan más rápidamente del imaginario público. La salida del hospital de Louis Clemenza, por ejemplo, para ser detenido inmediatamente a la salida del mismo y puesto bajo custodia por cargos de chantaje. Por cortesía de Salvatore Rossi y Joe Alessi, para que lo cuenten -y están muy ansiosos por contarlos, asegurándose de que yo sepa que están abiertos y disponibles para discutir.

Sin embargo, tengo preocupaciones más urgentes ante las otras familias neoyorquinas. Cuando volvimos de Boston, Finch estaba agotado, mental, física y espiritualmente. Le hice ducharse y luego lo acosté mientras yo me aseaba. Cuando volví a la habitación, estaba dormido, y permaneció así hasta la media tarde del día siguiente.

Mientras Finch dormía, me reuní con Angelo en mi estudio y le dije que hiciera correr la voz a las cuadrillas de que Don Luciano Morelli estaba vivo y bien.

—¿Y viene por sus enemigos?— sugirió Angelo, como si estuviéramos escribiendo un comunicado de prensa.

Me lo pensé. —No digas nada de venganza por ahora—, dije al fin. —Que se pregunten. Dejémosles sudar.

Angelo esbozó una sonrisa de agradecimiento.

Pero aún así, mi mente no estaba en el trabajo. Estaba en Finch, arriba, dormido, y soñando con quién sabía qué. Volví directamente hacia él después de que Angelo se fuera, me metí con cuidado bajo las sábanas y me acurruqué a su alrededor. Observando. Esperando.

Se despertó una hora más tarde, y lo primero que dijo fue: —Dime que no estás durmiendo con los pantalones del traje.

—Olvídate de mis pantalones de traje. ¿Cómo te sientes?

Se estiró, bostezó y se revolvió en la cama hasta quedar frente a mí. — Bien, supongo.

—¿Pesadillas?

—No—, dijo lentamente. —No recuerdo lo que he soñado. Si es que lo hice...— Frunció el ceño. —Sin embargo, tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Te cambia. Matar a una persona.

Le aparté el pelo dorado de la cara y le besé. —Ojalá me hubieras dejado encargarme de ello—, le dije después.

—No. Tenía que ser yo. Si hubieras sido tú...

—¿Sí?

—No sé si hubiera podido perdonarte—, me dijo, con los ojos clavados en los míos. —Me odiaba y me quería muerto, pero seguía siendo mi hermana. Así que, ya ves. Tenía que ser yo quien la matara.

No había nada que pudiera decir a eso, así que lo besé.

—Pero ya he terminado—, añadió después. —No puedo hacer... lo que tú haces.

—Y no me gustaría que lo hicieras—, le dije.

—Pero necesito algo que hacer. Lo entiendes, ¿verdad? No puedo quedarme sentado en casa pintándome las uñas o haciendo mierdas de voluntariado mientras tú estás fuera—. Frunció el ceño. —No soy Cee.

Eso me hizo reír. —Definitivamente no eres Celia, no. Entonces, ¿qué tenías en mente?

—Me alegro de que lo preguntes—. En un rápido movimiento, Finch se montó sobre mí, con los muslos extendidos sobre los míos, sus manos presionando mis hombros como si me estuviera sujetando. —Kismet—, anuncia. —Lo quiero.

—Ya es tuyo.

—Quiero decir que quiero dirigirlo. Eddie García está haciendo un buen trabajo, y lo mantendré, porque querré tener tiempo libre para estar contigo. Pero quiero poner mi propio sello en él. Porque creo que... tal vez no estoy hecho para una vida en la Familia, si sabes lo que quiero decir.

Sabía exactamente lo que quería decir. Pero... —No quiero que ninguna droga salga de Kismet—, le advertí. —No hay excusas para que los federales empiecen a investigar las cuentas.

—No será un problema. Lo llevaré limpio. El club no es una excusa para freírme el cerebro y olvidarme de la mierda. De ninguna manera. Quiero algo divertido que hacer. Quiero una distracción.

—¿Y yo no soy suficiente para ello?

—Tú eres mi foco de atención, nene—, dijo, apretando su entrepierna contra mí. —Todo lo demás es la distracción.

Admito que se me pasó por la cabeza otra vez si era prudente follar justo después del tipo de noche que habíamos tenido, pero confío en él cuando dice que el sexo es bueno para él. Además, nunca quiero negarle nada a mi marido.

En lo que a mí respecta, lo que Finch quiere, Finch lo consigue.



Decidí aceptar la rama de olivo extendida por Salvatore Rossi y Joe Alessi. Son familias sólidas; viejas, establecidas, no amigas de la Clemenza. Hice que Angelo organizara una reunión con ellos, aunque tengo que dejar de utilizarlo como antes; tiene otros problemas de los que preocuparse ahora como mi Subjefe. Pero siempre está dispuesto a ayudar, y además, Rossi y Alessi le conocen y confían en él.

Incluso han acordado reunirse en mi terreno y asistir a una reunión nocturna en la casa de la ciudad. Les hago pasar al estudio a su llegada. Estamos los tres solos. Nada de músculos. Tampoco hay tonterías.

—¿Tu marido no se une a nosotros?— pregunta Rossi cuando ya estamos sentados.

—Está en el trabajo—, digo, e ignoro su asombro.

—¿Trabajo, dices?— Alessi ronca. —¿Qué trabajo? ¿Dónde está trabajando este chico tuyo?

—Apenas es un niño. Y administra uno de nuestros negocios. Un club nocturno.

—Ahhh—, dicen al unísono, asintiendo.

Aparentemente, administrar un club nocturno es aceptable para la esposa de un Don. O tal vez sólo pueden ver a Finch en ese ambiente.

Rossi se inclina hacia delante. —¿Sigues pensando que hiciste bien, sacando a Clemenza de esa situación?

—Creo que me lo debe, y todo el mundo sabe que me lo debe. Así que, sí, Don Rossi. Creo que hice bien.

Rossi se echa hacia atrás como si estuviera satisfecho. —Es usted imprevisible, Morelli, lo reconozco.

—Y luego acabas con la familia Donovan—, dice Alessi.

—Maggie y Gus Donovan fueron asesinados en un trágico allanamiento de morada.

—Por supuesto, por supuesto—, dice Alessi, y suelta una risa sibilante. —Tal vez Dios escuche cuando hablas, ¿eh? Te concede favores. Salvatore y yo pensamos que es prudente ser amigo de los que tienen el oído de Dios. ¿Entiendes?

—Lo entiendo.

—La vieja Comisión está en ruinas. Lombardo, no va a durar mucho tiempo en Chicago—. Lo que Alessi quiere decir, supongo, es que alguien ha contratado al Don de Chicago. No es sorprendente. —Y ninguno de nosotros volverá a confiar en él, de todos modos. Chicago no es un lugar al que vaya a volver pronto. Ninguno de nosotros lo hará, ¿eh, Sal?

Rossi gruñe su asentimiento, y se hace cargo. —Tienes razón, Joe. Tienes razón. Y tal vez sea hora de nuevas tradiciones—. Me mira, con sus ojos oscuros todavía brillantes y penetrantes a pesar de su edad. —Es como dijiste aquel terrible día, Morelli, cuando te pregunté por qué nos salvabas el culo. Todos somos neoyorquinos, dijiste, y eso nos avergüenza. Porque tenías razón. Entendemos nuestra ciudad. ¿Qué nos importa lo que hagan en Chicago, o Boston, o Miami, eh? Nueva York es la mejor ciudad del mundo, y juntos, la dirigimos. Somos los dueños.

Me inclino hacia delante y les ofrezco un puro a cada uno. —¿Qué propones, exactamente?

Rossi corta la punta del puro con la maquinilla de plata que hay en la mesita. —Un nuevo tipo de Comisión. Nuevos lazos, nueva sangre, sólo neoyorquinos. Tal vez esos tipos del otro lado del puente en Jersey. Tal vez. Pero centrándonos en esta ciudad.

—¿Qué piensa usted, Don Morelli?— preguntó Alessi, encendiendo su cigarro. —¿Le gustaría ser miembro de un club así?

—No—, digo, y les dejo reflexionar mientras enciendo mi propio cigarro. Luego se lo explico. —No querría ser miembro. Pero sí consentiría ser su jefe.

Alessi y Rossi intercambian una mirada nerviosa. —Tendremos que pensarlo—, murmura Alessi.

—Por favor, háganlo, señores. Y no duden en comunicarme su decisión dentro de, digamos, una semana. Tengo que ocuparme de otras cosas en la próxima semana. Puedo esperar su respuesta.

Murmuran su acuerdo, pero ya sé cuál será esa decisión. Mostraron su mano demasiado pronto con su pequeña charla. Puede que tengan los números en sus filas, pero después de Chicago, yo soy el que tiene la reputación en esta ciudad.

Me deben la vida, junto con Clemenza.

Ahora soy el dueño de todos ellos, y ellos lo saben.



Hoy me enfrento a un problema menor, pero mucho más complicado: Frank y Celia.

Se han convertido en pasivos de la manera más peligrosa, tanto para la Familia como para mí, personalmente. No puedo seguir encubriendo los errores de Frank. He terminado de pasar por alto sus rencores mezquinos y su falta de respeto. Y su maldita boca sobre todo.

Pero es mi hermano, y lo quiero.

Si alguien descubre que las filtraciones provienen de él y de su mujer, no podré proteger a ninguno de los dos. Así que, mientras Frank está en recuperación, le hago una visita.

No es bonito. Ha perdido la mano y el ojo derecho, y todavía está vendado. En la parte de su cara que es visible, tiene cicatrices y quemaduras. Incluso para mí, que he visto muchas caras diferentes de la muerte, es mucho para asimilar.

Pero Frank parece estar de muy buen humor. Sostiene al bebé con el brazo que no tiene mano, y le da el biberón con el otro. A pesar de los

vendajes, las cicatrices y las quemaduras, nunca he visto a Frank tan tranquilo.

Me sonrío cuando entro. Celia está dormida en un rincón y no quiero despertarla, así que me acerco a la cama con suavidad y tomo asiento a su lado.

—Hola, Georgie—, dice Frank en voz baja.

—Estás hecho una mierda—, le digo.

—Entonces, ¿no es diferente a lo de siempre?

Alargo la mano para alisar el pelo del bebé. —¿Vas a decirme ya su nombre?

Frank mira a Celia. —Cee quería hacer una gran cosa, hacer una fiesta y esas cosas, pero te lo diré si te haces el sorprendido más tarde. Marcella Constance Aïda D'Amato. Marcy para abreviar.

—Eso sí que es un bocado—, digo, sonriendo a la niña.

—Fue idea de Cee. Dijo que nuestra hija debía llevar el nombre de la mujer que fue su primera madre, y de los hombres que me salvaron la vida. Así que Marco, Connie y Aidan. Dijo que no puede añadir más nombres, así que tengo que dejar de meterme en líos.

—Sobre eso—, digo, viendo una apertura. —Ahora eres padre, y esta vida que vivimos...

—Guarda tu aliento, Georgie—, suspira Frank. —Sé que no quieres a un inútil, a un reventado...

—Oye.— Le pongo la mano en el hombro. —No hables así de mi hermano mayor—. Al menos levanta una leve risa de él. —Escúchame, Frankie. Sólo estás en este negocio por mí, y ambos lo sabemos. Ahora tienes una esposa y un hijo y ambos te necesitan más que yo.

Frank mira a Marcy durante un rato. Ella sigue chupando con fuerza el biberón. —Envié a mi mujer y a mi hijo porque dijiste que sí me necesitabas—, dice después de un rato. —¿Dices que ya no es así?

Me froto las manos por la cara. Frank nunca puede poner las cosas fáciles. —Estoy diciendo que las cosas han cambiado, Frank. Siempre necesitaré que seas mi hermano mayor. Pero ya no te pido que pongas tu vida en pausa por la mía.

—Snapper Marino me dijo que Angelo fue nombrado Subjefe—. Sigue mirando al bebé, y no puedo leer su tono.

—Sí—, digo. —Me hubiera gustado decírtelo yo mismo, pero...

—Pero estabas ocupado acabando con los Donovan—, dice, y me mira con una sonrisa. —Buen trabajo, por cierto. Supongo que Finch por fin ha dado con sus huesos, ¿eh? Escucha, Angelo es una buena elección. Mejor que yo, seguro. Es un tipo inteligente. Sabe lo que hace. ¿Pero quién va a ser el guardaespaldas con él como Subjefe?

—Todavía estamos resolviendo las cosas, pero ahora tenemos turnos rotativos.

—¿Así que estás diciendo que debería mantener mi nariz fuera?

—Estoy diciendo que tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

Frank vuelve a mirar al bebé y asiente. —Tienes razón, Georgie. Pero un hombre nunca está realmente fuera de este negocio, ¿verdad?— Me mira fijamente, con la boca en una línea firme. —Ahora mismo estoy cagado de miedo, hermanito. Hay mucho que perder. Y le hice votos a la Familia...

—Que se joda la Familia—. Los ojos de Frank se abren de par en par. —Te lo digo, como tu Jefe, como Don Morelli, estás fuera, Frank. Estás acabado. Tú y yo, eso es diferente. Siempre estaremos unidos. Pero estás oficialmente retirado de la Familia, y rescato todos esos votos que hiciste.

El único ojo que le queda a Frank se pone un poco lloroso. —De acuerdo—, susurra, y entonces una sonrisa se extiende por su rostro, tentativa, esperanzada. —*Grazie*, Don Morelli.

Cee se despierta en la esquina, y lo agradezco, porque yo también estoy a punto de atragantarme. —Luca—, dice, y su tono no es precisamente feliz. —Me alegro de verte.

Sonrío. —Mejor aún cuando os cuente la noticia. Como felicitación, Finch y yo queremos enviar a vuestra nueva familia a unas vacaciones en el extranjero con todos los gastos pagados...

La noticia cae bien, como esperaba. Los necesito fuera de la ciudad, fuera del país, mientras todo se asienta. Tenerlos fuera de la imagen significará que aquellos dentro de la Familia serán menos propensos a hacer conexiones. Porque si alguien hace esas conexiones, no sólo las vidas de Frank y Celia estarán en peligro, sino que mi control sobre la Familia se pondrá en duda.

De acuerdo con los votos que tomamos en la iniciación, mantenemos nuestros negocios en secreto. Si un hombre se derrama, no importa quién sea.

Ellos mueren.

Pero cuando se trata de mi familia, no puedo hacerlo. No puedo poner a la familia Morelli por delante de ellos. Dios sabe que creí que podía, creí que sería el Jefe más despiadado y exitoso que los Morelli habían visto. Qué poco me conocía realmente.

Creo que Tino lo vio, vio que si mi corazón estaba involucrado, siempre seguiría a donde me llevara. Por eso me casó con Finch, y ahora creo que también por eso me eligió como su sucesor. Angelo siempre me pareció el heredero natural del trono, y por eso me sorprendió tanto que Tino me nombrara a mí en su lugar.

Pero Augustino Morelli no era tonto. Me eligió por una razón. Tengo la intención de gobernar con confianza en mi propio juicio, ya sea que provenga de mi cabeza o de mi corazón.

En cuanto a Frank y Celia, sé que estoy haciendo lo correcto por Tino. Su hija, Marcella Constance Aïda, sobrevivirá y tendrá una vida privilegiada. Y nunca tendrá que vivir con miedo con sus padres fuera del negocio para siempre.

Mis responsabilidades han sido descargadas en lo que respecta a uno de los hijos de Tino. ¿Y el otro?

Es mi responsabilidad hasta que la muerte nos separe.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Finch

En el velatorio de Margaret Fincher Donovan no fui tan tonto como para presentarme.

Toda la noche de película de terror en Innisfree, el refugio de los Donovan, fue tratada por la prensa y la policía como una violenta intrusión en el hogar. No hay indicios de que hubiera vínculos con el crimen organizado. Ciertamente no hay vínculos con lo que pasó en Chicago. Maggie recibió un obituario elogioso que la habría complacido incluso a ella, y Tara, que fue dada de alta del hospital el día antes del funeral, hizo el panegírico.

O eso he oído, ya que no fui.

No me arrepiento de lo que hice. Sí me arrepiento de haberme arrodillado para escuchar las últimas palabras de Maggie, como si pensara que iba a decir algo profundo, algo sobre perdonarme. Debería haberlo sabido.

Porque las últimas palabras de una persona tienen poder. Y no he sabido nada de Tara desde aquella noche, lo que me hace preguntarme si habrá llegado a la misma conclusión, que nunca pertenecí a la familia Donovan, y me ha apartado de su vida. Después de que Luca y yo la dejáramos inconsciente en el hospital y saliéramos de allí, le envié mensajes de texto, la llamé y me puse en contacto con el hospital varias veces al día, pero nunca respondió.

Luca me dijo que le diera tiempo. —Una cosa es querer que alguien muera, y otra es ver cómo ocurre delante de ti—, me recuerda cada vez. Maldita sea. El tiempo. Y lo entiendo. Lo entiendo. Ver a Luca hacer lo que hace todavía me impacta hasta la médula cada vez, viéndolo tan capaz y tan tranquilo ante la destrucción humana.

Pero en una elección entre Luca y mi hermana, que intentó matarme varias veces, el resultado siempre iba a ser el mismo. Maggie sabía que uno de nosotros le dispararía. Tuvo que saberlo.

Y Tara debe saber por qué lo hice.

Así que, maldita sea, me siento herido. Le salvé la vida junto con la de Luca, y aunque no espero un agradecimiento por ello, algún reconocimiento básico me haría sentir mucho mejor. Sigo llamando y llamando a Tara sin obtener respuesta, hasta que un día aparece la cara de Róisín en la videollamada en su lugar, con el pelo rojo rapado y esponjado.

—Creía que eras Poor Claring—, le digo sorprendido.

Ella aprieta los labios. —Hola, Howie. ¿Cómo estás?

—Quiero decir que estoy vivo. ¿Qué haces con Tara?

—Ella me pidió que volviera y ayudara por un tiempo. Está... frágil en este momento.

—¿Físicamente?— Pregunté. —¿O mentalmente? Además, pensé que habías hecho votos.

—No es así como funciona. No te lanzas así como así—. Pienso en el no-padre Aidan, el seminarista, y asiento sabiamente, como si supiera exactamente a qué se refiere. —Además—, continúa, —Tara me necesitaba—.

Sonrío. —Elegiste a la familia antes que a Dios, ¿eh?

—Howie, ¿qué querías?—, pregunta con un suspiro.

Capto la indirecta. —Quería hablar con Tara. Quería... no sé, puedes ponerla.

Róisín mira a un lado de forma que me dice que Tara está ahí mismo en la habitación. —Ahora mismo no está disponible.

Podría llamar a su farol, pero ¿qué sentido tendría? —De acuerdo—, digo. —Bueno, dile a Tara que cuando esté disponible, a su hermano le gustaría mucho hablar con ella.

Róisín pone cara de sospecha y empieza a preguntar: —Howie, ¿sabes algo de lo que pasó con Maggie y tio...?—, pero la corto.

—Tengo que irme. Me alegro de verte, Ro. Quizá nos pongamos al día en algún momento.

La negativa de Tara a atender mi llamada podría haberme hecho sentir mal, pero prefiero recordar lo que me dijo en Las Vegas.

Te quiero, y siempre serás parte de la familia en lo que a mí respecta.

He decidido creer que no dejará de amarme sólo porque haya visto la oscuridad en mí.



Ahora que Cee se ha ido, necesito encontrar algo que hacer conmigo mismo a largo plazo. Necesito hacer amigos, que es algo en lo que pensé que era muy bueno toda mi vida, hasta que me di cuenta de que drogarse con alguien y luego chupársela en el baño no era realmente la forma en que la mayoría de la gente pensaba en la amistad. Había mucha gente que conocía, pero nadie que me conociera a mí.

Ahora tengo a Luca, pero también necesito una vida. Necesito amigos. Gente con la que pasar el rato.

Así que un viernes por la tarde, seis semanas después de que el cuerpo de Margaret Fincher Donovan haya sido entregado a la tierra, consigo que el guardaespaldas de ese día me lleve a Nuestra Señora de la Merced. Hoy mi guardia es Matteo Vitali, un tipo del equipo de Snapper Marino. Sé que le gustaría asumir el trabajo de forma permanente, pero por ahora, mis guardaespaldas se intercambian día a día, a petición mía.

No quiero volver a acercarme a uno de ellos. No tan pronto después de Marco, al menos. Pero siempre me aprendo sus nombres.

Al entrar de nuevo en el salón comunitario parece que nada ha cambiado. La señora Murphy y las demás mujeres están allí, y todas me miran fijamente como siempre lo hacían, y luego murmuran entre ellas. Lo único diferente es que Aidan O'Leary ya está allí en el salón, ayudando a los niños a hacer la masa de la pizza, aunque parece tener más harina encima que en los cuencos para mezclar.

Debe ser el Club de la Diversión de los viernes.

Es la primera vez que vuelvo a este lugar desde que Luca mató a Sam Fuscone aquí, pero me sorprende a mí mismo al no sentir nada más que tristeza cuando pienso en lo difícil que le hice el trabajo a Marco ese día. No se merecía ni la mitad de la mierda que le eché encima.

Uno de los niños debe reconocerme del día del pastel de carne, porque grita: —¡Eh, Finch!— y sonrío ampliamente cuando le devuelvo el saludo. Su saludo hace que Aidan levante la vista y parpadee sorprendido.

—Finch—, dice después de un momento, y se levanta. —Vosotros, chicos, seguid mezclando... todo debería salir bien. Sra. Murphy, ¿podría hacerse cargo por ahora?—, le pregunta, lanzándole una mirada firme cuando ella empieza a negar con la cabeza. —Gracias, Sra. Murphy.

Parece que al Chico Cura le han crecido las pelotas si está consiguiendo acorralar al Comité de Damas.

—Hola, Aidan—, digo cuando se acerca. —¿Tienes algún boletín que necesite ser doblado?

Estudia mi cara por un momento y luego sonrío. —Creo que sí.

—Este es Teo Vitali, por cierto—, digo, presentando al guardaespaldas de hoy. Trato de hacerlo regularmente estos días. Mostrar a estos pobres bastardos el respeto que se merecen.

Aidan le estrecha la mano. —Encantado de conocerte.

—Y a usted, padre—, dice Teo.

—Aidan no ha hecho sus votos—, digo con indiferencia. —No es un Padre. Todavía—. Merece la pena sólo por ver la mirada de Aidan. —Escucha, no te ofendas, pero no quiero doblar boletines hoy—, digo mientras empezamos a caminar. —¿Podríamos tal vez... sentarnos en la iglesia y hablar o algo así? Sé que estás ocupado con los niños...

—Siempre tengo tiempo para ti, Finch—, me dice Aidan, con una sonrisa tan genuina que casi me rompe el corazón.

—¿Por qué?— pregunto, mientras nos sentamos en el primer banco. Teo se sienta unas filas más atrás, lo suficientemente lejos como para no oír, pero lo suficientemente cerca como para entrar en acción si entra algún Fuscone cualquiera.

—¿Por qué?— repite Aidan.

—¿Por qué siempre tienes tiempo para mí?

Me mira de nuevo, pensando. —Sabes, incluso antes de conocerte, Celia hablaba de ti. Obviamente te quería mucho, y creía que la vida te había dado algunas patadas. Nunca dijo nada abiertamente sobre las cosas en las que estaba envuelto su marido...— Al menos no a Aidan, pienso con ironía. —Pero la forma en que hablaba de ti tenía algo de tristeza. Decía que eras un alma perdida, que aún no habías encontrado tu lugar en el mundo. Y entonces te conocí, y, bueno, no empezamos con buen pie, pero lo que dije aquel primer día iba en serio. Quería que fuéramos amigos.

—No lo hice.

Se ríe. —Sí, entendí ese mensaje.

—Aunque ahora sí. Umm. Quiero que seamos amigos, si está bien. Y creo que me gustaría ser voluntario aquí, como solía hacer Cee.

—Eso sería maravilloso—, dice Aidan, como si le acabara de decir que ha ganado la lotería.

Miro hacia el altar que tenemos delante. Empiezo a entender la insistencia de Luca en la vida después de la muerte. Cuando se lleva a tantos, debe ser una forma de sobrellevarla.

—¿Quieres rezar conmigo?— pregunta Aidan con entusiasmo, y yo resoplo.

—Lo siento, pero nunca me harás creyente. Pero...— Tomo aire y pienso en algo que dijo Luca una vez. —No me importaría encender unas velas. Por mi mamá. Por mi papá. Y...— Podría estallar en fuego divino si lo hago, pero qué demonios. —Y para mi hermana, Maggie.

—Siento que hayas tenido tantas pérdidas en tu vida—, dice Aidan en voz baja. —Sería un honor que me dejaras estar contigo mientras las enciendes.

Me encojo de hombros y luego recuerdo que acabo de decirle que quiero que seamos amigos. —Gracias. Y puedes rezar si quieres.

Aidan levanta una ceja. —Qué generoso eres al permitir que un sacerdote rece en su propia iglesia.

—No eres un cura—, le digo con una sonrisa.

Hacía mucho tiempo que no encendía una vela en una iglesia católica, pero se me pasa muy rápido. Introduzco un billete de cien dólares en la caja de donativos, retando a Aidan a que diga algo al respecto, pero se limita a sonreír. Luego enciendo las velas e intento tener buenos pensamientos sobre mis tres familiares muertos. No es fácil.

Pero lo intento.



Cuando llego a casa, ha llegado el correo y uno de nuestros guardianes habituales de la casa ha dejado un libro envuelto para mí en la entrada. Está dirigido a Howie D'Amato, lo que reduce bastante los remitentes, y cuando le doy la vuelta, no me sorprende ver el nombre de Tara como remitente.

Me lo llevo a la cocina después de despedirme de Teo. —Estoy bien para esta noche—, le digo, y luego sonrío. —Luca estará en casa, pronto. Es la noche de la cita.

En la cocina, rompo el papel de regalo y miro el libro que hay dentro. Es un cuaderno con orejas de perro, lleno de la pulcra letra de mi madre. Hacía

años que no veía su letra, y me siento como si me cayera un cubo de agua fría encima. Me resulta tan familiar. Y el libro en sí, es...

Es el diario de mamá.

Tengo que dejarlo por un segundo y respirar. Entonces veo un sobre metido dentro de la cubierta con mi nombre. Esta letra también la conozco, aunque también hace años que no la veo. La carta es de Tara.

Querido Howie,

Dijiste que lo querías, así que aquí está el diario de mamá. Hay años enteros en los que no escribió, pero espero que te sirva de consuelo.

No quiero leer más. ¿Y si este es el gesto de despedida de Tara? ¿Y si esta es su despedida? Respiro profundamente y sigo leyendo.

No quiero que el pasado se interponga entre nosotros. Somos una familia. Así que la próxima vez que esté en Nueva York, hablemos un poco más. Tal vez podamos compartir recuerdos que nos reconforten a las dos, y también crear algunos recuerdos nuevos y felices.

Tu hermana para siempre,

Tara.

Es una nota sencilla. Muy Tara. Sentida, algo cursi, pero escrita con absoluta verdad emocional. Mis ojos se empañan de lágrimas. Tara estaba cerca cuando Maggie murió, lo suficientemente cerca como para haber escuchado el último pedacito de veneno de Maggie goteando en mi oído.

A lo lejos, la puerta de entrada se abre y la voz de Luca llega: —¿Pajarito?

—Aquí—, consigo decir, y momentos después sus brazos me rodean, sus labios en mi nuca.

—Te he echado de menos—, dice, dándome la vuelta. —Oye, ¿estás bien?

Le dedico una sonrisa acuosa. —Sí. Sí, estoy bien—. Levanto la carta de Tara. —Tengo noticias de Tara. Quiere que nos pongamos al día la próxima vez que esté en la ciudad.

Sus manos me cogen la cara y me roza los pómulos con sus pulgares, sonriéndome. —Es una gran noticia, ángel.

EPÍLOGO

Finch

Kismet es el club más guay de Nueva York. Y lo digo sin un ápice de subjetividad: basta con buscar en Google ‘mejores clubes de Nueva York’. *Kismet* es el nuevo lugar para estar. Eddie García es muy bueno en su trabajo, y yo soy aún mejor. Es viernes por la noche y todavía es temprano, pero la cola para entrar da la vuelta a la manzana.

Desde la oficina, puedo ver a la gente que espera en las cámaras de seguridad de alta tecnología que hemos instalado. Le dije a Luca que iba a mantener este lugar limpio, y eso es exactamente lo que haré. Cualquier indicio de trapicheo, y todo lo que tengo que hacer es decirle a nuestro maravilloso portero que eche a un tipo de la fila. Y si hay alguien que sabe cómo se ve un indicio de tráfico, es su servidor.

El club va viento en popa, pero sólo hay un problema esta noche: es la noche de la cita. Luca debía recogerme hace media hora, y llega tarde. Por suerte para él, ya está de camino, lo que puedo ver en la aplicación de seguimiento de anillos de boda.

Pronto oigo pasos subiendo las escaleras fuera de la oficina. Llaman a la puerta, pero no espera a que le conteste para entrar. Entra a empujones, con dos guardaespaldas detrás, que asienten con la cabeza. Últimamente solicito cada vez más a Teo Vitali. Luca me dijo que era más inteligente que el oso medio, y me gusta saber que puedo igualar el ingenio de alguien. Además, es sólo un año o dos mayor que yo, lo que significa que no es tan aburrido como algunos de los guardias.

Creo que Marco también lo aprobaría.

Me pongo de pie detrás de mi escritorio.

—Siento llegar tarde, pajarito—, empieza Luca.

—No me gusta que me hagan esperar, Don Morelli. Aunque sea usted el jefe de la Comisión de Nueva York. Teníamos una cita, una hora, y la has perdido.

Luca me sonrío. —¿Por qué no tenemos nuestra riña matrimonial en privado?—, sugiere. —Gracias por vuestro trabajo esta noche, chicos, podéis iros todos. Tú también, Vitali.

Teo no es tan tonto como para irse sin mi permiso. Sabe para quién trabaja. Pero le doy el visto bueno. —Nos vemos mañana, T.

Una vez que estamos solos, Luca se acerca al escritorio. —No estás realmente enfadado conmigo, ¿verdad, ángel?

—Me estoy poniendo así. ¿No sabes qué día es hoy?—. Llevo recordándoselo toda la maldita semana.

—Es viernes. Noche de cita—, dice Luca encogiéndose de hombros.

Ahora sí que me estoy cabreando. —¿Me estás tomando el pelo?

Luca se acerca al lado del escritorio y me agarra por la cintura, haciéndome girar. —Sí, pajarito, te estoy tomando el pelo. Sé exactamente qué día es, y tampoco necesitaba que me dieras la lata toda la semana para recordarlo. Es nuestro aniversario de boda, y si hubieras estado despierto esta mañana cuando me fui, podríamos haber empezado bien el día.

—Yo llegué a casa a las cuatro y tú te fuiste a las seis—, señalo. Últimamente nuestros horarios de sueño han sido bastante erráticos. Es algo en lo que tendremos que trabajar, pero entre que yo he puesto en marcha el club nocturno y que Luca se ha asentado en su puesto como jefe de la Comisión de Nueva York, hemos tenido que aprovechar el tiempo juntos siempre que hemos podido.

Pero hoy no. Hoy es nuestro primer aniversario de boda, y que me aspen si no voy a celebrar la ocasión con todo lo que hay en mí, excepto los tradicionales regalos de papel, porque no soy tan aburrido.

Me deja de nuevo en el suelo y le echo los brazos al cuello.

—¿Me perdonas?—, pregunta, sus ojos azules son eléctricos en la tenue iluminación de la oficina.

—Sólo porque estás caliente—, le digo, y luego lo beso. Pienso en el beso que nos dimos el día de nuestra boda, feroz, casi violento, un beso público que hizo que nuestros amigos se alegraran y nuestros enemigos se acobardaran. Este es privado, pero no menos apasionado.

—¿Estás listo para irnos?—, jadea, una vez que le dejo salir a tomar aire.

—Claro, déjame decirle a Hudson que nos vamos.

Luca hace una mueca.

—Mira, se esfuerza—, le digo. Después de que Hudson se recuperara, no parecía dispuesto a volver a Nueva Jersey después de todo lo que había pasado, así que le ofrecí un trabajo de compasión como mi asistente personal aquí en el club. —Está aprendiendo. Tiene mucho entusiasmo. Sólo necesita aprender a dirigirlo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Lo digo. Y como soy el rey aquí, mi palabra es ley.

Luca resopla. —De acuerdo, Rey Pinzón. Date prisa y avisa a tu entusiasta asistente para que pueda mandarte en la cama.

Desafío a cualquiera a rechazar una oferta como esa.



Se suponía que íbamos a ir a cenar a algún sitio especial, pero, como siempre, acabamos dejando de lado las reservas, cogiendo la comida para llevar y disfrutando el uno del otro en la intimidad de nuestro dormitorio.

—Un día deberíamos follar en otro sitio—, digo con pereza, besando su pecho. Ya hemos superado la etapa de la ropa, la hemos superado hace tiempo, y nos hemos duchado juntos con pajas mutuas que nunca pretendían llegar a ningún sitio, sólo abrir el apetito.

Como si alguna vez necesitara abrir el apetito por este tipo. Luca sabe que todo lo que tiene que hacer es arrastrar un nudillo por mi columna vertebral y yo rebotaré para llamar la atención.

—¿Follar en otro sitio?—, pregunta, pasando una mano por mi pelo y dándole un bonito tirón.

—Sí. Como el comedor formal. O algo totalmente básico, como chupártela debajo del escritorio en el estudio cuando estás hablando por teléfono—. He llegado a su polla ahora, y definitivamente da un pequeño salto ante mis palabras. —¿Nos gusta esa idea?— Pregunto, subiendo la mirada por los planos de su cuerpo para encontrarme con esos ojos helados. Son negros y azules ahora mismo, sus pupilas son tan grandes que parece drogado.

—Nos gusta.

—Mmm—. Rodeo con mi lengua la cabeza de su polla, sin dejar de mirarle. Cuando intento apartarme y seguir provocando, su mano se tensa en mi pelo.

—No, sigue haciéndolo. Así, sin más.

Incluso un rey puede recibir órdenes de vez en cuando. De todos modos, no me deja seguir así mucho tiempo, me quita la cabeza y me vuelve a tumbar en la cama, boca arriba, con la polla apuntando hacia él como la aguja de una brújula que apunta al norte.

—Tu turno—, me dice, y yo me tumbo y le dejo que me mordisqueee el cuerpo. Llega a su destino rápidamente, me chupa, su boca me calienta y moja, encendiendo cada terminación nerviosa de mi polla. Sus manos se deslizan por debajo de mí para recoger mi culo, amasando, acariciando, mientras me traga hasta el fondo y husmea en mi arbusto. Cuando empieza a subir lentamente, suelto un gemido, veo cómo se hunden sus mejillas y me agarro a las sábanas. Su lengua acaricia cada cresta y cada vena a lo largo del camino hasta que sus labios forman un apretado anillo justo debajo de mi cabeza, y levanta la vista para captar mi mirada.

—Por favor—, jadeo cuando no se mueve, y él me guiña un puto ojo antes de mover la cabeza sobre mi polla, y luego se retira de nuevo con una fuerte succión, dejando que mi polla vuelva a golpear contra mi vientre. — Por favor, Luca—, le ruego, hasta que cede y me lleva de nuevo a su boca hasta que me aloja en el fondo de su garganta, con su saliva corriendo hasta empapar mis pelotas. Ahí es donde se concentra su atención, con una mano que me toca suavemente las pelotas, tirando de ellas en una suave pregunta, mientras deja que su mano tome el relevo de su boca en mi pene y besa el interior de mis muslos.

Levanto las piernas, me agarro de la parte posterior de las rodillas y las separo en una invitación descarada, y él se ríe contra mis pelotas. —Me encanta cómo te gusta esto—, suspira feliz.

—Me encanta cómo lo haces, así que ven y folla—. Me pasa la lengua por el culo, dura y exigente. Cuando miro hacia abajo, veo mi polla goteando rápidamente, su cara enterrada bajo ella mientras su lengua se retuerce en mi nudo. Me desplomo en la cama, con mi agujero dando espasmos contra la invasión de su lengua, y le dejo que tome el control. Se adentra más y más, se retuerce y se retuerce en mí, y luego me folla con la lengua hasta que gimoteo, con su barba raspando mi tierna y húmeda carne, y con cada punzada aumentando mi placer.

Y todo el tiempo, su mano sigue sobre mí, rápida y resbaladiza, su pulgar deslizándose sobre mi raja cada vez y luego frotándose húmedamente bajo mi cresta. Mis pelotas se tensan, hormiguean, avisan. Suelto las rodillas y me agarro a su mano.

—Espera, nene. Por favor, quiero disparar contigo dentro de mí.

—Sí, quieres—, gruñe. Coge mi camiseta desechada de los pies de la cama para limpiarse la cara y, de alguna manera, está aún más caliente cuando la tira al suelo, retándome en silencio a quejarme. Mantengo la boca cerrada y espero a que se arrastre por la cama para rodear con mi mano su gruesa polla que se agita entre nosotros.

Se aleja de mí, extendiendo una mano. Suena un suave chasquido de un tapón abatible y entonces se echa hacia atrás, con la mano ahuecada, la lleva de nuevo a mi culo y empieza a untarme de lubricante, metiendo los dedos dentro. Estoy tan relajado por su lengua que apenas hay resistencia.

—Vamos—, le digo. —Deja de jugar con mi agujero y fóllalo.

Se pasa el resto del lubricante por toda la polla, respirando rápidamente, y se acerca a mi oído. —Si no te deseara tanto, te daría una lección de paciencia, pero...

Se abalanza, con las rodillas entre mis muslos, apoyándose en un codo, con la otra mano en la polla. Lo agarro, le quito la mano y le rodeo la cintura con las piernas. Guío su polla hacia mí y el primer pinchazo contra mi agujero me hace gemir.

—Vamos, pajarito, ponla donde quieras—, murmura, con su aliento húmedo contra mi hombro, y me la meto dentro, quito la mano de en medio y dejo que mi culo engulla esa polla caliente y gruesa.

Suelto un largo suspiro y siento su sonrisa contra mi cuello.

—¿Demasiado para ti?—, bromea.

—No estoy aquí para hablar—, respondo, o lo intento. El hecho de que esté jadeando me quita toda la seriedad.

Se ríe, se ríe de verdad. —No, no estás aquí para hablar. Estás aquí para esto, ¿verdad?—. Se retira y luego me folla profundamente, despacio, con fuerza, un gran empujón hasta que toca fondo en mis entrañas. No puedo evitar gemir, aunque eso sólo demuestra su punto.

—Sí, los dos sabemos por qué estás aquí—, dice, inclinándose un poco para mirarme a la cara. Sus ojos brillan.

—Por las pollas y los dólares—, le digo, con toda la seriedad que puedo cuando tengo el culo lleno de polla.

—Mi objetivo es complacer—, murmura, y entonces se mueve, se pone encima de mí y me coge la cara con las manos. El corazón me rebota en el pecho, llenándose como un globo.

—Me complaces—, logro decir. —Mucho.

—Lo mismo—, dice, y entonces nos olvidamos de las palabras, nuestros cuerpos se mueven a ritmos familiares, la mancha de mi pre-eyaculación nos hace resbalar, resbalar el uno contra el otro. Levanto tanto las piernas que

podría estrangularlo, me doblo en dos para él, porque por muy profundo que llegue, lo quiero aún más.

No cede, martilleando dentro de mí, animando a mis piernas a subir y pasar por encima de sus hombros para que mis rodillas queden a la altura de mi barbilla, y mientras su polla me hace sentir asquerosamente sexy, sus manos y su boca me demuestran amor, me acarician, los labios en mi cuello, los dedos pellizcando mis pezones...

—Lléname—, jadeo. —Vamos.

—Dilo como si lo dijeras de verdad.

Le agarro un puñado de pelo y atraigo su cara hacia la mía. —Llega en mi culo.

Su polla se hincha y se flexiona dentro de mí, estirándome, y yo me agarro a él justo cuando se corre, y un gruñido resuena en su pecho y en su boca cuando explota.

Mientras sigue palpitando dentro de mí, introduce su mano entre nosotros, se acerca a mi polla y tira de ella. Le aprieto el culo con fuerza cuando disparo, y joder, la forma en que encoje la cara, haciendo una mueca, soltando una carcajada...

Vuelvo a perder mi corazón por él cada vez que hacemos esto.



Para cuando nos hemos saciado el uno del otro, ya son más de las dos de la madrugada y me encuentro en ese extraño estado en el que estoy hiperalerta pero me quedo dormido si cierro los ojos durante más de un minuto. Trabajar en el club significa que mis patrones de sueño se están volviendo nocturnos, pero Luca me ha agotado esta noche. Pero no quiero dormir. Quiero estar despierto y hablar y reír y oírle decir una y otra vez lo mucho que me quiere.

Se ducha, y luego yo también lo hago, lo más rápido posible porque me preocupa que se duerma para cuando yo vuelva. Pero sigue despierto, con un brazo bajo la cabeza y otro sobre el pecho, mirando al techo. Pensando.

Cuando su mente no está en mí, está en los negocios. Le sonrío con cariño mientras vuelvo a cruzar la habitación y me tiro a su lado.

—No tardaremos mucho en reclamar nuestro legítimo reino, Don Morelli. ¿Verdad?— Me estiro como un gato a su lado. Me duele el culo, mis huesos son de gelatina, y él me ha dejado seco. Por ahora.

Luca da un gruñido, sus dedos tamborilean en su pecho.

—¿No?— Pregunto, apoyándome en un codo. Pongo mi mano sobre la suya, deteniendo sus dedos. Su mirada se aleja del techo y se dirige a mi rostro y se suaviza.

—¿Quieres saber lo que pienso?—, pregunta.

—Siempre.

—Estoy pensando... No me interesa el reino de Tino Morelli. Quiero el mío propio. Pienso hacerme mi propio lugar en este mundo. Así que voy a reconstruir la familia Morelli desde los cimientos, hacernos más fuertes de lo que nunca hemos sido. Y cuando termine, no tendremos que apoderarnos de la ciudad, del país, del mundo.

—¿No?

—Diablos, no. Vendrán a nosotros por su propia voluntad—. Vuelve a apartar el pelo de mi cara y me mira de arriba abajo. —Me gusta el dorado. Te queda bien.

—Estaba pensando que podría ir de rosa otra vez. Para el club, ya sabes. Para destacar.

—No necesitas ayuda para destacar—. Pero sonrío mientras mira mi pelo.

—¿Así que eso es un no al rosa?

—No he dicho eso. Me gustas como eres y como eliges ser. Pero sí, me gustaría volver a ver tu pelo rosa. Podría hacerme sentir que no me perdí esos cinco años que podríamos haber tenido juntos, si no fuera por todo lo demás.

—Si no fuera por todo lo demás, no estaríamos juntos en absoluto—, señalo, pero le devuelvo la sonrisa, estúpidamente feliz.

—Cierto—, dice Luca en voz baja, y me besa suavemente, muy suavemente. —Feliz aniversario, mi querido pajarito. Me alegro mucho de poder vivir esta vida contigo. Te quiero.

Lo que dice golpea en lo más profundo de mi corazón, fuerte y verdadero. Me siento adorado por él. Adorado. Apreciado. Reverenciado, incluso.

Todo lo que siento por él se refleja en mí.

—Feliz aniversario—, le digo a su vez, pasando mis dedos por su pequeño tatuaje de pinzón. —Te quiero más.

—No es una competición—, resopla, atrayéndome a sus brazos.

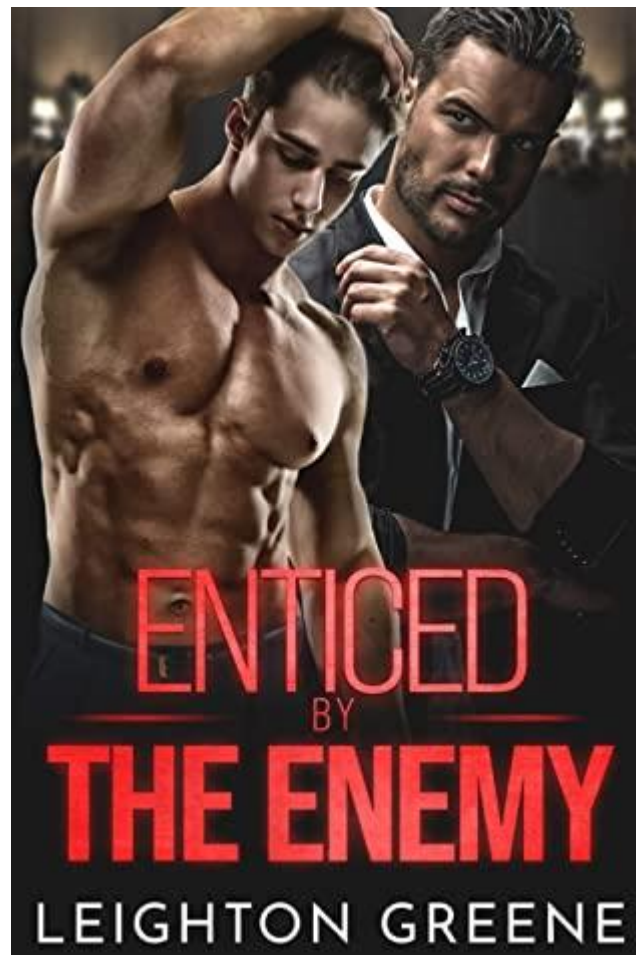
Oh, pero lo es. Es un deporte para dos personas que jugaremos el resto de nuestras vidas, el juego de Mira cuánto te quiero, donde no hay perdedores, solo ganadores.

¿Cómo podría perder cuando lo tengo a él? Nunca.

Soy la zorrita más afortunada de Nueva York.

Fin

SIGUIENTE...



ATRAIDO POR EL ENEMIGO

Soy una leyenda en las calles de Nueva York por todas las razones equivocadas.

Soy el solucionador de problemas de la familia Morelli.

Cuando mi corazón murió junto con el anterior Don, seguí adelante y cumplí con mi deber. Mi trabajo es mi vida.

Incluso me puse como jefe cuando el nuevo Don me lo pidió.

Pero ahora un viejo enemigo ha pedido mi ayuda.

Un viejo enemigo con una cara nueva y una oferta tentadora...

Enticed by the Enemy es un romance independiente de la mafia M/M ambientado en el mundo de la familia del crimen Morelli.

QUERIDO LECTOR AUDAZ Y DESCARADO...

Aquí es donde dejamos a Luca y Finch por ahora, pero la siguiente es la historia de Angelo Messina... y es muy divertida.

SOBRE LA AUTORA

Leighton Greene lleva escribiendo historias desde que tenía edad para sostener un lápiz. Su primer libro fue un libro de aventuras al estilo de ‘elige lo que quieras’ sobre cómo decidir qué desayunar. No llegó a la lista de los más vendidos del New York Times, pero aún conserva un ejemplar.

Después de pasar algún tiempo escribiendo en el mundo académico, en la fanfiction y en la información corporativa, Leighton decidió que probablemente debería hacer lo que realmente quería hacer, que era escribir ficción comercial. Y así lo hizo. Escribe romance gay y, cuando le apetece, erótica como LJ Greene.

Leighton vive con su pareja y su cacatúa en la costa este de Australia.